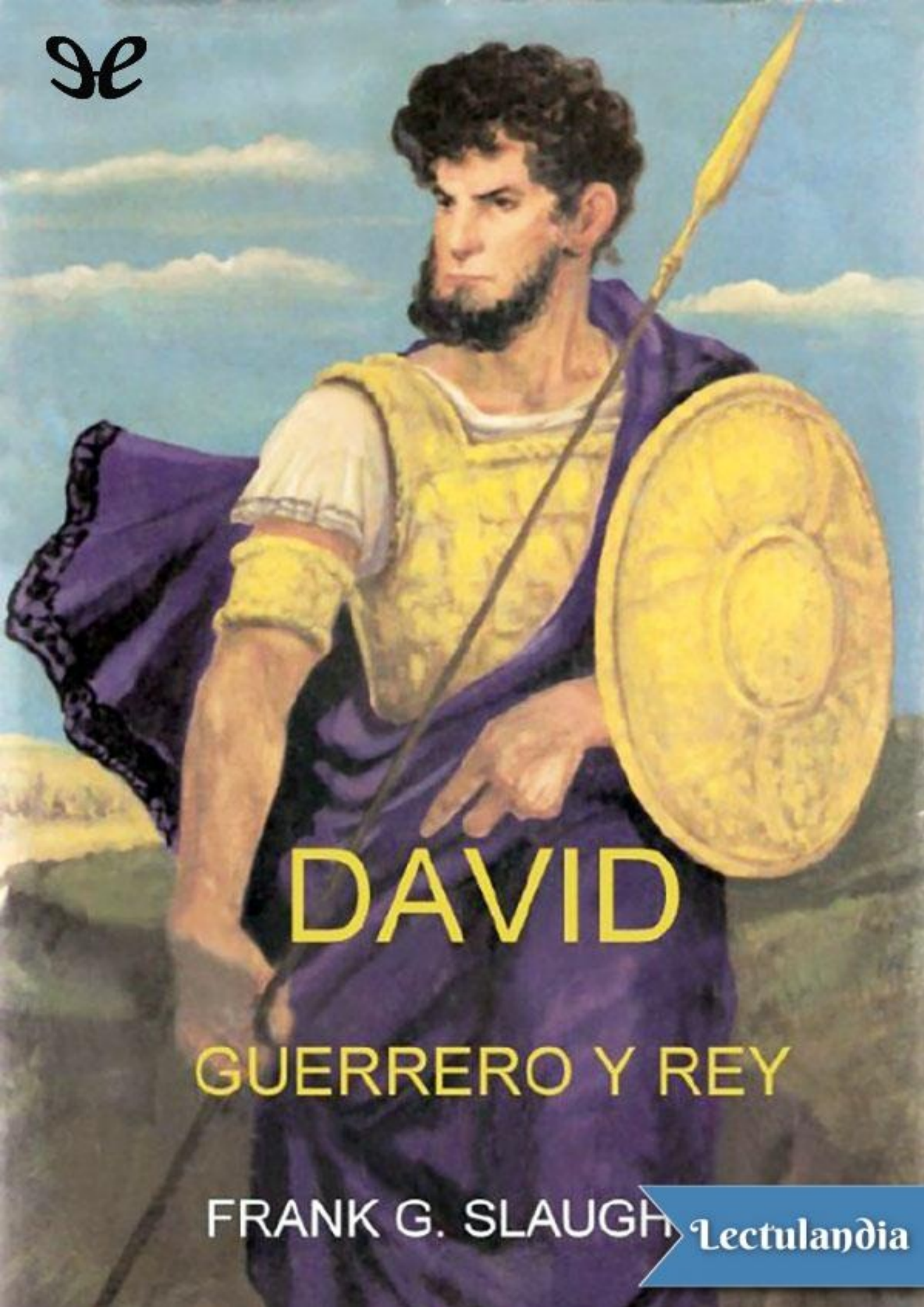


Lectulandia

Historia de David, Rey de Israel, tomada de la Biblia. Libros I y II de Samuel. Ligeramente novelada. Describe todos los eventos de su vida y su reinado, desde su vida como un pastorcillo, que mató a leones y osos para proteger sus rebaños, hasta su ascenso, su lucha con Saúl y la creación de una poderosa nación israelita.

Frank G. Slaughter

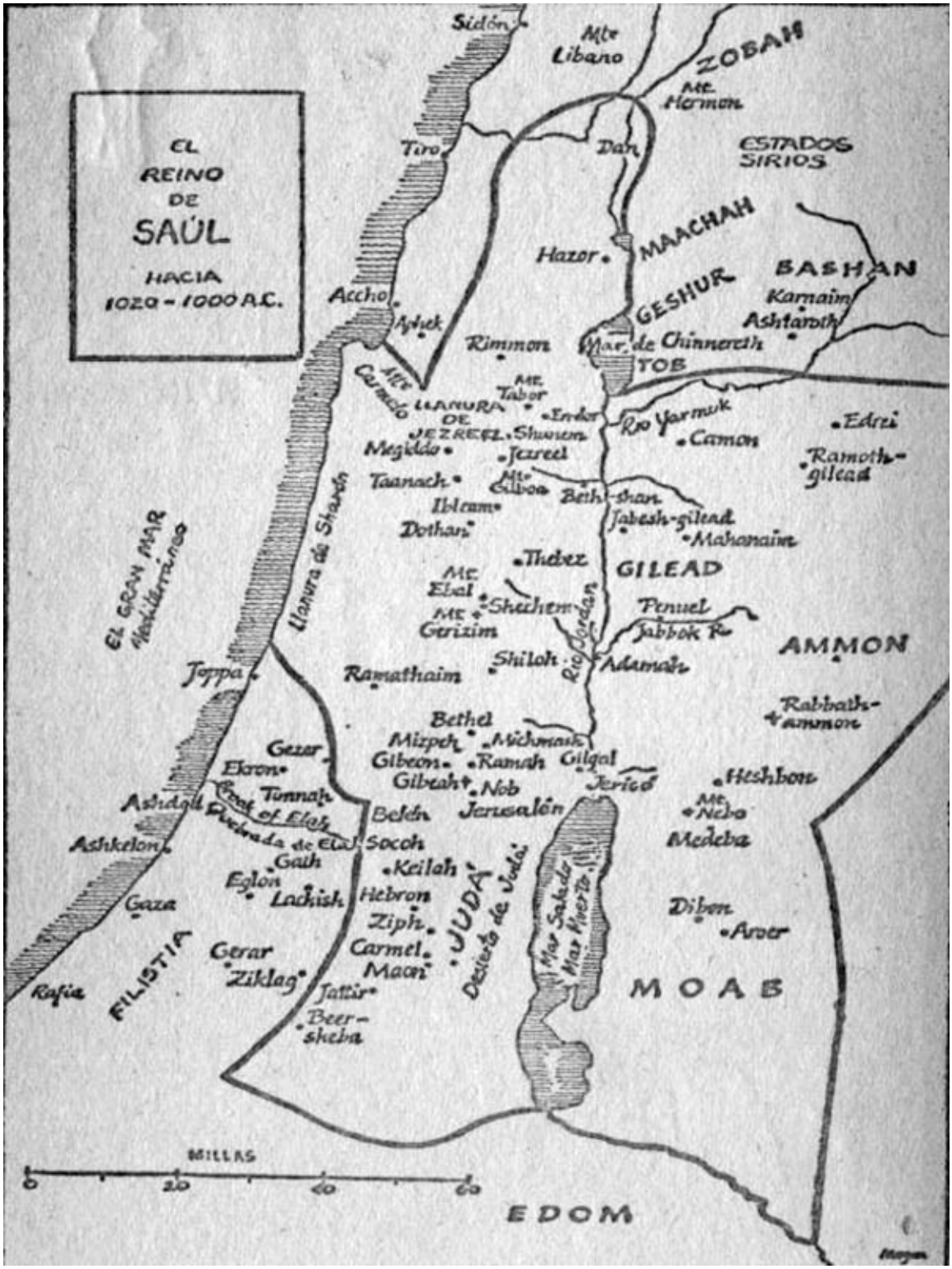
David, guerrero y rey

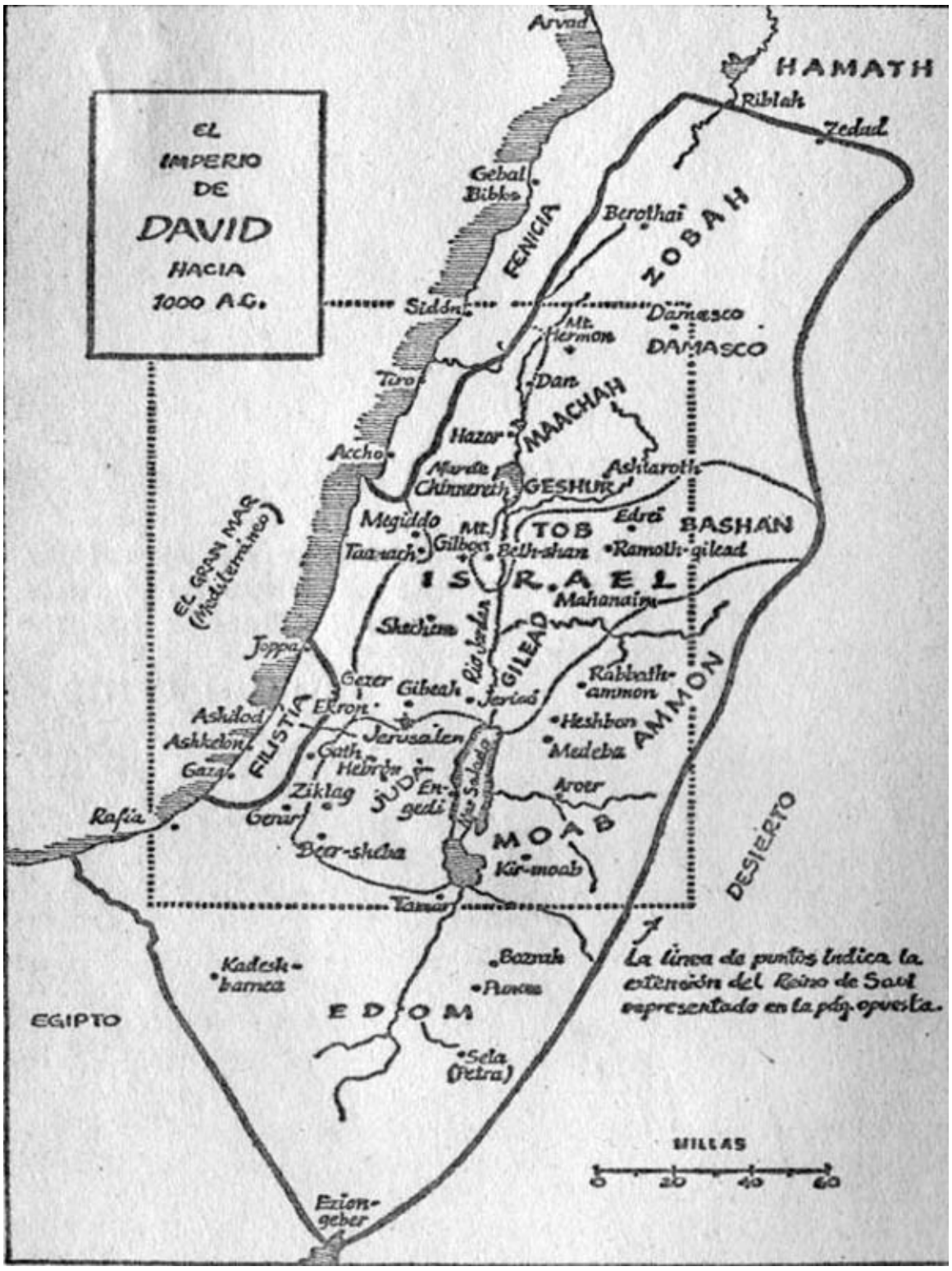
ePub r1.0
Titivillus 05.07.2020

Título original: *David, Warrior and King*
Frank G. Slaughter, 1962
Traducción: Luis Buelta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Rebecca.


EL REINO DE SAÚL
HACIA 1020 - 1000 A.C.
Sidón
Mte Libano
ZOBAH
Mt. Hermon
Tiro
Dan
ESTADOS SIRIOS
MAACHAH
Hazor
BASHAN
GESHUR
Karnaim
Ashtaroth
Accho
Aphek
Rimmon
Mar de Chinnereth
TOB
Mte Carmelo
Mt. Tabor
LLANURA DE JEZREEL
Endor
Shunem
Rio Yarmuk
Camon
Edrei
Megiddo
Jezreel
Ramoth-gilead
Taanach
Mt. Gilboa
Beth-shan
Ibleam
Jabesh-gilead
Dothan
Mahanaim
Llanura de Sharón
EL GRAN MAR Mediterráneo
Thebez
GILEAD
Mt. Ebal
Shechem
Mt. Gerizim
Penuel
Jabbok R.
AMMON
Rio Jordan
Shiloh
Adamah
Joppa
Ramathaim
Rabbath-ammon
Bethel
Mizpeh
Michmash
Gezer
Gibeon
Ramah
Gilgal
Ekron
Gibeah
Nob
Jericó
Heshbon
Tonnah
Ashdod
Beleh
Jerusalén
Mt. Nebo
Ashkelon
Socoh
Medeba
Gath
Keilah
Eglon
Lachish
Hebron
JUDÁ
Desierto de Judá
Mar Salado
Mar Muerto
Gaza
Ziph
Dibon
Aroer
Gerar
Carmel
Maon
FILISTIA
Ziklag
Jattir
MOAB
Rafia
Beer-sheba
MILLAS
0
20
40
60
EDOM


EL IMPERIO DE DAVID HACIA 1000 A.C.
Arvad
HAMATH
Riblah
Zedad
Gebal Bibks
FENICIA
Berothai
ZOBAH
Sidón
Damasco
Mt. Hermon
DAMASCO
Tiro
Dan
MAACHAH
Hazor
Accho
Ashtaroth
Chinnereth
GESHUR
Megiddo
Mt. Gilboa
TOB
Edrei
BASHAN
Taanach
Beth-shan
Ramoth-gilead
EL GRAN MAR (Mediterráneo)
ISRAEL
Mahanaim
Shechem
Rio Jordan
GILEAD
Joppa
Gezer
Gibeah
Jeriaó
Rabbath-ammon
AMMON
Ashdod
Ekron
FILISTIA
Heshbon
Ashkelon
Jerusalen
Medeba
Gath
Hebrón
Gaza
JUDÁ
Ziklag
En-gedi
Aroer
Rafia
Gerar
MOAB
Beer-sheba
Kir-moab
DESIERTO
Tamar
Kadesh-barnea
Boznah
Punon
EGIPTO
EDOM
Sela (Petra)
La línea de puntos indica la extensión del Reino de Saul representado en la pág. opuesta.
MILLAS
0 20 40 60
Ezion-geber

PRIMERA PARTE

EL VALLE DE ELAH

Y Saúl y los hombres de Israel se juntaron y asentaron el campo en el valle de Elah, y ordenaron la batalla contra los filisteos.

Samuel 1-17:2

CAPÍTULO I

Y Obed engendró a Isaí, e Isaí engendró a David.

Ruth-4:22

Durante más de una hora había seguido David pacientemente el rastro sangriento que el chacal y su presa dejaban tras de sí. La aurora empezaba a apuntar, y las colinas que rodeaban a Belén estaban encapotadas por la niebla matutina. De ordinario, a David le gustaba esta hora del día, cuando la neblina y la media luz engendraban el mundo místico, el fondo perfecto para las emocionantes batallas y cacerías con las que, a tiempo de vigilar el rebaño, soñaba. Pero el chacal que había entrevisto un solo instante, no era ciertamente producto de su imaginación. Durante varios años, los pastores de Belén habían tratado de dar caza a ese viejo merodeador, amenaza permanente para el rebaño, enemigo al que era preciso destruir sin misericordia. Aquella mañana, David había podido ver cómo se llevaba un cordero, y estaba resuelto a darle caza.

Para la edad que tenía, David era alto, sus miembros eran delgados pero nervudos, tenía la bien conformada cabeza cubierta con una espesa mata de oscuros cabellos y sus ojos eran claros y brillantes. En la mano derecha llevaba apercibida la honda y en el hueco de la palma de la izquierda la piedra redonda que constituía el proyectil de la misma. Los largos dedos del muchacho eran bien conformados y ágiles, por lo acostumbrados que estaban a pasar largas horas pulsando las cuerdas del *kinnar*, arpa o lira muy en boga entre los israelitas.

Para múltiples usos diarios, tales como llamar a las ovejas, David empleaba el caramillo de pastor, hecho de las cañas huecas que crecían al borde de los arroyos y en las zonas bajas pantanosas. O también utilizaba el *challil*, al que tenía asimismo gran afición. Hecho de un pedazo ahuecado de madera y tallado en forma que se pudiera ajustar a la mano, emitía unos sonidos dulces y gratos cuando el músico soplaba en él.

David saltaba ágilmente de peña en peña, con la vista alerta fija en las huellas de sangre que denunciaban por donde había arrastrado el chacal a su víctima, aunque debía de tener sumo cuidado en no pisar dichas manchas, pues la sangre era una fuente de contaminación de la que se debía huir. Estaba

seguro de que le era posible caminar más rápido que el chacal, que tenía que arrastrar a su víctima, cuyo peso, aun tratándose de un corderillo, era excesivo para poder ser llevado en la boca por el veterano malhechor.

A David no le preocupaba lo que Isaí, su padre, pudiera decir cuando le informara acerca de esta nueva pérdida. Él siempre había sido cuidadoso en la vigilancia del rebaño y perdía menos corderos que cualquier otro pastor de la región. Además, los chacales constituían un riesgo con el que los pastores de Belén no tenían más remedio que enfrentarse, un riesgo al que temían tanto como a los *filisteos*, esos chacales humanos que merodeaban por el país formando bandas dedicadas al pillaje y que solían caer sobre los caseríos y aldeas que encontrasen indefensos.

Desde que el profeta Samuel consagrara a Saúl, hijo de Kish, unos años antes, como rey de las tribus tanto septentrionales como meridionales, en Gilgal, cerca del río Jordán, los *filisteos* de las cinco ciudades, Gath, Ekron, Ashkelon, Ashdod y Gaza les tenían sometidos al pago de tributos. No obstante en Belén seguía una guarnición de *filisteos*, así como en Beth-shan, sita algo más al Norte, y en Mich-mash y en Geba. En todas estas ciudades un *mesibim* estaba encargado del cobro de los impuestos, que a los orgullosos hijos de Israel les repugnaba pagar como signo de sometimiento a un señor extranjero.

Los *filisteos* destruyeron el antiguo santuario de Shiloh, y aunque el profeta Samuel residía en Ramah, a no mucha distancia de allí, a los israelitas no les quedaba lugar alguno que pudieran mirar como residencia terrena de Jehová, su Dios. David era demasiado joven para poder acordarse de aquellos días una vez al año, en que todas las familias de Israel esperaban hacer un viaje a Shiloh, para celebrar la gran fiesta en acción de gracias por haber recogido una nueva cosecha en las viñas y en los campos que cubrían las laderas de las colinas. Pero había permanecido muchas noches sentado al calor del hogar escuchando como Obed, su anciano y decrépito abuelo, le relataba con temblorosa voz las gloriosas historias del pasado de Israel.

Eran los días de los *shophetim* o jueces, cuando las tribus solían guerrear entre sí. Y solamente cuando surgía un gran caudillo, unía el pueblo sus fuerzas en cantidad suficiente para arrojar al opresor del país. Porque los hombres de Israel, aunque orgullosamente independientes, habían acabado por darse cuenta de que sólo uniendo sus fuerzas en la defensa común les sería posible sobrevivir en una tierra que en gran parte dominaban los *filisteos*. Por aquel entonces, éstos les prohibieron que trabajaran el hierro. El oficio de herrero quedó eliminado del país, excepto en el Sur, donde los

kenitas eran, desde los tiempos de Moisés, expertos fundidores de cobre y bronce.

Isaí, padre de David, fue uno de los dignatarios de Judea que eligió a Saúl como rey, que lo fue primero de las tribus del Sur y más tarde de todo Israel. Arrobado escuchaba el muchacho como le contaba su padre las ceremonias que tuvieron lugar en Mizpeh y en Gigal con motivo de la coronación de Saúl y de las gloriosas victorias del hijo de Kish contra los *filisteos*, por las que se ganó la adoración de todo Israel, convirtiéndose en uno de sus mayores héroes.

Para David era Saúl todavía más grande que Gedeón, que con trescientos hombres escogidos derrotó a los *medianitas* en un ataque nocturno en el valle de Jezreel, situado a algunas jornadas de camino al Norte. El joven no se sentía, como lo hacían ahora sus mayores, llenarse de recelo ante la incapacidad del rey para unir en una sola nación poderosa a todas las tribus contendientes.

Al llegar cerca de la cumbre de una de las más altas colmas, el caminar de David se hizo mucho más penoso. El paisaje lo formaban ahora rocas llenas de aristas, y manchas oscuras marcaban entre las masas pétreas la entrada de profundas cavernas en las cuales solían buscar oculto cobijo tanto los seres humanos como las bestias que se dedicaban al merodeo.

La mano izquierda de David se atesaba ahora en la honda, mientras colocaba en ella la piedra que serviría de proyectil. Había aprendido a servirse del arma por un *benjaminita* que estuvo de pastor a las órdenes de su padre, pues los honderos de Benjamín eran los más diestros entre todas las tribus en su manejo. Durante las largas horas que pasaba al cuidado del rebaño, cuando no cantaba al compás del arpa o soñaba, como todos los muchachos acostumbraban a hacer, con batallas en las que él figuraba como el héroe, David se perfeccionaba en su destreza en el uso de la honda de los pastores. Ahora podía dar en un blanco que se encontrara a una distancia de den codos y guiar al rebaño hacia los pastos o sacarle de ellos arrojando piedras a su lado.

Un gruñido de advertencia hizo que David se detuviese, tensos todos los músculos de su cuerpo en la ansiedad de la espera. Ahora llegaba hasta él la tufarada de la guarida del chacal y se arrastró hacia delante, asiendo con su mano derecha las cuerdas de la honda. A la vez que el fétido olor del animal, su olfato percibía el dulce y desagradable de la sangre fresca derramada por el corderillo.

Dando un rodeo a un saledizo roquedal, se detuvo David, en tanto que sus ojos escudriñaban las rocosas guaridas que se abrían en la cúspide de la colina. Hada el Este, las montañas de Moab formaban una aserrada línea purpúrea bajo el sol de la mañana. A los pies de la colina donde se encontraba, podía ver la superficie, de un azul plomizo, del mar Salado, llamado también mar Muerto, que separaba a Judea de las tierras de Moab. Desde muy lejos llegaban a su oído las voces de las mujeres que trabajaban en los viñedos y en los jardines que salpicaban las laderas de las colinas, pero al seguir avanzando y llegar a la cumbre, no se percibía otro rumor que el susurro del viento y el de su propia respiración al pasar a través de su nariz.

El gruñido de advertencia se había convertido ahora en un murmullo amenazador. David pudo darse cuenta del lugar de donde procedía, una abertura en las rocas que marcaba la entrada del antro del animal. Empezó a sentir una creciente excitación, una rara palpitación que identificó como el latido de su propia sangre en su oído. Aunque se había dedicado en otras ocasiones a la caza de chacales, nunca le fue posible descubrir el lugar donde se guarecían. Ahora que por fin lo había logrado, la línea del combate quedaba bien determinada y era imposible pensar en retroceder.

Sin quitar la vista de la sombra oscura que señalaba el interior de la cueva del chacal, David se agachó y cogiendo una piedra la arrojó con un movimiento semicircular de su brazo, hada la caverna, en cuyo interior desapareció, denunciando el rugido que oyó, que el proyectil había dado en el blanco. Con los ojos fijos en la abertura, asió otra piedra y la arrojó también al interior. El gruñido del chacal se hizo entonces más profundo y David advirtió un súbito rebullir en las sombras, como si algo en ellas se preparara a saltar. Al tirar la tercera piedra, y tal como esperaba, apareció de un salto el enfurecido animal, dispuesto a arremeter contra el ser humano que osaba seguirle hasta su guarida.

David esperaba ansiosamente que tal cosa ocurriera, pero al ver el tamaño del animal, sus descubiertos colmillos y el hocico rezumando sangre, no pudo por menos de sufrir un sobresalto. Durante un instante se quedó inmóvil, paralizado por un súbito ataque de terror. El merodeador se encontraba ya a medio camino entre la cueva y el lugar lleno de rocas donde él se encontraba, cuando pudo por fin librarse de la parálisis que le dominaba y aprestar la honda.

La volteó una, dos veces, sobre su cabeza, dejándola luego ir y oyéndose un chasquido al abandonar la piedra su asiento. Ya no tendría tiempo de poner en la honda un nuevo proyectil. Con la velocidad del relámpago tiró el arma y

asió el largo cuchillo que llevaba a la cintura. Aunque hecho de bronce —pues los *filisteos* destruían todas las armas de hierro que encontraban sobre sus súbditos israelitas, dando muerte a sus portadores— el cuchillo estaba tan afilado que David hubiera podido afeitarse con él si el vello suave que empezaba a cubrir sus mejillas hubiera tenido la reciedumbre de la barba de un hombre.

Cuchillo en mano pudo dominar David el impulso, poco menos que invencible que le dominaba de huir y se adelantó afirmándose para recibir el ataque de la fiera. Pero el arma le resultó innecesaria. La piedra, impulsada por el fuerte brazo del muchacho y por la terrible potencia de la honda, había herido al animal entre los dos ojos. Al intentar dar el salto para caer sobre él, todos los músculos del cuerpo del chacal se aflojaron y cayó sobre el suelo pedregoso casi a los pies de David, el cual no tuvo que hacer otra cosa que dar un paso hacia delante y degollar al animal con el cuchillo.

Lleno de júbilo, dio un salto hacia atrás para evitar el chorro de cálida sangre roja que brotó de la garganta del chacal y profirió un grito salvaje de entusiasmo. Había realizado una hazaña de la cual cualquier hombre hecho y derecho podría haberse sentido orgulloso durante el resto de sus días, un episodio digno de ser relatado años y años al resplandor de las hogueras de los campamentos. Sintió que nacía dentro de él una tremenda sensación de poderío y se puso de nuevo a gritar en alta voz, como si quisiera dar a conocer al mundo entero que al acabar con el chacal al que los pastores de Belén habían en vano tratado de dar caza durante muchos años, había cruzado la línea de demarcación que separaba la adolescencia de la virilidad.

Físicamente no era David todavía sino un muchacho. El vello de sus mejillas tardaría aún un año o más en convertirse en la barba de un hombre. Su cuerpo era larguirucho y sus piernas, excesivamente desarrolladas en relación con el torso, le daban la grada torpe de un mozalbete. Pero su corazón había sido puesto a prueba bajo el temple del fuego de un súbito peligro y de un miedo sobrecogedor, de los que salió más fuerte que antes, como sale el hierro templado de la fragua del herrero. Aunque muy joven todavía, se había enfrentado con un enemigo del hombre, al que acababa de derrotar. Nadie podría arrebatarle la gloria de esta hazaña.

Volvió de nuevo a gritar inundado de júbilo, y como las canciones no estaban nunca lejos de sus labios, el orgullo que bullía en su interior halló natural expresión en las estrofas de un poema triunfal, una poesía a la que faltaba solamente el acompañamiento de las cuerdas del arpa que había

dejado atrás, en el lugar donde las ovejas se encontraban pastando, para convertirse en un cántico triunfal de victoria y de alabanza a Dios:

Bendito sea el Señor, que es mi fuerza,
Que entrena mis manos para la guerra
Y mis dedos para la lucha.
Él es mi roca, mi sostén,
Mi fortaleza y mi libertador.
Es mi escudo y tras Él me acojo.

¡Reverénciente, oh, Señor, los cielos y de ellos desciende!
¡Toca con tus manos las humeantes montañas!
¡Emite tu relámpago que hará dispersar a mis enemigos!
¡Extendiendo tu mano desde lo alto,
Lanza tus flechas y derrótales!
¡Cantaré, Oh Dios, un nuevo cántico en tu honor,

Que acompañaré con un arpa de diez cuerdas,
Tú que das la victoria a los reyes
Y que proteges a David, tu servidor!
¡Feliz el pueblo sobre el que caen tales bendiciones!
¡Feliz el pueblo cuyo Dios es el Señor!

CAPÍTULO II

Te enviaré a Isaí de Belén: porque de sus hijos me he provisto de rey.

Samuel I—16:1

Los restos del chacal pesaban mucho para que pudiera arrastrarlos montaña abajo; pero David no pensaba descender sin llevarse alguna prueba de su hazaña. Sabía que sus hermanos no aceptarían nunca el relato que pudiera hacerles de lo ocurrido; más de una vez le habían acusado de embustero, a causa de la facundia de sus palabras, que le hacían a veces pintar los acontecimientos con colores más vivos que los que ellos empleaban. Procedió a cortar con su cuchillo de bronce la cabeza y manos del animal, a la manera que los guerreros de aquellos tiempos solían hacer con las de sus víctimas, a guisa de trofeos transportables de sus hazañas. Después se lanzó monte abajo alegremente, viendo con la imaginación las escenas de su cacería y cómo la contaría aquella noche en su casa.

Al acercarse al prado donde pastaban las ovejas. David avistó a Eliab, su hermano mayor. Deseando sorprenderle con su proeza, ocultó detrás de la espalda, al aproximarse, los trofeos del chacal.

—¡Qué clase de pastor eres! —le gritó, enfada dado, Eliab en cuanto David se puso al alcance de su voz—. ¿Es ésta la manera que tienes de cuidar del rebaño?

—Vino un chacal y se llevó uno de los corderos —explicó David— y yo marché tras él.

—¿Se trataba acaso de aquel de hocico blanquecino que hace algunas semanas robó otro corderillo?

—Sí.

—Los chacales viejos son peligrosos si se les acorrala. Antes de que vuelva al Ejército organizaremos una cacería para hacer que salga de las rocas y poder así darle muerte.

—No necesitas molestarte sobre el particular.

David mostró entonces la cabeza y las manos del animal.

—Le seguí hasta su escondrijo, del que le obligué a salir para darle muerte.

Eliab contempló admirado la sangre que manchaba el cuchillo de David.

—¿Con un cuchillo de bronce?

—Le di primero entre los ojos con una piedra —manifestó David, a tiempo que mostraba la honda— y cuando cayó le rebané el pescuezo.

—Ha debido ser una cosa peligrosa. No debiste haberla llevado a cabo solo.

—También se trataba de un solo chacal —replicó David encogiéndose de hombros— y a ti mismo te he oído contar más de una vez que luchaste contra varios *filisteos* al mismo tiempo y los pudiste vencer a todos.

—Es diferente. Hace tiempo que soy soldado y estoy entrenado en el manejo de las armas, en tanto que tú…

Eliab se detuvo y se aproximó a David para examinarle más de cerca.

—Has crecido mucho desde que te vi por última vez —hubo de reconocer —. Tienes casi la altura de un hombre y no te falta mucho para alcanzar su misma anchura.

—Pronto lo conseguiré —dijo David lleno de seguridad—. Llegará el día en que seré tan fuerte como tú.

—Si ésa es la voluntad de Dios. Nuestro padre me ha dicho que desea que vayas a casa. Yo me encargaré de cuidar del rebaño hasta tu regreso.

Aunque David estaba ansioso de volver a su casa para enseñar sus trofeos, no podía hallar el motivo de que le llamaran a mitad del día.

—¿Para qué me quiere? —preguntó a su hermano.

—No lo sé. El profeta Samuel está en nuestra casa. Tal vez quiera que le cantes algunas de tus canciones.

David cogió la lira que dejara escondida entre las rocas.

—Volveré lo más pronto que pueda —prometió.

—A ver si es verdad, porque no es propio de un guerrero del ejército de Saúl dedicarse a cuidar borregos en la ladera de una colina.

El nombre de Belén significa «Casa del Pan», apelativo que la ciudad recibió desde sus primeros días a causa de la fertilidad de las tierras que la rodean. La región era agradable y próspera y eran muy pocos los que carecían de lo suficiente para comer y beber. Construida sobre dos eminencias, con un lomo o caballo entre ambas, se alzaba Belén casi a la misma altura que la fortaleza jebusea de Jerusalén, sita a dos horas de camino en dirección Norte. Hacia este lado y hacia el Sur, las cuestas para ascender hasta la ciudad eran bastante empinadas, pero no así en dirección Este en que las laderas se suavizaban hasta convertirse en una llanura. Aquí era donde existían ricos

campos de cereales, verdes pastos y bancales superpuestos cubiertos de viñedos.

Aunque no era Belén una ciudad que pudiera considerarse como muy fortificada, su situación en una masa rocosa en forma de cuña, le daba ciertas ventajas defensivas. Durante los varios siglos que los hebreos se encontraron en posesión de la mayor parte de la región de Canaán, los habitantes de Jerusalén no les molestaron para nada, viniendo todos sus disturbios del Oeste, por culpa de los *filisteos*, que utilizaban los valles que cortaban las tierras altas centrales de Judea como carreteras para sus incursiones contra las zonas interiores y las tierras fértiles del valle del Jordán.

Aunque iba presuroso en dirección a su casa, David no podía por menos de detenerse de vez en cuando a fin de relatar a los amigos con los que se encontraba el episodio de la victoria sobre el chacal, y si la repetición del mismo podía resultar algo pesada, no dejaba de ser una cosa natural en un muchacho de su edad.

Al llegar a las puertas de la ciudad, se encontró con tres de sus mejores amigos, sus primos Joab, Abishai y Asahel, con los que se había criado, ido a la escuela y jugado a hacer la guerra. La inteligencia viva de David le hizo descollar rápidamente en las lecciones que recibieran; pero los anchos hombros y la fuerte constitución de Joab hacían que fuera éste el que triunfara en juegos de fuerza, mientras que los ágiles pies de Asahel eran los que motivaban que llegara el primero a la meta cuando se trataba de disputar una carrera.

En el pozo que existía en las inmediaciones, cuyas aguas encontraba David dulces como ninguna cuando regresaba de apacentar el rebaño en las herbosas tierras altas o de jugar a la guerra con sus amigos, se encontraba cuchicheando un grupo de muchachas. Al ver llegar al joven se dieron con el codo, admirando su esbelta apostura, pero cuando sacó de detrás de la espalda los sangrientos despojos del chacal, echaron a correr gritando llenas de alborozo delante de él y haciendo que los que pasaban descubrieran la causa de su emoción y admirasen a su vez la proeza del cazador.

Corriendo ágilmente por las estrechas callejuelas y tarareando las endechas del himno que acababa de componer, ascendió David por la eminencia al final de la cual se encontraba la casa de su padre, en la parte alta de la ciudad.

La casa de Isaí, a diferencia de la mayoría, hechas de adobes y expuestas a la erosión causada por las lluvias primaverales y a que se derrumbaran sobre sus moradores, era de piedras sin desbastar unidas con argamasa. Como su

padre Obed, y su abuelo Boaz, Isaí era hombre de recursos. Sus ocho hermosos hijos de los que David era el menor, constituían el orgullo de su vejez.

La casa de Isaí era de dos pisos, con una escalera hecha de bloques de piedra que conducía hasta la azotea por la pared exterior. La azotea estaba construida con vigas de cedro, recubierta de tablones de madera, sobre los que iban colocadas las baldosas, formando el todo un sólido conjunto sobre el que solía dormir a menudo la familia durante los grandes calores veraniegos, como era costumbre en la localidad.

Las casas de esta parte de la ciudad se tocaban unas a otras y a veces tenían muros comunes, de manera que a David le era posible ir a visitar a sus amigos en los grandes crepúsculos invernales saltando de azotea en azotea, siguiendo lo que era popularmente conocido con el nombre de «Camino de los Tejados».

La parte principal de la casa rodeaba un patio abierto, al que proporcionaban sombra las extendidas ramas de un terebinto de grandes dimensiones. A un lado había una cisterna cubierta de losas enlucidas, en la cual era recogida el agua que caía de la azotea durante la época de las lluvias. En otros tiempos estaba llena de grandes cántaros y ollas que las hermanas de David y las sirvientas de la casa llevaban cada mañana a llenar al pozo de la entrada de la ciudad.

Isaí se encontraba sentado en un banco bajo la sombra del terebinto y a su lado había un hombre alto de flotante barba gris y cabellos cortados a la manera nazarena, que era como se llamaba a los que se consagraban por entero al servicio del Señor. El visitante no iba vestido con lujo, antes bien, la calidad de la tela de su traje era inferior a la del dueño de la casa, y sus sandalias, hechas de cuero ordinario, mostraban el desgaste de largas caminatas. Pese a su aspecto exterior, se dio cuenta David que se trataba de un hombre lleno de orgullo y de energía, que se reflejaban en sus ojos profundamente hundidos en sus cuencas y en las múltiples arrugas de su rostro.

Todo Israel conocía la historia del profeta Samuel, que al correr de los años se convirtió en una verdadera leyenda. Se decía que su madre, entristecida por no haber tenido hijos, oró en el antiguo santuario de Shiloh, mucho antes de que los *filisteos* lo destruyeran, pidiendo tener un hijo varón y prometiendo como agradecimiento, que si esto ocurría le dedicaría desde su nacimiento al servicio de Dios.

Durante los años de su niñez, Samuel sirvió de acólito al anciano sumo sacerdote Eli, en el santuario de Shiloh, en cumplimiento de la promesa de su madre. Una noche, cuando se encontraba allí descansando de su servicio en el altar, oyó una voz que le llamaba para que se pusiera a las órdenes de Dios. Como portavoz del Señor en Israel, Samuel nunca flaqueó, incluso en los tiempos de disturbios en que los *filisteos* se apoderaron del Arca de la Alianza símbolo de la presencia de Dios. Por profanar el preciado símbolo de la fe de Israel, los *filisteos* se vieron castigados por plagas y pestilencias, hasta que lo enviaron desde su territorio, primero a Beth-shemest y después a Kirjath-jearim donde permanecía. Bajo la dirección de Samuel como profeta y juez, los israelitas arrojaron a los *filisteos* de una buena posición que ocupaban en las tierras altas, reclamando las ciudades tomadas en ellas por el enemigo.

Solamente al envejecer Samuel y al advertir el pueblo que los hijos de éste, Joel y Abiah no eran dignos de confianza como jueces, se enfrentaron, contrariados, los israelitas con la realidad de que cuando muriera el anciano profeta se quedarían sin guía que los condujera. Y en una reunión que tuvo lugar en Marah, rogaron a Samuel que eligiera un rey como caudillo de todo el pueblo, a la manera que él lo estaba siendo. No sin ciertos escrúpulos, temeroso de que el nombramiento de un gobernante temporal y no un profeta de Dios pudiera llevar aflicción a su pueblo Samuel consagró como rey a un *benjaminita*, a Saúl, hijo de Kish.

En los primeros momentos a todos les pareció la elección acertada. Saúl era alto, arrogante y fuerte y majestuosos sus ademanes en todos los momentos. Además, por proceder de una de las tribus, aunque de las más pequeñas, de las más belicosas, nadie podría acusar al profeta de favorecer a una sobre otra por interés o por recomendación. No obstante, para nadie fue un secreto que desde el principio nació el desacuerdo entre Samuel y Saúl.

Saúl era un hombre de acción, soldado primero y después sacerdote, mientras que Samuel soñaba que Israel fuera solamente guiado por la voz de Dios, como antaño ocurriera. Posteriormente, el abismo que les separaba se hizo más profundo entre el rey y el hombre que lo había elegido al permanecer Samuel en su antigua casa de Ramah mientras que Saúl se escondía a veces en su palacio de Gibeah, al norte de Jerusalén, afectado por uno de aquellos ataques de depresión y melancolía, que constituían su signo más ostensible de debilidad.

—Has tardado mucho en llegar, David —le dijo Isaí al joven, cuando éste entró en el patio donde se encontraban los dos ancianos—. No es cortés hacer que un huésped esté esperando.

—Fui tras un chacal que había robado un cordero —explicó David, a tiempo de que se inclinaba cortés— mente ante el visitante.

—¿Y diste con él?

La voz de Samuel, que fue quien pronunció estas palabras, era profunda y David siempre pensaba al oírla que la voz de Dios sería semejante a ella si algún día le hablara desde una zarza ardiente, como habló a Moisés en el monte Sinaí.

—Sí, mi señor Samuel.

Y al decirlo, David sacó de detrás de la espalda la cabeza y las dos manos del animal.

—Seguí sus huellas hasta su guarida y le maté. He aquí las pruebas.

—¡Por las tiendas de Israel! —exclamó Isaí—. ¡En verdad que se trata de una hazaña de cierta importancia! Desde hacía mucho tiempo tratábamos inútilmente de dar caza a ese animal.

Ante los elogios de su padre, David se sintió inundado por un cálido sentimiento de orgullo. Por ser el más pequeño de los hijos siempre parecía encontrarse al pie de la escalera, sin muchas probabilidades de poner el pie en el primer peldaño.

—¿Es éste tu hijo menor? —le preguntó Samuel a Isaí.

—Sí. A los otros ya los conocéis.

—Acércate, hijo mío —le ordenó el viejo profeta—, déjame que te vea con más claridad.

David se aproximó y permaneció en pie ante el anciano, no pudiendo comprender la razón de que Samuel le sometiera a tan riguroso examen. En realidad, bajo la mirada penetrante del profeta experimentaba la extraña sensación de que le escudriñaban el alma y que sus más íntimos pensamientos quedaban al descubierto. Durante largo rato reinó el silencio; después, habló Samuel.

—Éste es el elegido por el señor —dijo—. Llama a toda tu familia, Isaí, porque le voy a ungir.

Rápidamente fue congregándose el resto de la familia, en tanto que David, sin darse todavía cuenta exacta de lo que ocurría, seguía en pie ante el viejo profeta. Cuando todos estuvieron en el patio, con excepción de Eliab que se encontraba cuidando del rebaño Samuel sacó de sus vestiduras un pequeño cuerno lleno de aceite y quitándole el tapón vertió el contenido sobre la cabeza de David, empapando con él la rizosa cabellera del muchacho.

—Procedo a ungirte, hijo mío, David, en nombre del Altísimo —dijo Samuel recitando las sagradas palabras de ritual para una ocasión semejante —. Que el espíritu del Señor esté siempre contigo y te proteja en todas las adversidades. Y le sirvas tú al Altísimo para siempre.

La ceremonia de ungir con aceite se llevaba significativamente a cabo al llegar el hombre a cierto punto crucial de su vida y, por ello, lo que creyó David era que se trataba de celebrar su salida de la adolescencia y su entrada en la edad viril. Fue más tarde cuando se dio cuenta del significado de la ceremonia.

CAPÍTULO III

Y el espíritu del Señor se apartó de Saúl, y atormentábale el espíritu malo de parte del Señor.

Samuel I—16:14

El alma del rey de Israel estaba profundamente turbada, pero la razón de que así ocurriera se encontraba en algo en lo que no quería creer.

Siendo un hombre práctico, Saúl se dijo que no era posible creer en los rumores —que cuidadosamente se le ocultaron y que por consiguiente tenían más probabilidades de llegar hasta sus oídos— según los cuales Samuel había ungido a otro rey de Israel. Pero en lo más profundo de su corazón no podía por menos de recordar las circunstancias bajo las cuales fue el elegido por Samuel y el hecho de que no le descubriera al pueblo como rey hasta no llevar a cabo la gran hazaña militar de levantar el cerco de la ciudad sitiada de Jabesh-gilead y ser aclamado como un héroe.

Con el Ejército a su lado y con Israel fuera de peligro, por lo menos dentro de un futuro inmediato, de las depredaciones de los reyes *filisteos*, Saúl podía estar tranquilo, apoyándose en el hecho de que era cien veces más fuerte que lo pudiera ser Samuel. A decir verdad, los espías que tenía en Ramah le aseguraban que el anciano profeta estaba cada vez más débil a causa del paso de los años y que apenas se atrevía, salvo ocasionalmente, a salir para ir a visitar a sus viejos amigos, tales como Isaí de Belén.

Si la cosa hubiera de resolverse en una lucha entre él y Samuel, estaba seguro de que una parte abrumadora del pueblo se pondría a su lado. Pero antes había ganado una importante victoria sobre los *amalecitas*, cogiendo prisionero a su rey, Agag, al que retenía esperando que le pagaran por él un fuerte rescate. Los *amalecitas* se opusieron en su día a que los hijos de Israel entraran en Canaán, cuando vinieron del Sur en su huida de Egipto, obligándoles a dar un largo y penoso rodeo por el Este. Pero esto había ocurrido hacia varios siglos, y ni Saúl ni el pueblo podían comprender por qué pesaba todavía sobre ellos la maldición del *herem*, según la cual todas las cosas vivas que se tomen a un enemigo vencido deben de ser destruidas junto a todas sus posesiones, tal como se practicaba en tiempos de Josué. Parecía mucho más razonable sacrificar el ganado del enemigo para la celebración de

un gran festín de victoria y utilizarse el rescate que se pagaría por el rey Agag en construir fortificaciones más fuertes en Gibeah, la capital de Saúl.

—Bendito seáis en el Señor —le dijo Saúl a Samuel, saludándole lleno de alborozo al ver llegar al profeta a Gilgal, donde el rey había ordenado que tuviera lugar una fiesta para conmemorar la victoria sobre los *amalecitas*—. He cumplido lo que el Señor ordena.

Pero Samuel no se dejaba convencer con facilidad.

—¿Qué significan esos balidos de ovejas y esos mugidos de bueyes que llegan hasta mis oídos? —preguntó severamente.

Raúl recordó demasiado tarde la maldición que Dios había dejado caer sobre los *amalecitas* y la obligación que él tenía, como ungido del Señor, de llevarla a cabo. Con la emoción de la lucha, la embriaguez de la victoria y la satisfacción de haber capturado un rey cuyo rescate habría de ser grande, todo lo demás se le había olvidado.

—Han traído las ovejas y los bueyes para sacrificarlos al Señor, nuestro Dios —balbuceó torpemente.

Para el viejo profeta, que había coronado con sus propias manos a Saúl como rey, aquellas palabras denunciaban una gran debilidad. Las victorias las ganaba Samuel sirviendo al Señor en todo, juzgando al pueblo con sabiduría y enviándole a combatir cuando sabía que Dios le daría la victoria. Para Saúl, sin embargo, el Señor de los Ejércitos no era un dios personal que guiara cada una de las acciones, sino la deidad vengativa y a menudo irascible de Samuel con la que no se había encontrado nunca en verdadera comunión para que le permitiera gobernar a su pueblo en calidad de dispensador de la voluntad divina.

—¿Qué es más grato al Señor, que se le quemen ofrendas y se le hagan sacrificios o que se obedezcan los dictados de su voz? —preguntó Samuel—. Obedecer es mejor que sacrificar y escuchar mejor que devorar el sebo de los moruecos. La rebelión es tan pecado como la hechicería y la obstinación tan mala como la iniquidad y la idolatría. Puesto que habéis rechazado la palabra del Señor él también os rechaza como rey.

Estas palabras levantaron la ira dentro de Saúl contra el viejo profeta al ver que le trataba delante de su pueblo como si fuera solamente un niño al que se le echa una reprimenda.

—He pecado transgrediendo el mandamiento de Dios y vuestra palabra —acabó por reconocer—. Pero si obré así fue porque temía al pueblo y obedecí su voz. Os ruego que perdonéis mi pecado y me ayudéis a que pueda seguir adorando al Señor.

—El Señor os ha quitado ya el reino de Israel y se lo ha dado a un vecino vuestro que tiene mejores cualidades que vos. En lo sucesivo será la fuerza de Israel y no mentirá para tener luego que arrepentirse.

Saúl trató aún de hacer las paces, dándose cuenta del efecto que la noticia causaría tanto en la nación como en el Ejército.

—He pecado —dijo—, pero os pido que me respetéis ante los dignatarios del pueblo y me ayudéis de nuevo para que pueda reverenciar al Señor.

Samuel sentía solamente lástima hacia el hombre que había defraudado tanto a Dios como a él, cosa que ya temiera que ocurriera años atrás, cuando, cediendo a los deseos del pueblo, coronó como rey a un héroe nacional. Samuel sabía que le sería imposible ayudar a Saúl. La voz del Señor se había manifestado suficientemente clara para saber que ante Él el hijo de Kish había fracasado por completo como conductor del pueblo. Pero Dios no decretó que Israel muriera, y de momento le pareció oportuno a Samuel que Saúl continuara siendo cabeza de la nación, pues desde ese puesto podría todavía inspirar entusiasmo a aquellos que combatían contra los enemigos tradicionales, que ya se estaban reagrupando para volver al ataque.

—Rezaré por vos —dijo finalmente Samuel al rey penitente—. Ahora salgamos juntos.

Fueron al antiguo santuario de Gilgal y sobre el altar sacrosanto hecho con doce piedras extraídas del lecho seco del Jordán al cruzarlo los hijos de Israel guiados por Josué, se realizaron los sacrificios rituales por parte de Samuel, quien oró por última vez con Saúl. Pero no había terminado todavía de castigar a éste. Al terminar la ceremonia ordenó Samuel que condujeran a Agag a su presencia.

El rey de los *amalecitas* llegó encadenado, pero en su aspecto no denunciaba hallarse atemorizado, pues sabía cuánto deseaba Saúl el rescate que su pueblo pagaría gustoso por él. Pero al ver a Samuel, la confianza empezó a abandonarle, porque desde hacía muchos años ambos eran enemigos y sabía cuán severo e implacable era el profeta.

—Indudablemente podemos dar por terminada la amargura de nuestras antiguas querellas —le dijo a Samuel tratando de congraciarse con él, pero sus palabras no hallaron contestación cordial alguna.

—De la misma manera que vuestra espada ha dejado a tantas madres sin hijos, la vuestra va a quedarse entre las demás mujeres sin el vuestro —dijo el viejo profeta con aspereza.

Y volviéndose, sacó de su vaina la pesada espada de hierro de Saúl, reliquia recuerdo de una victoria anterior sobre los *filisteos*, y después de voltearla con las dos manos, de un solo golpe segó la cabeza del rey de los *amalecitas*.

Más tarde, a solas en su cámara de Gibeah, culpaba a sus anchas a Samuel, más que a sí mismo, de todos los contratiempos que caían sobre él. Si el profeta no hubiese ido a Gilgal aquel día, el pueblo se habría regalado devorando el ganado amalecita. Sus bolsas de guardar dinero estarían llenas del oro de éstos y podrían comprar una verdadera fortuna en joyas a los propietarios de las caravanas que diariamente transitaban por el camino, entre los próximos vados del Jordán y las ciudades costeras. Lo que sin embargo más le apesadumbraba era que hubiese defraudado a Israel como rey.

Porque Saúl se daba cuenta vagamente que el verdadero caudillo de un pueblo debe de ser algo más que un guerrero que sirve de inspiración para entrar en combate. Los períodos de paz entre las guerras con los *filisteos* se habían hecho cada vez más largos al afirmarse su fuerza militar obligando a los enemigos a mostrarse más cautos ante su potencia. En tales tiempos de paz lo que la nación necesitaba era un jefe que personificara un ideal que mantuviera a todos tan unidos como cuando sentían la emoción de la batalla en tiempos de guerra. Un hombre semejante, empezaba a sospechar ahora, debía de tener muchos de los atributos de un dios, los cuales solamente podía aspirar a ganar por favor divino.

Si se hubiera entretenido en examinar las crónicas antiguas, Saúl habría descubierto que Dios había dado a Israel la victoria o la derrota según que el pueblo y sus gobernantes le hubieran obedecido o no, sin extraviarse siguiendo los falsos dioses de Canaán y Filistea. Más de una vez en la historia de Israel se permitió que un opresor esclavizara al pueblo para hacer que éste volviera al cumplimiento de sus obligaciones hacia la deidad que habló a Moisés desde la zarza ardiente y que le guió en el largo viaje que hubo de emprender para librarse del yugo de Egipto.

Ahora que sus caminos empezaban a separarse de una manera ostensible, le pareció a Saúl que cuando él y Samuel empezaron realmente a discrepar fue en cierta ocasión no mucho después que le ungiera como rey. Había estado esperando en Gilgal la llegada de Samuel para que éste realizara los sacrificios de ritual, invocando el favor de Dios para la batalla que poco después iba a librarse contra los *filisteos*. Samuel se retrasó, lo que provocó la impaciencia de Saúl. Finalmente, temeroso de que los efectivos de sus ejércitos disminuyeran a causa de las deserciones que en ellos se producían

diariamente, realizó él mismo los sacrificios. Era lo que creía que procedía hacer dadas las circunstancias, pero ahora Saúl no podía escaparse al convencimiento de que algo había fallado en una prueba crucial, una prueba que decidiría si era o no el rey cuyas obras le hacían digno de gobernar la nación durante los años venideros.

Sintiendo una repentina opresión que le era imposible resistir bajo el peso de sus pensamientos y de su culpa, Saúl fue hasta la puerta de su cámara y la abrió de par en par. La brisa nocturna refrescaba un tanto su rostro agitado, porque la fortaleza se levantaba sobre una eminencia casi tan alta como la de Jerusalén, que se encontraba a corta distancia hacia el Sur y el viento refrescaba mucho al ponerse el sol. Desde aquella altura era visible buena parte de la tierra que estaba bajo su dominio, y al contemplarla Saúl podía decir en apoyo de su manera de obrar, que desde los territorios salvajes de Shur, en la región desértica de Néguev, situada en la parte meridional del país, hasta un punto del Norte tan lejos como eran los nuevos territorios arrancados para sí por los Hijos de Dan, donde el río Jordán brotaba del suelo en forma de gran manantial, más allá del bello lago llamado Chinnereth, no existía israelita alguno que sufriera esclavitud alguna por parte de sus enemigos.

La mayor parte de las ocupaciones habían sido realizadas por los ejércitos bajo su mando, por lo que resultaba difícil tener que soportar el hecho de que Jonatán, su hijo, el guerrero más valiente de todo Israel, no pudiera sentarse en el trono de su padre simplemente por el hecho que éste no hubiese sido a la vez un profeta que interpretase la voluntad de Dios y un soldado que entrase en combate.

Una ira violenta empezó a tomar pábulo en su interior, una ira que iba contra Samuel, contra su propio destino e incluso contra Dios. Levantando sus ojos a la bóveda del firmamento tachonada de estrellas, empezó a lanzar maldiciones a gritos una y otra vez, hasta que el patio del palacio se llenó de tan desaforadas voces y los soldados empezaron a salir dando traspiés de su acuartelamiento, colocándose las armaduras y aprestando las armas mientras corrían.

Pero al llegar al patio no vieron otra cosa que la figura del rey, en pie sobre la balconada que se abría al lado de la puerta de su cámara lanzando airadas imprecaciones contra los cielos. Y moviendo tristemente la cabeza, porque ya no podían por menos de comprender que su rey era un verdadero demente, regresaron en silencio a sus dormitorios.

Durante estas explosiones de rabia, solamente Jethro, el criado personal de Saúl, era el que se atrevía a aproximarse a su amo. Los dos habían estado jimios desde el día ya lejano en que llegaron a la casa de Samuel, en Ramah, en busca de unas mulas que habían huido del lugar donde pacían y el profeta Samuel había ungido a Saúl proclamándole rey de Israel. Jethro le sirvió fielmente desde entonces y no abandonaba al rey en aquellos momentos de profunda melancolía y de insurrección.

—Un mal espíritu de Dios os está atormentando, mi señor —le dijo el criado tratando de apaciguarle—. ¿Por qué no envía a sus servidores para que vayan en busca de un hombre que es un hábil tañedor de arpa? Cuando ese mal espíritu os ataque él podría tocar su instrumento y os encontraríais mucho mejor.

—Ve tú en busca de ese hombre y tráelo a mi presencia —ordenó Saúl.

—He conocido en Belén al hijo de Isaí, que es el músico en cuestión. Toca el arpa divinamente y además tiene una presencia agradable.

—¿Cómo se llama?

—Se llama David, mi señor. Sus hermanos se encuentran entre los soldados y él algunas veces suele venir aquí para visitarles.

—Envía un mensaje a Isaí diciéndole que me mande a su hijo David.

—Será hecho como es vuestro deseo, mi señor —contestó Jethro.

Jethro no sabía que en aquellos momentos se convertía en un instrumento que obedecía los designios de Dios, que habían empezado a ser trazados el día en que Samuel realizó su visita a Belén y ungió al hijo menor de Isaí en el patio de la casa de éste.

CAPÍTULO IV

Y tomó Isaí un asno cargado de pan, y una vasija de vino, y un cabrito y enviólo a Saúl por mano de David, su hijo.

Samuel 1-16:20

David se encontraba en las colinas apacentando las ovejas cuando le llegó la noticia de que el rey Saúl reclamaba su presencia en Gibeah. Las pocas veces que visitó el campamento del Ejército en esta localidad, llevando comida, prendas de vestir y dinero para sus hermanos, habían constituido para él momentos de auténtica emoción, y mientras corría ahora monte abajó hacia Belén iba soñando en el día en que él también se ceñiría la armadura y tomaría la jabalina, la lanza, la espada de bronce, el arco con la aljaba llena de flechas con punta de bronce, el casco también de bronce y el redondo escudo que componían el armamento de los soldados de Israel en el campo.

David había probado con frecuencia las amas de sus hermanos, cuando éstos iban con permiso a su casa entre dos campañas contra los *filisteos*, los *amalecitas* o los *ammonitas* que vivían en los distritos montañosos del Este, más allá del Jordán. Era más delgado que sus hermanos y no estaba acostumbrado al manejo de las pesadas armas de éstos, así que cuando se incorporaban de nuevo al campamento, él volvía a su honda, en la cual era tan diestro como cualquiera de los «Hijos de Benjamín», como era llamada la tribu en la que se encontraban los mejores honderos de todo Israel.

No obstante, David crecía rápidamente, y mientras corría presuroso hacia su casa, respondiendo a la llamada de su padre, se atrevió a alimentar la esperanza de que quizá se le reclamaba en Gibeah, la ciudad de Saúl, para comenzar, como habían hecho sus hermanos, la instrucción para convertirse en un guerrero del Ejército. Se veía ya, en su imaginación desbordada, mandando las tropas en el campo de batalla o montando en un carro de guerra como a veces hacía el rey Saúl, repartiendo grandes mandobles con su espada contra los enemigos.

Isaí se encontró con su hijo menor en el patio, donde los criados ya estaban acomodando en la mula de carga panes recién cocidos, una vasija de vino y un tierno cabritillo con las patas debidamente atadas para impedir su huida.

—La mula se encuentra ya casi lista —le dijo Isaí—. Puedes partir en seguida.

—Voy a buscar mis armas —le contestó David—. Las tengo perfectamente afiladas y brillantes.

—No necesitas llevar arma alguna, como no sea la honda para ahuyentar a los osos y a los chacales que puedas encontrar en el camino de Gibeah. Y también, quizá, puedes llevarte tu cuchillo.

—¡Pero si el rey Saúl me ha llamado para servir en su ejército!

—¿Quién te ha dicho semejante cosa? Para lo que Saúl te necesita es solamente para que le toques la dulce música que sabes sacar de tu arpa y para que le cantes tus canciones.

—¡Yo un cantor de canciones! —exclamó David disgustado—. ¿Qué honor puede haber en dedicarse a semejante cosa?

—Mucho, si es que agradas al rey. Se dice que Saúl se ve asaltado por un mal espíritu y que a veces parece que ni se da cuenta de lo que hace. Conozco desde hace tiempo a su criado Jethro, quien en una ocasión que estuvo aquí te oyó cantar. Seguramente ha debido de hablar a Saúl de ti, porque me ha mandado a decir que tú podrías aliviar el torturado espíritu del rey con tu música y tus canciones.

Lentamente, casi a disgusto, fue David en busca de su arpa. Se trataba de un bello instrumento, hecho de madera de sándalo que había comprado con su propio dinero. Tenía el marco muy pulimentado, las cuerdas eran de tripa seca y retorcida y los extremos unidos a la caja de resonancia estaban exornados con taraceas de oro delgadas como el papel. No había arpa semejante en todo Belén y David la consideraba como la más preciada de todas las cosas que hasta entonces poseyera. Sin embargo, el rostro del joven mostró escaso entusiasmo al colocarla entré las pocas pertenencias que iba a llevarse a Gibeah. Su corazón había soñado con jugar un papel harto diferente, porque a pesar de su habilidad con el instrumento musical y en la composición de canciones, David era un muchacho dinámico y vigoroso, capaz de tenérselas tiesas con sus rudos compañeros de juegos, tales como Joab y Abishai en las diversiones marciales con que solían entretenerse en el pueblo.

—Si agradas al rey puede llegar a nombrarte su escudero —sugirió Isaí tratando de calmar algo el desengaño de su hijo— y entonces tendrías oportunidad de practicar con las armas de guerra.

El expresivo rostro de David se iluminó un tanto.

—Seguramente el rey no necesitará que le esté cantando sin parar —dijo —. Quizá disponga de tiempo para que Eliab me instruya en el manejo de las armas.

Y sintiéndose feliz ante semejante perspectiva, emprendió el camino hacia Gibeah, llevando del ronzal a la mula de carga.

Sobre una montaña situada al norte de Jerusalén, desde la que se podía contemplar la ciudad, David se detuvo para dar descanso al animal. Desde aquella distancia, Jerusalén, edificada sobre varias eminencias, con una fuerte y ancha muralla rodeándola y varias fuentes para proporcionarle el agua necesaria, parecía una ciudad inconquistable. David sabía que Saúl había pensado en más de una ocasión en atacarla, pero siempre desistió de hacerlo porque resultaba evidente que intentar tomar por asalto aquellos muros imponentes era tanto como un acto de suicidio por parte de los atacantes. Sin embargo, David recordó que Josué se apoderó de más de una fortaleza *canaanita* recurriendo a la astucia y pensó que podrían utilizarse tretas semejantes en el caso de Jerusalén.

En la base de la muralla brotaba un pequeño manantial, y David había advertido, después de pasarse muchas horas explorando las cuevas de las colinas de Belén, que tales fuentes señalaban a veces aberturas en la base rocosa de las mismas, aunque no podía advertir en el caso de Jerusalén que existiera semejante quebradura. Por último, cansado de dar rienda suelta a su fantasía, volvió sus ojos hacia el Este, donde el oscuro color azul pizarroso del mar Salado destacaba contra el gris rosáceo de las montañas de la tierra de Moab que podían verse a lo lejos. A la luz de la tarde los matices que las montañas ofrecían eran verdaderamente fascinadores para quien tenía en su temperamento inclinaciones naturales hacia la belleza. Entre el lugar donde David se encontraba y Moab, el Jordán se curvaba en perezoso arco, semejante a un gran collar formado de esmeraldas, que eran sus fértiles orillas donde incluso en el rigor del invierno las heladas eran poco menos que desconocidas.

Gran parte de la historia de Israel en esta tierra prometida de Canaán, se había desarrollado en aquel círculo que David tenía en aquellos momentos ante sus ojos. Hacia el Norte, su vista, aguzada por la costumbre de acechar a los animales dañinos, tales como el chacal al que había dado muerte, podía descubrir algunos de los puntos en los que Israel luchó tiempos atrás para conservar la orilla oriental del Jordán, antes de cruzar el río para atacar la ciudadela de Jericó. Una profunda cortadura que advertía en las lejanas colmas, no podía ser otra cosa que el lecho bañado por las turbulentas aguas

del Jabbok, en cuyas márgenes Jacob luchó durante toda la noche con el ángel. Más allá, los cerros de Gileah ocultaban las murallas de la ciudad de Jabesh, primer lugar donde Saúl se había cubierto de gloria en su esfuerzo por la liberación de Israel. La despierta imaginación de David reconstruyó sin trabajo aquella batalla crucial y la gran victoria que provocara el que el pueblo eligiese a Saúl como rey.

En el primer plano inmediato, el flanco oriental del país del monte de Judea descendía en violento declive sobre el valle del Jordán, con el fértil oasis de Jericó oculto por las amarillentas eminencias de la imponente montaña, llamada Quarantaria, elevándose sobre la ciudad.

Desde el lugar donde David se encontraba, podía dirigir la mirada casi en línea recta hacia abajo a un valle en miniatura, escondido entre alcores donde se ocultaba una pequeña aldea. Setos formados por perales espinosos, marcaban las manchas de los jardines y de las huertas, y el blanco y el rojo de la flor del almendro alternaba con los matices plateados de los olivos y con el verde más intenso de los algarrobos que crecían desperdigados formando tupidos grupos.

Recordó con algún retraso que en aquellas alturas se producía al caer la noche un gran descenso en la temperatura, por lo que David aflojó el ronzal de la mula y hombre y animal comenzaron a descender de aquella eminencia, siguiendo el sendero que conducía al camino principal entre Jerusalén y Gibeah, un poco al norte de la primera de ambas ciudades. Varías cabras negras ramoneaban ten la hierba a lo largo del camino y al ser sorprendidas por la pequeña caravana empezaron a balar y echaron a correr colina abajo dando grandes saltos. David no se permitía distracción alguna y permanecía aferrado al ronzal de la mula para evitar que ésta se encabritase, ya que un paso en falso podía suponer un hueso roto para el hombre o para la bestia, contingencia harto desastrosa en cualquiera de los dos casos.

Sobre una elevación circular, no lejos de donde se asentaba el pueblo de Anathoth, se detuvo David para echar un vistazo al territorio concedido a la tribu de Benjamín, de la que Saúl era el miembro más distinguido. Destacando de una manera impresionante entre la sucesión de alturas que caracterizaban al país de Benjamín, se encontraba Gibeah, donde Saúl estaba construyendo una fortaleza para sede de su Gobierno. Y a través de una estrecha planicie siguiendo la vista desde la capital *benjaminita*, se levantaba la soberbia altura de Mizpeh, en cuya cumbre fue Saúl coronado como rey de todas las tribus, primer gobernante en la historia de Israel después de Dios.

Al pie de la ladera, camino a la fortaleza de Saúl, se detuvo David para que la sedienta mula bebiera de un regato que nacía de una fuente inmediata. También él, arrodillándose al borde de la corriente, se puso a beber con avidez. Luego se puso en pie procediendo a limpiarse de las hojas y pequeños tallos que se le habían quedado adheridos a su ropa, pues quería entrar en la ciudad de Gibeah con el mejor aspecto posible. La mula se puso a trotar por la orilla del pequeño arroyuelo, en busca de hierba fresca que en ella crecía en abundancia y David hubo de seguirla hasta apoderarse de nuevo del ronzal. Pero cuando iba a iniciar la ascensión por la orilla opuesta, se quedó asombrado al ver a una muchacha que se encontraba de pie en un plano más elevado que el suyo y que le examinaba con curiosidad.

Parecía tener unos catorce años, algunos menos que él, y su belleza era singularmente frágil. El *kiton* o túnica que vestía estaba hecho de un rico material y lo llevaba con un aplomo y una dignidad ciertamente superiores de lo que podía esperarse en una muchacha de su edad.

—¿Quién eres? —le preguntó ésta.

—Me llamo David. Mi padre, Isaí, es uno de los miembros del Consejo de Ancianos de la congregación de Belén.

A la muchacha no pareció impresionarle semejante título.

—¿Vas a Gibeah? —siguió preguntando.

—Sí.

—Entonces iré contigo.

David se encogió de hombros.

—Como gustes —contestó.

La muchacha bajó corriendo por la ladera y se puso a acariciar las orejas de la mula.

—¿Sabes que eres muy guapo para ser un chico? —dijo con franqueza, examinando de cerca el rostro de David.

—¡Yo no soy guapo! —exclamó David con indignación, pero inmediatamente se echó a reír.

La muchacha se unió a aquellas carcajadas y aquel rumor de alegría se extendió por el pequeño bosquecillo que rodeaba a la fuente.

—Me gustas, David —dijo con franqueza—. Y yo, ¿te gusto también?

—Me parece que sí —contestó él con cierto recelo.

Pero inmediatamente sintiéndose audaz, añadió:

—Sí, desde luego me gustas.

—Me llamo Michal.

—Bonito nombre. Tan bonito como tú.

La chica pareció tomar el cumplido como algo obligado. Seguramente se lo habían dicho muchas veces.

—¿A qué vas a Gibeah? —preguntó.

—Voy a tocar y cantar para el rey Saúl.

Vio entonces como se agrandaban los ojos de la muchacha, llenos de sorpresa y de placer.

—¿No querrás cantar una canción para mí? —preguntó con vehemencia.

David no tenía motivo alguno para no complacer a la traviesa muchacha. Además le gastaba, porque no se parecía en nada a sus hermanas ni a las demás chicas de Belén. Sacó su arpa de la carga que llevaba la mula y la afinó rápidamente. Al tañer las cuerdas brotó del instrumento una cascada de arpegios que se desparramó por el bosquecillo, y Michal, llena de placer, aplaudió y rió con entusiasmo. David miró a su alrededor para inspirarse en algo que cantar y sus ojos cayeron en la fuente y en el regato que de ella brotaba. Y lo mismo que el agua del manantial borboteaba sobre la tierra, surgieron de súbito las palabras en su imaginación y se puso a cantar dulcemente:

Lo mismo que el viejo ciervo corre anhelante tras los arroyos,
Así mi alma corre anhelante detrás de ti,
Alma mía…

Michal interrumpió la canción, antes de que siguiera adelante y dijo:

—Me gusta eso que acabas de cantar del ciervo y del arroyo. La semana pasada vi aquí mismo a un cervatillo bebiendo al lado de su madre. Me hubiera gustado tenerlo como mi animal favorito, pero antes de que pudiese apoderarme de él dio un salto y desapareció.

—Mi primo Asahel te lo podría haber cogido —le aseguró David—, porque corriendo va más veloz que un chacal.

El rostro de Michal se ensombreció.

—Odio a los chacales casi tanto como al profeta Samuel —dijo.

La estupefacción ante semejantes palabras, impidió a David hablar durante unos instantes.

—¿Y por qué odias a Samuel? —pudo decir por fin.

—Porque amonestó a mi padre por hacer unos sacrificios por llegar él tarde, cuando los *filisteos* estaban casi encima de nosotros.

El incidente era bien conocido de David, porque había oído a Samuel y a su padre hablar de él en Belén.

—¿Es que eres hija del rey Saúl?

—Sí.

Súbitamente la muchacha volvió a ponerse alegre.

—Si es que vas a tocar y cantar para mi padre tendrás que vivir en el palacio. Entonces podremos venir todos los días a la fuente en busca del cervatillo y me cantarás tus bellas canciones.

—¡Michal! —gritó la voz de otra muchacha con aspereza—. ¿Qué estás haciendo?

David levantó la cabeza, divisando a la que había hablado, que debía de tener aproximadamente su edad o un poco más y que se encontraba en pie sobre la eminencia rocosa que había sobre el manantial.

Era una muchacha tan hermosa que durante unos momentos se quedó sin respiración. Su belleza era lozana, aunque en aquel instante llena de enojo, y era completamente diferente de la gracia y delicadeza que constituían el travieso encanto de la muchacha más joven.

Michal se apresuró a subir al elevado lugar donde se encontraba la muchacha mayor.

—¡Éste es David, Merab! —exclamó llena de entusiasmo—. Ha venido para cantarle canciones a nuestro padre.

Merab emitió un pequeño bufido despectivo.

—A mí más bien me parece un pastor. ¿Se puede saber por qué te has escapado corriendo? Te he estado buscando por todas partes hasta dar contigo.

—Ya sabes que acostumbro siempre a venir al manantial —dijo la hermana menor, tratando de defenderse—. No hace mucho que vi aquí mismo al cervatillo del que te hablé.

—Antes de que lleguemos a casa habrá sido ya la hora de la cena —le dijo Merab con acento de reprimenda—. Vamos, es preciso que nos apresuremos.

La hermana mayor parecía como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de la existencia de David, salvo por el resoplido de desdén al decirle Michal su nombre y por la observación que hizo de que parecía más un pastor que otra cosa.

De no haber sido la muchacha tan arrebatadoramente bonita, David se hubiese sentido ofendido por el desprecio de que le había hecho objeto, pero resultaba verdaderamente duro tener que pensar algo malo tratándose de una muchacha de semejante hermosura.

Cuando las dos hermanas fueron a emprender la ascensión de la ladera, Michal se volvió hacia el lugar en que David se encontraba y le prometió:

—Ya te buscaré por el palacio y no dejaré de escucharte cuando cantes.

CAPÍTULO V

Y David llegó hasta Saúl.

Samuel 1-16:21

El cerro sobre el que se alzaba la pequeña ciudad de Gibeah fue en su tiempo un campo sembrado de lentejas, y todavía cubrían las partes bajas de la falda del mismo las ordenadas hileras de esta planta. La cumbre, sin embargo, fue aplanada y se construyeron los muros de una fortaleza en el lugar que ocupó un antiguo fuerte *filisteo*, que los hombres de Benjamín habían destruido al apoderarse de Gibeah. La nueva ciudadela ocupaba la mismísima cumbre del cerro en forma de cono, resultando pequeña en comparación con la de Jerusalén, ya que su superficie ocupaba un espacio de solamente sesenta pasos por cincuenta.

Aunque los muros se habían edificado de una manera rudimentaria, eran anchos y fuertes, con torres en cada uno de los ángulos desde donde los arqueros y lanceros podían hacer llover sus armas arrojadizas sobre cualquier invasor. La existencia de un baluarte exterior, en el cual se habían abierto troneras para que los defensores pudieran arrojar sus flechas sin exponerse demasiado, hacía posible que la guarnición se moviera rápidamente de un lugar a otro de la ciudad utilizando la muralla a guisa de camino. El palacio de Saúl formaba ahora parte de la fortaleza y estaba construido con grandes piedras, y una escalera, también de piedra, que conducía al piso superior. Desde una elevada plataforma que allí había, los centinelas, siempre de servicio, podían vigilar una vasta extensión de territorio ocupado por las tribus de Israel y descubrir la aparición de cualquier contingente enemigo con tiempo suficiente para dar la voz de alarma.

Las veces que fue a llevar comida a sus hermanos en sus pasadas visitas, David se detenía siempre en la parte baja de la ladera para contemplar el campamento del Ejército. Los soldados estaban acuartelados en un pequeño burgo que se arracimaba alrededor de la ciudadela, a la manera que se reúnen las ovejas en tomo a su pastor por la noche para protegerse de los chacales y de los lobos. El corazón del joven palpitaba rápidamente a medida que se iba acercando al portón de la ciudadela, donde fue detenido por un centinela, un hombre de Judea, que ya conocía a David por sus anteriores visitas.

—¿Por qué trata de entrar el hijo de Isaí en el palacio del rey Saúl? —preguntó el soldado—. Tus hermanos están acuartelados abajo.

—El rey me ha mandado a buscar —contestó David con orgullo.

—¿De veras? —replicó el hombre, que no parecía haber quedado demasiado impresionado con la declaración—. ¿Y se puede saber por qué razón?

—Para que toque y cante a fin de que los malos espíritus queden aplacados.

—¡Por las tiendas de Israel! —exclamó el soldado—. ¡Será algo meritorio si puedes llevar a cabo semejante cosa! Desde hace días el espíritu malo no deja de acongojar al rey. La mitad de sus servidores del palacio muestran las huellas de su ira.

—En todo Israel nadie puede tocar la lira como yo lo hago —se atrevió a decir David con jactancia—. El rey ha tenido noticias de cómo toco y me ha mandado llamar.

—Entra, pues —le dijo el centinela—, encontrarás a Jethro, su criado, en uno de los cuartos a la izquierda del patio.

David se dio cuenta de que aunque el palacio del rey Saúl era más grande que su casa de Belén, no era más lujoso que ésta. Siguiendo las instrucciones del soldado, no tuvo dificultad en dar con Jethro, al que entregó los obsequios de pan, vino y un cabrito que Isaí enviaba al rey.

—Vivirás en los aposentos de los criados del palacio y comerás con nosotros —le informó Jethro—. A veces se despierta el rey atenazado por el mal espíritu y debes de estar preparado para tocar y cantar para él a cualquier hora del día o de la noche.

—Permíteme que durante el día permanezca en el campamento de los soldados fuera de la muralla —rogó David— pues quiero entrenarme en el manejo de las armas de guerra.

—El rey Saúl no te ha mandado llamar para luchar —replicó Jethro—. Para semejante menester ya dispone de hombres más grandes y robustos.

La idea de vivir y comer con los criados no le resultaba a David muy atractiva, porque su padre era uno de los dignatarios de Judea, la más numerosa y rica de todas las tribus, y su familia tan noble como la primera da Israel. Sin embargo, no tenía otra alternativa, a menos que regresara a Belén, y si Saúl se enfurecía con la facilidad que el centinela y el propio criado le habían dicho, tal acto de desobediencia podía tener consecuencias desagradables para él y para su familia. Tal como se presentaban las cosas, lo más sensato era quedarse y apechugar con ellas.

La cena consistió en un sabroso estofado y cortezas de pan recién cocido, caliente todavía del horno, de las que hacían uso los criados para sacar el estofado de la olla común en la que comían. Había también leche de cabra, enfriada en la fuente que proveía de agua al palacio y una mezcla, bastante aguada, de este último líquido y vino.

Todavía no había visto David rastro alguno del rey Saúl ni de Michal y Merab.

—¿Sabe el rey que estoy aquí? —le preguntó a Jethro al terminar de cenar.

—Ya le dije que habías llegado y le enumeré los obsequios de que has sido portador —contestó el criado—. Pero Saúl se encuentra esta noche de un humor muy negro. No te puedo decir qué es lo que tiene intenciones de hacer.

—Quizá debería yo cantarle para levantar su ánimo —sugirió David.

—Sus hijas y su esposa favorita se encuentran en estos momentos a su lado —explicó Jethro—. Michal le cuenta cosas acerca de los animales que van a beber al regato al píe de la colina. A veces consigue que Saúl se libre un tanto del mal espíritu que le domina.

—¿Por qué no puedo ir, pues, al campamento para ver a mis hermanos? —preguntó David.

—Tienes que residir en el palacio —replicó Jethro secamente, perdiendo la paciencia con sus preguntas—. Si no te encuentras aquí cuando te llame, puede ordenar a su guardia que te corte la cabeza.

Tal amenaza fue suficiente para aquietar a David. Acondicionándose en un cálido rincón del cuarto afinó el arpa, tensando con las clavijas de sándalo el sonido de las cuerdas. Al empezar a pulsar el instrumento y a cantar con sordina para sí, los criados se agruparon a su alrededor para escucharle. La presencia de un auditorio contribuía siempre a animarle, y pronto el austero aposento de los criados se llenó de música y canciones, haciendo conocer a los que le escuchaban cantos de guerra de Israel y algunos poemas líricos. Varios de éstos eran tan antiguos que se decía que habían sido traídos de Egipto por los que siguieron a Moisés en el gran éxodo desde aquella tierra tan magníficamente descrita en las viejas crónicas de los hebreos.

Había una canción que David amaba en particular. Se aseguraba que había sido compuesta por un faraón de Egipto como himno al sol, el cual abandonó la adoración a los antiguos dioses, adoptando una religión basada en el sol y en su templanza y en una deidad que estaba sobre todo y que era la que hacía que el sol brillara. Los versos eran hermosos y en cuanto David empezó a cantarlos, se hizo un gran silencio entre los criados que le rodeaban:

¡Cuán bella es tu alborada en el horizonte del cielo,
Oh, ardiente sol, principio de la vida!
Cuando te alzas por Oriente,
Llenas todas las cosas con tu hermosura.

Eres espléndido, grande, deslumbrador, sobre todas las tierras.
Tus rayos cubren cuanto creaste.
Eres el sol y todos son tus esclavos,
Que se sienten unidos a ti por el amor.
Aunque de muy lejos, tus rayos están sobre toda la tierra.

Aunque te encuentras en la altura, las huellas de tu paso son el día.
La tierra brilla cuando te elevas sobre el horizonte.
Al relumbrar durante el día Ahuyentas la oscuridad.
Al enviar tus rayos,
La tierra toda se viste de fiesta.

El ganado descama sobre sus pastos;
Florecen las plantas y los árboles.
Aletean los pájaros sobre sus lagunas,
Levantando las alas en un acto de adoración hacia ti.
Todos los corderos retozan alegremente.
Todas las cosas aladas vuelan
Y viven porque tú has brillado sobre ellas.

Navegan las embarcaciones arriba y abajo de la corriente.
Todos los caminos se abren porque tú amaneciste.
Ante ti saltan los peces en el río.
Tus rayos se reflejan en el gran mar verde.

¡Cuán múltiples son tus obras!
¡Permanecen escondidas para nosotros,
Oh, único dios, cuyos poderes nadie más posee!
Tú creaste la tierra de acuerdo con tu corazón,
A los hombres, a las reses grandes y pequeñas
A cuánto hay sobre la tierra,
Todo lo que camino con sus pies,
O está en lo alto, o vuela con sus alas.

¡Cuán grandes son tus designios, oh, Señor de la Eternidad!
Tus rayos dan vida a todos los jardines,
Al levantarte tú, viven
Y por ti crecen.
Tú formas las estaciones:
El invierno para darles frescura
Y el calor para que puedan saber cuál es tu sabor.
Hiciste que los distantes cielos se alzaran también
Para contemplar todo lo que hiciste
Tú solo, resplandeciendo en forma de ardiente sol.
Amaneciendo, resplandeciendo, marchándote lejos y regresando
Construyes millones de formas
Contando sólo contigo mismo.
Ciudades, pueblos, tribus,
Caminos y ríos,
Todos los ojos te contemplan ante ellos,
Porque tú eres él día sobre la tierra
Resplandeciendo y floreciendo para siempre jamás.

Al morir en el arpa la última nota, volvió a reinar un gran silencio en el aposento. Incluso aquellos criados, muchos de ellos esclavos *filisteos* capturados que no adoraban al dios de Israel, podían darse cuenta de la belleza de las estrofas y de la maestría del músico. Finalmente, Jethro se puso en pie para marcharse a su dormitorio particular, que era una cámara inmediata a la que su amo ocupaba. Al pasar junto a David le apretó cariñosamente el hombro, en un gesto más elocuente que cualquier palabra que pudiese haber pronunciado. Y como si la partida de Jethro fuera la señal para que todos se dirigieran en busca de sus jergones de paja, los reunidos empezaron a desfilar.

David, sin embargo, no tenía sueño. Las palabras del faraón, desaparecido hacía tanto tiempo, le llenaban de una inquietud extraña, y dejando el arpa, salió de la habitación. La fresca brisa nocturna que descendía de la montaña en cuanto se ponía el sol, soplaba en los corredores exteriores, dirigiéndose al que sabía que conducía a los muros de la fortaleza. No tardó en llegar a una puerta que daba a un espacio amplio y llano en la parte superior de la muralla. Para David quien durante el buen tiempo acostumbraba a dormir con el rebaño bajo las estrellas, la noche era la parte más hermosa de esa sucesión de luz y oscuridad a la que llamamos día. Y en ningún sitio, estaba seguro de

ello, el pálido y dulce resplandor de la luna brillaba con más intensidad que sobre su tierra, que tanto amaba.

Todavía no había salido la luna, y mientras permanecía allí, envuelto en su gruesa capa, que le servía de ropaje exterior de día y de manta por la noche, dejó vagar sus ojos y sus pensamientos entre las estrellas que titilaban sobre su cabeza. En algún punto de este vasto dosel con sus millones de puntos de luz, recordó haber oído decir a un atezado conductor de caravanas, que había una estrella que nunca parecía cambiar de posición y que siempre señalaba el Norte a los que sabían buscarla. Utilizando sólo esta estrella como guía, les fue posible a los fenicios cruzar con sus embarcaciones el mar sin caminos fuera de la visión de la costa, de la misma manera —le dijo— que un conductor de caravanas se guía por ella para seguir el Camino del Mar, la ruta más antigua y famosa del mundo por donde pasaba todo el comercio entre Egipto y Damasco y la tierra de Mesopotamia.

La primera vez que lo oyó, le pareció a David una fanfarronada embustera semejante cuento de una estrella capaz de guiar a los hombres, puesto que los comerciantes fenicios que solían llegar a Belén para comprar y vender, contaban relatos tan fabulosos acerca de otros países lejanos ajenos a su experiencia, que resultaban casi imposibles de creer. Pero permaneciendo en aquella elevada altura de Gibeah y recordando que un faraón del lejano Egipto descubrió, como lo hicieron los israelitas, la unidad de Dios con todo el pueblo, no parecía en absoluto fantástico que ese mismo Dios hubiese puesto en el cielo una estrella para que los hombres se guiaran en los viajes que tuvieran que hacer lejos de su hogar. Tampoco resultaba increíble, como sostenían algunos hombres doctos, el creer como los curtidos comerciantes de Caphtor, que esas mismas estrellas pudieran ser otros tantos mundos, poblados de hombres y animales, completamente diferentes en su forma a los de la Tierra.

Perdido en la contemplación de los cielos, David no se dio cuenta de que no estaba solo hasta que el crujido de una piedrecilla bajo el cuero de la suela de una sandalia, le sacó sobresaltado de la abstracción de su ensueño. Al dirigir rápidamente la vista al lugar donde se oyó aquel rumor, pudo ver a un hombre, aproximadamente de su misma estatura, que se encontraba a pocos pasos de distancia de la espaciosa y llana superficie de la muralla donde él estaba.

CAPÍTULO VI

El alma de Jonatán fue ligada con la de David y Jonatán amólo como a su alma.

Samuel 1-18:1

—Soy Jonatán —dijo el hombre—. ¿Quién eres tú?

David se sintió tan emocionado al pensar que se hallaba en presencia del hijo mayor del rey —y el héroe más grande de Israel— que no supo qué contestar. Aunque de poco más de veinte años, Jonatán, sin otra ayuda que la de su escudero, descubrió en cierta ocasión una pequeña guarnición de *filisteos* en las colinas entre Mich-mash y Gibeah, y atacándola al amparo de la oscuridad, consiguió acabar con veinte de sus enemigos. La audaz incursión llevó tal temor al corazón de los *filisteos*, que cuando Saúl le siguió con el Ejército, el enemigo fue derrotado en una gran batalla y rechazado tan lejos como Bethaven, una ciudad existente al norte de Gibeah, la cual, en tiempos de Josué era conocida con el nombre de Ai.

Saúl había hecho la promesa que durante aquella batalla ninguno de sus hombres comería en absoluto, y Jonatán, ignorando semejante juramento, lo quebrantó. Saúl hubiera querido por ello ejecutar a su propio hijo, pero los suyos se opusieron a ello por tratarse del héroe de la batalla. A partir de aquél día, el nombre de Jonatán fue cantado por los trovadores de Israel con tanta frecuencia como el del mismo Saúl.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Jonatán con tono festivo.

—Mi nombre es David —balbuceó el joven—. Soy hijo de Isaí, el *belenita*.

—Conozco a tus hermanos Eliab y Abinadab. Figuran entre nuestros mejores guerreros.

—Como no tardaré en serlo yo pronto.

—¿Quieres, pues, ser soldado?

—Soy un hondero tan diestro como cualquiera de los hombres de Benjamín —dijo jactanciosamente David—. De una pedrada di muerte a un chacal que se llevaba a un cordero. Y he luchado también contra un oso y contra un león y los he vencido a ambos.

—Acércate más para que pueda verte a la luz de la lámpara —ordenó Jonatán.

David se dirigió al lugar donde la luz de una lámpara de aceite derramaba su claridad a través de la puerta abierta de una habitación que daba a la muralla. Advirtió que Jonatán tenía poco más o menos su estatura, aunque era más recio y de hombros más poderosos.

El hijo del rey le estuvo examinando durante unos momentos.

—Nunca serás tan ancho de hombros como yo, David —terminó diciendo —, aun cuando presumo que debes ser más ágil que yo en tus movimientos, lo cual puede compensar la diferencia.

—Seguramente que no puedo aspirar a igualar las hazañas del hombre más valiente de Israel —protestó David.

Ahora que veía de cerca al hijo mayor del rey se arrepentía de su propia temeridad al haber presumido por haber dado muerte a un chacal.

—Que no te oiga mi padre decir semejante cosa —le aconsejó Jonatán—. Desde la pelotera que tuvo con Samuel se encuentra temeroso incluso de sus propios actos.

—¿Qué derecho tiene un viejo que apenas puede ya caminar a criticar a un hombre como el rey de Israel? —preguntó David con acento de indignación.

—No digas semejante cosa, David —contestó Jonatán con tono de leve reproche—. Samuel puede ser viejo, pero habla todavía con la voz de Dios. Y no debemos nunca de olvidar que sin la ayuda del Señor no es nada toda nuestra fuerza.

—Pero Saúl rechazó a los *filisteos* (con vuestra ayuda, desde luego) hasta el punto de que le temen de tal forma que ya no volverán más contra él.

—Mi padre se ha portado bien —reconoció Jonatán—, pero últimamente se siente muy perturbado porque Samuel dice que después de él no será rey ninguno de los de su sangre.

—Seguramente que nadie tiene mejores títulos que vos en Israel para reinar después de Saúl.

—Posees una fiera lealtad, David amigo —dijo sonriendo Jonatán—, y me gustas porque yo tengo un carácter parecido. Pero nuestro pueblo necesita algo más que un guerrero que le sepa guiar contra los *filisteos* y sea capaz de realizar grandes hechos de armas. En los actuales momentos ninguna de las dos cosas es suficiente.

—¿Qué queréis decir?

—Antes de que mi padre fuera ungido como rey de Israel, el país corría un grave peligro de poder existir como pueblo separado. El comportamiento de Samuel fue excelente en su tiempo, pero iba envejeciendo y las tribus empezaban a marchar cada una por diferente camino. El Arca de la Alianza cayó en poder de los *filisteos*, que la escarnecieron, aunque el enemigo no tardó en reconocer su error al ofender al Altísimo y la devolvió a nuestras fronteras. Pero somos un pueblo dotado de fiero orgullo, David, y es harto difícil formar una confederación de tribus libres moldeándola en una sola patria que pueda luchar al unísono, y lo que todavía es más importante, que pueda vivir como una sola.

—Seguramente Saúl lo ha conseguido.

—Al principio sí, por ser el guerrero más grande de Israel —reconoció Jonatán—. Pero ahora que los *filisteos* han sido rechazados, las tribus empiezan a separarse de nuevo. Mi padre no me habla nunca de ello, pero estoy seguro que esos raptos de ira y de tristeza que sufre son debidos a que se da cuenta de que como rey no ha podido conseguir que Israel se mantenga unido.

—La culpa es de Samuel. Debió de quedarse con vuestro padre y revelarle la voluntad de Dios.

—Las cosas podrían haber sido en efecto diferentes si hubiese ocurrido semejante cosa —no pudo por menos de reconocer Jonatán—, pero yo creo que lo que Samuel quería era poner a prueba la confianza de mi padre en Dios al retrasarse en ir a Gilgal para hacer el sacrificio, antes de que fuéramos a luchar con los *filisteos* de Mich-mash.

—¿Cómo fue probado Gedeón en tiempos pasados?

—Veo que conoces las antiguas crónicas. Pero Gedeón obedeció al Señor, reduciendo incluso sus fuerzas a trescientos hombres, siéndole concedida una gran victoria sobre los *medianitas*. Pero mi padre se impacientó y realizó por sí mismo el sacrificio, temeroso de que sus hombres desertaran antes de la batalla. Para Samuel tal cosa significa que mi padre confiaba más en sí mismo que en el Señor.

—Sin embargo, la batalla fue ganada —le recordó David.

—Sí, pero sólo cuando yo obligué a mi padre a atacar, después que con mi escudero destrocé una guarnición de *filisteos*.

—Mi padre y Samuel son viejos amigos —apuntó David—. Puede convencer al profeta que Saúl está verdaderamente arrepentido y que desea seguir por la senda del Señor.

Jonatán le dirigió una penetrante mirada.

—Has hablado poco ha de Samuel como de un viejo lleno de achaques. ¿Hace mucho que le has visto?

—Hace ya irnos meses, cuando fue a Belén a ungirme.

David observó que Jonatán se ponía tenso como si acabara de ser herido por una flecha invisible.

—¿Hay algo de malo en ello…? —empezó a decir, pero el otro le interrumpió.

—Ven conmigo a mi habitación —exclamó con voz envarada y algo ronca.

El aposento de Jonatán estaba amueblado con la misma sencilla austeridad que el resto del palacio, conteniendo poco más que los arreos bélicos colgados de soportes en la pared, un jergón de paja para dormir y un rústico banco, que indudablemente servía también de silla. Todavía incapaz de comprender el motivo de aquel súbito cambio en la actitud de Jonatán, vio David que dejaba caer una espesa cortina sobre la puerta que conducía a la balconada y que después se encaraba con él.

—Explícame cómo tuvo lugar esa unción —dijo en voz baja.

David le contó de qué manera estando en Belén el viejo profeta le había echado sobre la cabeza el aceite fragante contenido en un pequeño cuerno con el ritual de la unción.

—¿Explicó Samuel por qué lo hizo? —inquirió Jonatán.

—No.

—¿Y no se lo preguntaste?

—No. ¿Creéis que en realidad podía significar algo?

Jonatán no contestó a esta pregunta; en vez de hacerlo, formuló otra:

—¿Se lo has contado a alguien de aquí?

—No. Creí que no tenía importancia. ¿Es que acaso la tiene?

—Puede que sea lo más importante que ha ocurrido en Israel desde hace mucho tiempo —dijo Jonatán—. ¿No recuerdas de qué manera fue elegido rey mi padre?

—¡Ya lo creo! Yo mismo compuse una canción acerca de ello.

—Dime como sucedió, tal como lo has oído contar.

—Seguramente ya lo sabéis…

—No importa, cuéntamelo tal como lo oíste.

David se encogió de hombros.

—Según se asegura se extraviaron unos asnos pertenecientes a Kish, vuestro abuelo, cuando se encontraban comiendo en un campo, y Saúl salió en su busca en compañía de un criado.

—Sí, de Jethro.

—Por el camino se enteraron que Samuel vivía cerca y fueron a verle para pedirle que les ayudara a encontrar a los animales. Dios le había ordenado a Samuel que ungiera a un rey de Israel…

Aquí se detuvo David con los ojos muy abiertos.

—Continúa —apremió Jonatán.

—Dios había ordenado a Samuel que ungiera a un rey de Israel. Ungió a vuestro padre y más tarde, cuando el pueblo se congregó en Mizpeh para elegir un rey, la elección recayó sobre vuestro padre.

—El Señor ha vuelto a proceder de la misma forma, David. Durante varios meses ha habido rumores de que había sido elegido un nuevo rey para gobernar Israel a la muerte de mi padre y que Samuel le consagró. ¡Has sido tú el escogido!

—¡Pero solamente vos podéis suceder a Saúl!

Jonatán movió lentamente la cabeza.

—Me encontraba en Gilgal cuando llegó Samuel después de que mi padre rompiera el mandamiento de Dios e hiciera los sacrificios antes de la batalla. Entonces el profeta le dijo a mi padre: «El Señor hubiera querido que reinarais para siempre en Israel a través de vuestros descendientes, pero vuestro reinado no puede ya continuar. El Señor ha buscado otro hombre más grato a su corazón y ha ordenado que sea él quien capitanee a su pueblo, porque no habéis sabido cumplir con su mandamiento».

—Pero Saúl no hizo otra cosa que lo que creía que debía de hacer —protestó David.

—Desde aquel día de Gilgal me di cuenta de que yo nunca reinaría en Israel —dijo Jonatán solemnemente—. Dios ha hablado de nuevo y tú has sido el elegido.

—¡Pero si yo no sé nada de leyes ni de gobernar! —exclamó David, súbitamente un poco asustado ante las revelaciones de Jonatán.

—Recuerda que Samuel no hizo público el nombre de mi padre como rey hasta después de que resultara elegido en Mizpeh. Tu tiempo llegará cuando el Señor juzgue que estás maduro para poder gobernar.

Como cualquier otro muchacho de su edad, David había soñado alguna vez con ser rey, mostrando en tal ansia de poder el sentimiento de autosuficiencia que semejante sueño entrañaba. Pero al mismo tiempo se trataba de una persona muy leal, y no podía ya por más tiempo sentir placer por lo que representaba un amargo desengaño para el amigo que acababa de hacer aquella noche. Movido por un generoso impulso, dijo:

—Permitidme que vaya a ver a Samuel y que le diga que en todo esto existe un error. Cuando se entere que concurren en vos todas las cualidades que debe de tener un rey de Israel, seguramente rogará a Dios que vuelva de su acuerdo y que os permita ser el sucesor de vuestro padre.

Jonatán hizo con la cabeza un gesto negativo…

—Todo quedó ya acordado cuando Samuel te ungió en Belén, David —dijo—. Lo único que te pido es que sirvas bien a mi pueblo y que seas mi amigo.

—¡Eso siempre lo seréis!

La daga de Jonatán colgaba de la pared dentro de su vaina. Sacando de ella el arma, David se punzó con ella la yema del pulgar hasta ver que brotó la sangre sobre la piel.

—Tomad —dijo pasando él arma a Jonatán—. Hagamos el juramento de hermandad de sangre, para qué nada pueda interponerse entre nosotros.

Jonatán titubeó un momento.

—Tengo toda clase de razones para odiarte —advirtió—. Puedo incluso verme obligado un día a romper el juramento, matándote para poder ocupar el trono de Israel.

—Si en mi poder estuviera dároslo, lo haría en este mismo momento —aseguró David.

Jonatán cogió la daga y se punzó también el pulgar. Silenciosamente unieron las dos gotas de sangre, contemplando cómo se mezclaban.

—Pronunciemos el juramento de Jacob —sugirió David.

Y recitaron juntos las siguientes palabras: «El Señor nos observará cuando estemos alejados el uno del otro. Dios es un testigo entre tú y yo».

David había obrado impulsivamente al concertar aquel pacto de fraternidad, movido por la profunda admiración que sentía por el hijo del rey. Jonatán, por su parte, tenía más edad y era un buen observador de los hombres. Había advertido en el joven un sentimiento de honda lealtad y de respeto al honor, que no dejó de conmoverle en gran manera. Ambos se sintieron satisfechos de sí mismos al limpiarse la sangre de sus dedos.

—Prométeme una cosa —dijo Jonatán—, que no dirás nunca a nadie lo ocurrido en Belén a la llegada de Samuel. Mi padre se encuentra a veces fuera de sí mismo y podrías correr un grave peligro si se supiera que algún día te convertirías en rey de Israel.

—Lo prometo —le aseguró David—, pero cuando vuelva a ver de nuevo a Samuel le pediré que permita que seas tú el sucesor de tu padre. Después de

todo yo soy joven y si Dios verdaderamente desea que sea quien gobierne a Israel, todavía hay mucho tiempo por delante.

—Obedeceremos la voluntad de Dios —contestó Jonatán con sencillez—. No hay nadie que pueda hacer otra cosa.

CAPÍTULO VII

Mas Michal, la hija de Saúl, amaba a David.

Samuel 1-18:20

Cuando a la mañana siguiente se despertó David en la habitación donde dormían los criados, los acontecimientos de la noche pasada apenas le parecieron otra cosa que un sueño, hasta que al oprimir con el pulgar la corteza de pan que estaba comiendo en el desayuno, sintió un pequeño dolor en el lugar donde había penetrado la punta de la daga de Jonatán.

Los alimentos servidos a las gentes de palacio eran poco refinados. Unas cuantas rebanadas de pan untadas de un jarabe espeso parecido a la miel y que se llamaba *dibash*, hecho en los alrededores de Hebrón, hirviendo el zumo de las uvas hasta que casi se quedaba cristalizado en azúcar, y un puñado de dátiles o de higos secos, todo ello remojado con leche fría de cabra, agua o vino completaban el refrigerio matinal. Habiendo sido siempre un buen comilón, David encontró la mesa del rey harto pobre comparada con la gran cantidad de alimentos de todas clases que siempre tenía a su disposición en Belén.

—¿Cuándo me enviará a buscar el rey? —preguntó a Jethro mientras comían.

—Anoche le encantó Michal con sus historias y ha dormido bien —dijo el viejo criado—. Hoy…

Y levantó la mano dejándola luego caer en un gesto significativo.

—Déjame entonces bajar para practicar las artes de la guerra con los soldados.

—Ya te dije anoche…

Jethro se detuvo frunciendo los labios como si reflexionase.

—Ven conmigo —dijo perentoriamente, y abandonaron acto seguido la habitación.

En el opuesto rincón del patio, Jethro abrió una pesada puerta, viendo David que se trataba de una armería, cuyas paredes estaban materialmente cubiertas de armas y armaduras pendientes de clavijas.

—Si son armas lo que quieres, prueba éstas. Pertenecen al rey y a su guardia y se encuentran herrumbrosas por falta de limpieza. Te mandaré a una

de las ayudantes de cocina con grasa de oveja y un paño para que te dediques a pulimentarlas.

A David no Je quedaba otra alternativa que obedecer, aunque si le hubieran dado a escoger habría elegido una tarea algo más emocionante que aquella de limpiar armas oxidadas. Su viva imaginación no tardó, sin embargo, en convertir el enojoso trabajo en un juego excitante al reconstruir mentalmente las batallas en que aquellas armas y armaduras habían tomado parte. Los pocos escudos redondos de hierro que había, supuso que indudablemente debían de haber sido capturados a los *filisteos,* y posiblemente en la gran victoria de Mich-mash en la que Jonatán se había convertido en un héroe. Antes de este triunfo, los *filisteos* dominadores les negaban a los israelitas el derecho a fabricar herramientas y armas e incluso el de aguzar las azadas y otros instrumentos de labranza. Durante muchos años los hebreos se vieron obligados a llevar sus herramientas a las ciudades costeras donde vivían los *filisteos* y pagar altos precios si querían que fueran afiladas. En cuanto a las armas de hierro, puede decirse que eran casi inexistentes, y lo que era más importante, muy pocos hebreos habían sido autorizados para adquirir la destreza de los herreros, que les hubiera permitido fabricar para sí las herramientas y las armas de las que tan necesitados estaban.

Las victorias de Saúl habían suavizado en cierto modo esta presión ejercida sobre los israelitas en materia de herramientas y armas, pero la mayoría de las jabalinas y lanzas que encontró en la armería, todavía tenían las puntas de bronce, muchas de ellas astilladas o dentadas. La aleación conseguida fundiendo cobre de Caphtor con estaño —traído en los buques fenicios de un lejano país llamado Tarsis— no resultaba tan dura como el hierro, pero en cambio resultaba más fácil de trabajar para convertirla en herramientas, armas y armaduras. En cuanto a las flechas, de las que había centenares almacenadas en la armería, muchas de ellas tenían puntas hechas de láminas de aguzado pedernal, manchado todavía con la sangre de las pasadas víctimas.

Los cascos que se alineaban en las paredes estaban fabricados por regla general también de bronce. Aunque no se trataba sino de rudimentarios capacetes de metal cumplían un importante papel al proteger durante la batalla la cabeza del guerrero. Algunos de ellos tenían incluso prolongaciones para la defensa de las orejas y de la parte superior del cuello, aunque muy poco podían ufanarse de contar con la pieza protectora de la nariz, que bajaba

de la frente, entre los dos ojos, para resguardar de heridas a esta parte de la cabeza.

Los ástiles de las lanzas estaban hechos en su mayoría de nogal, roble o fresno, habiéndose calentado la punta antes de meterla en la madera y asegurándola luego con clavos de hierro. Casi todas las espadas eran de bronce, aunque no faltaban algunas de hierro capturadas a los *filisteos*, que controlaban las grandes minas del Sur, en las zonas conocidas con los nombres de Néguev y del Arabah. Todas ellas eran de doble filo y generalmente se manejaban con las dos manos, en especial las de hierro, que David sabía que se fabricaban principalmente en la ciudad *filistea* de Gezer, más allá del sistema montañoso del Shepheleh, cuyas estribaciones llegaban hasta la llanura costera al oeste de Belén.

Incluso a los ojos de David, poco experto en materia de armas y de guerras, resultaba evidente que los hebreos se veían obligados a pasar por duras pruebas en los combates al faltarles las armas hechas de hierro. Las pocas armaduras que había hechas de este metal, con planchas frontales y dorsales para proteger el pecho y la espalda y faldas o túnicas de escamas metálicas, cosidas a un espeso tejido de lana, para el resguardo de la parte inferior del tronco y la superior de los muslos, resultaban indudablemente muy superiores a sus duplicados en bronce. David se hizo a sí mismo la promesa de que si alguna vez llegaba a ser rey y jefe de los ejércitos, uno de sus primeros actos de guerra habría de ser dirigir un ataque contra las fundiciones y centros metalúrgicos de los *filisteos* para apoderarse no solamente de armas y armaduras, sino, lo que todavía era más importante, de herreros diestros que serían retenidos como esclavos para fabricar los elementos de protección de que tan necesitados estaban los israelitas para entrar en batalla.

David incluso preveía que llegaría un tiempo en que los guerreros de Israel estarían también equipados con carros de combate, de los cuales existían actualmente muy pocos en su país. Entonces les sería posible llevar a cabo rápidas incursiones, incluso a lugares tan distanciados como eran las llanuras costeras, hasta que acabaran por tener fuerza suficiente para arrancar a sus enemigos ancestrales de las cinco grandes ciudades que constituían el poderío de Filistea y pudieran arrojarlos al mar. Sólo entonces podría ser Israel una nación independiente, como lo había sido cuando Josué iba al frente de sus guerreros en las batallas de conquista, que les aseguraron en herencia la prometida tierra de Canaán, así como las fértiles llanuras a lo

largo de ambas márgenes del Jordán, parte de las cuales se encontraban, sin embargo, en la actualidad en poder de los *amoritas* de Moab.

Mientras soñaba, David trabajaba con todo empeño y a media tarde el metal de armas y armaduras brillaba con el mismo fulgor que si hubiese sido pulimentado. Sin embargo, permaneció dentro de la armería jugando a la guerra, pinchando con la lanza a un enemigo imaginario y cortando el aire con los espadones. Mientras luchaba con uno de sus supuestos adversarios, vio un par de ojos brillantes que estaban observándole a través de la puerta entreabierta, reconociendo la risa irónica de Michal.

—¡Eres mi prisionera! —le dijo a la muchacha con tono altisonante, a la par que fingía amenazarla con una lanza—. ¡Entra y ríndete!

La muchacha entró sumisamente en la armería, con los ojos llenos de travesura y los labios temblorosos por el esfuerzo que hacía para contener la risa.

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí fuera? —le preguntó David.

—El suficiente para ver cómo matabas a dos *filisteos* y a un amalecita.

David no pudo menos de echarse a reír ante aquella salida, a la par que la admiraba al dejar de apuntarla con la lanza. Esbelta y graciosa, vestía una túnica azul claro y lucía alrededor de la cabellera una cinta del mismo color. El cinturón que ceñía su talle era de cuero repujado con un dibujo floral, de los que hacían los obreros fenicios que trabajaban dicho material, y sus sandalias lucían dibujas parecidos.

—Iba a ver si veía a la cierva y al cervatillo que acostumbran a ir todos los días al manantial que hay al pie de la colina alrededor de esta hora, y al pasar oí ruidos extraños que salían de la armería, acercándome para ver si se trataba de una cabra que la había convertido en su redil.

David emitió un bufido de desdén.

—Lo que hacías era fisgonear, como a todas os gusta hacer. Yo tengo hermanas y por eso sé a qué atenerme.

Michal volvió a reír irónicamente.

—No sabes lo gracioso que estabas dando zapatetas, emitiendo gruñidos y asaeteando el aire.

Luego se puso seria y añadió:

—Pero serás un gran guerrero, David. Yo sé que lo serás.

David tuvo entonces en la punta de la lengua el decirle que algún día se encontraría en el lugar que ocupaba su padre, pero recordó la promesa que había hecho a Jonatán y desterró tal pensamiento de su imaginación. Además, que no quería causar ningún daño a Michal.

Después le asaltó otro pensamiento, una idea que jamás tuviera con anterioridad. Cuando fuera rey podría elegir para esposas las mujeres más bellas del país…, incluso a Michal, si para entonces no estaba ya casada. Y al volver a mirar a la joven y ver la encantadora esbeltez de su cuerpo dentro de aquella sencilla túnica, la risa que brillaba en sus ojos y los oscuros rizos de su cabello, pensó que de momento no podía escoger nada mejor que ella.

—¿Por qué me miras de esa manera tan rara? —le preguntó la joven, rompiendo su ensueño.

—Pensaba en lo inconveniente que resulta a veces una muchacha —contestó en un tono más seco de lo que era su intención, molesto por lo cerca que ella había estado de leer sus pensamientos.

Vio que los labios de Michal temblaban, dándose cuenta de que había herido sus sentimientos.

—Lo siento, Michal —dijo—, realmente no quería decir semejante cosa.

—¿De verdad? —preguntó ella, con un fulgor de contenidas lágrimas en los ojos.

—Te lo aseguro.

—Si es así, te perdono, pero a condición de que me acompañes al manantial.

—Jethro me ha dicho que no abandonara la armería, no fuera a preguntar el rey por mí.

—Mi padre ha salido —para el campamento para conferenciar con Abner, el primer capitán, acerca de conseguir mejores armas para los soldados. Estoy segura de que no regresará hasta la hora de la cena. Además, veo que ya has terminado tu trabajo.

Michal conocía un sendero que no atravesaba la pequeña ciudad de Gibeah, de forma que no sería probable que se tropezaran con su padre o con Jethro. Al aproximarse al manantial, puso la muchacha su mano en el brazo de David para detenerle.

—Anda sin hacer ruido —le advirtió susurrante—. La cierva y su hijito vienen a beber todos los días a esta hora.

Abriéndose paso en silencio entre la lujuriante vegetación que crecía a orillas del regato, se fueron acercando al manantial cogidos de la mano. Aunque David se había jactado con frecuencia de que era capaz de seguir las huellas de un chacal hasta su guarida, no advirtió nada anormal hasta que un rápido suspiro apagado y una presión en el brazo recomendándole cautela de la muchacha que iba a su lado, le hicieron detenerse.

—Mira al lado del arroyo, exactamente debajo del manantial —le dijo Michal en voz muy baja.

Entonces pudo ver la graciosa silueta de la cierva con el cervatillo a su lado. Los dos habían estado bebiendo en un remanso; pero la madre parecía haber advertido de repente un olor anormal. Permanecía ahora con todos los músculos de su cuerpo en tensión, escudriñando la maleza con la vista, tratando de identificar el invisible peligro. A su lado, el cervatillo seguía bebiendo sin inquietud, por no tener los sentidos tan aguzados como los de la madre.

Instintivamente, la mano derecha de David echó mano a la honda que pendía de su cinturón, así como de un puñado de redondas piedras que llevaba en el bolsillo. Michal no se dio cuenta de sus intenciones hasta que una de las piedras pasó del bolsillo a la mano de David, como operación preparatoria para cargar la honda.

—¡No! —gritó, horrorizada.

Ante aquel grito, la cierva y el cervatillo desaparecieron rápidamente entre la maleza.

Michal, enfurecida, empezó a golpear el pecho del muchacho con ambas manos, a la par que exclamaba:

—¡Bestia! ¿Por qué has hecho que huyeran?

David se vio obligado, para defenderse, a cogerle las manos, pero ella seguía debatiéndose con vigor. De pronto pareció como si toda la energía la abandonase y ocultando el rostro en la blusa que él vestía, se puso a llorar con grandes espasmos que sacudían todo su cuerpo, en tanto que David la contemplaba asombrado, no pudiendo comprender el motivo de semejante reacción tan súbita y violenta.

El instinto de arrojar un proyectil a la cierva había sido en él una cosa tan natural como respirar. En múltiples ocasiones derribó piezas de caza con su honda mientras cuidaba del ganado, y a continuación solía celebrar con ellas alegres festines, a los que eran invitados los vecinos para solemnizar la buena suerte de la familia Isaí, figurando él como homenajeado de honor. Nunca se le ocurrió pensar antes de ahora que la caza fuera una actividad cruel aunque a veces sintió momentos de piedad al ver que un conejito o una ardilla se revolcaban agonizantes a sus pies. Ahora, con Michal sollozante apoyada en su pecho, comprendió que en lo sucesivo ya no le sería posible matar sin sentir algo del dolor que ocasionaba a su víctima.

En un gesto instintivo para consolar a la muchacha, le pasó el brazo alrededor de los hombros, con lo que se fue calmando hasta dejar de llorar.

Cuando finalmente alzó sus ojos, que aún tenía irritados y húmedos, hacia él, hizo David algo que ni entonces ni después pudo explicarse la razón de hacerlo. Se inclinó hacia ella y la besó torpemente, sintiendo en los labios el sabor salado de sus lágrimas y la sorprendente suavidad de su boca en la suya. Se trataba de algo involuntario, inspirado por la simpatía que le merecía la muchacha en aquel estado, pero lo sorprendente y lo que no dejó de alarmarle, fue la reacción de Michal, ya que los labios de ésta se pegaron a los suyos y le echó los brazos al cuello apretándole fuertemente, como si no tuviera intención de dejarle marchar.

Sólo unos momentos permanecieron en aquella forma. David, con un súbito esfuerzo embarazoso, se desprendió de la muchacha, agachándose para recoger la honda que se le había caído al suelo al abrazarla.

A propio intento, David tardó bastante tiempo en llevar a cabo la operación, atándose después cuidadosamente la honda a su cinturón de cuero, antes de que alzara la vista y la mirara a los ojos. Al hacerlo, advirtió en ellos una mirada —de la que se dio cuenta en un momento de alarmada comprensión— que reflejaba un completo dominio de sí misma.

—Perdóname, Michal, lo que quería hacer con la cierva y con su cría —balbuceó—. Lo que pasa es que no me había nunca dado cuenta con anterioridad de lo lindos que son.

—Y como hombre, no pensaste en otra cosa que en matar —dijo ella en tono de comprensiva tolerancia, acento que le recordó el oído a veces en boca de su madre cuando ésta reprendía a su padre por cualquier tontería que había hecho. Y pese a que no tenía la experiencia suficiente para comprenderlo, se dio cuenta, sin embargo, de que, con indiferencia de sus edades respectivas ella era mucho mayor y más juiciosa que él como suelen serlo siempre las mujeres con los hombres que aman.

—Me hubiera venido bien poder comer carne de ciervo —gruñó—, ya que tu padre, como debes de saber, nos da una comida que no tiene nada de exquisita.

Michal se echó entonces a reír con ganas, volviendo a ser la de siempre.

—Cuando estemos en nuestra casa —prometió— nos regalaremos un poco mejor. Haré que los criados te sirvan todas las noches para cenar carne asada y pan recién sacado del horno.

—¿En nuestra casa?

—¿En que no somos ya prometidos? —dijo con la mayor naturalidad—. Claro que no lo podremos hacer público hasta que Merab se case, pero esto

tardará poco tiempo en producirse. Hay ya muchos hombres que la desean y ella sólo espera al príncipe o al rey que pida su mano.

—Pero tú eres hija de un rey y yo lo soy de un pastor.

Lo que desde luego no era del todo cierto, por cuanto Isaí era hombre de buena posición y su familia tan noble como la que más de Judea.

—Cuando embeleses a mi padre con tu música, seguramente te hará príncipe de su corte. Y después, cuando llegue el momento oportuno, podrás enviar al casamentero para que pida mi mano.

Los ojos de la muchacha se humedecieron de nuevo al decir:

—¡Pero no quiero que beses a ninguna otra chica! ¡Prométeme que no tendrás otras esposas que yo!

Aquella conversación de matrimonios y esposas, empezaba ya a aburrir bastante a David.

—Veo que todo lo arreglas a tu gusto. Aunque, ¿por qué no? —dijo encogiéndose de hombros.

—¡Michal! ¿Dónde estás?

Era la voz de Merab, que la llamaba imperiosamente desde la colina.

—Se enfadará si te encuentra aquí —dijo Michal a David en voz muy baja —. ¡Vamos, date prisa, escóndete!

David no veía razón válida para ocultarse, no efectuándolo con la rapidez suficiente y así, antes de que pudiera agazaparse entre los matorrales, se abrió la maleza que había sobre el manantial y apareció Merab.

—¿Qué estás haciendo aquí con ese zagal de pastor? —preguntó llena de suspicacias—. Si se lo digo a nuestro padre hará que os azoten a los dos.

—Vinimos al regato para ver a la cierva y a su cría —le explicó Michal—, y David estuvo a punto de matar a la madre con su honda.

Cuando las dos muchachas empezaron a ascender por la colina, David pudo oír que seguían discutiendo enojadas.

—¿Es que no puedes acordarte de que eres la hija del rey? —le decía Merab—. Y que ése es un simple zagal que vive con los criados.

—¡Un simple zagal!

David estuvo tentado de abandonar inmediatamente la corte del rey Saúl, pero recordó lo que le había dicho Michal acerca de encantarle con su música, con la posibilidad que le nombrara príncipe. El pensamiento de poder obligar a la orgullosa Merab algún día a que se inclinase ante él, era una perspectiva demasiado agradable para desperdiciarla. Además recordó que como futuro rey de Israel, él era en Gibeah, como en toda la nación, tan bueno como el mejor.

Jethro no había advertido la ausencia de David, así que a éste le fue posible volver a entrar en palacio sin despertar comentario alguno. La cena fue tan mezquina como la de la noche precedente, y David lamentó haber permitido que Michal le impidiese dar caza a la cierva. ¡Con el sabor que hubiese dado al guisote de lentejas y cebollas que era el plato fuerte de la colación!

David no había visto todavía al rey Saúl. De pronto oyó el restallar de una voz airada, que salía de la gran habitación del otro lado del patio, que servía al monarca de salón para las recepciones y los banquetes y el ruido que producían unos muebles al ser derribados. Se dio cuenta que debía de ser Saúl que pasaba por una de sus crisis de cólera. Jethro no tardó en aparecer en la estancia donde comía con los criados. Se leía desolación en el rostro del criado y en su mejilla derecha, debajo del ojo, empezaba a insinuarse una negra hinchazón.

—¡El rey está otra vez en poder del mal espíritu! —exclamó jadeando—. ¡Vamos, David, corre a ver si le puedes aplacar con tus canciones!

David contemplaba con aprensión el ojo amoratado de Jethro. En casa de Isaí muy rara vez se golpeaba a los criados y nunca en arrebatos de cólera.

—¿Y qué, qué pasará si… me pega?

—Entonces no hagas caso alguno del golpe. Cuando Saúl vuelva en sí te recompensará con regalos. Es un amo magnífico cuando no tiene el espíritu turbado.

David cogió su lira, pero cuando se dirigía apresuradamente hacia la cámara de audiencias de Saúl, hubiera preferido más tener que enfrentarse con un león de los bosques de Judea.

CAPÍTULO VIII

Y cuando el espíritu malo de parte de Dios era sobre Saúl, David tomaba el arpa y tañía con su mano; y Saúl tenía refrigerio y se encontraba mejor, y el espíritu malo se apartaba de él.

Samuel 1-18:20

Al aproximarse David a la cámara de audiencias, las maldiciones y los gritos, incrementados, se entremezclaban con ruidos de rotura de mobiliario. Al llegar a la puerta de la habitación, Jethro se hizo a un lado e hizo que David entrara primero. Cuando los atemorizados ojos del muchacho contemplaron el cuadro que tenía ante sí, se dio cuenta de que iba a enfrentarse con la prueba más dura que hasta entonces había conocido.

La habitación era tal vez dos veces más larga que ancha y las paredes eran de piedra pulimentada, coloreada de rosa pálido. A un extremo, una escalera, también de piedra, conducía a los aposentos del piso superior, y al pie de la misma dos soldados, hombres rudos de la guardia personal de Saúl, habían estado jugando al *senit*, juego importado hacía mucho tiempo de Egipto. Consistía en arrojar unos palitos, agitados previamente en un cubilete parecido al del juego de dados sobre un tablero, formando con ellos rectángulos de acuerdo con la forma que tenían los palillos al caer. Los dos hombres se encontraban, sin embargo, inmóviles, como si el arrebato de ira de Saúl los hubiese dejado congelados, y uno de ellos todavía tenía en alto el cubilete como si se dispusiera a lanzar su contenido.

Sentada en un banco bajo, cubierto de un almohadón de pelo de cabra con flecos, se encontraba una mujer. Era esbelta, hermosa y a juicio de David, mucho más joven que Saúl. La frágil belleza de su rostro le pareció vagamente familiar, descubriendo de repente que era una reproducción, con algunos años más, de los delicados rasgos de Michal. Al contrario de los soldados, no parecía, sin embargo, asustada por la explosión de rabia que David oyó al dirigirse a la cámara. La divertida luz que brillaba en sus pupilas le recordó mucho la divertida expresión del rostro de su hija. Debía de ser —pensó— Ahinoam, la esposa más joven del rey y su favorita. No hablaba, pero le pareció como si con el resplandor de sus ojos le animara, como si comprendiera perfectamente las dificultades de la tarea que a él le

aguardaban, tratando de apaciguar a un hombre que a primera vista parecía estar completamente loco.

El rey Saúl se encontraba sentado en el sillón del trono, hecho de madera de acacia con complicadas tallas, sobre un pequeño estrado de piedra. En el preciso momento en que David entraba en la habitación, bajó del estrado, y apoderándose de un florero de alfarería, de delgado cuello, decorado con anillos concéntricos de colores rojo y azul, alternos, lo levantó sobre su cabeza y lo estrelló contra la pared, lloviendo sus fragmentos sobre los soldados que habían estado jugando al *senit*. Como si aquello hubiese sido la señal que los libraba de su actitud de congelación, uno de los hombres tiró al suelo al cubilete que contenía los palitos. No habiendo todavía advertido la presencia de David, se agachó Saúl para coger un frutero de cerámica vidriada, que contenía peras, manzanas y granadas, que se desparramaron por el pavimento al levantarlo, disponiéndose también a lanzarlo contra el muro.

El rey Saúl era uno de los hombres más altos y mejor parecidos que David había visto en su vida. Su cabello era negro como el azabache y la barba oscura que bajaba de sus mejillas y cubría su mandíbula, la llevaba recortada al estilo asirio. El largo manto que vestía, confeccionado con tela de excelente calidad, estaba teñido del famoso púrpura de los fenicios, color reservado, principalmente, para los ornamentos reales. Las mangas solamente le llegaban al codo, quedando al descubierto los nervudos antebrazos, que ahora los tenía unidos en la acción de levantar el frutero.

David reflexionó acerca de la manera que le sería posible anunciar su presencia, sin incitar a que Saúl le tirara el frutero a la cabeza. Su perplejidad fue resuelta por Jethro, quien desde el corredor, bien a cubierto de cualquier objeto que le pudiera arrojar Saúl, le urgió a David en un susurro:

—¡Toca, en nombre de Moisés, toca!

David hizo correr sus dedos por las cuerdas de la lira y una cascada de arpegios inundó la habitación. A las primeras notas, Saúl se quedó inmóvil, con el frutero todavía en alto. Los dos soldados jugadores de *senit*, volvieron la cabeza estupefactos. David, de una manera instintiva, había escogido una melodía propicia para llamar la atención de un guerrero. Se trataba de la música marcial del más notable canto de victoria jamás cantado en Israel, *La canción de Deborah.* En él se relataba cómo las huestes del cruel capitán Sisera, del ejército del rey Jabin, habían sido aniquiladas cuando el Señor envió sobre ellas una lluvia torrencial que hizo que los carros de guerra del enemigo quedaran atascados en el fango. Era un cántico de alabanza de Barak, que era quien dirigía los ejércitos, y de la profetisa Deborah, que fue la

que le inspiró, así como a los combatientes, para conseguir aquella victoria. Pero sobre todo era un himno de admiración hacia. Dios que la había concedido.

Al segundo tañido de las cuerdas, David empezó a cantar los versos de la canción con una voz armoniosa, de una belleza de sonido sólo inferior al que le producían las cuerdas del instrumento:

¡Despierta, despierta Deborah!
¡Despierta, despierta y canta una canción!
Levántate, Barak, y deja que tu cautividad quede cautiva,
Tú, hijo de Abinoam.
De Efraím surgieron los que combatieron a Amalee;
Detrás de ti tienes a Benjamín entre tu pueblo;
De Machir salieron los gobernadores
Y de Zebulón los que enarbolan la péñola del escritor.
Y Los príncipes de Issachar estaban con Deborah;
Y el propio Issachar y también Barak.
Fue enviado caminando hacia el valle,
Porque las disidencias de Rubén
Pesaban mucho sobre tu corazón.

¿Por qué vivías entre los rediles
Oyendo los balidos de las ovejas?
Fue porque las disidencias de Rubén
Penetraban en tu corazón.
Gilead moraba más allá del Jordán:
¿Y por qué Dan permanecía en los barcos?
Asher continuaba a orillas del mar.
Y tenía su residencia en sus playas.
Zebulón y Neftalí fueron los que
Expusieron sus vidas hasta la muerte
En los altos lugares del campo.

Llegaron los reyes y lucharon,
Lucharon contra los reyes de Canaán
En Taanach, junto a las aguas de Megiddo.
No buscaban ganancias materiales.
Luchaban desde los cielos;
Las estrellas en su carrera combatieron contra Sisera.

El río de Kishon hizo que se dispersaran,
Ese viejo río, el río de Kishon.

¡Oh, alma mía, cómo has pisoteado su fuerza!
Entonces fue cuando tos cascos de los caballos se rompieron
Ante las corcovas,
Las corcovas de los más poderosos.
¡Maldice a Meroz!, dijo él ángel del Señor.
¡Maldice amargamente a sus habitantes todos!
Porque no vinieron en ayuda del Señor,
En la ayuda del Señor contra los poderosos.

Entre todas las mujeres, será bendecida Jael,
La esposa de Heber, el kenita;
Será bendecida entre todas las mujeres de la tierra.
Él le pidió agua y ella le dio leche,
Y le llevó manteca en un magnífico plato.
Entonces cogió con una mano un clavo
Y con la otra él martillo de un obrero,
Y con él hirió a Sisera,
Destrozándole la cabeza.
Después de haberle golpeado y agujereado las sienes,

Se inclinó ante tos pies de la mujer, cayendo al suelo:
Ante sus pies se inclinó y quedó tendido muerto.

¡Que todos tus enemigos perezcan así, oh, Señor,
Pero permite que los que te aman
Sean como el sol cuando se alza lleno de esplendor!

Embebido en el emocionante relato de cómo Deborah y Barak habían conducido a los israelitas a la victoria y de qué forma Jael dio muerte a Sisera cuando éste buscaba refugio en su tienda, David no se dio cuenta de lo que pasaba a su alrededor mientras cantaba. Cuando por último dejó caer los dedos de las cuerdas, advirtió que reinaba en la estancia un extraño silencio. Contempló cómo Saúl se había vuelto a sentar en el sillón del trono con la mirada pensativa, en la que ya comenzaban a apagarse los fulgores de la ira. Ahinoam no se había movido de su banco, donde ahora estaba sonriente, y los dos soldados habían dejado de jugar al *senit* para poder escuchar mejor.

Durante un largo rato, después de que las últimas notas del himno se hubieran desvanecido, nadie habló. Por último Saúl rompió el silencio.

—¿Quién eres? —preguntó el rey con un tono de voz que era casi amable.

—Soy David, hijo de Isaí. El rey mi señor me envió a buscar.

—Sí, ya recuerdo. Jethro me aseguró que tus canciones podrían aliviar mi espíritu.

—Mucho celebraré que haya podido ocurrir así, mi señor.

—Eres un músico muy hábil, David. ¿Cuánto hace que estás en mi casa?

—Desde ayer. Hoy he estado dedicado a pulimentar las armas de la armería.

—No volverás a dedicarte a esas bajas tareas. Mientras yo esté en Gibeah serás mi escudero y te dedicarás a tocar y cantar para mí cuando lo desee.

David inclinó la cabeza.

—Los deseos del rey mi señor son órdenes para mí.

—¿Conoces otras canciones? —preguntó Ahinoam—. ¿Algunas, quizá, de diferente naturaleza?

—Conozco muchas, señora. Mientras cuido de las ovejas en la montaña, he cantado algunas que nadie ha escuchado jamás.

—¿No quemas cantar alguna de ellas para mí?

David dirigió una rápida mirada a Saúl, porque dudaba que al rey le interesara una canción de amor, como la que Ahinoam seguramente quería.

—Permitidme que cante —dijo— la fábula que Jothan contó a los hombres de Shechem, después de que nombraron rey a Abimelech y se encontraba en peligro de muerte.

Y sin esperar contestación a sus palabras, empezó a cantar:

Se propusieron los árboles en cierta ocasión
Nombrar un rey entre ellos,
Y al efecto dijeron al olivo:
«Sé tú nuestro rey».
Pero el olivo les respondió:
«¿He de abandonar mi fertilidad,
Que por mi mediación honra a Dios y al hombre,
Para ir a destacar sobre los demás árboles?».

Y los árboles dijeron a la higuera:
«Ven y reina sobre nosotros».
Pero la higuera les contestó:
«¿Habré de abandonar mi dulzura

Y mi fruto,
Para ir a destacar sobre los demás árboles?».

Entonces los árboles dijeron a la vid:
«Ven y reina sobre nosotros».
Y la vid les contestó:
«¿Habré de abandonar el vino,
Que alegra a Dios y al hombre,
Para ir a destacar sobre los demás árboles?».

Se dirigieron entonces los árboles a la zarza:
«Ven y reina sobre nosotros».
Y la zarza les contestó:
«Si en verdad queréis ungirme como vuestro rey,
Venid y descansad, confiados, a mi sombra.
Cuando no, dejad que el fuego surja de la zarza y devore los cedros del Líbano».

Cuando David terminó el apólogo, Saúl le dijo bruscamente:

—Cántalo otra vez, por favor, y dime su significado.

David volvió a hacerlo, y al terminar preguntó:

—¿Os habéis dado cuenta, mi señor, de la historia que encierra esta fábula?

Saúl sacudió la cabeza con impaciencia.

—Soy un soldado y no un erudito —respondió.

—Yo conozco esa historia —interrumpió Ahinoam—. En tiempos de los jueces, hace ya muchos años, Gedeón combatió contra los *medianitas* en el valle de Jezreel, con sólo trescientos hombres. Rodeó a sus enemigos, amparándose en las nombras de la noche, y armó un gran clamor y encendió innumerables antorchas, haciendo que los hombres de Median, desconcertados, se mataran entre sí al intentar desesperadamente huir. Cuando quisieron nombrarle rey Gedeón rehusó diciendo que ni él ni sus hijos tenían derecho para gobernar. Poco después de la muerte de Gedeón, un hijo de su concubina, llamado Abimelech, habló con los hombres de Shechem, convenciéndoles de que le nombraran rey. Mataron a todos los hijos legítimos de Gedeón, menos al menor de ellos, Jothan, que se escondió en el monte de Gerizim, la montaña sagrada, para combatir a los hombres de Shechem. Allí fue donde pronunció las palabras de la fábula que acabas de cantar.

—Habéis contado la historia a las mil maravillas, señora —dijo David en tono de alabanza.

—¿Pero el significado de la fábula cuál es, me lo queréis decir? —insistió, impaciente, Saúl.

—Está bien claro, señor —contestó David—. Los árboles son el pueblo que desea un rey, como Israel os deseaba a vos para que le condujerais a la victoria y para que le gobernaseis después. Al haber sido ungido rey, el deber del pueblo es seguiros y obedecer vuestras órdenes. Si así no lo hace, sucederá lo que dice la canción:

Dejar que él juego surja de la zarza
Y devore los cedros del Líbano.

Saúl asintió con la cabeza y dijo:

—Has hablado muy bien. Debe de suceder tal como dices.

—Sigo queriendo oírte cantar una canción de amor —insistió Ahinoam—. Seguramente has debido de cantar por lo menos una.

David estaba seguro de que Michal debía de haber hablado a su madre de la canción que empezara a cantarle junto al manantial. Pero no tenía intención de hacerlo ante el rey, porque tal vez por ello le podría considerar más músico que guerrero.

—Cantaré una alabanza a la belleza de la reina —anunció mientras empezaba a tañer de nuevo las cuerdas del arpa:

Todas tus vestiduras olerán a mirra, a áloe y a casia,
Cuando salgas de los palacios de marfil donde te han hecho feliz.
Las hijas del rey figurarán entre tus honorables mujeres
Y en tu diestra empuñarás la reina en oro de Ofir.

¡Préstame tu oído y escúchame, hija mía!
Deberás olvidar a los tuyos y la casa de tu padre.
El rey se encuentra ansioso de tu belleza;
Es tu señor y debes de adorarle.

La hija de Tiro se encontrará allí con un regalo;
Los más ricos del pueblo mendigarán tus favores.
La reina está llena de la gloria por dentro:
Sus vestiduras son de oro repujado.

Será llevada hasta el rey cubierta de bordados.
Las vírgenes, sus compañeras que le llevarán hasta él,

La conducirán llenas de alegría y entusiasmo
Hasta penetrar en el palacio del rey.

En vez de a tus padres, tendrás a tus hijos,
A los que convertirás en príncipes de toda la tierra.
Será recordado tu nombre por todas las generaciones
Y te alabará el pueblo por siempre jamás.

—Gracias, David —dijo Ahinoam, cuyos ojos resplandecían—. La canción ha sido bellísima.

Después del éxito conseguido aliviando la melancolía del rey, la situación de David en casa de Saúl cambió considerablemente. Ya no volvió a dormir en la habitación común de los criados, pasando al recinto de los soldados de la guardia que custodiaban el palacio. Saúl comía sólo, servido por Ahinoam y por sus hijas, en tanto que David, en su calidad de escudero, cargo exento de deberes en tiempos de paz, se encontraba en una posición relativa muy poco por debajo de los miembros de la propia familia del rey.

En los meses siguientes, fue llamado en contadas ocasiones para que tocara y cantara con objeto de disipar los ataques de depresión del monarca, aunque se dedicaba a menudo a solazar a las mujeres de la corte. Saúl parecía haberse ya liberado del mal espíritu que antes le dominaba. Alerta y seguro de sí mismo, se dedicaba ahora afanosamente a formar mi ejército, lo más numeroso que las tribus le permitían, entregándole hombres jóvenes para que les entrenara en el manejo de las armas de guerra, especialmente las de hierro capturadas a los *filisteos*.

Para David los días pasaban harto aburridos, y de no haber sido por la práctica diaria que hacía con los hombres de la guardia de Saúl con los elementos de combate, se hubiese visto en un aprieto para pasar el tiempo. Le gustaba Michal, pero la encontraba, quizá, demasiado absorbente para su gusto. Muchas veces añoraba las montañas de Judea y el emocionante acoso del chacal, el oso y el león, e incluso la modesta cacería de la liebre, que tan sabrosos bocados prestaba a la olla.

Al anunciarse días más fríos al declinar el verano, y con ello una pronta reanudación de las incursiones de los *filisteos*, Saúl decidió hacer personalmente un recorrido por las tribus, con objeto de reunir un numeroso ejército, que estuviera siempre en estado de alerta en los alrededores de Gibeah. Dotado de una vista perspicaz y ya seguro de sí mismo, el rey volvió a ser de nuevo el caudillo que había conseguido ganarse la lealtad de Israel.

Hacía ya muchas semanas que no había mandado llamar a David para que le cantase. Durante los preparativos para la partida del rey, David quedó olvidado. Poco después de la salida de Saúl, regresó a su casa de Belén.

Una vez en ella, no sintió gran nostalgia por Gibeah, considerándose feliz al reanudar sus tareas de cuidar el rebaño de su padre. Las historias que solía contar de la corte de Saúl, un poco adornadas por su parte, pues tenía el instinto nato del narrador, encantaban a todos los muchachos y muchachas de Belén y especialmente a sus primos, Joab, Abishai y Asahel. Con ellos se pasó muchas horas practicando en el tiro de la jabalina la lanza y el arco y contendiendo en combates simulados con espada y escudo. No tardó David en ser muy diestro en el lanzamiento de la lanza y la jabalina y con el arco y la flecha pudo enviar proyectiles, con gran puntería, mucho más lejos de lo que hubiera podido soñar hacerlo con la honda. Pero en cuanto al manejo de la espada de doble filo, nadie aventajaba al gran luchador que era Joab, que disponía de un cuerpo muy fuerte y de anchos hombros. Además tenía aptitudes naturales para la lucha y afición por el combate físico, cualidades que hacían inevitable que algún día se convirtiera en soldado.

Al pasar los meses, David se trocó de mozuelo en un joven atractivo capaz de mantenerse firme e incluso ganar en los deportes a la mayoría de los demás jóvenes de Belén…, con excepción de Joab.

Y en virtud de su maestría con el arpa y de su habilidad para componer bonitas canciones, era el favorito de las muchachas… y de las madres cuyas hijas se iban aproximando a la edad de matrimonio.

El breve período en que vivió en la capital de Saúl, era ya para David poco más que un leve recuerdo y la noche aquélla en que él y Jonatán mezclaron su sangre, cuando le prometió que no diría a nadie lo sucedido cuando fue ungido por Samuel, casi la había olvidado entre sus absorbentes ocupaciones de cuidar el rebaño y de jugar a la guerra con sus primos. Entonces ocurrió algo que iba a cambiar por completo su existencia al entretejer de nuevo los hilos de su vida con los de Saúl y Jonatán, mezclados en un lienzo en el que los suyos iban a ser los que predominasen.

Ello sucedió cuando los *filisteos* empezaron a avanzar hacia el Este con todo su poderío a través de las quebradas de Judea, llevando sus ejércitos desplegados en línea de combate hasta el centro israelita de Shochoh, en el valle de Elah, al oeste de Belén.

CAPÍTULO IX

Y también Saúl y los hombres de Israel se juntaron y asentaron el campo en el valle de Elah y ordenaron la batalla contra los filisteos.

Samuel 1-17:2

La llanura costera de Canaán, en poder desde los tiempos de Josué del «Pueblo del Mar», conocido más tarde como *filisteos*, se encontraba aproximadamente a una hora de camino de la orilla del mar. Hacia las playas las dunas, apiladas por el viento, formaban declives bastante suaves; pero hacia el Este el terreno se hacía gradualmente más abrupto, convirtiéndose imperceptiblemente en las elevadas montañas que formaban las tierras altas del Canaán central y el territorio perteneciente a la tribu de Judea. Al pie de las colinas y dondequiera que la configuración de la costa lo permitía, se construyeron puertos y se alzaron las prósperas dudadas filisteas. La mayoría se elevaban sobre cimientos construidos por los primitivos habitantes *canaanitas*, que habían sido desalojados de sus tierras por Josué y por los miembros de las tribus de Dan y de Judea. Los hebreos, a su vez, fueron rudamente expulsados del territorio cuando los *filisteos* se asentaron de una manera permanente en aquella zona.

Desde la base de las montañas donde estaban establecidos sus pueblos, las tribus israelitas habían contemplado con temor el avance de la horda del Norte. Nadie sabía a ciencia cierta de dónde procedían estos invasores, pero de una cosa no había duda: que eran más altos, más fuertes y más guerreros que la mayoría de los israelitas y los *canaanitas*, y lo que era más importante, que poseían el secreto que les permitió la conquista de la región: el procedimiento de fundir y templar el hierro para fabricar armas, herramientas y las ligazones de sus grandes carros de madera, cargados hasta los topes con sus bártulos y en los que viajaban sus esposas y sus hijos al ir avanzando hacia el Sur. Por necesidad el «Pueblo del Mar» se veía obligado a permanecer cerca de la llanura costera, donde los caminos eran más practicables para aquellos macizos e incómodos carromatos de madera. Pero aparte de esto, porque llevaban en la sangre el amor al mar y al comercio.

Algunos aseguraban que el «Pueblo del Mar» era originario de la isla de Caphtor, como era llamada Creta en aquel tiempo, y no faltaban los que les

supusieran naturales de la Grecia continental, aun cuando no eran totalmente griegos. La historia de su incansable marcha a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo o «Gran Mar», la señalaba sus avances por tierra junto a la reseña de las escuadras de buques que les acompañaban. Avanzando simultáneamente por mar y por tierra, atacaban uno tras otro todos los centros costeros, estrujaban las ciudades como con un par de pinzas gigantescas. Caminando siempre hacia el Este y el Sur en dirección a su meta final, que eran las ricas y fértiles tierras del delta, alrededor de la desembocadura del Nilo en Egipto, los invasores saquearon Ciricia, se apoderaron en las minas de Tarso de toda la plata fácilmente accesible y utilizaron las riquezas de Chipre, especialmente su cobre y otros metales, para servir sus propósitos.

Los centros fenicios de Ugarit, Byblos, Tiro y Sidón, situados en el extremo oriental del Gran Mar cayeron en sus manos en rápida sucesión, en tanto que otra columna invasora llegó tierra adentro a puntos tan distantes como Carchemish, sobre el río Éufrates, siguiendo una ruta similar en sentido inverso a la de Abraham durante el viaje de Harán a Canaán, aproximadamente mil años antes. Con un flanco así protegido y el otro apoyado en el mar, se encontraban ya en condiciones de caer sobre Egipto.

Por implacable que fuera la marcha del «Pueblo del Mar» por irresistible que su avance pareciera, estas mismas circunstancias fueron finalmente las que originarían su derrota. Porque los rumores que les precedieron obligaron al enérgico faraón Ramsés III a movilizar un gran ejército para la defensa del delta del Nilo, y lo que es más, los egipcios poseían carros de combate que eran mucho más rápidos y maniobreros que los pesados vehículos de los invasores. Cuando el «Pueblo del Mar» llegó finalmente al delta del Nilo, las fuerzas del faraón se encontraban preparadas. Columnas compactas de arqueros, guardando la distancia suficiente para estar fuera del alcance de las grandes lanzas y de las anchas espadas de hierro, hicieron llover, la muerte sobre los invasores. Al mismo tiempo, los navíos de los atacantes fueron arrojados contra la costa y destrozados por las rápidas y ligeras galeras de guerra egipcias, que confiaban como fuerza impulsora, más que en las velas, en los remos de los galeotes esclavos.

En una batalla final, una de las más grandes que jamás tuvo lugar en Egipto o en Canaán, los invasores del Norte acabaron por ser contenidos y obligados después a retroceder, vacilantes, a lo largo de las playas del delta del Nilo y de la costa de Canaán. Luego de su derrota en Egipto, el «Pueblo del Mar», al que se le empezó a dar el nombre de *filisteos*, obligó fácilmente a *canaanitas* e israelitas a abandonar sus ciudades costeras, reconstruyéndolas y

poniendo nuevos nombres a cinco centros importantes: Ashkelon, Ashdod, Ekron, Gaza y Gath. Finalmente, en la línea costera meridional de Canaán establecieron fraguas para fundir y trabajar el hierro y el cobre para renovar las armas que habían perdido. Rehaciéndose rápidamente de su derrota en Egipto, pronto se convirtieron en un gran peligro para los israelitas, y especialmente para la tribu de Judá, cuyos dominios caían al este de las principales ciudades filisteas.

Los hijos de Israel habían entrado en Canaán procedentes del Oeste hacía poco tiempo, quizá tan sólo cincuenta años antes de que el «Pueblo del Mar» invadiera Egipto y fuese rechazado. Durante los años siguientes, los hebreos estuvieron muy ocupados con la conquista de Canaán y los *filisteos* con el trabajo de restablecerse de sus heridas y fundar, con la confederación de cinco ciudades próximas a la costa, una nación poderosa lo mismo en la guerra que en el comercio. Negándose a compartir sus conocimientos con sus vecinos, consiguieron guardar el secreto de fundir y dar forma al hierro para su uso, por lo menos a lo que a aquella región se refería, pues los hititas del Norte hacía muchos años que lo conocían.

Cortado su acceso a Egipto por una sucesión de enérgicos faraones y una línea de fortificaciones llamada «Línea del Príncipe», construida en el Sur tocando los dominios de los reyes egipcios, los *filisteos* no podían abrirse camino sino hacia el Este, sintiéndose, además, atraídos en esta dirección por los hermosos valles entre cadenas montañosas que formaban Judea y particularmente por las amplias y fértiles tierras bajas a ambas márgenes del río Jordán.

Al principio los hebreos eran lo bastante fuertes para resistir con éxito cualquier avance *filisteo* por potente que fuera. Bajo Josué tuvieron lugar una serie de éxitos para las armas de Israel, que tuvieron como resultado la derrota de los cinco reyes *canaanitas* entre la ciudad de Gedeón y su exterminio en Makkedah, más la derrota en el Norte del rey Jabin de Haazor. Pero después del fallecimiento de Josué, sucedió un período de retiradas graduales de los israelitas, especialmente por parte de los de Dan y Judea, los cuales se veían obligados a enfrentarse por el Oeste con un enemigo que constantemente crecía en número y en fuerza. En diversas ocasiones gran número de hebreos habían sido hechos esclavos por los *filisteos*, aun cuando cada vez que esto sucedía, el gran jefe de los *shophetim*, o jueces, había dado los pasos necesarios para emanciparlos.

La aparición de Saúl como caudillo de toda la federación hebrea, nunca completamente unida hasta entonces, fue vista por los *filisteos* como una seria

amenaza contra sus ansias de expansión, cuando no contra su propia existencia. Siendo un pueblo enérgico y naturalmente belicoso, dio inmediatamente los pasos necesarios para enfrentarse con el peligro que le amenazaba. La conquista por parte de Saúl del reino amalecita, en dirección hacia el Sur, hizo que se extendiera el dominio de los hebreos, y lo que era más alarmante, los llevó peligrosamente cerca de la fuente de origen del hierro y del cobre, lo que podía independizarlos de los herreros *filisteos*. Era inevitable, por consiguiente, que por parte de la confederación filistea se llevara a cabo una invasión en gran escala del territorio hebreo. Este acontecimiento tuvo lugar pocos años después de la breve visita de David a Saúl en Gibeah.

La más septentrional de las ciudades filisteas era Ekron, que se encontraba sólo a una hora de camino de Jamnia, localidad que fue asignada por Josué a la tribu de Judá en tiempos de la conquista. En esta región fue precisamente donde Sansón llevó a cabo sus célebres hazañas, hasta que Dalila, en el valle de Sorek, le hizo revelar, mediante una artimaña, que su fuerza residía en su cabellera, entregándole poco después a los *filisteos* como prisionero. Dado que ocupaba una situación primordial entre las montañas que eran dominantes atalayas de la llanura, Jamnia podría haber sido de gran valor pero los hebreos nunca trataron de afirmarse en la región inmediata a causa de estar infestada no solamente de moscas, sino también de ratas que a veces destruían toda una cosecha en cuestión de horas.

Hacia el este de Ekron y de Gath, que se encontraban al sur de Jamnia, la tierra se elevaba en sucesivas eminencias, separadas por valles que penetraban profundamente en el territorio de Judea. Muchos de ellos contenían corrientes de agua y a lo largo de sus márgenes los caminos estaban desgastados por el tráfico comercial y a veces por las invasiones. Los israelitas, aunque generalmente vivían en pueblos entre las montañas, bajaban durante el día a trabajar los campos y cuidar de los viñedos que había en las fértiles regiones de los valles, viéndose obligados a menudo a tener que protegerse contra las bandas de merodeadores *filisteos*. Éstos, por su parte, tenían que estar en constante estado de alarma para evitar que la ciudad cercana de Gezer, uno de los centros donde se trabajaba el hierro, no cayera en manos de los hebreos. A consecuencia de todo esto, los valles que se encontraban inmediatamente al este de Ekron y Gath, constituían una fuente perpetua de rozamientos entre hebreos y *filisteos*. Y entre todos estos valles, ninguno ofrecía una ruta más directa al corazón de Judea y al valle del Jordán, siendo por lo tanto el más

vital para la defensa de Israel, que el llamado valle de Elah u, ocasionalmente, «valle de las Acacias».

Aquí, en Ephes-dammin, cerca de Shochoh, en la orilla de una hondonada cortada por una encrespada corriente de agua, los *filisteos* habían concentrado un considerable ejército, con la intención de cruzarla y apoderarse del principal camino del valle, que conducía a Judea central. Al otro lado del valle, Saúl tenía apostados sus ejércitos frente al enemigo y durante más de un mes se mantuvieron dándose la cara, con sólo la corriente de agua entre ellos. Aparte de algunas escaramuzas ocasionales entre destacamentos dedicados al pillaje, no había ocurrido ninguna acción digna de este nombre. Pero como solía ocurrir con frecuencia cuando se enfrentaban dos ejércitos, existían campeones individuales que desafiaban a singular combate a los de las fuerzas contrarias.

Existían importantes precedentes de esta clase de luchas, y en más de una ocasión, especialmente durante el tiempo en que era Sansón el Juez, las batallas se habían decidido por combates individuáis. Ahora las cosas, en lo que a Israel atañía, se habían invertido, y era un *filisteo* el que osaba desafiar a todos, un verdadero gigante al que se daba el nombre de Goliat de Gath.

Rumores del atolladero en que se encontraban en el valle de Elah se habían infiltrado en todas las ciudades de Judea particularmente en Belén, que encontrándose a una jornada del campo de batalla, era la que estaba más preocupada. Todavía eran peores las noticias que se recibían respecto a que, viéndose incapaz de atacar Saúl a las fuerzas superiores de los *filisteos* y obligado a permanecer inactivo mientras veía como aumentaban diariamente, había caído de nuevo en arrebatos de ira, como los que sufriera antes de la estancia de David en Gibeah. Preocupado por la suerte de sus hijos mayores que se encontraban en las filas de Saúl, Isaí preparó cierta cantidad de gofio y pan recién cocido para los tres hermanos, así como diez quesos para su capitán, dando instrucciones a David para que los llevara a Shochoh. También tenía la misión de observar cuál era la situación y traer a casa el informe correspondiente.

David se sintió encantado con la orden de que visitara el campo de batalla. Siendo mayores que él, sus primos Joab, Abishai y Asahel habían partido pocos meses antes para unirse a los soldadas de Saúl Y puesto que su padre había acordado que pasara toda la noche en el campo antes de regresar a Belén, partió con la esperanza de ver a sus primos y particularmente al gigante *filisteo* que se atrevía a desafiar a las fuerzas de Israel.

Al aproximarse a Shochoh, el interés de David se acentuó, por haberse encontrado con una numerosa partida de desertores que se dirigían desde el campo de batalla a sus hogares. Pudo por fin detener a uno de ellos, ofreciéndole un trago de vino de una bota que llevaba en el arzón de la mida, con la esperanza de animarle a que hablara.

—¿Por qué abandonáis el campo de batalla? —le preguntó mientras el hombre bebía—. Seguramente que la batalla no puede todavía darse por terminada.

El soldado se encogió de hombros.

—No habrá lucha. Seremos derrotados antes de tirar una lanza o arrojar una flecha.

—¿No está el rey Saúl con las tropas?

—Saúl está allí, pero ni aún él es capaz de enfrentarse con el gigante.

—No han habido gigantes en esta tierra desde que Josué mató a Og, el rey de Bashan —dijo David—. Og era el último de la raza.

—Yo no sé nada de Og ni de Bashan —contestó el desertor—, pero he visto a Goliat con mis propios ojos. Es una mitad más alto que vos y sus hombros son dos veces más anchos. Al retumbar de su vozarrón tiembla la tierra y no hay hombre corriente que no se ponga también a temblar.

—¿Y qué hay del rey Saúl? ¿Qué hay de Jonatán? Seguramente que a ninguno de los dos les atemoriza ningún *filisteo*.

—Todo lo que sé es que Goliat, pomo el gigante se hace llamar a sí mismo, sale cada día y desafía a cualquier hombre que quiera luchar con él, y que ni Saúl, ni Jonatán, ni nadie aparece para recoger el guante.

Esto le resultaba a David duro de creer. Hubiera apostado a que Saúl era capaz de combatir contra cualquier *filisteo* aislado, fuera el que fuera, y era bien conocido que Jonatán había atacado y destruido a una guarnición completa del enemigo, sin más ayuda que la de su escudero. Todavía pensaba lleno de estupefacción en el extraño relato que el deserto le había hecho y se inclinaba cada vez más a no creerlo, cuando alcanzó la cúspide de la montaña, encontrándose en el borde del valle de Elah. Allí se d tuvo y echó una ojeada al espectáculo que tenía a sus pies.

Lo que vio fue para él como la premonición de un desastre.

CAPÍTULO X

He aquí aquel varón que se ponía en medio de los dos campos, que se llamaba Goliat, el filisteo de Gath.

Samuel 1-17:23

Al otro extremo del valle, visto desde el lugar donde se encontraba David, y separados del ejército israelita por un riachuelo, se alzaban las tiendas de los *filisteos*, dispuestas en ordenadas filas y cubriendo casi toda la falda de la montaña. Llegaba desde el campamento el rumor de martillos al golpear los yunques y se elevaba hacia el cielo el humo provocado por muchos fuelles al dedicarse los herreros a sus tareas de aguzar las armas y dar forma a otras nuevas. Todo el campamento era como una colmena llena de actividad, mucha de la cual estaba centrada en una gran tienda ante la que ondeaban cinco banderas. A juicio de David debían de indicar que se encontraban allí representadas las cinco ciudades que componían la confederación *filistea*.

Los rumores que se oían acerca de las proporciones del ejército enemigo, eran demasiado ciertas, se dijo a sí mismo. Debía de tratarse del empuje principal, designado para penetrar profundamente en Judea y aislarla de las demás tribus, después de lo cual los hebreos podrían ser perseguidos hacia el Este, en dirección al territorio de los *ammonitas*, atravesando el Jordán y más allá del mar Salado. Allí podrían ser cogidas las fuerzas de Saúl entre dos fuerzas enemigas y ser completamente aniquiladas.

Al principio David no podía comprender qué razón podría tener el enemigo para no atacar, puesto que los *filisteos* parecían ser en número aproximadamente igual que los israelitas. Pero la actividad de colmena de sus herreros parecía indicar que tal vez no todas las fuerzas allí reunidas disponían de armas de hierro y que los cinco reyes y sus generales habían decidido hacer un alto en el valle de Elah, donde existía gran suministro de agua, hasta que semejante falta pudiera ser remediada. El enemigo parecía tener pocos carros de combate, si es que contaban con alguno, cosa que no sorprendió a David.

Los vehículos de rápido avance del pueblo de los *hicsos*, que con los hebreos fueron los primeros que emigraron a estas tierras mil años antes, no

tenían mucho valor en las montañas y por lo tanto no solían usarse en este tipo de guerra.

Al otro lado de la parte del valle ocupado por los *filisteos*, el ejército de Israel formaba un conjunto casi igualmente formidable, por lo menos en cuanto al número de combatientes. Pero sabía bien David que las armas de hierro poseídas por el enemigo, podían sólo representar la diferencia entre la victoria y la derrota. Claramente se advertía también que el resonar de los martillos y el rugido de las fraguas debían de causar un efecto deprimente en el entusiasmo de los soldados israelitas, que sabían que muy pronto se verían obligados a enfrentarse con armas formidables.

Las tiendas de los israelitas se alineaban por centenares, con parecida pulcritud que las de los *filisteos*, indicando que Saúl no había perdido nada de su genio como caudillo militar. Mas así como en el campamento enemigo reinaba febril actividad, en el de Israel el silencio era casi deprimente, como si esperara una derrota inevitable.

David bajó con su mula por la ladera y haciendo preguntas a irnos y otros no tardó en localizar el lugar de acampamento de sus hermanos y de los restantes hombres de la zona de Belén. Antes de que llegara hasta ellos, una súbita interrupción cruzó el valle haciendo que se detuvieran todas las actividades por parte de los israelitas.

—¡Oh, hombres de Israel!, ¿por qué habéis venido para entrar en combate? —rugió una voz estentórea en un dialecto *filisteo* que los hombres de Judea entendían perfectamente por haber vivido tanto tiempo a lo largo de la frontera que separaba ambas naciones.

David movió la cabeza en todas las direcciones, seguro de que el hombre que hablaba lo hacía por medio de una bocina para amplificar el sonido de su voz. Pero en seguida se dio cuenta de que estaba equivocado, tan equivocado como había estado en lo cierto el desertor en la descripción que le hizo del campeón *filisteo*, porque Goliat era todavía más enorme de lo que le dijo. Sus robustas piernas eran como troncos gemelos de árbol, su cuerpo un roble macizo y su cabeza sobresalía por encima de las de sus camaradas y las de los soldados israelitas al otro lado de la corriente.

—¿No soy yo *filisteo* y vosotros siervos de Saúl? —preguntó el gigante de Gath, insultando deliberadamente a los hebreos, que se enorgullecían de no ser esclavos de hombre alguno, ni siquiera de su rey—. ¡Escoged un hombre y que venga dónde yo estoy! Si es capaz de luchar conmigo y matarme, todos seremos vuestros siervos. Pero si soy el que gane y le mate os convertiréis en nuestros esclavos.

De la parte israelita del otro lado del valle sólo llegó el silencio, porque ningún hombre se atrevía a cruzar el riachuelo, que sólo podía representar su muerte.

—¡Desafío hoy a los ejércitos de Israel! —retó de nuevo el *filisteo*—. ¡Dadme un hombre con el que pueda luchar!

Al ver que nadie le respondía, escupió con desprecio a través de la corriente y seguido de su escudero regresó con andar majestuoso a su campamento.

David encontró a sus hermanos y les entregó los alimentos que llevaba para ellos y después se dirigió al capitán, al que hizo entrega de los quesos, regresando por último al lado de los hombres de Belén que estaban comiendo junto a sus hogueras. Apenas ninguno de ellos abandonó su actitud para hablarle, aunque muchos de los acampados cerca de sus hermanos eran parientes suyos. Todos parecían presos de honda represión ante el desafío diario y el declarado desprecio de Goliat. Finalmente buscó David a Joab y se sentó a su lado.

—¿Cuánto tiempo hace que el *filisteo* nos está desafiando? —preguntó David.

—Cuarenta días —contestó sombríamente su hermano Joab.

—Es un triste momento para Israel el que semejante tipo pueda maldecirnos y llamamos cobardes.

Joab se limitó a encogerse de hombros, ya que nada podía decir, pero cuanto más pensaba en Goliat mayor indignación mostraba David.

—¿Quién es este *filisteo* incircunciso para poder desafiar de esta manera a los ejércitos del Dios vivo? —dijo estallando por último, incapaz de contener la cólera que le dominaba por más tiempo—. Pienso en el premio que podría recibir el hombre que acabara con él y con la vergüenza que pesa sobre Israel.

En su ira y su frustración, David alzó la voz más de lo que pensaba y un *benjaminita* que se encontraba cerca de él le oyó.

—El rey le concedería grandes riquezas y a su hija en matrimonio —dijo el hombre— y sin duda alguna su familia se cubriría de honra.

—¿Por qué no reclamas tú el premio, mozuelo? —preguntó otro hombre, mientras los que le rodeaban estallaban en grandes carcajadas burlonas.

Eliab, hermano mayor de David se dio cuenta de la barahúnda.

—¿Por qué has venido? —le preguntó con acritud—. Observo la maldad que hay en tu corazón. Viniste con la esperanza de ver una batalla y estás intentando provocarla.

A David no le gustó que Eliab le riñera delante de los hombres de Benjamín, así que replicó:

—Si no hay nadie que luche con este *filisteo* y le mate, Israel será derrotado antes de que haga silbar una flecha o lance uña jabalina.

—¿Por qué no le matas tú, mozalbete? —sugirió uno de los *benjaminitas*.

Herido por las nuevas risas que tal pregunta provocó, replicó David:

—Tal vez lo haga.

—¡Ya tenemos un campeón! —gritó alguien—. ¡Un campeón que va a defendemos contra Goliat!

Sin quererlo, David había dado a aquellos hombres algo de lo que estaban muy necesitados, un respiro de la ira estéril que sentían ante los insultos que Goliat hacía caer sobre ellos.

—¡Un campeón!

Propagado de grupo en grupo, el grito se extendió por todo el campamento.

—¡Un campeón contra Goliat!

—¡Ya has conseguido ser el hazmerreír de la gente! —le dijo Eliab furioso—. Anda, vete a dormir a otro lugar. Que no se sepa que el hijo de Isaí es un necio.

Ya por entonces se había alzado un gran clamor en la parte asignada a los hombres de Belén y de Benjamín. Mohíno, aunque aún sintiéndose belicoso ante las bromas de que era objeto, David buscó refugio cerca de sus primos, pero el grito en son de mofa de «¡un campeón!» le seguía. Por fin se vio obligado a tender su capa al lado de su mula de carga en un extremo del campamento, y allí lo encontró Joab poco después.

—El rey reclama tu presencia —le dijo—. Te espera en su tienda.

—¿Sabes qué es lo que quiere?

David recordaba perfectamente la actitud del monarca la primera vez que lo vio en el palacio de Gibeah y sus pensamientos no fueron muy tranquilizadores. La ira del rey Saúl era una cosa terrible de presenciar y no le sorprendió en absoluto que estuviese enfadado con él por haber alborotado el campamento de aquella manera.

—Alguien le ha dicho que te has ofrecido para luchar contra el *filisteo* —dijo Joab—. ¿Cómo ha sido posible que dijeses semejante estupidez?

David tuvo en la punta de la lengua el protestar diciendo que él no se había ofrecido a semejante cosa, sino que simplemente expresó su natural curiosidad preguntando qué recompensa recibiría el que tuviera la suerte de dar muerte al campeón enemigo. Pero su orgullo había quedado

profundamente lastimado por el vapuleo que le había dado en público Eliab y por las burlas de los hombres, así que no contestó nada.

—El *filisteo* te partirá en dos —hizo observar Joab a tiempo que cruzaban el campo en dirección a la tienda de Saúl—. El rey, por su parte, suele caer últimamente en grandes cóleras. Puede llegar incluso a hacer que te corten la cabeza, antes de que Goliat te eche mano.

David no se sentía feliz ante semejantes perspectivas, pero su orgullo no le dejaba obrar en aquellos momentos de la única forma que parecía sensata, esto es, hacer que Joab fuera solo con la noticia de que él había abandonado el campamento, reintegrándose a cuidar los rebaños de su padre. De pronto le asaltó un pensamiento. Si Jonatán pudiera interceder por él, podría tal vez zafarse del asunto con nada peor que una reprimenda. Después de todo, se decía David, su única falta consistía en haber provocado ciertas risas, lo cual, en las condiciones depresivas en que se encontraban los soldados, no podía en modo alguno considerarse un delito.

—¿Dónde está Jonatán? —preguntó—. En Gibeah éramos buenos amigos.

Joab se encogió de hombros.

—Ya estoy empezando a pensar que los cuentos que nos contaste sobre tu fraternidad de sangre con Jonatán y el haber sacado a Saúl de su melancolía, fueron también fútiles jactancias, aunque esta vez no corres el peligro de quedar como embustero. Jonatán se marchó ayer al frente de una patrulla exploradora hacia el Este, con objeto de ver si venían por esta parte más refuerzos para los *filisteos*. No se espera que regrese antes de mañana.

Desvanecida aquella última esperanza de salir con bien del lío en que estaba metido, David hubiera dado gustoso todas las probabilidades que pudiera tener de convertirse en rey de Israel, por regresar de nuevo a la montaña frente a Belén para cuidar de las ovejas. Pero ya no había manera de escaparse del atasco como no fuera huyendo con el rabo entre las piernas o bien arrodillarse ante Saúl y reconocer que si preguntó por la recompensa que daban por matar a Goliat, lo hizo por simple curiosidad. De cualquier forma que procediese, volverían a caer sobre él las chanzas y burlas del campamento.

En pie ante la tienda de Saúl había un hombre nervudo, cuya túnica, teñida de púrpura, indicaba que se trataba de un jefe de alta graduación. Al ver aproximarse a David y Joab se adelantó la luz de la antorcha de la tienda y David pudo comprobar que se trataba de Abner, capitán jefe del ejército al mando de Saúl. Le había visto en múltiples ocasiones en Gibeah y sabía que era muy respetado, y no solamente como valiente guerrero, sino también

como estratega inteligente y astuto, cuyas realizaciones tácticas salvaron en más de una ocasión al rey, menos reflexivo que él de la derrota.

—¿Es éste el muchacho, Joab? —preguntó Abner.

—Sí, mi señor Abner —contestó Joab—. Pero se trata sólo…

—Le conduciré ante el rey. Puedes volver a tu puesto Joab.

Al desaparecer ése, David no pudo por menos de sentir el peso de su desolación. Abner no le llevó en seguida ante Saúl, sino que durante irnos momentos le estuvo examinando sin pronunciar palabra. Con cierta sorpresa por parte de David, en sus ojos no había burla sino cierta expresión meditativa.

—¿Así que eres capaz de luchar contra el *filisteo* por la recompensa? —preguntó por último.

—Por la recompensa no, mi señor —replicó el joven— sino para vengar la afrenta que se está haciendo a Israel y al Altísimo.

Abner alzó las cejas y un instante pareció que hablaba consigo mismo. En seguida se encogió de hombros y se dirigió hacia la entrada de la tienda del rey, diciendo:

—Vamos, pasa. Al rey no le gusta que le hagan esperar.

Saúl estaba sentado en una especie de arcón, al que se le habían añadido unas asas para poder ser utilizado en el transporte de puntas de flecha y de lanza de bronce durante las marchas. No vestía en aquellos momentos la túnica purpúrea que acostumbraba a llevar en Gibeah, sino, como cualquier otro guerrero de Israel, una especie de blusón que le llegaba a las rodillas, con mangas cortas que le cubrían los hombros de forma que las correas que sujetaban el peto y el espaldar no le tocaran la piel. Tenía a su lado una vasija de vino y en la mano un tazón de plata a medio llenar.

—¿Quién es éste? —preguntó Saúl levantando sus melancólicos ojos y mirándoles fijamente.

David se sintió impresionado por el cambio que había experimentado el rey desde la última vez que le vio. Entonces, aun en sus momentos de iracundia, el hijo de Kish tenía la apostura majestuosa de un rey y de un conductor natural de hombres. Ahora parecía vencido y cansado, como si le hubiesen despojado de toda su fuerza interior. Emocionado, se dio cuenta David del motivo de este cambio: Saúl tenía miedo.

David se había resignado a confesar al rey que no tenía ninguna gana de pelear en un combate que solamente podía tener un fin: su propia muerte. Pero al descubrir el miedo del rey, hizo que procediera de una forma que ninguna otra cosa le hubiera hecho hacer. Se sintió poseído por una extraña

sensación de fuerza, que no recordaba haber poseído con anterioridad. Porque si el rey de Israel se encontraba atemorizado hasta, el punto de no parecer ya apto como caudillo, ello sólo podía significar que no estaba lejano el día en que David, como ungido sucesor de Saúl, sería lo suficiente fuerte para salvar a su pueblo de la destrucción. El joven, inconscientemente, encuadró sus hombros, lo que hizo que Abner, que se encontraba a su lado, le dirigiera una atenta mirada.

—¿Quién es éste? —volvió a repetir Saúl, que parecía próximo a dejar estallar su cólera.

—Es el judaíta que preguntó qué recompensa se ofrecía al que aniquilara al gigante *filisteo* —se apresuró a decir el capitán.

—¿Se ha ofrecido a luchar contra Goliat?

Antes de que David pudiese hablar, contestó Abner:

—Sí. Varios hombres de Benjamín se lo oyeron decir. Supuse que querríais conocer a un hombre tan valiente y ordené que fuera traído ante su majestad.

Saúl vació el contenido del tazón de vino de un golpe y luego lo apartó a un lado.

—No tienes ni la edad ni la experiencia necesaria para poder luchar con el *filisteo* —le dijo mirándole sorprendido.

A David no le sorprendió que Saúl no le reconociese, pues había experimentado un gran cambio desde que estuvo en Gibeah. Creció, sus hombros se ensancharon y tenía el cuerpo más robusto, aun cuando era todavía esbelto comparado con la pesadez de Saúl o de Joab. Además, sus mejillas, que en Gibeah aparecían apenas cubiertas con el fino vello de la adolescencia, lucían ahora una barba rizada, por la que sentía un orgullo fuera de lo corriente. Ahora que Saúl le ofrecía una honrosa salida, le asaltó un pensamiento lleno de prudencia. Reconoció, con una intuición que debía de llegarle de algún poder superior a él, que formaba parte de un plan, aunque como éste habría de desarrollarse cuando los hilos de los acontecimientos comenzaron a tejerse y entretejerse era algo de lo que no podía tener la menor idea; pero se dio cuenta de que debía de seguirlo, fuera a donde fuera a parar, porque se trataba nada menos que de la voluntad de Dios.

—No permitáis que el corazón de un hombre decaiga ante el *filisteo* —le dijo a Saúl con toda calma—. Vuestro servidor irá y luchará contra él.

—Pero tú no eres otra cosa que un mozuelo, mientras que Goliat ha sido un hombre de guerra desde su juventud.

La consideración de Saúl era ahora sólo superficial. Abner habló antes de que el rey pudiera añadir algo más:

—Has hablado bien, muchacho. Seguramente el Señor será tu protección y tu escudo.

Aquellas palabras sonaban un poco a hueco. ¿Sería posible, pensó David, que todo aquello hubiese sido planeado por Abner, después que su curiosidad por Goliat hubiera sido burlonamente interpreta da por los soldados como una aceptación del desafío del *filisteo*? Incluso le asaltó una razón de esta artimaña estratégica de Abner: quizás el capitán se había dado cuenta del cáncer de terror que devoraba las entrañas de Saúl, y le había conducido a él, deliberadamente, a la tienda del rey para obligarle a aceptar, lo quisiera o no, el desafío. Porque una vez que el gigante le hubiese matado —«sacrificado» era la palabra precisa, pensó David con amargura— Saúl se convencería de que era inútil pretender él mismo luchar con el campeón *filisteo* y parte del miedo roedor que había atacado el alma del rey, se apaciguaría. Todavía más, el sofístico consejo de Saúl, le dijo a David que el rey estaba por completo decidido a seguir la opinión de Abner, cuando no había sido aliado suyo.

En aquella prudencia recién hallada, a David le fue fácil comprender ahora el cáncer que amenazaba con destrozar la inteligencia del rey. Debía de ser la convicción de que Dios le había abandonado al fracasar en ser el caudillo que debía de ser por la unción de Samuel. Y una vez que Dios le abandonaba, la muerte se encontraba siempre a su lado, bien fuera en la forma de Goliat o de una pequeña piedra en la que pudiera tropezar y caer de cabeza, montaña abajo, para quedar destrozado sobre las rocas.

Lo peor de todo era que aquel insano miedo a la muerte le había despojado a Saúl de toda energía para ser un hombre y enfrentarse con Goliat, para morir, si fuera preciso, con el valor que su pueblo tenía derecho a esperar de un rey.

En aquel momento nació un nuevo David. Era un David que podría admirar a Saúl y serle fiel incluso en su debilidad, porque Dios había ungido al hijo de Kish como rey de su pueblo y se le debía dar a su fuerza un margen de confianza para que obrara como debía de hacerlo. Y aun sintiendo compasión por Saúl, aquel nuevo David debía incluso ayudarle a llevar el fardo de su propio miedo, facilitando que el rey le condujera a lo que debía de saber que sería su muerte.

—Vuestro servidor cuidaba las ovejas de su padre —le dijo David al rey confiadamente—. Y aunque a veces llegaba el león y se llevaba un cordero del rebaño, yo iba tras él, le quitaba su presa de la boca y le mataba. Vuestro

servidor ha matado no solamente al león, sino también al oso, y seguramente ese *filisteo* incircunciso no será mejor que esas bestias, puesto que ha desafiado a los ejércitos del Dios vivo.

—La lanza del *filisteo* es más aguda y más larga que las zarpas del león o del oso —le advirtió Saúl.

—El Señor me libró de las garras del león y de las garras del oso —dijo David tranquilamente y seguramente me librará también de las manos de ese *filisteo*.

Saúl se inclinó hacia delante y buscó con sus ojos los de David. En aquel momento volvió a tener de nuevo el aspecto resuelto y decidido del hombre para el cual tocó David su arpa en Gibeah. Cuando habló de nuevo, incluso su voz parecía haber cambiado, conteniendo ahora un acento que antes no tenía, una nota de esperanza.

—¡Ve —dijo— que el Señor está contigo!

CAPÍTULO XI

Y el filisteo venía andando y acercándose a David, y su escudero delante de él.

Samuel 1-17:41

A la salida del sol el ejército israelita ya estaba en pie, porque la noche anterior había corrido por el campamento el rumor de que un joven de Belén, que ni siquiera era soldado, estaba conforme en luchar contra Goliat. Aunque apenas nadie creyera que David tenía la más mínima probabilidad de ganar, era ya suficientemente dramático el mero hecho de que existiera alguien en Israel que hubiera encontrado el valor suficiente para enfrentarse con Goliat, lo que garantizaba que no había hombre alguno en los dos ejércitos que se perdiera el espectáculo. Como siempre sucedía en contiendas parecidas, se hacían gran cantidad de apuestas, aunque en este caso eran principalmente sobre si el *filisteo* mataría al pastor al iniciarse el combate con la primera arremetida de su lanza o de su jabalina, o si permitiría que el joven se le acercase lo suficiente para dividirle en dos con su gran espadón de hierro.

En cuanto a David, la nueva confianza y la nueva fuerza que había encontrado la noche anterior en la; tienda de Saúl no le abandonaron y durmió bien, arropado en su capa junto a la hoguera del campamento de los hombres de Belén. Desde que se hubo comprometido a luchar con el campeón *filisteo*, cesaron todas las burlas. A primera hora de la mañana Joab le llevó el puñado de dátiles y los trozos de pan que constituían el desayuno de los soldados en el campo.

—Anoche agucé mi jabalina —dijo Joab, mientras los dos amigos permanecían en cuclillas al lado del fuego—. Puedes llevártela para el combate.

David se sintió emocionado ante el ofrecimiento, porque sabía cuánto apreciaba Joab su jabalina, cuya hoja era de hierro.

—Si la lanzas contra el costado de Goliat, entre las planchas de la armadura que cubren su cuerpo, quizá puedas acertarle en algún punto vital.

Eran palabras pronunciadas sin demasiado entusiasmo y David sabía en lo que estaba pensando Joab: que mucho antes de que pudiera acercarse al

gigante y le lanzara la jabalina contra un costado, Goliat ya le habría partido en dos con la espada o le atravesaría con la lanza.

—¿Has planeado ya la manera que tendrás de combatirle? —preguntó Joab.

David hizo un signo negativo con la cabeza.

—El Señor guiará mi mano, de la misma manera que me envió aquí para que aceptase el desafío.

Su amigo le miró mudo de asombro.

—¿Por qué te ha elegido a ti —pudo decir por fin— cuando el propio rey, ungido por él, no tiene valor para enfrentarse con Goliat?

—Dios ha abandonado a Saúl —explicó David—. Lo abandonó ya en Mizpeh, cuando hizo los sacrificios sin esperar a que llegara Samuel.

—Pero Saúl ganó la batalla. Tal vez ello quería significar que el Señor se había aplacado.

—De haber sido así, Saúl lo sabría y no tendría miedo de luchar contra el *filisteo*.

Joab frunció el entrecejo. Siendo un hombre de acción, las sutilezas del pensamiento y de la lógica estaban generalmente fuera de su alcance.

—¿Cómo es, entonces, que tú no tienes miedo? —le preguntó.

David tuvo en la punta de la lengua contestarle que el ungido por el Señor era ahora él; pero recordó la conversación que tuvo con Jonatán en Gibeah y su promesa de no revelar nunca a nadie aquella verdad.

—Confío en Dios —se limitó a decir simplemente—. Él será quien me guíe por el camino que debo seguir.

Joab movió lentamente la cabeza.

—Has sido siempre algo extraño, David. Si cualquier otro fuera músico y cantor de canciones como lo eres tú, yo ya le hubiese catalogado como medio mujer; pero sé que tú eres todo un hombre, pues he luchado contigo y he probado mi espada contra la tuya. Si de algo pudiera servir, sería yo quien iría contra Goliat en tu lugar, pero sé que me mataría, ¿y de qué podría servir mi muerte a nadie?

David sabía que Joab hablaba con toda sinceridad, y de no haber empeñado su palabra a Jonatán, muy gustosamente le hubiera contado todo.

—Goliat vendrá pronto —dijo—. Debo de ir, por consiguiente, a la tienda del rey y entrevistarme con los trompeteros que anunciarán que hemos aceptado el desafío.

—Déjame que luche a tu lado —rogó Joab.

—No, es preciso que vaya solo —le recordó David—. De lo contrario el enemigo proclamaría que hemos obrado innoblemente.

Como todas las mañanas, en cuanto alcanzaba su memoria, David se colocaba la honda en el cinturón. La bolsa en la que llevaba las piedras que de ordinario usaba como proyectiles, se encontraba vacía, cosa que no le preocupó. Si es que llegaba a sobrevivir a su encuentro con el *filisteo*, no le sería difícil encontrar las municiones necesarias cogiendo piedras del lecho del río, para defenderse, en caso de necesidad, cuando iniciara su viaje de vuelta a Belén.

Súbitamente, con la mano todavía tocando la honda, tuvo la intuición de la manera que le podría ser posible vencer al campeón. Para sobrevivir le sería necesario herir al enemigo mucho antes de que Goliat pudiera echar mano a la jabalina, a la lanza o a la espada, y eso solamente podría lograrlo utilizando el arma con la que su habilidad igualaba, si no excedía, a la de cualquier guerrero de Israel: ¡la honda! Después de pensar en ello, pareció como si un gran peso se descargaba de su imaginación, porque entonces se dio cuenta de que verdaderamente Dios estaba con él y que no podía fracasar.

Camino de la tienda de Saúl, se detuvo a la orilla del arroyo que se despeñaba por el barranco que delimitaba ambos ejércitos, para lavarse la cara con agua fresca y acabar de ahuyentar el sueño de su cabeza. En el fondo de un remanso encontró la prueba final de que el Señor combatiría aquel día a su lado. Había allí cinco piedras, que parecía que le estaban esperando, como verdaderamente lo creyó. Sus aristas estaban desgastadas por las turbulentas aguas, que las habían dejado suaves y redondeadas y constituían la munición ideal para su honda.

Saúl se encontraba esperando frente a su tienda, con los apretados contingentes del ejército de Israel detrás de él, ocupando la falda de la colina. Todos los soldados estaban completamente armados, incluso Saúl. El espíritu del rey parecía, asimismo, haber cambiado, pues aquella macilenta luz depresiva que brillaba en sus ojos la noche anterior, había desaparecido. A su lado, Abner se encontraba también completamente armado, como si fuera a entrar en combate.

Al acercarse David, Saúl llamó a su escudero y el joven sacó de la tienda un segundo conjunto de armadura muy pulimentada que el rey se ponía generalmente en las batallas. Cogiendo el casco de bronce de manos de su ayudante, Saúl dio unos pasos hacia delante y se lo colocó a David en la cabeza.

Saúl era un hombre bastante más voluminoso que David y cuando el casco se hundió tapando las orejas del joven y casi obstruyéndole la visión, se oyó un murmullo de diversión entre las filas de los soldados reunidos. Fingiendo no oír las risas, Saúl ayudó a David a pasar los brazos por las correas que sostenían el peto de la armadura. Destinado a proteger el pecho en el combate, estaba hecho de cuero con planchas de bronce unidas delante y detrás. El peto también le venía muy ancho a David, entorpeciendo sus movimientos. Y cuando Saúl ciñó su propia espada a la cintura del joven, las risas se intensificaron porque la empuñadura del arma chocaba contra las rodillas de David.

Éste no quería que el rey se molestase, porque se había mostrado muy generoso proporcionándole la armadura, pero al propio tiempo sabía que tendría que librarse de ella antes de enfrentarse con el *filisteo* ya que el peso del peto colgándole de los hombros dificultaría el uso de la honda, y la puntería exacta que tendría que hacer sería imposible.

—Mi señor rey —empezó diciendo David, apoderándose de la primera idea que le vino a la mente—, no puedo ir con todo esto, porque no estoy acostumbrado a ello. Os ruego que me permitáis utilizar en su lugar mis propias armas.

—Nada hay más justo —reconoció el rey—. Cada hombre lucha mejor con las armas que está acostumbrado a usar.

David se desabrochó rápidamente las correas del peto, entregando éste, con el casco, al escudero. Sin el estorbo de la armadura, se dirigió al borde de la corriente de agua y escogió las cinco piedras que había visto en el fondo del remanso. Saúl parecía estar a punto de protestar pero un clamor que venía del campamento *filisteo*, llevó la atención de los israelitas al otro lado del arroyo, hacia donde se dirigía Goliat para su desafío mañanero. Su escudero, un muchacho casi tan alto como David, iba delante del campeón *filisteo*, conduciendo el enorme escudo de hierro, cuyo peso exigía todo su esfuerzo solamente para llevarlo.

Goliat iba con la armadura completa y el sol de la mañana se reflejaba en su casco de bronce cegando casi a David, recordándole que debía de aproximarse a su enemigo de tal manera que el sol no se reflejara en sus ojos al cruzar la corriente. El pesado peto que protegía el pecho de Goliat era también de hierro y llevaba un faldellín de láminas metálicas que le llegaba hasta la rodilla, resonando al chocar unas contra otras mientras caminaba para situarse en el espacio abierto que existía al otro lado de la corriente. Incluso la parte inferior de las piernas las llevaba recubiertas por espinilleras, que iban

desde las rodillas a los tobillos atadas a las pantorrillas, y que también estaban moldeadas en metal.

Mientras Goliat tomaba su posición acostumbrada, preparatoria para lanzar el desafío, David aprovechó la oportunidad para examinarle cuidadosamente, buscando el punto vulnerable donde lanzar la piedra. Sabía que tendría que derribar al gigante del primer golpe, pues de lo contrario la jabalina o la lanza terminarían con él antes de que pudiera poner otra piedra en la honda y arrojarla. No podía ver ningún punto vital que no estuviera cubierto con la armadura, que vestía literalmente al *filisteo* de pies a cabeza, hasta que recordó al chacal que había matado en la montaña cercana a Belén. Derribó al enfurecido animal a corta distancia con una piedra que le dio exactamente entre los ojos.

Al examinar a Goliat de nuevo, después de recordar aquel episodio, se dio cuenta inmediatamente David del lugar a donde debía de dirigir el proyectil, una pequeña zona en la frente de Goliat, apenas mayor que la palma de la mano de un hombre y en el lugar donde el borde del casco brillaba sobre la línea del pelo. Desde aquella distancia era un blanco imposible, pero David se dijo que acercándose lo más que pudiera al coloso, tendría considerables probabilidades de éxito. La única contra era que no tendría oportunidad de lanzar una segunda piedra, si fallaba con la primera.

—¡Desafío hoy a todos los ejércitos de Israel!

La voz de Goliat recorría el valle y su eco repercutía contra las abruptas masas rocosas de las colinas que lo delimitaban.

—¡Que salga un hombre con el que pueda luchar!

Saúl dudó un momento antes de levantar la mano como señal para los trompeteros que estaban en pie a la puerta de su tienda. Resonaron también por el valle las duras notas de las largas trompetas llamadas *shofar*, hechas de cuerno de morueco, que se tocaban al llamar a los israelitas al combate. Los soldados de Israel pudieron ver cómo se envaraba Goliat al oír las estridentes notas aceptando el desafío. En el campo enemigo llegaron corriendo de todas partes los soldados para ver quién había sido capaz de contestar al reto de su campeón; pero en aquel intenso momento dramático no sé dieron cuenta los *filisteos* de algo cuya significación tampoco captó David entonces: que los hombres de Saúl se encontraban armados hasta los dientes, aunque su aspecto negligente era del que se dedica a presenciar por curiosidad la desigual contienda.

CAPÍTULO XII

Y así venció David al filisteo con honda y piedra.

Samuel 1-17:50

A la vista del campeón israelita, una explosión de carcajadas se extendió por las filas filisteas. David, sin embargo, no les prestó la menor atención, sino que continuó avanzando resuelto hasta cruzar el arroyo que separaba a ambos ejércitos, saltando ágilmente de piedra en piedra. Al presenciar aquel confiado avance, las risas de los *filisteos* empezaron a apagarse, pues era una cosa increíble que un hombre, desarmado al parecer, por lo menos según el criterio *filisteo*, se atreviese a desafiar a su campeón. Pero lo más increíble de todo era que no pareciese mostrar la menor sombra de miedo.

Sin embargo, el corazón de David latía apresuradamente al ir avanzando, sin quitar nunca la vista de la pequeña zona rectangular del cráneo de Goliat, en el lugar donde la frente destacaba del reluciente borde inferior del casco. Visto desde donde ahora se encontraba, el gigante resultaba todavía más impresionante que desde el otro lado de la corriente, y a David no le fue posible reprimir por completo una oleada de temor que se estrelló contra el baluarte de su valor y de la convicción de que Dios habría de darle la victoria. Sus piernas comenzaron a temblar, y sólo apoyándose ligeramente en el báculo que llevaba pudo evitar que su debilidad fuera advertida por Goliat y por el enemigo en general.

En cuanto al gigante, había contemplado con absoluto pasmo la salida de David de las filas israelitas, su cruce del arroyo y la ascensión del joven hasta el lugar en que él se encontraba. Resultaba increíble que semejante alfeñique tuviera el valor de enfrentarse con el hombre más fuerte de Filistea y tal vez del mundo entero. Sin embargo, allí estaba aquel simple pastor sin otras armas que un palo y una honda, avanzando resuelto hacia el *filisteo*, como si éste no fuera otra cosa que un cordero al que había de reintegrar al rebaño.

—¿Soy acaso yo un perro para que vengas contra mí con piedras? —gritó indignado Goliat—. ¡Que Dagón[1] te maldiga mientras riego la tierra con tu sangre y hago caer a tu pueblo en la esclavitud!

David no contestó, esperando que el *filisteo* se entretuviera vociferando insultos hasta que él se encontrara tan cerca de su blanco que resultara imposible que errara el tiro.

—¡Ven por mí! —rugió Goliat con sarcasmo.

Hasta el momento el gigante no se había molestado en tomar la rodela de su escudero ni de arrojar una lanza o una jabalina, como era costumbre en esta clase de luchas. Era evidente, y en ello residía la esperanza de David, que considerara sus manos desnudas como armas suficientes para deshacerse de aquel insignificante rival.

—¡Ven, acércate, que voy a dar tu carne a las aves del cielo y a las bestias de los campos!

David habló por vez primera desde que abandonó las filas israelitas.

—Vienes a mí con espada y con lanza —dijo—, pero yo voy a ti en nombre del Dios de los ejércitos de Israel, al que te has atrevido a desafiar.

Goliat se asentó con mayor firmeza sobre sus anchos pies, abriendo y cerrando sus manazas, con las que pensaba destrozar a aquel advenedizo que osaba ir contra él.

—¡Hoy te entregará el Señor a mis manos! —dijo David acercándose cada vez más, hablando al gigante para retener su atención—. Te heriré y después te cortaré la cabeza. ¡Seré yo quien dé los restos de los *filisteos* a las aves del cielo y a las bestias salvajes, para que toda la Tierra se entere de que hay un Dios en Israel!

Al detenerse David para recobrar el aliento, Goliat gritó su desafío una vez más, retumbando su eco entre los paredones del estrecho valle. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, metió David su mano en la bolsa de su cinturón y tanteó una redonda piedra pulimentada de las que había recogido en el fondo del arroyo. Ya se encontraba lo suficientemente cerca para poder contemplar los grandes tendones que sobresalían del cuello macizo del *filisteo* y para oír cómo crujían los nudillos de las manos de Goliat al abrirlas y cerrarlas. Estando ya seguro de que el gigante esperaría hasta tenerle al alcance de sus manazas, David se atrevió a aproximarse a él todavía más. Sólo cuando estuvo seguro de no poder fallar la puntería, se deshizo del báculo e hizo que su mano izquierda se pusiera en su cinturón para colocar la piedra en la honda.

—¡Todos cuantos se encuentran aquí reunidos se enterarán que al Señor no se le combate con lanza y espada! ¡Será el Señor quién te entregue a mis manos!

David lanzó sus últimas palabras en las mismas narices de Goliat, puesto que se encontraba a no más de doce pasos de él. En el mismo momento, su mano derecha agarró las cuerdas de la honda y con la izquierda sacó de su cintura la piedra, asentándola firmemente en la cavidad de la misma. Empleando toda la fuerza de su brazo y de su cuerpo, hizo girar dos veces la honda sobre su cabeza y soltando las cuerdas unidas a uno de los lados de la cavidad, hizo que la redonda piedra quedara en libertad y se dirigiera con impresionante velocidad hacia su blanco.

El impacto de la piedra contra la frente del gigante fue tan fuerte que a favor de la brisa mañanera pudo oírse en el campamento israelita al otro lado del arroyo. David, con los ojos siempre fijos en el blanco, vio cómo se hundía la piedra en la frente de Goliat, aplastando hueso y cerebro en su camino, exactamente igual que los hendió en el cráneo del chacal.

En las pupilas de Goliat brilló una horrible expresión, antes de que se pusieran vidriosas y avanzara unos pasos vacilantes. Después se doblaron sus rodillas y cayó pesadamente a tierra.

Cuatro sonidos rompieron el terrible silencio que siguió a la caída de Goliat. El primero de ellos fue como un gemido de temor, que se elevó de las filas de los *filisteos*, agrupados al borde de la pequeña hondonada. El segundo consistió en el batir metálico contra las piedras, al dejar caer el escudero de Goliat la rodela de que era portador y escapar, como alma que lleva el diablo, hacia el campamento *filisteo*. El tercero fue el vibrar de los *shofar* del campamento israelita emitiendo la orden de combate.

Y por último, los gritos triunfales de los guerreros israelitas atravesando el arroyo y atacando al enemigo, desarmado en su mayoría, por encontrarse distraído por el extraño combate entre David y Goliat, no habiéndose preocupado de recoger sus armas al salir de las tiendas para presenciarlo.

En cuanto a David, de momento sólo le preocupaba una cosa: completar su victoria sobre el campeón *filisteo*. Colocando su pie sobre el pecho del gigante caído, asió la empuñadura de la espada de Goliat y la sacó de su vaina. Aun cuando manejó el arma con las dos manos, tuvo necesidad de dar dos golpes para seccionar la cabeza del gigante. Después se llevó la ensangrentada espada como un trofeo, ya que las armas de hierro eran valiosas presas de guerra, procediendo a cruzar el arroyo en dirección al campamento israelita. Entonces se encontró con que las líneas israelitas se habían trasladado hacia el Oeste, en persecución de los desarmados *filisteos*, cogidos desprevenidos al ser atacados en el momento de la victoria de David.

Después de la emoción de la lucha con Goliat, cuyo cuerpo yacía tocando el campamento *filisteo* al otro lado del arroyo, David apenas podía desechar la idea de que había quedado olvidado. Las líneas de batalla se alejaban demasiado rápidamente en dirección al Oeste para que pudiera ya alcanzarlas, y no le quedaba otro remedio que esperar el regreso del Ejército. Era la primera vez que daba muerte a un hombre, y ahora que los instantes de excitación habían terminado, no podía dejar de sentir un poco de repugnancia. La cabeza de Goliat yacía a orillas del arroyo, donde la había dejado caer, y no podía eludir la convicción de que sus ojos sin vista le perseguían por el campamento, como si incluso después de su muerte le acusara el *filisteo* de haber utilizado el recurso desleal de la honda.

Para huir de aquella mirada, implacable al parecer, David acabó por cubrirse la cabeza con el corselete de la armadura que tomó del cuerpo caído del gigante, no teniendo ya otra cosa que hacer que esperar el regreso de Saúl y su viaje de vuelta a Belén, dedicándose, poco después, a cuidar a los heridos, vendándoles y llevando a los moribundos el alivio posible dándoles a beber agua del arroyo. Todavía se encontraba ocupado en esta actividad, cuando Saúl y Abner volvieron a la cabeza del principal cuerpo de ejército israelita al campamento, poco antes de que anocheciera.

Saúl penetró en su tienda y poco después cruzaba Abner el arroyo hasta llegar al lugar donde David se encontraba dando de beber a un herido israelita.

—El rey Saúl desea verte —dijo el capitán.

Por entonces ya se había acostumbrado David al hedor de los moribundos que había en la falda de la colina y al olor, enfermizo y cálido, de la muerte. Incluso el propio Abner palideció un poco cuando le vio recoger la decapitada cabeza de un montón de armaduras, mientras David seguía al capitán israelita hasta la tienda del rey.

Saúl se estaba lavando, tratando de quitarse de su cuerpo la suciedad y la mugre del combate, utilizando para ello una vasija de cobre capturada a los *filisteos*. Su armadura y sus armas yacían en el suelo de la tienda, pudiendo darse cuenta David, al advertir las mellas que había en el peto, así como la sangre seca de la espada y en la lanza, que el rey había jugado el papel que le correspondía, luchando aquel día como el verdadero caudillo de un pueblo. Solamente después de secarse la cara y la barba con una toalla, se volvió Saúl hacia David y Abner.

—¿De quién eres hijo, muchacho? —le preguntó.

—Soy hijo de vuestro servidor Isaí de Belén —contestó David.

—Tu destreza con la honda ha salvado hoy a Israel.

David movió negativamente la cabeza.

—El Señor fue quien guió mi brazo, majestad —contestó modestamente —. Sólo Él es quien debe recibir los parabienes y vos también, por haber conducido al Ejército a la victoria al ser cogido el enemigo por sorpresa.

Saúl le dirigió una mirada no exenta de asombro.

—¿Qué hacías hoy en el campamento? —preguntó—. No recuerdo haberte visto con anterioridad por aquí.

—Mi padre me envió para que trajese alimentos a mis hermanos Eliab, Abinadab y Shamma.

Saúl asintió:

—Los conozco bien. Son excelentes guerreros.

—Mi padre y toda mi familia nos contamos entre sus más leales servidores, señor. Cuando le diga que habéis alabado a mis hermanos, se sentirá muy orgulloso.

—¿Vas a regresar a Belén?

—No soy soldado, señor —le recordó David a Saúl—. Me encontraba hoy en el campamento por casualidad.

—Por una feliz casualidad, si es que puedo llamarla así —dijo Abner que se encontraba a su lado—. A menos, como dices, que fueses sólo un enviado del Altísimo con la misión de aniquilar a Goliat.

David pudo observar una vez más que Saúl fruncía el entrecejo, como solía hacer cuando se disgustaba; pero después se encogió de hombros y pareció no dar importancia a los pensamientos que le habían asaltado.

—¿No querrías quedarte en el Ejército, si te buscara una plaza en él? —preguntó a David.

—El rey mi señor no tiene sino ordenar y yo obedeceré.

En el rostro de David brilló la satisfacción que sentía ante aquella sugerencia del rey.

—Así, pues, no hay más que hablar —le dijo Saúl—, te quedarás y servirás siempre a mi lado.

—Si vuestros músicos, señor —insinuó David—, me proporcionan un arpa me complaceré en componer un himno de triunfo para que sea cantado esta noche por los soldados en todas las hogueras del campamento.

Saúl volvió a fruncir el entrecejo.

—Hace unos años, hubo un muchacho llamado David —dijo—, que tocó y cantó para mí en Gibeah. Seguramente que no puede ser el mismo.

—Eso ocurrió hace solamente dos años, mi señor —contestó David—, aun cuando las cosas hayan cambiado mucho desde entonces.

—Así es —convino Saúl—. Tu barba te hace parecer de más edad de lo que yo hubiera esperado.

Y has conseguido ya alcanzar la estatura de un hombre.

Volvióse después hacia Abner y ordenó:

—Procura que busquen un arpa para este muchacho. Esta noche veremos si sigues cantando tan dulcemente como antes, David.

CAPÍTULO XIII

El alma de Jonatán fue ligada con la de David, y Jonatán amólo como a su alma.

Samuel I —18:1

David no había visto a Jonatán desde su llegada al campamento israelita. Cuando salió de la tienda de Saúl en compañía de Abner, sintió una gran alegría al encontrar esperando fuera al hijo mayor del rey. Ambos se abrazaron con la mayor satisfacción y David acompañó a Jonatán a su alojamiento.

—Cuando Abner me dijo que un joven de Belén había dado muerte al *filisteo* con la piedra de una honda, inmediatamente pensé en la posibilidad de que fueras tú el autor de la hazaña —dijo Jonatán.

Habían ya entrado en la tienda de éste, cerrando la abertura para no ser oídos.

—¿Y por qué pensaste semejante cosa? —inquirió David lleno de turbación.

—¿No recuerdas lo que me contaste en Gibeah hace dos años acerca de cuando fuiste ungido por Samuel?

—Sí, pero, ¿qué puede ello tener que ver con el tiro afortunado de una honda?

—¡Quién sabe!

Jonatán sirvió vino de una bota en sendos tazones, primero a David y luego a él, añadiendo a continuación:

—Tal vez fue de esta forma como se manifestó la voluntad de Dios. Según me aseguró Abner, parecías no tener el menor miedo al *filisteo*.

David sonrió.

—Mis piernas temblaban tanto que hube de apoyarme en mi báculo para que no me fallaran y cayera al suelo.

—Sin embargo seguiste avanzando.

—Sabía que tenía que acercarme a Goliat lo más posible, a fin de alcanzarle la frente con la primera pedrada —explicó David— y tenía la esperanza, como así sucedió, de que el gigante sintiera tanto desprecio por mí,

que esperara destruirme con sus propias manos, sin tomarse la molestia de matarme a distancia con la lanza o la jabalina.

—Pero todo eso exigió valor, un valor que ninguno de nosotros había tenido.

—No tanto valor como confianza en la, voluntad de Dios —le rectificó David—. Había algo en mi interior que me decía que el Señor me daría la victoria. De no haber tenido esta seguridad, jamás me hubiera atrevido a cruzar el arroyo.

—El mismo hecho de que sintieses semejante confianza demostraba que estabas realizando la voluntad de Dios —convino Jonatán—. Mas no dejo de pensar qué es lo que mi padre sentiría si se enterase que el hombre al que está honrando, es el que le sucederá algún día como rey de Israel.

—¡Calla! —exclamó David—. No debes de decir semejante cosa.

—Sin embargo, es la verdad; tu triunfo lo demuestra.

—Los hombres de Benjamín son muy diestros con la honda. Disparando la piedra desde tan corta distancia, cualquiera de ellos hubiera podido matar a Goliat, como yo lo hice.

—Es cierto que tenemos centenares de hombres que hubieran podido derribar al gigante desde tan cerca —reconoció Jonatán—, pero ninguno de ellos tenía suficiente confianza en Dios de que el enemigo sería derrotado, para atreverse a correr el riesgo.

Su rostro se puso más grave al añadir:

—Abner me manifestó algo más en relación con este episodio cuando cabalgábamos de regreso de Ekron, pero no sé si deba decírtelo.

David levantó su mano y puso el pulgar delante de los ojos de Jonatán.

—Si examinaras con cuidado la piel de este dedo, seguramente podrías encontrar en él todavía la cicatriz en el lugar en que me pinché para mezclar mi sangre con la tuya. Entonces me dijiste en Gibeah que no existirían secretos entre nosotros.

Jonatán hizo con la cabeza un gesto de asentimiento, pero su expresión continuaba siendo grave.

—¿No te extrañó que mi padre accediese a que un simple pastor de Belén, que ni siquiera era soldado, fuera a luchar contra el *filisteo*?

—Supongo que lo hizo porque esperaba que le mataría. ¿Por qué otra cosa podría ser?

Jonatán negó con la cabeza.

—Todo fue una artimaña de Abner. Me lo contó esta misma tarde, cuando regresábamos al campamento.

—¿Qué artimaña fue ésa?

—Cuando Abner se enteró que habías preguntado por la recompensa que se daría al que matase a Goliat, habló con mi padre para que te convenciera de que aceptases el desafío del gigante y luchases con él.

David recordó entonces la escena de la noche pasada, cuando Abner envió a Joab a buscarle y había ido a la tienda de Saúl. Y cuanto más pensaba en ello, más claro veía que lo que allí sucedió podía encajar muy bien con lo que Jonatán acababa de contarle.

—¿Así, pues, ninguno de los dos creía que fuera yo el que triunfara? ¡Todo el encuentro fue un señuelo para atraer a los *filisteos* y llevarles a su aniquilamiento!

El dolor se reflejaba en el rostro de Jonatán, porque al contarle a David lo que Abner le había confiado, condenaba también a su propio padre.

—Abner estaba convencido de que los *filisteos* estarían tan absortos en la lucha entre tú y Goliat, que se olvidarían por completo de tomar elementales medidas de precaución. Y esto fue exactamente lo que sucedió.

—Pero los que se encontrasen en el bando perdedor, se acordó que habrían de someterse a la voluntad del vencedor. Tu padre corrió un gran riesgo, entonces, al permitirme ir contra el gigante.

Jonatán movió negativamente la cabeza.

—No lo creas. Tú no eras ni siquiera un soldado, David. Así que ni mi padre ni Abner consideraban que deberían respetarse las condiciones del duelo con tu actuación.

—Y mientras Goliat me mataba y la atención de los *filisteos* se encontraba distraída, nuestro ejército caería sobre ellos, ¿no es así?

—Tal era, en efecto, el plan de Abner. Deberías haberte dado cuenta de que nuestros soldados se encontraban completamente armados, listos para entrar en combate.

—Tan abismado estaba en la idea de matar a Goliat que no me di cuenta de nada.

La voz de David tuvo un timbre de amargura al añadir:

—¡Y pensar que durante todo el tiempo no fui otra cosa que una víctima propiciatoria para salvar a tu padre de la derrota!

—No seré yo quien le defienda —dijo Jonatán—, pero cuando con el pensamiento me pongo en su lugar, estoy seguro que hubiese obrado de la misma forma en circunstancias parecidas. Tú nunca has sabido, David, qué cosa es tener la vida de los demás pendiente de las propias decisiones. Es el

fardo más pesado que un hombre se pueda ver obligado a soportar. Dejar que muriera un hombre para salvar a toda una nación, no es un precio demasiado elevado ante el triunfo de hoy.

—Desde luego, tienes razón —reconoció David.

No había ahora amargura en su voz. En el breve espacio de tiempo de un día, desde la salida del sol hasta aquel momento, David había madurado mucho. Después de todo, como Jonatán acababa de decirle, aquello había sido una magnífica treta estratégica, merced a la cual una derrota casi segura se trocó en una victoria. El hecho de que las cosas se hubiesen desenvuelto de diferente manera de lo que Abner y el rey pensaron, y que él estuviese vivo y Goliat muerto, no alteraba en realidad el fondo de la cuestión. Incluso si él no hubiese vencido al gigante, y éste le hubiese matado, el ejército israelita habría atacado lo mismo. Y aunque las probabilidades de éste de vencer al enemigo hubieran sido mucho menores, pues los *filisteos* interpretaron la caída de Goliat como señal de que el terrible Dios israelita había elegido a su pueblo para que fuese el vencedor, quedaba incólume el hecho de que el propio David había sido simplemente una treta insospechable que podía gastarse sin rebozo.

El convencimiento de lo que realmente sucedió, así como la propia certeza de que su breve encuentro con Goliat no había tenido el carácter de un verdadero combate, sino que fue una simple exhibición con la honda, que centenares de hombres de Israel hubieran podido realizar de la misma manera, no contribuyó, ciertamente, a aumentar en David la estimación de sí mismo. Y sin embargo, su choque con Goliat, le había dado una lección muy importante, esto es, que el miedo era cosa que, lo mismo que la fuerza, podía dominarse y que la falta de miedo es el arma más poderosa con la que un hombre pueda contar. En los años venideros, David perfeccionaría considerablemente este conocimiento, siendo una de las armas de la que echaría mano una y otra vez.

No se dio cuenta de que su propia situación había cambiado mucho hasta que al salir de la tienda de Jonatán fue objeto de grandes aclamaciones de entusiasmo por parte de los soldados que fueron testigos de su encuentro con Goliat y que durante el día estuvieron demasiado ocupados para rendirle aquel merecido homenaje. Se apoderaron de él y le pasearon en triunfo por todo el campamento, hasta llevarle al lugar de honor donde se encontraban apilados todos los despojos ganados al enemigo, con los que se iban a celebrar los grandes festejos de la victoria.

Arrebolado y feliz, aceptó, complacido, David el homenaje de que le hacían objeto sus camaradas y cuando en la culminación de la fiesta que siguió le pusieron un arpa en la mano y le instaron a gritos para que cantara un himno triunfal conmemorativo de aquella acción, sintió que su corazón se llenaba de recónditas armonías y empezó a cantar lo que centenares de siglos después habría de seguir llamándose el *Himno de la Victoria de David*:

Te alabaré, Señor, con todo mi corazón.
He de mostrar todas tus maravillosas obras.
Me satisfará regocijarme en Ti
Al cantar alabanzas de tu nombre, ¡oh, Tú, él más Alto!

Cuando mis enemigos son rechazados,
Caen y perecen en tu presencia,
Porque Tú, apoyando mi derecho y mi causa,
Permaneces sentado en tu trono juzgando con rectitud.

Has rechazado a los idólatras;
Has aniquilado a los malos;
Has borrado sus nombres para siempre
A fin de que con ellos perezca su memoria.

Pero el Señor será él que siempre perdure.
Ha dispuesto su trono para desde él realizar sus juicios,
Y juzgará al mundo rectamente,
Administrando justicia al pueblo con probidad ejemplar.

El Señor será también refugio de los oprimidos,
Puerto de asilo en tiempos de aflicción,
Y cuantos no ignoran tu nombre confiarán en ti,
Y Porque Tú, Señor, nunca abandonas al que te busca.

Cantad alabanzas al Señor,
Propagad entre el pueblo sus obras.
Los impíos se hundieron en el propio hoyo que calvaron;
En la red que ocultaban, sus propios pies se enredaron.

Al Señor se le conoce por los juicios que ejecuta.
El malo cae en la trampa que él mismo tiende.

El malo será arrojado al infierno,
Lo mismo que todas las naciones que de Dios se olvidan.

¡Álzate, oh, Señor, y no permitas que el hombre sobresalga!
Que él impío sea por ti juzgado.
Atemorízale, Señor,
Para que en todas las naciones no haya otra cosa que hombres.

Arrebolado y feliz, no se dio cuenta David de que Saúl estaba en pie ante su tienda, sita en medio del campamento, observando y escuchando. Si hubiera podido examinar la actitud del rey, se hubiese convencido de lo oportuno de la advertencia de Jonatán en Gibeah, de que no revelase que Samuel le hubiese ungido en Belén, porque el rostro de Saúl estaba ensombrecido por la contrariedad y la envidia. Hacía mucho tiempo que las voces de sus hombres no se elevaban para aclamarle como lo hacían en aquellos momentos con David. Y mientras el rey escuchaba, sus dedos se contraían espasmódicamente agarrando el asta de una jabalina, que un soldado de la guardia, al que Abner había dado permiso para unirse a los festejantes, dejó apoyada en la puerta de la tienda.

Dos hombres se encontraban, sin embargo, vigilando a Saúl aquella noche. Uno de ellos era Abner, el cual al pasar la vista del rostro radiante de felicidad de David al del rey, se había quedado pensativo; el otro era Joab, que mientras se regocijaba de la buena suerte de su mejor amigo, calculaba de qué manera podría aprovechar aquella misma suerte en ciertos proyectos personales que albergaba para el porvenir.

CAPÍTULO XIV

Yo, Jehová, les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos.

Ezequiel 34:24

Cuando finalmente se aplacó el clamor y pudo David trasladarse a la tienda que Saúl había ordenado que le habilitaran, Abner fue tras él. Sin que el capitán se diese cuenta de ello, se ocultó Joab, envuelto en las sombras, cerca de la tienda, desde donde podía oír todo lo que en ésta se hablase.

—¿Encuentras cómodo tu alojamiento? —le preguntó Abner a David a tiempo que dejaba caer la lona que tapaba la entrada—. He echado de esta tienda a uno de los capitanes del millar[2] para dejarte a ti su puesto.

—Me siento muy halagado que el hijo de Ner se haya preocupado tanto por mi comodidad —contestó David con cierta sequedad.

El capitán jefe hizo como si no se diese cuenta de aquella frialdad en el acento de David.

—Hoy es para ti un día en que puedes aspirar a cuánto hay en Israel —recordó al joven—. Incluso el propio Saúl no fue tan festejado cuando volvió a apoderarse de Jabesh-gilead.

—Sin embargo esta mañana estabais dispuestos a sacrificarme con tal de encontrar a los *filisteos* desprevenidos.

Abner alzó las cejas sorprendido.

—Así, pues, te ha contado Jonatán lo que yo le dije. Hubiera sido mejor que hubiese puesto un freno a su lengua.

—¿Y dejarme en la creencia de que fui un héroe, no es eso? —preguntó agriamente David.

—Lo creas o no, fuiste un héroe, David. Era preciso tener mucho valor para enfrentarse con Goliat y mucho más para derribarle. Si yo hubiese poseído valor semejante habría ocupado tu lugar en el desafío.

Desconcertado por la franqueza del otro, David no supo qué contestar.

—La misión de enfrentarse con un enemigo hábil y bien armado, mandando tropas a las que le faltan armas y armaduras de hierro y que sólo luchan cuando se ven atacadas, no tiene nada de fácil —dijo Abner tomando asiento en un cajón que había en un rincón—. Hasta que nuestras armas y nuestra fuerza no sean iguales o superiores a las de los *filisteos*, nos veremos

obligados a combatirles de la mejor manera que podamos, utilizando la astucia para levantar el ánimo de nuestros soldados.

—¿Tal como elevasteis el mío, quizá, para que aceptara el desafío de Goliat?

—Debo de reconocer que fuiste un don del cielo, pero ya has recibido alguna recompensa. Y si eres inteligente como creo, recibirás muchas más. ¿No te gustaría ser capitán del millar?

—¡Capitán del millar! —exclamó David, mirando a Abner con incredulidad, seguro de no haber oído bien.

Ni en sus más fantásticos sueños, salvo en aquéllos en que se veía convertido en rey, se había atrevido a considerar semejante posibilidad.

—Soy aún demasiado joven —balbuceó— y no he sido probado todavía en combate.

—¿Y quién ha podido serlo más? —replicó Abner fríamente—. ¿Quién ha podido nunca demostrar su valía de una forma más completa?

—Pero, ¿estaría de acuerdo el rey Saúl?

—Ayer ganaste para él una batalla que parecía perdida. No te puede negar nada que desees.

—Me dijeron que Saúl ofreció su hija y grandes riquezas al que matara a Goliat.

—Todo puede ser tuyo… con el tiempo. El cargo de capitán del millar será sólo el primer paso de lo que tengo yo en proyecto para ti.

—¿Creéis que me seguirían los soldados?

—El hombre se convierte en conductor de los demás por diversas razones, David, la principal de las cuales es haber demostrado su valor y ser capaz de convertir una derrota en triunfo. Y ayer tú realizaste ambas cosas.

El capitán jefe se puso en pie, añadiendo:

—No digas nada de esto ni a Saúl ni a Jonatán. Puedo tardar algún tiempo en llevarlo a cabo.

—¿Y qué pedís de mí a cambio?

Abner estalló en una sonora carcajada.

—Ya veo que has debido de oír que Abner no da nada por nada. Ya me has pagado suficientemente, David, con una victoria sobre los *filisteos*. Puedo seguir siendo todavía, gracias a ti, capitán jefe de Israel y no un esclavo dando vueltas a los molinos de Gath y de Ekron. ¿Puedo pedir más?

Cuando Abner se hubo marchado, David se puso a pasear por el reducido espacio de la tienda, tratando de reflexionar sobre todo lo que le había dicho. Como estaba más acostumbrado a los espacios abiertos de las cumbres de

Belén que a los reducidos confines de una tienda de campaña, decidió salir fuera. Recogiendo el arpa, a cuyos sones acababa de cantar junto al fuego de las hogueras del campamento, empezó a ascender por la empinada ladera de la colina, deteniéndose al llegar a un lugar que marcaba el punto más elevado de todo el contorno.

La luna había ascendido ya por encima de la distante cadena montañosa, cuyos declives inferiores eran bañados por las aguas del mar Salado. Bajo su suave y clemente claridad, podía contemplar las fértiles tierras altas de Judea, cuya puerta de entrada hacia el Oeste era el valle de Elah, extendiéndose ante él. Por el Sur se veía la cadena montañosa de Adullam, donde existían múltiples cavernas, en las cuales los hombres de Judea se habían escondido con frecuencia para huir de la persecución de los depredadores *filisteos*. Hacia el Norte estaba la meseta central, con los antiguos santuarios de Bethel y Shechem.

Por un momento sintió David la misma emoción descubridora que debieron de experimentar Josué y los hijos de Israel varios siglos antes, al contemplar por vez primera aquella tierra de verdes laderas y valles fértiles ante ellos. A la luz de la luna le era posible otear la alineación matemática de las hileras de los trigales, que cubrían la mayor parte del valle de Elah, así como los oscuros surcos de tierra fértil que las separaba. Hacia el Este, un opaco trozo de terreno, que parecía sobresalir como si fuera agua bajo la brisa nocturna, podría ser un campo de maduro grano amarillento. Toda aquella zona era bien conocida por los hombres de Judea, quienes durante siglos habitaban las montañas para vivir seguros, mientras bajaban a trabajar las tierras de los valles.

El rumor de unos pasos sacó a David de su ensueño. Se volvió rápidamente, echando mano al cuchillo que llevaba en la cintura. Pero al identificar una figura corpulenta y familiar que salía de la oscuridad, levantó la mano en señal de paz.

—¿Prefiere, acaso, el hijo de Isaí su propia compañía a la de sus parientes?

David pudo notar por la rudeza del tono de la voz del recién llegado, que era Joab, que se encontraba disgustado, aunque de momento no podía comprender la razón de ello, como no fuera por envidia.

—Necesitaba reflexionar —dijo David—. Han pasado tantas cosas desde ayer que me resulta difícil tratar de ponerlas en orden.

—¿Tal como ser buscado por Abner y ofrecerte la capitanía del millar?

—Mi primo Joab no tenía por costumbre espiar los asuntos de sus amigos.

—A menos que necesite saber quién continúa siendo amigo suyo.

—¿Por qué ha de cambiar nada entre los dos, Joab? Nada he hecho que pueda perjudicarte, y seguramente quien es mucho mejor soldado que yo no me puede envidiar un tiro afortunado con la honda.

Hizo una pausa, esperando que Joab le diera una explicación de su disgusto, pero al observar que éste no le contestaba, se le ocurrió lo que podría ser el motivo:

—¿O es que codicias para ti esa capitanía?

—¿Y por qué no habría de codiciarla? —gruñó Joab—. Soldado soy y por lo tanto creo que es justo que desee tener un cargo con mando.

—¿Hemos llegado, pues, a esto, a que me envidies una habilidad que cualquier pastor posee? Los dos, sabemos que en el combate tú me superas. En realidad, cuanto más pienso en ello más me doy cuenta de lo necio que debí pareceros a todos cuando me decidí a aceptar el reto de Goliat.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

El timbre de la voz de Joab era ya menos áspero, vibrando en él más bien el asombro.

David quería mucho a Joab y pensó que quizá deberla atreverse a revelarle lo que hasta el momento no había dicho sino a Jonatán.

—Ven, sentémonos en estas peñas —dijo por fin, decidiéndose—. He de hablarte de muchas cosas.

Cuando David terminó de contarle el episodio de la visita de Samuel a la casa de su padre en Belén, pasó algún tiempo antes de que Joab hablara. Cuando por último lo hizo, su voz ya no era áspera, sino meditativa.

—¿Dices que le has contado todo eso a Jonatán y que cree que es verdad?

—Sí.

—¿Y por qué habrías tenido que ser tú precisamente el elegido? Es lo que no puedo comprender.

—Yo tampoco tengo contestación a esa pregunta. Pero recuerda que Gedeón tampoco era soldado cuando fue elegido para liberar a su pueblo del yugo de los *medianitas*. En realidad en aquellos momentos se dedicaba a trillar el grano para esconderlo al enemigo.

—¿Estás seguro de que Abner no sabía nada de lo que me has contado cuando te ofreció ser uno de los capitanes de Saúl?

—¿Y cómo habría de saberlo si no he hablado a nadie del asunto excepto a Jonatán?

—Entonces se trata de lo que yo pensaba. Abner trata de explotar tu valimiento porque los soldados te miran ya como un héroe. No debemos de

tolerar que estés en deuda con él.

—Entonces, ¿por qué no dejar que las cosas sigan su curso natural, como sucedió ayer en mi lucha contra Goliat?

—La voluntad de Dios debe de llevarse a cabo por mediación de los hombres —le recordó Joab—. Josué no se limitó a acampar delante de las murallas de Jericó y esperar allí a que cayeran, sino que marchó alrededor de la ciudad, como el Señor le ordenara, haciendo sonar sus trompetas, hasta que llegó el día de su destrucción. Y cuando sus soldados fueron derrotados junto a Ai, dirigió una marcha nocturna a través de las montañas y quedó en acecho mientras una pequeña fracción de sus hombres atraía engañosamente a los defensores de la ciudad fuera de sus murallas, pudiendo caer entonces sobre ellos y aniquilándolos.

—Recuerdo perfectamente esas historias, pero ¿qué pueden tener que ver conmigo?

—El Señor te ha otorgado su favor ungiéndote para ser futuro rey de Israel. Pero si has de ser un rey digno de este nombre, debes de empezar a ganar el título con tu propio esfuerzo.

—¿Y qué debo de hacer?

—Convertirte en capitán del millar antes de que Abner lleve adelante sus planes —contestó Joab vivamente, poniéndose en pie—. Debemos ser los primeros en actuar, a fin de que Abner no pueda decir que el cargo se lo debes a él y se permita querer influir sobre ti.

—Pero, ¿de qué manera?

—Nehemías, uno de los capitanes jefes de Judea, resultó muerto en el combate de ayer. Los hombres de Judá elegirán mañana nuevo capitán, ¿y en quién puede recaer más lógicamente la elección que en el vencedor de Goliat? Recuerda que fue Judá la que comenzó nombrando rey a Saúl. Sin el apoyo de Judá nunca podrás reinar en Israel.

—Estoy dispuesto, pero, ¿de qué forma conseguirlo?

—Déjamelo todo a mí —contestó Joab, empezando a descender por la ladera en dirección al campamento.

Al ver que David no le seguía, se volvió preguntándole:

—¿No vienes conmigo?

—Vete solo. Necesito meditar unos momentos.

—Sobre todo no digas absolutamente nada a nadie de todo esto —le advirtió Joab—. Debemos de coger a Abner por sorpresa. De lo contrario se nos anticiparía, haciendo que Saúl nombrase otro capitán en el puesto de Nehemías.

El frío de la noche había empezado ya a caer sobre la montaña y David sentía dentro de él un escalofrío todavía más intenso, por lo que se vio obligado a arroparse en su capa. No estaba acostumbrado a aquella clase de intrigas, de que Joab le había dado cuenta. En realidad sentía un fuerte impulso de huir a Belén, volviendo a la paz que había conocido cuidando de las ovejas en las faldas de las montañas. A su pesar, tuvo que ahogar aquel impulso, porque dentro de él había algo, que le decía que al cruzar el arroyo para enfrentarse con Goliat, había cruzado también el límite de una fase de su vida para entrar en otra.

Las perspectivas que se abrían ante él no dejaban de ser amedrentadoras para quien como él no era en muchos aspectos otra cosa que un muchacho, porque no tema manera de ver los peligros, las trampas e incluso las› recompensas que podrían estar en su acecho. Entonces, como había hecho en otras muchas ocasiones, cuando la incertidumbre y el miedo le asaltaban, cogió el arpa y pasando sus dedos por las cuerdas, las hizo vibrar. Cuando las notas empezaron a sonar, y teniendo como base los sonidos del instrumento, brotó una canción de lo más profundo de su alma, saliendo las palabras con un ritmo sin esfuerzos, que le tranquilizó tanto como el contenido de las mismas:

El Señor es mi pastor. Nada con Él echaré de menos.
Él me hace echarme sobre verdes prados.
Él me conduce hasta las aguas tranquilas.
Él cura mi alma,
Llevándome en su nombre por la senda del bien.
No temeré al mal,
Puesto que Tú estás conmigo.
Tu cetro y tu báculo me consuelan.
Tú dispusiste una mesa ante mí en presencia de mis enemigos;
Con aceite ungiste mi cabeza;
Mi copa rebosa.
Seguramente el bien y la misericordia
Me seguirán todos los días de mi vida,
Y residiré para siempre en casa del Señor,

SEGUNDA PARTE

LA CUEVA DE ADULLAM

Y yéndose David de allí, escapóse a la cueva de Adullam.

Samuel 1-22:1

CAPÍTULO I

Y el sacerdote respondió: La espada de Goliat el filisteo, que tú venciste en el valle de Elah, contémplala, aquí está.

Samuel 1-21:9

A cosa de media hora de marcha al noroeste de Jerusalén, en el camino regalar de Hebrón o Gibeah, la capital de Saúl, se hallaba el centro sacerdotal de Nob. En él estaba alojado el Tabernáculo, o lugar donde los hebreos alojaban el Arca de la Alianza y el sacro altar servido por una pequeña hueste de sacerdotes y levitas[3] al mando de Ahimelech. Saúl y el Ejército se detuvieron en Nob durante una noche en acción de gracias y para hacer sacrificios por sus victorias. Al día siguiente se dirigirían a la capital, Gibeah, para hacer su entrada triunfal.

Habían pasado casi seis meses desde el día de la gran victoria en el valle de Elah, donde la hazaña de David al matar al gigante Goliat fue la mecha que encendió la batalla que resultó una aplastante derrota para las armas filisteas. Fue un período de gran actividad dedicado a rechazar al enemigo hasta la región alrededor de las cinco ciudades fortificadas de la confederación filistea para asegurar que Judea gozase, por lo menos durante cierto tiempo, de seguridad contra futuras depredaciones. Una vez más la frontera entre el enemigo y las tribus israelitas fue lo que había sido durante la primera serie de victorias de Saúl, inmediatamente después de ser coronado rey por las tribus unidas. Esto ya era suficiente razón para felicitarse, pero por añadidura, se tomó al enemigo valioso botín, en el que figuraban muchas armas de hierro.

En la zona costera el dominio *filisteo* se extendía desde Joppa, por el Norte, hasta el lejano sur del río de Egipto. Tierra adentro, se curvaba en arco formando una frontera indefinida y todavía en litigio con Judea, al oeste de Shochoh y de Beersheba. Los *amalecitas* habían sido también rechazados hacia el Sur hacia un punto establecido aproximadamente a la altura del mar Salado. Pero pese a las victorias de Saúl y David, los *filisteos* dominaban todavía en poderosas ciudades, incluyendo Gerar, gran centro de fundición y metalurgia. Además, el mineral de hierro que necesitaban para fundir, podían

obtenerlo fácilmente de los *amalecitas* del Sur o de los *edomitas* del Este, que permanecían más o menos aliados con los *filisteos*.

El enemigo retenía asimismo las tierras bajas de la fértil llanura costera, o *shephelah*. De momento, sin embargo, los hombres de Judá no tenían deseo de poseer esta región. Acostumbrados a pelear desde cuevas y valles de abruptas laderas, no se sentían ansiosos de batallar con el enemigo en llanuras, donde los carros de ruedas de hierro de los *filisteos* colocaban a los hebreos en considerables condiciones de inferioridad. En realidad, solamente una vez se atrevieron a combatir contra los carros. Fue en los días de los jueces, bajo el mando de Deborah y de Barak, cuando el Señor envió grandes aguaceros que atascaron en el barro los carros del rey Hazor en la llanura de las proximidades de Jezreel. En esta batalla, Sisera, el capitán enemigo, fue muerto por una valerosa mujer llamada Jael, cuando intentaba refugiarse en la tienda de ésta, ganándose con ello un eminente lugar entre las mujeres de la historia de Israel.

En los primeros días del reinado de Saúl, hubo un glorioso período en el que se ganaron victoria tras victoria y que unificó las tribus israelitas. Pero la desavenencia ente Samuel y Saúl y la enfermedad mental del rey, hizo que durante cierto tiempo cundiera el desánimo entre los hebreos. Ahora después de la asombrosa hazaña de David al matar al campeón *filisteo* y de las victorias que a ella siguieron, las tribus estaban inundadas por un nuevo espíritu. Pareció de nuevo que existía una probabilidad de que se mantuvieran unidas en algo que se asemejara a una nación, cuya fuerza y habilidad combativa respetaran y temieran los demás pueblos de la región.

A tiempo que los hombres de Saúl establecieran el campamento, la noche había descendido sobre la cúspide de la colina que formaba el lugar sagrado llamado Nob. En lugar de ir directamente a su tienda, David dejó el campamento y ascendió por la rocosa ladera hasta alcanzar la cumbre. Ante el Tabernáculo ardían un grupo de antorchas, siendo, después del Arca de la Alianza, el objeto más sagrado de Israel.

Como el Tabernáculo hecho por Moisés en el desierto, siguiendo las instrucciones del propio Dios, el símbolo actual de la divina presencia era una gran tienda hecha de lujoso paño y sostenida con un armazón de acacia, llamada también madera de *shittinu* Desde sus estudios infantiles sabía David de memoria las dimensiones del Tabernáculo: treinta codos de largo y diez de ancho. La porción frontal, conocida con el nombre de «Lugar Sagrado», tenía veinte codos de largo; la cámara más pequeña, el «Lugar Sacrosanto», medía diez codos cuadrados. Los dos departamentos estaban separados por una

cortina de rico tejido teñido con la púrpura de los fenicios. Estaban sostenidos por columnas de madera de acacia cubiertas con delgadas planchas de oro batido. En los primeros tiempos, el Arca de la Alianza descansaba en el «Lugar Sacrosanto», pero desde que se encontraba en Kirjath-jearim, esta cámara estaba vacía.

Enel «Lugar Sagrado» sé veía la mesa para el pan ázimo, diariamente cocido y colocado tierno como acto de gradas a Dios por el maná que les había permitido a los hijos de Israel subsistir en el desierto durante la larga huida desde Egipto. Al lado de la mesa se elevaba el Candelabro de Oro, en el cual ardía constantemente un cirio y el Altar de Oro del Incienso, desde el que ascendía siempre un humo fragante. El Altar del Sacrificio no estaba dentro del Tabernáculo, sino a un lado en medio de la cumbre rocosa de la colina. Hecho de una losa de piedra sostenida por cuatro columnas, se encontraba manchar do por la sangre de múltiples sacrificios y ennegrecido por los fuegos allí encendidos para consumirlos.

El lienzo que cerraba la puerta de entrada del Tabernáculo había sido recogido para que los visitantes pudieran ver el interior del «Lugar Sagrado». Atraído por los bellos símbolos de la presencia de Dios, David se fue acercando y cuando alguien empezó a hablarle entre las sombras, pensó por un momento que escuchaba la voz del propio Dios.

—El hijo de Isaí no tiene necesidad de dudar para entrar en este lugar sagrado —dijo una voz profunda—. El ungido del Señor es uno de sus sacerdotes.

David se volvió para enfrentarse con un hombre alto que salía de la penumbra al lado del Tabernáculo. Iba vestido con ropas sacerdotales y su barba estaba recortada y oleosa y no era áspera y descuidada como la del profeta Samuel.

—Soy Ahimelech, sumo sacerdote entre los que sirven al Señor aquí en Nob y guardián de este santo Tabernáculo —dijo el hombre alto—. El profeta Samuel viene por aquí a menudo.

—¿Os ha hablado de mí?

—Sí.

—¿Y los demás? ¿Lo saben también?

Ahimelech movió negativamente la cabeza.

—La hora en que la verdad ha de ser difundida, no ha llegado aún, pero no está lejana.

—Yo quisiera de muy buena gana dejar el camino libré a Jonatán —dijo David—. ¿No podríais pedir al Señor que ocupara mi lugar?

—La voluntad de Dios está fuera del poder de los hombres cambiarla, hijo mío. Debiste darte cuenta de ello cuando luchaste contra Goliat.

—Pero el enemigo ha sido ya rechazado. Si regreso a la casa de mi padre, Jonatán puede todavía ser rey después de Saúl.

—Incluso tú debes de reconocer que has dejado a Belén detrás —dijo el sacerdote—. El muchacho se siente unido a las escenas de su niñez, pero una vez que se convierte en hombre, debe de hacerse con un nuevo hogar para él, aun cuando se encuentre éste muy lejos.

—¿Y no podré regresar nunca?

Aquellas palabras fueron pronunciadas de una forma casi dolorida, porque a pesar de la alta posición que ocupaba y del respeto que los hombres de Judá le profesaban por su bravura y por sus dotes de mando, David, en los pasados seis meses, añoró muchas veces los tranquilos días pasados en la laderas de las montañas de los alrededores de Belén. Allí no había tenido otro enemigo que el chacal cuando trataba de robar corderos del rebaño que cuidaba.

—No, cuando se ha sido ungido por el Señor, como tú lo has sido, para llevar a cabo una misión especial —le contestó el sacerdote—. Tal persona debe de permanecer siempre lista para hacer la voluntad de Dios.

—Pero yo no sé ya cuál es mi camino. La noche antes de que fuera contra Goliat, fue como si una voz me hablara diciéndome lo que tenía que hacer. Pero desde entonces no la he vuelto a escuchar.

—Algo debe de haberte traído esta noche aquí. Seguramente fue obra de Dios.

David movió negativamente la cabeza.

—Sólo vine para dar las gracias al Altísimo por mi victoria sobre Goliat y por haber sido nombrado capitán del millar.

—El rey Saúl hará mañana ofrendas con el botín de guerra. Parcialmente es también fruto de tu victoria.

—Pero yo quisiera hacer más.

—Entonces ofrenda al Señor lo que más aprecies —sugirió Ahimelech.

—Pero si no tengo nada que merezca…

David se detuvo en mitad de la frase porque súbitamente se dio cuenta de que en verdad poseía algo de mucho valor. Más que nada de cuánto hasta entonces había poseído, apreciaba la espada de hierro que arrebatara a Goliat. En todas las aldeas por las que había pasado las gentes se apiñaban para verla y para escuchar una vez más la historia de la gran victoria. La espada era no sólo un símbolo de aquella victoria, sino también un arma de hierro; como tal, de extraordinario valor para los israelitas.

—Sólo poseo una cosa digna de ser ofrendada al Altísimo —dijo lentamente David—. Él permitió que llegara a mis manos y yo se la devolveré.

Cuando David estuvo de regreso siendo portador del espadón de doble filo de Goliat, Ahimelech se encontraba todavía en pie al lado del Tabernáculo.

—¡La espada de Goliat! —exclamó—. Solamente quien ama al Señor más que a la vida puede ser capaz de desprenderse de semejante trofeo. ¡Puedes estar seguro de que su valor te será devuelto centuplicado!

Cuando David volvió a su tienda, no le sorprendió encontrar a Joab que le estaba esperando en ella. Su primo había adquirido la costumbre de visitarte cuando casi todo el mundo estaba dormido en el campan mentó. Solamente entonces podían comentar los acontecimientos del día y su significado sin temor de ser oídos.

—Al llegar vi qué te habías marchado —dijo Joab—. ¿Te enviaron, acaso, a buscar esta noche Saúl o Abner?

Dándose cuenta de la desconfianza de Joab por Abner y del deseo que le consumía de ocupar el puesto de capitán jefe, David se había acostumbrado al hecho de que su pariente creía encontrar a menudo en todos sus actos la posibilidad de estar influenciado por Abner.

—Fui al Tabernáculo —explicó David— para hacer una ofrenda de gracias al Altísimo.

—Saúl va a hacer una por todos nosotros. ¿Por qué has de dar tú más?

—Se trata de algo personal, una ofrenda que pensé iría más lejos que cuánto Saúl puede dar.

La voz de Joab se endureció.

—Así que Abner te dio más que a los demás cuando el reparto del botín.

—Si necesitas saberlo —replicó David con cierta sequedad— te diré que lo que he dado es la espada de Goliat.

—¡La espada de Goliat! —dijo Joab, petrificado por el asombro—. ¿Pero es que te has vuelto loco?

—No es locura sino gratitud… Si Dios no me hubiese mostrado la manera de matar al gigante, mi sangre en vez de la suya hubiese manchado las rocas del valle de Elah.

—Pero has dado nada menos que la mayor de las ventajas que tenías sobre Saúl —protestó Joab—. Sin la espada para recordárselo, se olvidará rápidamente de que fuiste tú quien salvó a su ejército.

—No puedo hacer otra cosa que obedecer la voluntad del Altísimo —insistió David.

—Dios otorga sus favores al que osa cuando las probabilidades están en su contra —exclamó Joab con acritud—. ¿Fue para nada para lo que yo convencí a los hombres de Judá de que te eligieran como su capitán?

David no podía por menos de reconocer que Joab había jugado un papel importante al ser nombrado capitán cuando, a la mañana siguiente de su lucha con Goliat, los hombres de Judá se reunieron para elegir un caudillo. Todos sabían en el Ejército cuán importante sería esta elección, pues el propio Saúl fue elevado a caudillo de Judá, antes de convertirse en rey de las tribus unidas. Fue Joab quien lanzó el *urim* y el *thummin*, como se llamaban la especie de dados que se utilizaban para echar las suertes, y al salir elegido David se elevó un clamor de aprobación lanzado por los hombres de la tribu. David sabía que Joab había preparado el terreno para este entusiasmo haciendo que sus hermanos Abishai y Asahel propagaran la especie de que el vencedor de Goliat debía de ser lógicamente el elegido.

En un lugar solamente el resultado de la elección había sido recibido con menos entusiasmo. David nunca olvidaría la súbita fría mirada que apareció en el rostro de Saúl cuando fue anunciado el resultado, así como la pensativa expresión de Abner, cuando el capitán jefe le miró a través del espacio abierto donde se había echado a suertes.

—¿Controlaste realmente el lanzamiento del *urim* y del *thummin* aquel día, Joab? —le preguntó impulsivamente David.

Su primo le dirigió una rápida mirada inquisitiva.

—¿Por qué me lo preguntas? Nunca lo hiciste antes de ahora.

—Es algo que me preocupa —reconoció David.

—Todo se preparó para que la suerte se decantara al lado que nos interesaba —contestó Joab.

—¿Pero controlaste la caída de los dados?

—No. El *urim* y el *thummin* cayeron honradamente aquella mañana.

—¿No prueba ello que actúo como el Señor quiere que lo haga?

Joab se encogió de hombros.

—En tanto que actúes como yo lo hubiese hecho, nada me preocupa —dijo—. Y es posible que cuando digamos en Gibeah que diste, la espada de Goliath al Señor, el pueblo se incline todavía más hacia ti a causa de este acto.

—Ahimelech dice lo mismo.

Y añadió riendo entre dientes:

—Además era una espada demasiado pesada de llevar, incluso en un desfile victorioso.

Joab se apoderó de una bota de vino que colgaba del palo central de la tienda y echó un largo trago.

—¿Qué es lo que vas a hacer después de que lleguemos a Gibeah? —preguntó a su primo, a tiempo que se limpiaba los labios con el dorso de la mano.

—Creo que volver a Belén. Saúl ha dado ya licencia a la mayoría de los soldados para que regresen a sus hogares.

En aquellos momentos, sólo doscientos hombres de los mil que estaban bajo el mando de David permanecían en filas, entre los que se encontraban Joab, como segundo en mando, y Abishai y Asahel como tenientes.

—¿Es que quieres permanecer en el olvido como antes?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Antes de que llegaras al valle de Elah, Saúl ofreció a su hija como recompensa al hombre que matara a Goliat —le recordó Joab—. Puedes pedir esa recompensa.

En el pensamiento de David volvió a aparecer la encantadora fragilidad de Michal y los días que pasaron juntos cuando él fue músico del rey en Gibeah. Entonces eran poco más que dos niños, pero Michal ya había dado por sentado que se casarían algún día. Y al recordar lo cerca que estuvo de matar a la cierva en el manantial y cómo ella le golpeó para terminar cayendo sollozante en sus brazos, no podía negar que el pensar que volvería a verla le resultaba incitante.

—¿No le has pedido la recompensa? —insistió Joab.

—No.

—¿Y por qué no, si te la debe?

—Si realmente soy el ungido del Señor, ¿por qué he de pedir favores a Saúl?

Joab consideró reflexivamente estas palabras un instante para hacer luego un gesto de asentimiento.

—Tal vez tengas razón en esto. Cuando llegue el momento en que debas sustituir a Saúl, será justo también que nada le debas.

—Yo nunca desplazaré al rey legítimo de Israel —dijo David con firmeza.

—¿Incluso si ello significase convertirte tú en el rey?

—Si el Altísimo desea alguna vez que semejante cosa ocurra, deberé ser elegido exclusivamente por el pueblo.

Joab se sonrojó.

—¿Es ése tu agradecimiento por haber hablado yo a los hombres de Judá para que te eligieran como capitán del millar? Todavía no eres lo suficiente

importante, David, para que puedas dar de lado a tus amigos.

David echó su brazo encima de los anchos hombros de Joab, en un gesto conciliatorio.

—Tú y yo hemos sido amigos desde que mamábamos del seno de nuestras madres, Joab —dijo—. No he de pelearme contigo, pero recuerda que acabas de decirme que la suerte me favoreció en la elección de una manera legal. Fue la mano de Dios la que me eligió como capitán del millar de los hombres de Judá, no la mano de Joab.

CAPÍTULO II

Saúl mató sus miles y David sus diez más.

Samuel 1-18:7

Era ya el mediodía antes de que los sacrificios a Jehová por la victoria terminaran en el santuario de la cúspide de la colina de Nob. Los corderos fueron traídos por el tesorero de Saúl, adornados con el oro y las joyas preciosas capturadas en los poblados *filisteos*. Los animales fueron sacrificados por Ahimelech y los sacerdotes a sus órdenes, de acuerdo con la liturgia prescrita por Moisés, la sangre recogida en vasijas de oro y plata y echada después sobre el altar. La carne fue guardada para ser consumida más tarde pero las entrañas se quemaron durante el sacrificio. A ruego de David, su donativo de la espada de Goliat no había sido anunciado, y el rey se encontraba de un humor jovial cuando el contingente militar, formado por unos mil hombres, cruzó el angosto valle que separaba Nob de Gibeah.

En las afueras de la capital el cortejo se tropezó con la mayoría de los habitantes de Gibeah que habían salido para acompañar al rey y a su victorioso ejército hasta el interior de la población. Una banda de música les precedía, encabezada por cuatro hombres tocando la trompeta. Los trompeteros eran seguidos por tañedores de arpas y salterios y un grupo de mujeres golpeando timbales y otras agitando panderetas. Junto a las mujeres, un grupo de cantadoras emitían estrofas laudatorias acerca de la gran victoria, mientras caminaban.

David marchaba con Joab al frente de su grupo de unos doscientos guerreros. Iba absorto escuchando los sones de la música, cuando de pronto el sonido de su propio nombre le llamó la atención. Sólo entonces se dio cuenta de que las mujeres cantaban:

Saúl mató sus miles
Y David sus diez miles.

Aunque había sido ya aclamado por todos los pueblos por los que pasaron en su marcha desde el campo de batalla hasta Gibeah, David no se había dado cuenta por completo de qué forma su victoria sobre Goliat se apoderó de la

imaginación del pueblo. Era esa clase de hazañas con las que se forjan las leyendas, un relato de la victoria contra una superioridad que parecía imposible de vencer, un combate personal en que el valor y la destreza vencían a la fuerza, tales como las victorias de Deborah, Barak y Gedeón, cantadas en Israel siglos después de que sucedieran.

El camino que conducía a la puerta de la ciudad estaba flanqueado de gente, y cuando apareció David, detrás de Saúl y de Abner, toda ella entonó la tonadilla de las mujeres:

Saúl mató sus miles
Y David sus diez miles.

Al convertirse las aclamaciones del pueblo en una rítmica canción, Joab se acercó más a David, diciéndole en voz baja:

—El país sería tuyo solamente con que lo quisieras. ¡Observa cómo te aclaman por encima de Saúl!

David buscó con la vista a Saúl, quien con Abner tras él marchaba a la cabeza del desfile. No necesitó ver la cara del rey para darse cuenta de lo disgustado que estaba, porque Saúl marchaba con los hombros rígidamente echados hacia atrás, sin mover la cabeza ni a derecha ni a izquierda.

A un gesto terminante que le hizo, Abner corrió a su lado y David pudo oír que Saúl le decía en tono ahogado por la ira:

—Asignan diez miles a David y sólo miles a mí. ¿Qué otra cosa puede dársele que el reino?

David no oyó la contestación de Abner, pero era indudable que el capitán jefe trataba de aplacar al rey. Y no debió de conseguirlo demasiado bien, por cuánto la actitud de Saúl no mostraba ningún cambio apreciable.

—De ahora en adelante, deberás andar con mucho cuidado, mi querido primo —le dijo Joab—. A menos que quieras que una daga real se te introduzca entre las costillas.

David no le prestaba atención porque acababa de ver entre la muchedumbre un rostro conocido. Era Michal. En los dos años que dejó de verla se había convertido, de una muchacha frágil y encantadora, en una hermosa y delicada mujer. Se encontraba presenciando el desfile con ansiedad, y cuando sus ojos encontraron los suyos, David hubiese jurado que relampaguearon con la misma sonrisa de travesura que tan bien recordaba. Después le contempló con fría indiferencia y luego la mirada de la muchacha se dirigió a la cabeza del desfile donde iba su padre.

Al llegar a la puerta de la fortaleza-palacio, Saúl y Abner penetraron en el interior, en tanto que David conducía a sus hombres al lugar de acampada

situado en un extremo de la ciudad. La carne de los corderos que habían sido sacrificados por la mañana en el santuario de Nob, no tardó en ser asada en las hogueras, pero él no participó en la comida con los demás. Esperando ser llamado para celebrar con Saúl y la corte el acostumbrado festín de la victoria, fue a bañarse al arroyo. Después de frotarse el cuerpo con arena y un puñado de hojarasca tomado de un matorral vecino, se puso una túnica nueva que había traído a la ciudad. Después, utilizando como espejo un pequeño remanso, se peinó la cabellera con un peine de marfil incrustado de piedras preciosas que se encontraba entre el botín cogido a los *filisteos* en una de sus ciudades.

Al regresar David al campamento, sus soldados continuaban todavía festejándose con la carne de los corderos, así como con el vino y algunas golosinas que había ordenado que se les sirviera. Y al ver que no recibía ninguna llamada del palacio, dominó su desengaño lo mejor que pudo y se sentó al lado de sus hombres. Cuando acabaron de comer, afinó las cuerdas de su arpa, como había realizado centenares de veces en los campamentos de los campos de batalla, y no tardó en dirigir los cánticos de guerra de Israel tarareados por sus soldados.

A la mañana siguiente, David, en unión de los demás capitanes, se dirigió a Abner para recibir órdenes. No había trabajos especiales que realizar durante el día sino para el destacamento que montaba la guardia en palacio, concediéndose a los demás soldados un período de descanso o bien la oportunidad de visitar sus hogares, si así lo deseaban. Mientras los demás capitanes se retiraban, Abner le pidió a David que se quedase.

—A Saúl le ha atacado de nuevo el mal espíritu, David —le dijo el capitán jefe.

—Supongo que no tardará en abandonarle.

—Esta vez no —contestó Abner secamente—. Es la envidia lo que le turba. Envidia de ti.

—Seguramente sabe el rey que en todo Israel no tiene súbdito más leal que yo —protestó David.

—Saúl ya no puede pensar con claridad. Creo que lo mejor sería que regresaras una temporada a Belén, aunque no quiero decirte con ello que vuelvas a tu antigua vida de pastor. Eres, David, un conductor natural de hombres y te necesito cerca de mí cuando los *filisteos* vuelvan al ataque.

—¿No creéis que acabaremos alguna vez con ellos?

—Posiblemente no durante mi existencia, pero quizá sí en la tuya —dijo Abner—. Pero tal cosa no sucederá hasta que todas las tribus luchen como una sola nación y con armas de hierro, tales como las que los *filisteos* ya tienen.

—¿Por qué, pues, no se dirige Saúl al pueblo y le explica que esto tiene que hacerse?

Antes de contestar estuvo Abner examinando pensativamente al joven durante unos momentos.

—Saúl estuvo en un tiempo favorecido por el Señor de los ejércitos, como tú pareces estarlo ahora. Solamente si hubieses gozado del favor y lo perdieras (lo que ruego a Dios que no te suceda, David) podrías comprender algo de lo que ahora le obsesiona.

CAPÍTULO III

Y un varón de Belén de Judá, fue a peregrinar en los campos de Moam, él y su mujer y dos hijos suyos.

Ruth 1:1

Después de su conversación con Abner, cruzaba David el patio del palacio cuando oyó una voz familiar que le llamaba. Reconoció que era la de Michal, aunque de momento no pudo localizar a la muchacha, terminando por encontrarla escondida detrás de un grupo de tamariscos.

—Déjate de jugar, Michal —le dijo David, fingiendo que se enfadaba—. Ya eres muy crecidita para hacer eso.

Salió la muchacha de su escondite y entonces él se dio cuenta de que si bien desde que dejaron de verse había crecido hasta convertirse en una mujer, su cuerpo seguía teniendo la misma frágil esbeltez que antes.

—Así es que me has reconocido —dijo un poco fríamente—. Creí que al vencedor de Goliat no le interesaban ya las muchachas, aunque haya algunas que se le han ofrecido últimamente.

Advirtió que estaba celosa, celosa de la bienvenida de que ayer fue objeto por parte de las cantoras. Esto le proporcionó cierto regusto placentero, aunque se guardó mucho de dárselo a entender, para así seguir mejor el juego que Michal había iniciado.

—Por lo menos dieron la sensación de apreciar mi hazaña mejor que tú —dijo.

—Y a ti, por lo visto, te encanta que te adulen.

Vio que los ojos de la muchacha empezaban a empañarse al ir en aumento su ira, en la forma que tan bien recordaba en ella, mientras se le arrebolaban las mejillas.

—No me explico por qué se ha hinchado tanto una cosa que después de todo cualquier hombre de Benjamín hubiera también realizado. Mi padre ha dicho que estabas tan cerca del gigante que resultaba imposible fallar el tiro.

David no podía sorprenderse de que el rey tratara de empequeñecer su victoria en el valle de Elah.

—Hasta que yo me decidí a ir contra el gigante, ningún hombre de Israel se había atrevido a hacerlo —le recordó, no pudiendo contenerse de añadir

con algo de acritud—: ni siquiera tu padre.

Ella trató de enfadarse, pero su curiosidad infantil, que la hacía ser tan diferente del carácter serio de su hermana Merab, se lo impidió.

—¿Es verdad que era tan alto y tan ancho de hombros como dos hombres? —preguntó.

—Exactamente.

—Dice Abner que Goliat te hubiese destrozado con sus manos desnudas si te hubieses acercado un poco más a él.

Y añadió con los ojos llenos de excitación:

—¡Qué emocionante hubiese sido!

—Horroroso, creo yo que es la palabra más adecuada.

—Pero, ¡tú fuiste sin vacilar hacia él! Abner me lo ha contado todo.

—Tenía que acercarme lo más posible para derribarle del primer tiro. No hubiera tenido oportunidad de lanzar una segunda piedra.

De repente oyó David fuertes gritos que salían del palacio. Era un hombre vociferando con voz ronca; pero las palabras se mezclaban tan atropelladamente que resultaban ininteligibles.

—A mi padre le ha dado otro ataque de furia —dijo Michal rápidamente —. Si te ve conmigo se enfadará mucho.

Arrastrando a David de la mano, le hizo subir por una escalera que conducía a un corto pasillo. Éste se abría sobre un espacio llano en la parte superior de la muralla del palacio. Se trataba de un escondido rincón donde se unían dos secciones del muro. Cuando le hizo pasar Michal al estrecho refugio, se encontraron tan solos como si estuvieran a una jornada de distancia de la ciudad.

—Aquí estaremos seguros —dijo la muchacha, en cuyos ojos brillaba aquella luz conspiradora que a él siempre le había encantado.

David casi se había olvidado de cuán bello podía ser el paisaje que se divisaba desde las partes altas de Gibeah. Cadenas de montañas recortadas de aspecto gredoso, se extendían por el Norte, y sus laderas aparecían salpicadas por luces y sombras del sol mañanero. Hacia el Este, una sucesión de barrancadas denunciaban el desprendimiento del terreno hacia la orilla distante del Jordán que se señalaba como una cinta de color oscuro sobre un lecho de verdor, y más al Sur, el azul intenso del mar Salado, brillaba a los pies de los picachos amarillos y rosados de Moab.

—Algún día tengo que ir a visitar el país de Moab —dijo David—. Uno de mis antepasados era oriundo de él.

—¿Cómo es eso posible, si tú eres de Judá?

—La cosa sucedió durante un tiempo de hambre en Belén, Mee muchos años. Un hombre llamado Elimenech, con su esposa Noemi y sus dos hijos, Mahlon y Chillón, emprendieron viaje a Moab encontrando trabajo en una herrería. Los hijos se casaron con mujeres moabitas, Ruth y Orpah de nombres; pero después de que los hombres murieran y allí quedaran enterrados, Noemi decidió regresar a Belén. Ruth había insistido en volver con ella, pero el pueblo la acusó de ser una espía. Ya estaban a punto de lapidarla, cuando un antepasado mío, llamado Booz, la tomó bajo su protección y se casó con ella. Fue la madre de mi abuelo Obed.

—Pero los moabitas han sido siempre enemigos nuestros desde los tiempos de Moisés.

—Pero Ruth no. Mi abuelo decía que era tan hermosa y tan buena que no hubo nadie en Belén que no acabara por quererla.

—Es una bonita historia David —dijo Michal, cuyos ojos brillaban llenos de interés—. Casi tan bonita como algunas de tus canciones.

—Algún día la pondré en verso y la cantaré al son del arpa. Especialmente las palabras de Ruth, cuando Noemi trataba de convencerla de que regresase a Moab, ya que en Belén la tenían por enemiga.

—Dímelas.

—¡Muy bonito! Hace un momento estabas rebajando mi victoria sobre Goliat y ahora me pides un favor.

—Era que estaba celosa de las mujeres que cantaban en tu honor y de la forma que tenían de hablar las doncellas de palacio cuando se referían a ti, diciendo que eras guapo y valiente.

—En cierta ocasión tú también me dijiste que era guapo.

Michal palmoteó alegremente y se echó a reír.

—¡Ya lo creo que me acuerdo! Y me acuerdo también de lo furioso que te pusiste.

—¿Y no te enfadaste tú igualmente cuando al siguiente día estuve a punto de matar a la cierva junto al manantial?

—Sí. Mi primer impulso fue pegarte, pero después me eché a llorar, hasta que me secaste las lágrimas con tus besos.

En aquel momento se encontraba en pie, pegada a él, contemplándole con la vista levantada, llena del cálido recuerdo de aquel día.

—Prométeme que seremos siempre igual que hoy —dijo Michal dulcemente—, que no nos enfadaremos el uno con el otro, que no habrá nada que nos impida continuar siendo amigos.

Le pareció entonces la cosa más natural del mundo besarla, como se lo había parecido aquel día a orillas del manantial. Sus labios eran dulces y suaves, como entonces, y el cuerpo que estrechaba en sus brazos era en su entrega igualmente encantador. Pero existía ahora una diferencia: que desde entonces él se había convertido en un hombre y ella en una mujer.

Michal fue la primera en separarse.

—No me has contado lo que Ruth, la moabita, le dijo a Noemi —le recordó un poco falta de aliento.

—Las palabras son tan bellas —dijo David— que todas las mujeres de mi familia las han repetido desde entonces como parte de su ceremonia matrimonial.

Y acto seguido empezó a pronunciar las palabras inmortales, que se han convertido en una de las tradiciones más hermosas del pueblo de Judá:

No me ruegues que te deje y me aparte de ti. Porque dondequiera que tú fueres, iré yo; y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada. Así me haga el Señor, y así me dé, que solamente la muerte pueda separarnos.

—¡Qué hermosura David! Me entran ganas de llorar.

Michal hundió su rostro en la túnica de David, mientras él intentaba consolarla entre sus brazos. Cuando por fin levantó sus ojos inundados de lágrimas, él se inclinó para besarla de nuevo y pensó en aquellos momentos que nada había en el mundo que desease más que hacerla su esposa.

—Saúl prometió dar una hija en matrimonio al que matase al gigante —le dijo al deshacer el abrazo—. Reclamaré la recompensa.

—¿Fue por eso por lo que arriesgaste la vida al matar a Goliat?

—Desde luego. ¿Puede esperar alguien una recompensa mejor?

Era más sencillo continuar la comedia que arriesgarse a desencadenar su inestable temperamento, que tan diferente la hacía de las demás muchachas con las que había tratado. La contestación fue, sin duda, la más acertada, pues observó cómo sus ojos se volvían de nuevo cálidos y dulces.

—Repitamos juntos las palabras de Ruth, la moabita —dijo la muchacha —. Después nos casaremos y nada nos podrá separar.

Con intención algo interesada, pronunciaron juntos las bellas frases. Fue un solemne momento que dejó a ambos asustados y silenciosos, sintiendo la emoción más profunda de su vida. Michal, más práctica, fue la que rompió el embrujo.

—No digas a mi padre nada de esto —le aconsejó—. Merab está prometida a Adriel, el *meholatita* y estaban esperando su regreso para

celebrar los esponsales. Una vez que ella esté casada, ya podrás tú pedirle mi mano.

Y centelleantes los ojos, con la traviesa sonrisa acostumbrada, añadió:

—¡No digas que no has sido bien pagado por matar a Goliat!

CAPÍTULO IV

Mas Saúl se temía de David, por cuanto el Señor era con él, y se había apartado de Saúl.

Samuel 1-18-12

David apenas se hallaba preparado para la acogida que le tributó el pueblo de Gibeah cuando abandonó palacio y empezó a bajar hasta el pie de la colina, donde acampaban sus tropas. La muchedumbre se arracimaba en torno suyo, pidiendo que les contase, con sus propios labios, su lucha contra Goliat y ponían arpas en sus manos rogándole que cantara el himno de la victoria. En la noche pasada se había extendido el rumor de que Saúl era de nuevo víctima de uno de sus momentos depresivos, de su ira sin fundamento con lo que el pueblo de Gibeah ya se había familiarizado, y casi parecía como si al honrar a David y escuchar el relato de su extraordinario triunfo, buscara algo así como la seguridad de que no se quedaría sin alguien que les sirviese de guía, como sucedió con anterioridad, cuando se vio Saúl asediado por el mal espíritu.

El caminar de David por las calles de Gibeah, tomó los caracteres de un triunfal desfile, aunque de haberlo podido, habría evitado que tal cosa sucediera, pues no quería que llegara a oídos de Saúl y se volviese más enfurecido de lo que estaba pero no había nada a hacer. Cuando sus propios soldados pudieron por fin liberarle de aquella multitud enfervorecida y le acompañaron hasta su tienda, tenía las vestiduras hechas jirones. Mientras se vestía, relató a Joab y sus hermanos la conversación que sostuvo aquella mañana con Abner, pero nada les dijo en relación con su entrevista con Michal y con la ceremonia privada de compromiso entre los dos.

—¿Y vas a marcharte a Belén? —preguntó Joab.

—Tanto Abner como yo, creemos que sería lo más oportuno. Al ir remitiendo esta fiebre que ahora hay por lo de Goliat, probablemente Saúl se olvidará de la envidia que me tiene.

—Esta mañana estuve hablando con un *benjaminita* adscrito a la guardia personal de Saúl —manifestó Asahel—. Me dijo que nadie acierta a comprender las iras del rey y que ya empieza a decirse en tono de mofa por la, ciudad, que se ha convertido en un profeta.

—Antes de que tú vinieses al valle de Elah, se habló mucho entre los de Judá que éramos unos necios si seguíamos soportando tener por rey a un loco y cobarde —le dijo Joab a David—. Quizás ha llegado el momento de volver a tratar del asunto…

—¡Saúl 110 es ningún cobarde! —replicó. David con viveza—. En el valle de Elah mató muchos *filisteos*, en tanto que yo solamente maté uno.

—Pero precisamente el que él tenía miedo de matar —le recordó Joab—. Sí, creo que lo mejor será que regreses a Belén, por lo menos por una corta temporada.

David sabía en lo que estaba pensando Joab: que una vez en Judea le sería posible empezar a organizar el núcleo de su ejército personal, teniendo como seguidores a los soldados que habían servido bajo sus órdenes. Pero él estaba muy lejos de tener intenciones semejantes, porque en tanto que Saúl viviera, le consideraría el rey de Israel ungido por el Señor. Era una dignidad que él pensaba ocupar un día, pero sólo cuando fuera la voluntad de Dios y no la consecuencia de la eliminación del hombre que entonces la ocupaba.

—Llévate contigo a Asahel —le aconsejó Joab—. Puede venir corriendo en pocas horas hasta Gibeah, en caso de que tú me necesitases allí.

David sonrió, pues conocía tan bien a Joab que podía leer perfectamente sus pensamientos.

—¿Y también traerte noticias de lo que yo esté haciendo?

Joab se encogió de hombros.

—Mi vida está unida a la tuya, David; pero ¿por qué no asegurarme que realizas lo que es más conveniente para todos?

—Procura no hacer nada contra Saúl —le advirtió David.

—El rey ya sabe cuidarse de sí mismo —contestó secamente Joab—. Dentro de pocos días le llamarán loco, como ahora le llaman profeta. ¿Y quién es el que quisiera tener ninguna de las dos cosas como rey?

Si Joab no hubiera estado tan interesado por el porvenir de David, y por el suyo propio, podría haberse dado cuenta de la presencia cerca de la tienda de un hombre de corta estatura, nervudo, con la piel oscurecida por el sol y la nariz aquilina de esos habitantes del desierto, a los que se conoce, entre otros nombres, por beduinos. Como jefe de los pastores de Saúl, Doeg, el *edomita* entraba y salía con libertad de Gibeah donde servía a su amo como criado durante su estancia en la capital. En aquellos momentos era sin embargo, una figura algo más siniestra, un espía dispuesto siempre a vender sus informaciones urdidas a veces en su astuta y poca escrupulosa imaginación, al mejor postor de dos bandos contendientes. E incluso el propio Joab se hubiera

sorprendido al advertir que Doeg se trasladaba inmediatamente después al lugar donde se encontraba aposentado Ishbosheth, segundo hijo de Saúl, el cual, aunque prefería los placeres de la mesa y del harén al campo de batalla no dejaba de alimentar fuertes ambiciones de gobernar Israel a la muerte de su padre.

David se encontraba aquella noche ante una de las hogueras del campamento cantando el himno de victoria de Deborah, entre los hombres de Judá, cuando le dijeron que Jethro, el criado de Saúl, quería hablarle. Inmediatamente cesó de tocar y se acercó al criado que permanecía fuera del alcance del círculo de luz del fuego.

—¿Qué te trae aquí, viejo amigo? —le preguntó—. ¿Es que Saúl se ha vuelto ya completamente loco y te ha arrojado del palacio?

Jethro movió lentamente la cabeza.

—El rey se encuentra aún en poder del mal espíritu. ¿No querríais venir y tocar para él?

—¿Es Saúl quién me manda a buscar?

—No; pero mi señora Ahinoam espera que tu música le pueda librar al rey del ataque de ira que sufre y le reconcilie contigo.

—En lo que a mí respecta, no existe pugna alguna entre los dos.

—Eso lo sabe todo el mundo en el palacio, excepto el rey. Y esperamos que tú y tu arpa le convenzáis.

David regresó al lado de la hoguera y habló con Joab:

—Voy a tocar para el rey. Si algo me sucediera, hazte cargo de los hombres y parte inmediatamente para Judea.

—¿Por qué no me dejas que vaya contigo?

—Cuando Saúl quiera matarme, no le será difícil encontrar a alguien a quien pagar para que lo haga. Si voy con un guardaespaldas, le daré un pretexto para aniquilarme.

A la puerta de la cámara de las audiencias de Saúl, se encontraron con Ahinoam, la encantadora esposa del rey.

—Esta noche se encuentra un poco más tranquilo —le dijo a David—. Vuestras canciones le hicieron tanto bien en otra ocasión, que espero que consigáis de nuevo hacerle volver a la razón.

Al abrir la mujer la puerta, David echó una rápida ojeada por la habitación. Saúl se encontraba sentado en el sillón del trono, sobre el estrado, que se elevaba en un rincón de la cámara. Michal se sentaba a sus pies en tanto que Merab estaba en pie al lado del rey llenándole una copa de vino. Los dos centinelas, apostados al pie de la escalera que conducía al piso

superior, estaban en actitud expectante y alerta, como si esperaran que Saúl volviera a sus violencias de un momento a otro. Y Doeg, el jefe de los pastores, permanecía acurrucado cerca de la puerta, dispuesto a salir huyendo ante el primer estallido de cólera de su amo.

Al entrar en la habitación con David a la zaga habló Ahinoam:

—He traído a tu músico favorito, señor, para que, te distraiga con una de sus canciones.

Como hizo en su primera visita al salón del trono, David se entregó a pulsar las cuerdas del arpa y empezó a cantar la canción que había seleccionado mentalmente por el camino al venir apresuradamente al palacio, acompañado de Jethro. La compuso después de una de las grandes victorias de Saúl, mucho antes de que empezaran los malos tiempos derivados de la querella entre el rey y Samuel:

Mi corazón redacta un interesante relato
Que habla de lo que he hecho con relación al rey.
Mi lengua es como la pluma de un hábil escribano.
Tú eres la más perfecta de las criaturas.
La gracia ha sido derramada en tus labios
Y con ella tienes para siempre la bendición de Dios.

¡Cíñete la espada sobre el muslo, oh, poderoso!
Con tu gloria y tu majestad
Cabalga lleno de bienandanzas
En unión de tu verdad, tu bondad y tu rectitud.
Tu mano derecha dará terribles lecciones.
Tus dardos están aguzados
Contra él corazón de los enemigos del rey,
Por todo lo cual el pueblo se postra a tus pies.

Tu trono es de Dios para siempre jamás.
El cetro que de tu reino empuñas es el más justo.
Amas la justicia y aborreces la maldad,
Por lo cual Dios, tu Dios, te ha ungido
Con óleos de júbilo sobre tus semejantes.
Tu nombre será recordado por todas las generaciones
Y todo el pueblo te alabará para siempre jamás.

Completamente embebido en la música y la canción, David no ejercía vigilancia alguna sobre Saúl, hasta que un grito proferido por Michal, le hizo

ponerse súbitamente en guardia.

Alzó su vista hasta el rey para verlo en pie sobre el estrado, empuñando en la mano una jabalina.

Los ojos de Merab se encontraban desorbitados por el terror, cayéndosele al suelo la copa de plata del vino que sostenía en la mano. Como si el ruido que produjo al chocar contra el pavimento fuese la señal que aguardaba, el brazo de Saúl se proyectó hacia delante, disparando con violencia la jabalina.

David no tuvo tiempo de moverse para esquivarla, pero en el momento de soltar el arma la mano del rey, una ligera inclinación del ángulo con que Saúl la sostenía, le dijo a David que no había tenido intención de matarle. Si en realidad hubiese querido hacerlo, no habría podido fallar a tan corta distancia. Desviada en el último momento de su blanco original, la garganta de David, la jabalina atravesó la tela de su túnica y fue a hundirse en una mesita de madera que a su lado tenía.

David no dio a entender en modo alguno que se había dado cuenta de que Saúl no le alcanzó de una manera deliberada. Poniéndose en pie, salió de espaldas de la habitación, dominando inflexiblemente el casi incontrolable deseo que sentía de huir. En cualquier momento podría Saúl probar de nuevo y dar con la segunda jabalina en el blanco.

CAPÍTULO V

Y David se conducía prudentemente en todos sus negocios y el Señor era con él.

Samuel 1-18:14

Haciendo los preparativos para salir en dirección a Belén, David prestó poca atención a los heraldos que a la mañana siguiente recorrieron a caballo las calles de la ciudad, anunciando que el rey Saúl había ordenado se guardara al día siguiente un período de oración y acción de gracias por la victoria, que culminaría al caer la noche en una gran fiesta que tendría lugar en el palacio. Su asombro fue enorme cuando un mercenario, perteneciente a la guardia personal de Saúl, trajo una orden al campamento de los de Judá, para que él asistiera en compañía de sus tenientes.

A la llegada del mensajero, Joab se encontraba en la ciudad. En cuanto llegó al campamento se trasladó a la tienda de David.

—Me he encontrado con uno de los mercenarios del rey a la entrada del campamento —dijo—. ¿Es verdad que Saúl te ha invitado al palacio, a pesar de haberte arrojado violentamente de él anoche?

—Es verdad.

—¿Por qué?

—Como tú mismo dices, no se pueden prever los caprichos de un loco.

—Supongo que no creerás que ésta sea una extravagancia más de Saúl.

—No. Pero no creo que sea capaz de matarme en medio de una fiesta.

—Un hombre puede quedar inutilizado por otros procedimientos. Desde anoche, Doeg hace circular la especie de que Saúl, al tirarte la jabalina, de lo que trató fue de probar tu valor y que tú huiste despavorido del palacio.

—Apreciación casi justa —admitió David, tocando el agujero que el arma abrió en su vestidura—. La jabalina me llegó así de cerca. Pero ¿qué puede ganar Doeg con propagar semejante mentira?

—Dinero, sin duda —respondió Joab—. Aunque se encuentra al servicio de Saúl, es un secreto a voces que está pagado por Ishbosheth.

David nunca había sentido predilección por el segundo hijo de Saúl, pero hasta entonces no tenía motivo alguno para sospechar que Ishbosheth quisiera causarle mal alguno.

—¿Y por qué razón ha de querer perjudicarme?

—Con Jonatán fuera de su camino, Ishbosheth sucedería a su padre —dijo Joab—. Saúl estuvo a punto de ejecutar a Jonatán cuando en cierta ocasión faltó a la ley en un combate. Y a estas alturas debe de haberse enterado ya de que tú y Jonatán os encontráis unidos fraternalmente por un juramento de sangre. Su cerebro puede ser fácilmente envenenado contra Jonatán, legando el reino a Ishbosheth con Abner a su lado.

David se frotó la barbilla pensativo, mientras reflexionaba acerca de lo que Joab acababa de decirle.

—¿Supones entonces que el asunto de mañana me puede alcanzar de alguna manera?

—Para desacreditarte, puedes estar seguro de ello. Pero todavía tienes tiempo para marcharte a Belén. Puedo sobornar al mercenario que fue portador del mensaje para que diga que ya te habías ido.

David movió enérgicamente la cabeza.

—Me iría si nada sospechase. Lo que debes hacer es que Abishai y Asahel no se aparten de mi lado por si algo desagradable sucede.

David se vistió cuidadosamente para la fiesta del palacio. Estaba determinado a que Saúl no supiera que él sospechaba una traición. Había comprado a un mercader fenicio una vestidura semejante a una túnica, conocida en el idioma fenicio con el nombre de *kiton*, hecha de un tejido fino y suave en los telares de los hábiles fabricantes de paños de Byblos. El borde, que le llegaba exactamente a las rodillas, y los puños de las cortas mangas, estaban bordados con escenas en color representando galeras de combate fenicias de altos mástiles y largos remos. Los colores, especialmente el famoso púrpura obtenido de una clase de mariscos que se encontraban a lo largo de las costas del Gran Mar, eran en extremo brillantes, y como todo lo que hacían los habilidosos artesanos de las ciudades fenicias, el teñido era perfecto.

Sobre el *kiton* lucía David una capa de flecos de nuevo diseño, que empezaba a estar de moda entre los israelitas. Sobre uno de los hombros llevaba una banda de una tela más recia teñida de rojo oscuro, arrollada en la parte superior del cuerpo y con un extremo colgante en el costado izquierdo hasta alcanzar casi la rodilla. Un cinturón de cuero blando se la sujetaba a la cintura, y las sandalias eran del mismo material, finamente repujado, con ataduras alrededor del tobillo y parte baja de la pantorrilla. El oscuro pelo y la barba los llevaba cuidadosamente peinados y untados de costosa esencia de nardo. La única arma que llevaba era una daga, dentro de una vaina plana,

sujeta con una correa a la parte superior del brazo izquierdo, poco más abajo del hombro, de manera que podía sacarla con un sencillo movimiento de la mano derecha.

Para aquella fiesta de gala, Saúl había abierto al público las puertas de su palacio. En mesas instaladas en el patio, se veía carne de cordero, cabra y buey, que había estado asándose lentamente sobre carbones durante la mañana, junto con panes recién horneados, frutas en conserva, dulces pasteles y vino en abundancia.

Excepto la obligada reverencia de cortesía ante Saúl al llegar David no intentó unirse a los que rodeaban al rey. En unión de Joab, Abishai y Asahel, eligió la comida y la bebida y aceptó los aplausos del pueblo. La fiesta se encontraba en su punto culminante, cuando el vibrante toque de una trompeta hizo acallar el rumor de las conversaciones.

—¿Dónde se encuentra el matador de Goliat? —preguntó Saúl con voz potente—. Que se presente ante mí, pues quiero honrarle como se merece.

Una explosión de aclamaciones por parte del pueblo, evidenció su aprobación a tales palabras. David oyó a Joab, que estaba a su lado, murmurar:

—Anda con cuidado. Cuando Saúl se pone amable es cuando le temo más.

David se dirigió a un estrado provisional que había sido levantado en un extremo del empedrado patio para el rey y su familia. Había algo en la actitud de Saúl, especialmente la nota de afectada satisfacción que vibraba en su voz, que hacía sospechar que la elección para recibir los honores no era del todo lo que parecía ser. Y cuando advirtió David que Ahinoam también se encontraba ceñuda, se convenció de que debía de haber descubierto algo falso en la jovialidad de su esposo.

—No relataré la historia de la gran victoria en el valle de Elah —dijo Saúl —. Todos vosotros la conocéis y será cantada por los poetas en los años venideros.

La muchedumbre interrumpió con sus aclamaciones entusiastas y por un instante una sombría expresión oscureció los rasgos de Saúl. Ocurrió, sin embargo, de una manera tan rápida que David dudó que alguien lo hubiera advertido aparte de él.

—Antes de la batalla del valle, prometí dar a mi hija en matrimonio al que acabase con Goliat —continuó diciendo Saúl—. Nos hemos reunido esta noche aquí para cumplir mi promesa.

David oyó un suspiro de Michal y adivinó que no debía de haberle advertido lo que pensaba hacer.

—Daré por esposa a David a mi hija mayor Merab —anunció Saúl—. Sed valiente sólo para mí y luchad en las batallas del Señor.

—¡No!

Era Merab la que había hablado. David vio que le miraba con consternación sin disfraz, con la boca abierta y los ojos llenos de terror. En cuanto a Michal el rostro se le había quedado sin color y temió que cayera desmayada. Incluso la multitud se quedó silenciosa, dándose cuenta de que presenciaba un drama intenso, cuya naturaleza no podía de momento determinar.

Dominando su propio desaliento ante el asombroso anuncio de Saúl, habló David rápidamente, esperando evitar nuevas reacciones ante las palabras del rey:

—¿Y quién soy yo? —dijo en voz bastante alta para que sus palabras llegaran a la muchedumbre—. ¿Quién soy yo y la familia de mi padre en Israel para merecer el honor de convertirme en yerno del rey?

Mientras hablaba miraba a Michal, rogándole con la mirada que no hablara, puesto que algo le decía que lo que precisamente esperaba Saúl era eso, una resistencia ante el anuncio por parte de los interesados; que le diese una excusa para humillar en público a David.

—El hijo de Isaí es demasiado humilde —dijo Saúl en un gruñido que era más que enfado—. ¿Es que acaso rechaza el honor que le hago?

—¿Quién podría rechazar semejante gran presente del ungido del Señor? —contestó David—. Si el rey me considera bastante digno para casarme con su hija, no es preciso otro testimonio de mi dignidad.

La multitud recobró por fin la voz y se arracimó en tomo a David para aclamarle. Cuando consiguió desasirse de los que le rodeaban, vio que el rey y su familia habían abandonado el estrado. Fue un acto de descortesía que estimó deliberado, por lo menos en lo que a Saúl concernía.

—Creía que era a Michal la de las piernas de gacela a la que amabas —le dijo Joab a David cuando salieron en compañía de sus tenientes.

—En efecto, ésa es.

—Seguramente que Saúl lo sabía.

—No me cabe ninguna duda.

—Entonces hay más de lo que se ve a simple vista —dijo pensativo Joab —. Ya me pareció que la voz de Saúl sonaba a hueco cuando te llamó su

yerno. No debe dejar de albergar otros propósitos escondidos tras ese querer que ingreses en su familia. Pero ¿qué espera ganar con ello?

—Creo que lo que quería era que Merab me despreciara públicamente —sugirió David—. O tal vez suponía que yo la rechazaría y con ello tendría un pretexto para decir que yo le había afrentado.

—Puede que sea eso —convino Joab—, pero debe de haber alguien detrás de todo ello. Saúl no es lo bastante inteligente para urdir él solo semejante intriga.

—¿Y quién puede ser?

—O mucho me equivoco, o se trata de Ishbosheth y de Doeg. Saúl ya ha dado oídos antes de ahora al jefe de sus pastores. Es indudable que Saúl se puso de acuerdo con Doeg para hacerte caer en la trampa de que rechazaras a Merab, a fin de que pudieses ser arrestado por afrentar al rey.

—Lo que me dices es razonable —afirmó David—, pero semejante intento fracasó, así que ahora la situación es semejante a un juego de *senit*. Ahora le corresponde a Saúl tirar los palillos y formar las figuras.

—De eso ya no estaría yo tan seguro. No olvides que Adriel, el *meholatita*, quiere, a Merab para sí.

Y volviéndose hacia su hermano, añadió Joab:

—Abishai, coloca hoy una guardia en la tienda de David. No vaya a ser que Adriel hunda un cuchillo entre las costillas del hijo de Isaí.

Sin embargo, aquella noche David no fue molestado para nada, y a la mañana siguiente salió de palacio un sensacional anuncio. Salieron los heraldos a proclamar que Merab, la hija mayor del rey, quedaba comprometida en matrimonio, con Adriel. David comprendió el motivo que guiaba a Saúl para obrar de semejante manera. Se trataba de un insulto deliberado, por medio del cual el rey quería incitarle a que cometiese un acto desesperado. Pero aunque su indignación fue grande ante el ultraje, el alivio que sintió al no tener que tratar con la enojada Merab, fue suficiente para que su ira se atemperase. Al final nada había perdido en la estimación del pueblo a causa del incidente, porque la mayoría consideraban que Saúl no estaba en sus cabales.

Presunción ésta que pareció confirmar el siguiente paso dado por el rey. Fue cuando Jethro, en su calidad de servidor de mayor confianza de Saúl, visitó a David en el campamento, sito bajo las puertas de la ciudad.

—El rey te distingue con sus lisonjas y cuántos sirven en el palacio te aman —anunció Jethro utilizando el floreado lenguaje de las declaraciones públicas—. Por consiguiente todos siguen deseando que seas el yerno del rey.

David reprimió la sorpresa que sentía, no fuera Jethro a explicar a Saúl su reacción.

—Creo que no es cosa de poca monta convertirse en yerno del rey.

No pudiendo contenerse, añadió:

—Además, ¿no te das cuenta de que soy un hombre pobre y al que no se le estima demasiado?

—El rey no te pide que deposites arras en dinero —le aseguró Jethro.

Las pupilas de David se contrajeron porque no podía creer que el corazón del rey hubiese cambiado hasta el punto de entregarle a Michal como en un gesto de disculpa.

—¿Qué es lo que pide entonces?

—Yo me limito a hablar por boca del rey —dijo, no sin cierta repugnancia.

—Un servidor debe de obedecer siempre las órdenes de su amo —le recordó David, aun cuando el anciano había sido siempre bondadoso y servicial.

—El rey pide como arras la vida de un centenar de *filisteos*, para ser vengado de sus enemigos.

David estaba seguro de que Jethro repetiría fielmente las palabras de su contestación a Michal y a Saúl, como también que ambos se sentirían felices con ellas, aun cuando por diferentes razones. Para Michal, el saber que su novio estaba dispuesto a arriesgar su vida en un ataque contra los *filisteos* para alcanzar su mano, sería una muestra del cariño que por día sentía y del gran deseo de› hacerla su esposa. En cuanto a Saúl, le encantaría muchísimo el haberle colocado en una situación en que peligraría su vida o, en caso contrario, sería tachado de cobardía.

Toda la intriga era digna de una inteligencia más despierta que la de Saúl. Ahora estaba David convencido. No se trataba de una acción defensiva contra los *filisteos*, no era cuestión de luchar en defensa del hogar y la familia. Así que no creía que fueran muchos los que accedieran a arriesgar sus vidas en semejante empresa particular, puesto que la expedición debería de realizarla con un número reducido de combatientes, bajo su mando personal.

Se trataba de un plan astuto, cuyo fin podría muy bien ser la muerte de David o una seria derrota que acabase con gran parte de la confianza que el pueblo tenía en él depositada. Para evitar que ello sucediera, así como conseguir las arras que Saúl pedía por Michal, debía de sobrepasar en astucia a la persona que urdiera tal plan para provocar su destrucción. Como ya había dicho, el asunto se presentaba como un juego de *senit*; pero ahora le tocaba a

él agitar el cubilete y tirar los palillos para decidir la siguiente jugada. Y si sus esperanzas se realizaban, tanto Saúl como Ishbosheth, encontrarían muchas sorpresas en el juego.

CAPÍTULO VI

Mas Saúl pensaba echar a David en manos de los filisteos.

A un día de cómoda marcha al oeste de Gibeah y a una distancia ligeramente menor al este de la fortaleza de Ekron, se encontraba una altura llamada Zorah. Se alcanzaba su cumbre desde el *shephelah* por una serie de sucesivas ascensiones a través de un valle que penetraba en el corazón de la región a la que las hazañas de Sansón hicieron famosa.

Aun cuando Zorah se encontraba en una región que era reclamada tanto por Judea como por los *filisteos*, era realmente el punto central de un país fronterizo, no dominado por ninguno de los dos bandos. Durante más de cien años, pequeñas partidas de hombres de ambos contendientes caían sobre las aldeas y caseríos de la región, destruyéndolos y capturando a sus habitantes. Los hebreos teman por costumbre matar en el acto a los cautivos, recordando la advertencia de Samuel a Saúl, cuando éste pretendía conservar al rey *amalecita* para conseguir un rescate por él, con lo que se ganó la ira de Dios. Por el contrario, los *filisteos*, tan sagaces mercaderes como buenos guerreros, vendían sus cautivos en Egipto como esclavos. Allí eran muy apreciadas las mujeres hebreas por su belleza y espíritu indómito y los hombres de la misma raza porque en general eran inteligentes y aprendían con facilidad oficios en los que se precisaba habilidad.

Desde aquella altura era Zorah un punto ventajoso de observación, desde el cual se podía mantener bajo vigilancia una extensa zona, habiendo sido siempre considerado como lugar avanzado para los centinelas. Allí solían montar guardia los hombres de Judá, para protegerse contra las incursiones de los *filisteos*, quienes, *consuetudinariamente*[4], atacaban primero por esta región. A esta altura fue donde llegó David acompañado de Joab, de los hermanos de éste y hasta de un centenar aproximadamente de hombres que formaban su cuadrilla personal.

Cuando se extendió por Gibeah la noticia de que Saúl pedía como arras de Michal la vida de cien *filisteos*, y que David había prometido doblar este número, casi la mitad de los soldados que con él llegaron a la capital, sintieron de repente la necesidad de trasladarse a otro lugar cualquiera. David no les culpó por ello. Ni sus vidas ni sus hogares peligraban en esta aventura personal. Al frente de los que continuaron a su lado, se dirigió al Oeste, hacia

Zorah, planeando lanzar un rápido ataque antes de que fuera advertida su presencia por el enemigo en aquella zona. Solamente mediante semejante táctica, podía tener la esperanza de capturar o de dar muerte a un número crecido de *filisteos* en una sola operación.

Mientras examinaba desde la cúspide la comarca que le rodeaba, pudo darse cuenta David de lo importante que aquélla era para los hombres de Judá. Desde esta elevación dominante podía el ojo recorrer un ancho valle que se dirigía en dirección Oeste, hacia las aguas azules del Gran Mar. Por el Sur se extendían varias cadenas montañosas en territorio *filisteo*, con el pueblo de Timnah un poco hacia el Oeste. Más allá podía ver los muros de Beth-shemest, donde estuvo alojada por breve tiempo el Arca de la Alianza, antes de ser trasladada definitivamente a Kirjath-jearim. Aún más lejos, en dirección Noroestease elevaba un penacho de humo, sobre la vaga silueta del centro *filisteo* de Gezer, uno de los más antiguos poblados *cananitas*. Al Este, las montañas de la Judea central y de Moab, eran como una pincelada purpúrea entre la neblina del mediodía.

El jefe de los *judaítas*, que se encontraban de centinelas en Zorah, saludó a David, dándole un fuerte abrazo.

—El destructor de Goliat llega en un momento oportuno —le dijo—. Una gran cuadrilla de *filisteos* ha sido avistada por un pastor en el valle de Sorek. Estamos esperando ver la señal de alguna hoguera, para poder deducir contra qué pueblo se dirigen.

—Así, pues, todavía no han atacado.

—No hemos visto humo. Se trata de una partida suficientemente numerosa para apoderarse de todo un pueblo, así que es posible que se adentre mucho en nuestro territorio hasta dar con un lugar en el que pueda hacer muchos cautivos.

David apenas se había atrevido a esperar el poder caer sobre una sola cuadrilla de guerreros *filisteos*, lo bastante numerosa como para proporcionarle de un solo golpe la cantidad suficiente que prometió como arras por Michal.

—Tus noticias no pueden ser mejores, hermano. Si acabamos con ellos, una parte del botín será para ti y para los hombres que están contigo.

—Recuerda que solamente somos cien soldados —le advirtió Joab.

—Pero un centenar entre los más valientes —aseguró David con firmeza —. Hombres duchos en la guerra y que no tienen miedo a nada. Con sólo tres veces este número, Gedeón aniquiló a todo el ejército *medianita* en el valle de Jezreel.

Joab se encogió de hombros.

—Si sigues por ese camino no tardarás en recordarme que no lejos de aquí Sansón mató a muchos *filisteos* con la quijada de un asno. Pero recuerda que nosotros no somos sansones.

—Ni tú tampoco eches al olvido que nuestras armas son un poco mejores que la quijada de un asno —replicó David con una sonrisa.

—¿Tenéis alguna idea de la localidad que los *filisteos* pueden tener la intención de atacar? —preguntó Joab al centinela judaíta.

—Se dirigen en dirección a Chesalon por el Este, pero pueden haber dado la vuelta hacia el Sur, ya que no les visteis al venir hacia aquí.

—Lo hicimos por el camino de Kirjath-jearim y muy bien pudo habérnoslos ocultado el monte Seir.

—Sea cualquiera el pueblo que elijan, deben de regresar, sin duda, por el valle que hay al pie —dijo David—. No tenemos que hacer otra cosa que permanecer en acecho y cortarles la retirada cuando pretendan regresar a su propio territorio.

—Ese plan me parece excelente —afirmó Joab—, pero lo primero que debemos de saber es dónde se encuentran.

—¡Asahel! —exclamó David, llamando al más joven de los hermanos de Joab, que se encontraba sirviéndose agua de un cántaro que los guerrilleros *judaítas* llenaban cada mañana de una fuente que copiosamente manaba en la base de la montaña—. ¿Conoces el país que hay en los alrededores de Chesalon?

—He estado cuidando ovejas en las cercanías —contestó Asahel, limpiándose la boca con la manga—. ¿Por qué lo preguntas?

—Esa partida de *filisteos* puede estar atacando el pueblo en estos momentos. Convendría que explorases esa región y nos trajeras noticias de dónde andan. Pasaremos por el valle en dirección Este y ya nos encontrarás a tu regreso.

Asahel cogió un mendrugo de pan y un pedazo de carne, de los víveres que habían traído con ellos de Kirjath-jearim, y corrió dando saltos montaña abajo, como si fuera una gacela. No llevaba consigo armas pesadas, puesto que su habilidad de correr el doble de rápido y de llegar más lejos en una jornada que cualquiera de los hombres de la partida de David, le hacía más valioso en esta capacidad que como guerrero.

—Haz que los hombres coman y beban antes de que emprendamos la marcha —dijo David a Joab dándole instrucciones—. Durante algún tiempo

deberemos de estar al acecho de los *filisteos* y no nos será posible cocinar los alimentos.

Mientras Joab llevaba a cabo sus órdenes, David comió un poco de pan y de carne y una vez más se decidió a observar el panorama que se divisaba desde la altura.

Al recorrer David con sus ojos desde el mar azul del Oeste, pasando luego por las quebradas tierras altas donde tanta historia de su pueblo se había desarrollado, hasta la neblina purpúrea que señalaba las tierras de Moab hacia el Este, un nuevo sentimiento de orgullo y de decisión nació en su interior, y con él, la reafirmación del convencimiento de que le había sido asignada la misión de conducir a su pueblo a una nueva época gloriosa.

No era simplemente un hecho de armas lo que le esperaba, estaba seguro de ello, sino algo mucho más grande. Quizá —y la magnitud de tal posibilidad hizo que su imaginación volara muy alto— quizá Dios le asignaba la misión de que fuera el más fuerte de esta parte del mundo, tan fuerte que incluso Egipto y Asiría buscarían su amistad. Entonces ya no habría más guerras, a todos los hombres se les dejaría en libertad para que se dedicaran a sus labores, disfrutando del fruto de sus cosechas y viendo crecer a sus hijos sin temor.

Mientras permanecía en pie allí, empezaron a nacer dentro de su alma las estrofas de una canción. Era una sensación que había experimentado con anterioridad, como si una voz diferente de la suya le afirmase en su interior la grandeza de su propio destino:

Los que siembran lágrimas cosecharán lágrimas.
El que avanza y llora,
Portador de la semilla que ha de sembrar,
Volverá, sin duda, inundado de júbilo
Trayendo con él las gavillas.

Un áspero sendero seguía la orilla de la corriente que saltaba a lo largo del valle al pie de la montaña de Zorah. Mientras David y sus hombres marchaban por el serpenteante camino en dirección al Este, aproximadamente una hora después, dos exploradores iban delante en misión de escuchas, mientras otros se metían entre la maleza de ambos lados, para asegurarse y evitar que si los *filisteos* volvían de sus correrías, les sorprendiesen desprevenidos. Además, todos los hombres caminaban jabalina en ristre, dispuestos a lanzarla al primer contacto con el enemigo.

Hasta última hora de la tarde no apareció Asahel ante ellos en el sendero.

—El enemigo ha atacado esta mañana Chesalon, como pensaste que lo haría, David —informó—. Cogió prisioneros a la mayoría de sus habitantes, que son conducidos atados en estos momentos.

—¿De cuántos hombres se compone la banda?

—Por lo menos de doscientos; probablemente de más. Pude acercarme al pueblo sin ser descubierto pero no me fue posible contarlos a todos.

—¿Volverán hoy o mañana a su país? —preguntó Joab.

—Hoy. Cuando me marché se dedicaban ya a sacar del pueblo a los cautivos.

—Si aniquilamos a los *filisteos* primero, los prisioneros quedarán automáticamente libres —le recordó David.

—Nuestro deber es ayudar en primer lugar a nuestros compatriotas —replicó Joab con brusquedad—. ¿Arriesgarías la vida de cien hombres por ganar unas arras, para después, si es que perdemos, vayan gentes de nuestra sangre a la esclavitud?

—Los cautivos son lo primero, desde luego —reconoció David—, pero podemos perfectamente matar al lobo y al mismo tiempo salvar a los corderos. Una partida tan numerosa de hombres debe de proceder de Ekron o de Gath, y pronto se hará oscuro para que les sea posible llegar a ninguna de estas poblaciones a la caída de la noche. Forzosamente habrán de acampar por el camino.

—Yo he visto el lugar en que acamparán —puntualizó Asahel—. El enemigo se detuvo al ir hacia el Este y dejó tras sí un depósito de comida y de vino, como si fuera su intención volver a aquel lugar.

—¿Podríamos llegar allí antes que ellos? —preguntó David.

—Si marchamos rápidamente, sí. Se encuentra a cosa de una hora de aquí.

—Da la orden de marcha, Joab —dispuso David—. Les tenderemos una trampa en su propio campamento y saltaremos sobre ellos después de oscurecer.

El lugar escogido por los *filisteos* para acampar, era excelente, situado a orillas de la corriente que discurría por el valle. Era evidente que no habían previsto la posibilidad de una emboscada, porque el lugar estaba rodeado de espesos matorrales y bosque bajo, cosa que convenía mucho a David para sus planes.

Después de dividir a los cien hombres de su partida en dos grupos, envió a uno de ellos, bajo el mando de Joab, a que se ocultara en el lado opuesto del lugar de acampada. El resto de los soldados se escondió tras él en la maleza.

Empezaba a caer la oscuridad sobre la cañada antes de que quedaran terminados todos los preparativos. Poco después se escucharon voces en dirección Este y no tardó en aparecer una columna de guerreros *filisteos* custodiando una larga fila de prisioneros. Hombres, mujeres y niños marchaban con las manos atadas a la espalda, con paso vacilante, a lo largo de la senda, siendo aguijoneados con las puntas de las lanzas por sus capturadores. Muchos habían resultado heridos y tenían que apoyarse en los demás para poder caminar.

Los *filisteos* parecían tener la confianza de que su incursión había pasado inadvertida en el resto de Judea, por lo menos de momento. Su jefe no se cuidó de apostar centinelas, y mientras una parte de los hombres se dedicaba a preparar la cena, los demás amontonaron a los prisioneros en un espacio abierto bajo los árboles. Aparte de permitirles arrodillarse o tenderse en tierra para beber del arroyo, no se les proporcionó ninguna otra clase de asistencia.

David se había puesto de acuerdo con Joab que cuando hiciera sonar el cuerno de morueco, o *shofar*, que llevaba en bandolera, sería la señal de ataque. Quería, no obstante, esperar hasta que los *filisteos* hubiesen terminado de comer. El hombre que se encuentra embotado por la comida y el vino suele ser más lento en la pelea.

Era ya noche cerrada cuando los *filisteos* acabaron de cenar. Muchos de ellos se habían tendido en el suelo, al lado de las varias hogueras encendidas; algunos empezaban ya a encontrarse adormilados. David se llevó entonces el *shofar* a los labios y emitió un sonoro trompetazo, que repercutió en todo el valle. A esta señal, sus hombres, lanzando grandes gritos, se precipitaron monte abajo sobre el enemigo, seguidos segundos después por el grupo de Joab. En el campo *filisteo* la sorpresa fue completa y mortal. Una barahúnda infernal no tardó en producirse al ir a coger los soldados sus armas en la mayor confusión.

Incluso contando con la ventaja de la sorpresa, el ser mayor el número de los enemigos, hizo que la victoria no resultara fácil para David. Los *filisteos* lucharon valientemente y con sus armas superiores podrían muy bien haber vencido de no haberles sorprendido la emboscada totalmente desprevenidos. Tal como sucedían las cosas, el combate se prolongó fieramente durante una media hora, terminando finalmente con que unos veinticinco *filisteos* pudieron retirarse en dirección al Oeste, dejando tras sí a los heridos y los moribundos. Los cautivos no pudieron tomar parte en la lucha por carecer de armas, pero habían estado dando grandes gritos, animando a David y los

suyos. Estos gritos, unidos al fragor del combate, hacían aumentar la ilusión de que las fuerzas de David eran mayores de lo que realmente eran.

Mientras Joab y sus hombres terminaban con los últimos focos de resistencia, David se apresuró a ir en socorro de los cautivos, muchos de los cuales sufrían heridas que exigían pronta asistencia. Cuando Joab, jadeante y cubierto de sangre, fue en su busca, lo encontró al borde del arroyo, lavando el rostro ensangrentado de un muchacho que se quejaba lastimeramente.

—¿Cuántos? —fue la primera pregunta que le hizo David.

Joab rió entre dientes.

—Los suficientes para ganarte la novia. Mis hombres se dedican activamente ahora a recoger las pruebas de la victoria para llevárselas a Saúl.

—Desatad entonces, a los prisioneros y dadles la comida que los *filisteos* no han consumido.

—Pero nuestros hombres están también hambrientos. Ha sido un día muy largo.

—Comisteis al mediodía —le recordó David—. Y estas pobres gentes fueron hechas prisioneras esta mañana.

Joab intentó protestar, porque el bienestar de sus soldados era siempre su preocupación principal; pero luego de dirigir una segunda mirada al rostro de su primo, se encogió de hombros y se fue. La vehemente convicción que acababa de leer el robusto teniente en los ojos de David, le hizo comprender que éste acababa de poner una nueva piedra miliar en el camino que le iba a conducir a ser el gran caudillo de su pueblo.

CAPÍTULO VII

Y Saúl le dio a Michal, su hija, por esposa.

Samuel 1-18:27

Ni siquiera los gemidos de los heridos y de los moribundos pudieron aminorar aquella noche la alegría que los israelitas cautivos sentían por haber sido liberados de la esclavitud. David y los suyos, portadores de las truculentas pruebas de su triunfo y de las armas que habían quitado a los muertos, puesto que el hierro era casi tan precioso como el oro para ellos, se dirigieron hacia Chesalon. Allí hubieron de hacer un alto y permanecer un día, mientras se congregaban los habitantes de los pueblos vecinos, a los que ya había llegado la noticia de la gran victoria de David sobre los *filisteos*, para honrarle con una gran fiesta por el triunfo.

Cuando finalmente David y sus soldados emprendieron viaje de regreso a Gibeah, que se encontraba solamente a una jornada de distancia de aquel lugar, la noticia de su hazaña le había precedido. Por todas partes, a lo largo del camino, surgían muchedumbres que le aclamaban. Así, pues, acaeció que David volvió a entrar por segunda vez en Gibeah como un héroe.

Habiendo anunciado públicamente las condiciones del compromiso matrimonial de Michal con David, el rey no podía ya denegarle la mano de su hija ante la evidencia de los doscientos *filisteos* que habían sido muertos. Al día siguiente de la triunfal entrada de David en la ciudad, heraldos reales anunciaron la boda y al otro día llegaron de Belén sus padres y parientes, portadores de regalos con destino tanto para Saúl como para los novios.

Desde su regreso no había visto David a solas a Michal, puesto que la costumbre era ocultar la novia a su prometido hasta el último de los siete días de regocijo y festejos que precedían a la ceremonia final del matrimonio. Pero se encontraba harto atareado, puesto que el pueblo de Gibeah insistía en honrarle con sus atenciones una y otra vez. Y todavía más porque tenía en cuenta que la familia de Isaí era una de las más antiguas y honorables de Judá, que a su vez era la más numerosa y rica de las tribus de Israel. Las fiestas y celebraciones parecían que no iban a tener fin, pues habían llegado gentes de todas partes de Judea para asistir al enlace matrimonial de su héroe tribal.

David tenía buen cuidado de no cruzarse en el camino de Saúl, excepto en aquello que la cortesía exigía. Según las noticias que del palacio le llegaban, parecía ser que, de momento por lo menos, la inestabilidad temperamental del rey estaba dominada.

La costumbre exigía generalmente que el padre hiciera entrega a la novia de la mayor parte de las arras dadas por el prometido. Esto llamábase el *mohar*, literalmente el «precio de la novia», y con él se le aseguraba a ésta un medio de vida para el caso de que el esposo pudiera llegar a divorciarse de ella, cosa que le era posible efectuar anunciándola sencillamente con el ritual prescrito. En el caso presente esto era imposible puesto que el «precio de la novia» consistió en carne de los cuerpos de los *filisteos* muertos. Así, pues, anunció Saúl que cedería a Michal una casa en Gibeah, como futuro hogar para su hija favorita y su esposo, éste ahora el capitán más importante del Ejército, después de Abner y Jonatán.

El último día de las fiestas nupciales, David, acompañado de un considerable número de vecinos de la ciudad, se dirigió, atravesando ésta, al palacio de Saúl. Allí, de acuerdo con la costumbre, David debía de solicitar que le fuera entregada la novia.

Se trataba de un desfile lleno de colorido formado por el novio, sus acompañantes y gran cantidad de personas adornadas con guirnaldas de flores multicolores. Delante de todos iban los músicos, tocando arpas y otros instrumentos de cuerda, así como trompetas de cuerno y de metal y timbales y tamboriles. Formaba parte también del cortejo una compañía de vírgenes, que iban tocando y bailando, y que, después de la ceremonia nupcial, debían de acompañar hasta la puerta de su hogar a los desposados.

Los hombres armados que estaban a las órdenes de David, iban a cada lado del cortejo y la misión que se les había asignado era muy importante, pues al hacer molinetes con sus armas y entrechocar sus escudos, se creía que ahuyentaban a los demonios que pudieran estar presentes. La música era también alegre, para dar a entender a los malos espíritus, siempre presentes, que se trataba de una boda, esto es, de un acto de alegría y no de un funeral.

Durante los siete días de los festejos, se habían consumido grandes cantidades de vino y muchos de los invitados a la ceremonia no se mantenían con demasiada estabilidad sobre sus pies, por lo que los que todavía podían marchar derechos sostenían a los primeros y todos pudieron llegar sin novedad al palacio. Allí llamó David a la novia con voz potente, y poco después Michal, ricamente vestida y con el rostro cubierto por un velo,

bajaba, acompañada de Saúl para unirse a su prometido a la cabeza del cortejo nupcial.

La aparición de Michal fue el motivo para que las jóvenes vírgenes empezaran a entonar el tradicional canto nupcial de los *canaanitas*, una alegre jácara cantada ya por éstos, mucho antes de que los israelitas llegaran al país:

¡Vuélvete, vuélvete, oh, bella Michal!
¡Vuélvete, vuélvete para que podamos verte!
Mirad a la bella
En la danza de Mahanaim.
¡Cuán preciosos son los pasos de tus sandalias!
¡Cuán preciosos con tus pies, oh arrobadora doncella!

Tan grande era la alegría de David ante la hermosura de Michal, ante el convencimiento de que por fin era suya, que ni corto ni perezoso se unió a los cánticos y a las zapatetas delos demás en la improvisada danza. Su manera de proceder arrancó exclamaciones de aprobación de los circunstantes; pero cuando, jadeante por el esfuerzo, volvió al lado de su novia, se sorprendió al advertir en los ojos de ésta una expresión de disgusto, una mirada que le pareció, con un súbito escalofrío de aprensión, semejante a la que había visto en los ojos de su padre durante uno de sus ataques de cólera. Pero desapareció con tanta rapidez, que David no pudo por menos de decirse a sí mismo que todo fue producto de su imaginación.

En el patio del palacio condujo David a Michal a una narria de trillar, cubierta profusamente de flores, sobre la cual fueron paseados por las calles de la ciudad, hasta llegar al campo abierto de las afueras. Allí, sentados uno junto a otro en la narria, como soberanos en un trono, fueron agasajados con bailes, cantos, juegos, música y diversiones de todas clases durante todo el día, mientras frente a ellos se iban apilando los regalos, formando un montón cada vez más alto. Con tanto ajetreo, los enamorados tuvieron pocas oportunidades de hablar entre sí sino contadas palabras, mientras se aproximaba la hora de la terminación de la fiesta. Entonces, David y Michal fueron llevados de nuevo a través de la ciudad, esta vez con destino a su nuevo domicilio. Frente a él se levantaba el *huppah*, o dosel nupcial de ceremonia, de rico paño fenicio, que había sido emplazado desde la mañana y que señalaba la casa de los novios.

Los jóvenes del cortejo les acompañaron hasta el umbral, llevando en alto velones encendidos. En presencia de los testigos de ambas familias, bebieron juntos el vino ceremonial, estrellando después contra el suelo, donde se rompió en mil pedazos, el recipiente en que lo habían hecho, una copa de

largo pie, obra exquisita de la vajilla filistea. Realizado esto, cogió David en brazos a su esposa, atravesando el umbral de su nuevo hogar y cerrando tras ellos la puerta a la muchedumbre.

El pueblo, no obstante, no se retiró, aun después de que las luces de la casa se apagaron. Se quedaron fuera en Vela entre grandes manifestaciones de regocijo, pasándose de mano en mano las botas de vino, hasta que finalmente apareció en una de las ventanas de la cámara nupcial una sábana blanca. Los representantes de la familia se adelantaron entonces para examinar el tradicional «testimonio de virginidad», que demostraba que la novia había llegado indesflorada, y por lo tanto pura, al lecho nupcial.

CAPÍTULO VIII

Y habló Saúl a Jonatán, su hijo, y a todos sus criados para que matasen a David.

Samuel 1-19:1

Para David los primeros meses de su matrimonio con Michal fueron un período de felicidad sin mácula. Vivía en su propio hogar y, por consiguiente, se encontraba libre de soportar la carga del imprevisible temperamento de Saúl. El esposo de Merab se había llevado a ésta a su ciudad natal, de forma que David quedó como único yerno del rey en Gibeah. Además, siendo un héroe, estaba muy considerado, tanto en la ciudad como en todo el territorio de Judea. Del manantial de su felicidad extrajo inspiración para componer varias hermosas canciones, que entonó en la corte de Saúl, donde las copiaron los escribas para futuras audiciones.

Tan feliz se sentía David, que de buen grado perdonaba a Michal lo agrio que era a veces su carácter, defecto que iba acusándose más al transcurrir el tiempo. Antes de la boda ya se había dado cuenta de que era de un temperamento algo desigual, parecido al de su padre, lo que la hacía caer en períodos que eran, alternativamente, de felicidad sublime y de ira y negra depresión. Pero él estaba seguro de que su amor y la felicidad conyugal la curarían de semejante defecto. Ahora al pasar los días y volverse cada vez más celosa si David tenía que pasar alguna hora lejos de su compañía, no podía por menos de sentirse preocupado. Una o dos veces trató de hablar con ella acerca de sus diferencias de carácter, pero siempre que lo intentaba Michal cambiaba rápidamente de conversación, con la rapidez que cambiaba de humor, y no conseguía nada. Además, después de cada período de depresión, volvía a ser de nuevo la muchacha alegre y reidora que conoció junto al manantial en su primera visita a Gibeah.

En cuanto a Saúl, no tardó en llegar a su conocimiento que el rey volvía a sufrir una vez más los ataques del espíritu malo, que era su peor enemigo.

Y puesto que aquella ofuscación de carácter había envenenado los sentimientos del rey en contra suya en más de una ocasión, no tenía nada de particular que lo mismo volviera a ocurrir ahora. David, sin; embargo, no se

dio cuenta de la gravedad de la situación, hasta que una noche se presentó Jonatán en su casa.

La firme y acrecentada amistad que unía a los dos jóvenes había llegado a ser para David fuente de extrema felicidad, por lo que se sintió alarmado al ver que el hijo mayor de Saúl parecía presa de profunda pesadumbre.

—Mi hermano Jonatán tiene el aspecto de traer malas noticias —le dijo al saludarle.

—No pueden ser peores, en efecto —contestó Jonatán—. Mi padre ha dado orden a todos sus servidores para que te maten cuando quiera o donde quiera que te encuentren.

David se quedó como si un rayo acabara de caer a sus pies.

—Pero ¡seguramente los que son mis amigos no harán semejante cosa!

—Tus amigos verdaderos te guardarán con su propia vida; pero tampoco faltan los que no tendrían escrúpulos en matarte por el oro que mi padre pudiera darles.

David no perdió el tiempo en fútiles comentarios.

—Creo que ha llegado la hora que Michal y yo vayamos a visitar a los míos —dijo—. Mientras permanezcamos en Belén, quizá se enfríe el odio que por mí siente el rey.

—No podrás salir, mi padre ha colocado centinelas en los campos de los alrededores de Gibeah para evitar que te vayas.

—Pero ¿por qué? ¡Debería de saber que no hay nadie en Israel que le sea tan leal como yo!

—Cuando el espíritu malo se apodera de mi padre, no necesita razón alguna para odiarte.

—¿Qué debo de hacer entonces?

—Acógete esta noche al campamento con Joab y tus hombres —le aconsejó Jonatán—. Yo no he tenido todavía oportunidad de hablar con él acerca de esta orden de darte muerte. Quizá todavía le pueda hacer entrar en razón.

—¿Cómo puedo enterarme yo de si triunfas o no en tu empeño?

—Sal mañana muy temprano de la ciudad, confundido entre los que van a trabajar en el campo y escóndete en él. Mi padre visita a los trabajadores poco después de salir el sol. Yo le acompañaré mañana por la mañana y trataré de convencerle de lo mal que te trata. Si se aplaca, podrás volver a tu casa. En caso contrario yo te ayudaría a huir a Belén.

—Puedes estar seguro de que jamás olvidaré lo que haces por mí, hermano mío —dijo David con calor—. Pero ándate con cuidado no vaya a

ser que el genio de Saúl se vuelva contra ti.

Joab no se sintió tan esperanzado como Jonatán cuando le contó David la orden de Saúl.

—Ha llegado el momento de tirar por la calle de en medio —le dijo con dureza—. Cuando le digamos al pueblo de Judá que el rey ha ordenado a sus servidores del palacio que te maten, no querrán tenerlo por más tiempo como monarca. Entonces serás coronado en su lugar.

—No se derivaría bien alguno si nos empeñáramos en una guerra civil mientras estemos en lucha con los *filisteos* —objetó David—. En tanto que Saúl viva, debe de ser el rey de todas las tribus.

La mano de Joab cayó como al azar en la larga daga fenicia que llevaba en el cinto.

—Se puede conseguir fácilmente que no continúe estando vivo —dijo.

—¡Te prohíbo terminantemente que le hagas el menor daño, Joab! —replicó David con firmeza—. El Señor me ha mostrado con anterioridad el camino que debo de seguir; estoy seguro de que me lo seguirá mostrando ahora.

—De todas maneras te colocaré aquí una fuerte guardia. Los mercenarios de Saúl son capaces por dinero de matar a su propia madre.

Ningún asesino en potencia se hubiese atrevido a atacar a David en medio de sus hombres, de forma que la noche transcurrió sin incidentes. Como Jonatán le había sugerido, por la mañana temprano salió de la ciudad con los trabajadores, escondiéndose entre unos matorrales desde los cuales podía ver y oír cuánto sucedía en el campo. Poco después de salir el sol aparecieron Jonatán y Saúl, poniéndose a pasear entre las ringleras de cultivo. David pudo oír como el primero abogaba por él al rey.

—No peques contra David, porque David no ha pecado contra ti —rogó Jonatán a su padre—. Sus obras hacia ti fueron siempre buenas.

Saúl no contestó nada, pero Jonatán continuó con su alegato de defensa.

—Después de todo puso su vida en tus manos cuando mató al *filisteo* Goliat y gracias a él el Señor trajo una gran salvación a Israel. Tú lo viste y te alegraste de ello. ¿Por qué, pues, pecar contra sangre inocente matando a David sin motivo?

—En tanto que el Señor viva nadie matará a David —dijo Saúl con uno de aquellos súbitos cambios de temperamento que caracterizaban su enfermedad.

—¡David —gritó lleno de alegría Jonatán—, ya puedes salir!

Saúl pareció sobresaltarse al ver aparecer a David, pero de todas formas inició una sonrisa de bienvenida y abrazó a su yerno con cierta muestra de

afecto.

—Puedes volver al palacio y tocar para mí, David —le dijo—. La casa ya no es la misma sin tu música.

Durante unas cuantas semanas no hubo indicio alguno de que David no fuera bien recibido en el palacio de Saúl. Michal, en especial, se sentía feliz por aquella mudanza en los acontecimientos, porque echaba de menos los lujos relativos del palacio y la compañía de sus hermanos. Por un tiempo, la frialdad que había nacido entre los dos parecía haber desaparecido.

Entonces los *filisteos* atacaron de nuevo, y gracias a una feliz operación estratégica de David, las tropas israelitas bajo su mando no solamente rechazaron al enemigo, sino que le capturaron considerable cantidad de botín. Los habitantes de Gibeah y de los pueblos vecinos, le hicieron un apoteósico recibimiento a su entrada en la capital. Una vez más resonó el grito de: «¡Saúl mató sus miles y David sus diez miles!» en Gibeah, que, inevitablemente, no tardó en llegar a oídos del rey.

A su regreso, David reanudó sus visitas regulares al palacio tocando para Saúl pero cuando un día el rey volvió a lanzarle otra jabalina, que le pasó tan cerca que no le hirió de puro milagro, se dio cuenta de que el rompimiento entre los dos debía de ser definitivo. David no perdió el tiempo y recogió a Michal, que se encontraba hablando con su madre, llevándosela a su casa. Una vez en ella, su esposa se enfrentó furiosa con él en el dormitorio del segundo piso en el que se encontraban.

—¿Por qué hemos de marchamos de noche de esta manera? —le preguntó, ya que él casi la había llevado a rastras por las calles sin darle ninguna explicación—. ¡No es digno que abandone la casa de mi padre como una ladrona!

—¿Tampoco cuando le arrojan una jabalina a tu esposo? —le preguntó secamente David.

El súbito cambio de actitud de Saúl hacia él le había afectado profundamente y el descaro de ahora de Michal no hacía sino arrojar leña al fuego de su descontento.

—Pero no te acertó, lo mismo que la vez primera, ¿no es así? Lo que demuestra que ahora también no se trataba de otra cosa que de probar tu valor.

—Mi valor no necesita probarse. ¿Sabe alguien esto mejor que Saúl?

—¿Y qué piensas hacer?

—Mañana abandonaremos Gibeah, acompañados de Joab y mis hombres para protegernos.

—¿Es posible que el poderoso David pueda huir como un delincuente al que sorprenden robando? —preguntó Michal agriamente.

David se encogió de hombros.

—Tal vez te parezca mejor que sea asesinado en el lecho por un asesino pagado.

—Mi padre no descenderá a hacer semejante cosa —exclamó colérica—. Si quiere matarte lo hará por sí mismo y en lucha noble.

—¿Llamas noble dar órdenes a sus servidores para que me maten en cuanto me echen la vista encima? —preguntó—. De no haber sido por tu hermano, yo ya no estaría vivo.

David había atrancado la puerta de la planta baja, aun cuando no esperaba que Saúl le molestara aquella noche. Al oír por la parte de fuera un rechinamiento de metal contra metal, cosa que no es corriente oír por la noche en una ciudad pacífica, se dio cuenta de que había juzgado demasiado benévolamente a su suegro, sobreestimación que podía fácilmente costarle la vida. No había duda de que Saúl había mandado hombres que le siguieran, sospechando con razón que puesto que Michal le acompañaba, debería de haber ido a su propia casa.

Michal quedó petrificada al oír también aquel ruido y se acercó a la ventana. Separando con cuidado los ricos cortinajes de lino egipcio, regalo del pueblo de Gibeah a los novios en su boda, miró hacia la calle. Al enfrentarse de nuevo con David, tenía los ojos desorbitados.

—¡Fuera hay hombres armados! He reconocido a Doeg, el pastor.

David apagó la lámpara de aceite que lucía en un soporte sobre el muro. Luego se asomó a través de los cortinajes. De momento no vio nada; pero después, en una figura baja y zamba que saltaba de sombra en sombra, reconoció a Doeg, el pastor y espía particular de Saúl.

—Han venido a cogerme por sorpresa y matarme —dijo en un susurro.

Michal se pegó a él. El peligro había hecho desaparecer de su rostro el pasado descaro.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—Si pudiese enviar recado a Joab, vendría con soldados y ahuyentaría a los mercenarios; pero ello supondría quizá lucha en Gibeah y las tribus se inclinarían a uno u otro bando. No quiero que tal cosa suceda…, por lo menos por ahora.

—Tengo miedo —gimió Michal—. ¡Pueden matarme si huyo en tu compañía!

David sintió una puñalada de dolor al darse cuenta de que ella había pensado más en su propia seguridad que en su deseo de estar con él.

—Si te quedas aquí no correrás peligro alguno —le dijo—. Por la mañana manda recado a Joab de que él y sus hombres no deben de seguirme o dar la batalla a los partidarios de Saúl. Diles que regresen a Judea pacíficamente, tan ponto como puedan. No seré yo responsable de una guerra civil en Israel.

—¿Qué vas a hacer?

Parecía que iba recobrando el dominio de sí misma, ahora que sabía que no tendría que marcharse con él.

—Todavía no lo sé —reconoció—. Pero no creo que ni a Doeg ni a los mercenarios les convenga alborotar. El pueblo de Gibeah les mataría si supiera lo que está sucediendo.

Por la escalera subió el rumor de unos golpes secos sobre la puerta.

—¡Rápido! —le dijo David—. Contesta y diles que me encuentro enfermo.

Michal abrió la ventana, en tanto que David se dedicaba a rasgar los cortinajes de una ventana en el otro extremo de la habitación. Aquella ventana daba acceso a la azotea de una casa inmediata, un camino para huir que acababa de ocurrírsele.

—¿Qué queréis? —oyó que Michal preguntaba a los hombres que estaban en la calle.

—El rey desea la presencia de vuestro esposo en palacio.

David reconoció la voz de un mercenario de la guardia personal de Saúl, y conociendo al hombre, comprendió que no podía esperar misericordia por este lado. Como Joab le había dicho, cualquiera de ellos sería capaz de matar a su propia madre si les pagaran lo suficiente.

—Está enfermo y no puede ir —contestó Michal—. Volved y decídselo así a mi padre.

Hubo un coloquio en voz baja en la calle y después se oyeron pasos que se alejaban. Desde la ventana pudo ver Michal que algunos hombres quedaban rezagados para vigilar la casa. Dejando caer las cortinas, fue donde se encontraba David tratando de unirlos trozos de tela para formar una fuerte cuerda.

—Doeg regresó al palacio —informó—, pero los demás se han quedado vigilando fuera.

—Por lo menos hemos ganado un poco de tiempo. Ayúdame a tirar esta cuerda por la ventana. La ataré a una silla y si tú la sujetas contra la pared, me será posible descender por ella y escaparme por el «camino de las azoteas».

—Seguramente irán a buscarte a Belén —le advirtió ella mientras terminaba de anudar los trozos de tela que formaron la cuerda.

—Tu padre teme mucho a Samuel. Trataré de unirme a él en Ramah, donde se encuentra, hasta que la cosa se calme. Entonces mandaré a buscarte para que te reúnas conmigo.

—¡Y pensar que de no haber ocurrido todo esto, podías haber sido rey algún día y yo reina! —sollozó Michal—. ¡Ahora ya está todo perdido!

—Nada está perdido mientras los dos estemos vivos y nos queramos.

Pero ella no quiso escuchar sus palabras y no hizo sino llorar todavía con mayor fuerza, negándose a que David la consolase.

—Yo no puedo vivir la vida de un proscrito al que se intenta dar caza y que se ve obligado a dormir en cuevas —protestó la joven—. Soy la hija del rey y he vivido en el palacio durante toda mi vida. ¡No es posible que tú puedas obligarme a obrar de esa manera!

—Quédate atrás, entonces, donde te encontrarás a salvo —le dijo David —. Pero juro por el Altísimo que algún día te reclamaré como mi legítima esposa que eres.

Besándola rápidamente al decirle adiós, se subió a la ventana, en cuyo alféizar quedó a caballo un momento para darle más instrucciones.

—Cuando me vaya finge que yo te obligué a que me ayudaras a huir. De esta forma tu padre no podrá hacer recaer en ti la culpa de que yo me haya escapado.

Ahora que Michal se daba cuenta de que no corría peligro, ayudó a David voluntariamente a escaparse. Mantuvo la silla fuertemente contra el borde de la ventana, a fin de asegurar el extremo superior de la cuerda formada con los trozos de tela y observó cómo él iba bajando con la improvisada ayuda la breve altura que separaba la ventana del dormitorio de la azotea de la casa inmediata. Cuando los pies del hombre tocaron las baldosas de la azotea, soltó la cuerda, que ella recogió metiéndola dentro de la habitación.

La última visión que de Michal tuvo David, fue el brillo de su pálido rostro en la ventana; pero si hubiese podido llegar a saber el número de años que habrían de transcurrir antes de que pudiera volver a verla, el dolor de la partida hubiera sido todavía más intenso.

De todas maneras la aflicción que experimentó fue muy grande. Perdía de momento a la muchacha que había conocido y amado al pie de la colina de Gibeah, donde vieron a la cierva y al cervato bebiendo el agua del manantial…, una muchacha que, ahora lo comprendía, no había tenido una existencia real fuera de su sueño.

CAPÍTULO IX

Huyo, pues, David, y escapóse, yendo a Ramah con Samuel.

Samuel 1-19:18

Al elegir Ramah como lugar donde ocultarse, David había actuado con cierta premeditación. El pueblo se encontraba casi directamente al norte de Gibeah, mientras que Belén, donde seguramente le buscaría Saúl primero, estaba casi el doble de lejos y hacia el Sur. Ramah no era una de las tradicionales localidades de derecho de asilo, como Kadesh, Chefrin, Hebrón, Bezer y Rainoth donde los hombres perseguidos podían encontrar un cobijo cuando sus vidas estaban en peligro. Sin embargo, siendo Ramah un centro religioso en virtud de la presencia allí de Samuel, podía David tener la esperanza de hallarse en él a salvo de la persecución de Saúl.

En la vertiente sudoccidental de la cadena montañosa sobre la que estaba erigida Ramah, había un olivar. Allí pasó David el resto de su primera noche envuelto en el pesado capote de los soldados de Israel Sin embargo, el hecho de que era un fugitivo cuya cabeza seguramente se había puesto a precio, no le conturbaba de una manera especial. Se encontraba mucho más preocupado por lo que Joab podría hacer cuando se enterara de la presente crisis, porque en el intento del rey de asesinarle, su primo podría ver la ocasión de llevar a cabo un levantamiento de Judea contra Saúl, desobedeciendo las órdenes de David transmitidas por mediación de Michal.

A David le despertaron de su ligero sueño las voces de las gentes que se dirigían a trabajar a las pequeñas fincas que salpicaban las laderas de las montañas en esta región. Se levantó y empezó a caminar por la vía que conducía a Ramah, si bien teniendo cuidado de no apartarse del camino para parecer un sencillo viandante y no llamar la atención. Aunque se encontraba hambriento, sabía que tenía que contenerse y no pedir comida a nadie para no ser reconocido. Las noticias de su rompimiento con el rey podrían haber llegado ya a esta región y los campesinos podían creer que era su deber denunciar sus andanzas al monarca. Hubo de contentarse, por consiguiente, con recoger un puñado de aceitunas a lo largo del camino, derecho que tenía cualquier viajero que se sintiera desfallecer por el hambre en su jornada.

El camino entre Gibeah y Ramah marcaba la verdadera espina dorsal de la red central de comunicaciones de Canaán. Hacia el Este una sucesión de valles conducía hacia el Jordán, muy por debajo de las alturas por las que David viajaba. La rica tierra del valle a lo largo del río marcaba una alentadora perspectiva desde lejos, y desde la montaña era fácil hacerse cargo por qué los *filisteos* intentaban continuamente abrirse paso a través de los collados montañosos del Canaán central para dominar las fértiles tierras bajas. Puesto que Judea se encontraba precisamente sobre los caminos que el enemigo tenía que cruzar para alcanzar su rica presa, no podía existir paz duradera entre Filistea y Judea hasta que una de ellas fuera destruida.

David no tenía la menor idea de cuándo se cumpliría la profecía de Samuel de que él remara un día en Israel. Su suerte se encontraba en aquellos momentos más en baja que nunca lo había estado desde que fue ungido por Samuel en Belén; pero él no dudaba ni por un momento que, a pesar de todo, era el seleccionado por Dios para llevar a cabo la labor. Y la fuerza de esta convicción le dio el valor de seguir adelante, pese a que sabía que probablemente a aquellas horas Saúl había ya dado órdenes a sus mercenarios a que salieran en su busca y acabaran con él.

En su modesto hogar de Ramah, el anciano profeta Samuel escuchó con la mayor atención la historia de sus relaciones con Saúl y el intento de asesinato en su propia casa la noche anterior.

—El hijo de Kish ya sabe que Dios le ha retirado su apoyo —dijo Samuel al terminar David su relato—. Sólo el mal espíritu es el que guía ahora los actos de Saúl.

—¿No abandonará éste alguna vez su presa?

—Me es imposible predecir cuál será la suerte de Saúl —contestó Samuel —, pero lo que es seguro es que la voluntad de Dios ha de cumplirse y que algún día serás tú quien gobierne en Israel.

—¿Qué debo de hacer entretanto?

Samuel había envejecido mucho desde aquella lejana fecha en que ungió a David en Belén. Su mano temblaba cuando se acariciaba la barba y en la palidez de alabastro de su piel destacaba la red tortuosa de sus venas.

—No hay que permitir que se diga que el Señor no ha sido misericordioso y que no le ha dado al hijo de Kish una oportunidad para redimirse —dijo por último—. Debes de regresar a Gibeah.

—¿Y si trata de matarme otra vez?

—Habrás hecho todo lo que estaba en tu mano hacer. Después de ello quedarás en libertad para buscar tu propio futuro.

—Yo jamás haré la guerra contra Saúl para convertirme en rey —insistió David.

—El Señor no te pide que lo hagas —le dijo Samuel—. Viajarás conmigo hasta Naioth, donde te quedarás un poco de tiempo antes de regresar a Gibeah. Quizás el Altísimo me revele alguna verdad.

—Si vos lo decís estaré seguro.

—Al que Dios ha ungido no es abandonado por Él —le aseguró Samuel.

En la pequeña aldea de Naioth pasó David muchos días agradables hablando con el anciano profeta sobre el pasado glorioso a partir de cuando llegó Abraham por vez primera a esta tierra, procedente del Noroeste y el porvenir que Dios prometió aquí a su pueblo sí le adoraba solamente a Él y seguía sus leyes. David no se dio cuenta entonces por completo de ello, pero Samuel le estaba preparando para cuando llegase el día en que fuera rey de Israel y asumiese una relación íntima y responsable con Dios y con el pueblo que debería gobernar. Fue un intervalo placentero y grato, que duró hasta que llegaron noticias de que Saúl había ordenado a sus hombres que detuvieran a David y lo condujeran a Gibeah. Hubiera querido partir en seguida, buscando refugio en la comarca montañosa, cuyos senderos solamente los pastores conocían, pero Samuel no le permitió huir.

Cuando los mensajeros de Saúl llegaron a Naioth encontraron a Samuel en pie entre los sacerdotes que le asistían. Los mensajeros se quedaron tan intimidados por la autoridad que emanaba de la actitud del profeta, que se marcharon sin cumplir la orden que llevaban. Un segundo grupo llegó días después y fue igualmente despedido, pero David sabía que no podía permanecer por más tiempo en Naioth. Porque si la próxima vez se atrevía Saúl a mandar sus mercenarios contra el anciano profeta, podría tener como consecuencia la sangrienta matanza de los sacerdotes.

—Iré a Gibeah y buscaré a Jonatán —le dijo al profeta—. Puedo confiar en él para que haga un último esfuerzo para una reconciliación con Saúl.

—Ve, pues —le dijo Samuel—. Y hagas lo que hagas la bendición del Señor te acompañará.

A su regreso, no entró David en la capital, sino que se ocultó en un denso matorral que crecía al lado del arroyo que bordeaba la base de la colina. Tuvo la suerte de encontrar por el camino a uno de sus hombres, al que envió a buscar a Jonatán, con instrucciones también para Joab, diciéndole a este último que no fuera, por miedo de que Saúl se enterase de sus andanzas.

Cuando poco tiempo después apareció el hijo del rey ambos se abrazaron estrechamente.

—¿Qué iniquidad he cometido para que tu padre quiera arrancarme la vida? —preguntó David.

—No permitirá Dios que mueras a sus manos —protestó Jonatán—. Sea lo que fuera lo que desees, lo haré por ti.

—Mañana entra la luna nueva —dijo David— y como yerno del rey, yo debería de sentarme a su mesa, pero en lugar de eso he de permanecer escondido. Si Saúl pregunta por mí, dile que me fui a Belén para asistir al sacrificio anual que allí realiza toda mi familia. Si dice que le parece bien, entonces habrá paz entre nosotros; pero si se enfada, comprenderás que alberga malos sentimientos hacia mí todavía.

—Me parece un buen plan —reconoció Jonatán—. Lo haré tal como me lo dices.

—Nos une un juramento —le recordó David—. Si crees ahora que he cometido alguna iniquidad, te ruego que me des muerte con tus propias manos.

Jonatán levantó su pulgar para que David pudiese ver la pequeña cicatriz en el lugar donde la daga punzó la piel cuando mezclaron su sangre.

—Si mi padre quiere hacerte algún daño, te lo comunicaré y haré que puedas marcharte en paz —prometió—. Mientras yo viva, muéstrame la bondad del Señor no dejando de dispensar tu afecto hacia mi casa, incluso cuando el Señor borre a los enemigos de David de la faz de la tierra.

—Lo juro.

Y al decirlo, David cogió el antebrazo del otro con el gesto tradicional de amistad.

—Pero ¿cómo sabré yo que tu padre te contesta mal y que intenta hacerme algún daño?

—Al tercer día ve al campo en que te ocultaste antes. Yo iré también y dispararé tres flechas como si estuviera tirando al blanco, enviando después a un muchacho a recogerlas. En caso de que diga: «Tienes las flechas junto a ti», sal, porque será señal de que en la casa de mi padre se albergan sentimientos de paz hacia ti.

—¿Y si no fuera así?

—Entonces le diría al muchacho: «Las flechas *están* más allá».

—Esperaré en el campo la tercera mañana —convino David—. Pero ten cuidado de que no te llegue algún mal por haberme ayudado.

Los días tardaban en pasar pero David los pasó descansando en el pequeño valle donde discurría la corriente. Se escondía por la mañana cuando la gente que trabajaba en el campo iba al manantial a llenar sus vasijas, y por la tarde en el momento de pasar los labriegos para ir a dormir en Gibeah. La mañana del tercer día despertó temprano y se dirigió al campo donde Jonatán iba a disparar sus flechas.

En cualquier otra ocasión, el instinto poético de David se hubiera sentido inspirado por los diversos sonidos y perspectivas que señalaban el nacimiento de un nuevo día. Por encima de él, la ciudad de Gibeah empezaba a vivir, mientras que hacia el Este la sucesión de valles y laderas que se veían empezaban a iluminarse con los rojos rayos de la aurora que aparecían alrededor de los picachos de Moab.

De las casas apiñadas alrededor de la fortaleza en la cumbre de la colina, podía oír la voz de una mujer tratando de levantar a su hijo de la cama; luego el balido de una cabra al ser ordeñada y el chasquido de metal contra metal al ser relevados por los centinelas de día los que habían permanecido en servicio de vigilancia durante la noche. De la propia fortaleza le llegaban hasta David las órdenes de mando de los oficiales, mientras se hacían los preparativos necesarios para abrir la puerta a fin de permitir que el destacamento del campamento de abajo entrara. Él mismo había mandado muchas veces este destacamento, y pensó que en aquellos momentos no era otra cosa que un fugitivo, que estaba esperando saber si seguiría o no siendo tratado de ser cazado como si fuera un animal, lo que le deprimió profundamente. En su propio hogar o bien en el palacio, si es que el padre de Michal se creyó la historia de que él la obligó a ayudarle a que se escapara, Michal debía de estar despertándose en aquellos momentos. Una puñalada de dolor le atravesó el corazón al pensar cuán hermosa era y sintió una aguda añoranza por aquellos primeros días en que contemplaban cómo la cierva y su cría bebían el agua del manantial.

El sol era ya más fuerte y en la imaginación de David surgió el espectáculo de las calles de Gibeah empezando a nacer a la vida. Vio cómo bostezaban y se desperezaban los hombres al levantar las persianas de sus hogares e ir a quitar las mamparas con que habían protegido durante la noche la puerta de sus comercios. Las mujeres hablaban quedamente entre sí, mientras eran portadoras de los dátiles, el pan y las jarras de leche enfriada por el aire nocturno que constituían la comida matinal. Sus dulces voces llegaban mezcladas de cuando en cuando con el pregón del vendedor callejero

anunciando sus mercancías de aceitó de oliva, pan y paquetes de higos y de dátiles.

Gibeah no era una ciudad industrial, como la mayoría de los centros *filisteos* del Oeste, pero sí había en ella algunas pocas tiendas donde se realizaban trabajos de artesanía. David sabía que sus dueños preparaban en aquellos momentos los martillos y los punzones para dar forma al metal o las leznas y las agujas usadas para trabajar el cuero. Los alfareros debían de estar ya dando forma a la arcilla, sacada el día anterior de hoyos excavados en las laderas de la colina. En otra calle, un escriba bostezante debía de estar preparando su tablilla de greda, junto con los pergaminos, los papiros y los pequeños tinteros. También los prestamistas se encontrarían sentados en sus cuchitriles mostrando sus monedas, dispuestos a prestárselas a cualquiera que estuviera propicio a pagar el rédito usurario que estaba permitido, pero no más, so pena de ser castigados por Dios.

El despertar de la ciudad era una cálida y grata mezcla de pequeños ruidos, que para los oídos de David se habían convertido en música los meses que había vivido en Gibeah, habitando una hermosa casa y con el lujo y alta posición que significaba ser yerno del rey.

Pero ahora, a menos que Jonatán anunciara que las flechas habían caído cerca, tendría que abandonar todo esto y huir de la cólera de Saúl al país montañoso en disputa entre Judea y Filistea. E incluso allí no podía esperar a tener mejor alojamiento que una cueva y comer la comida que él mismo pudiera recoger entre la basura.

A los oídos de David llegaron las voces de las gentes que iban a trabajar al campo mientras se apresuraba a esconderse en los matorrales. No tardó en ver a Jonatán que venía de la ciudad. En la mano llevaba el arco y un carcaj de flechas le colgaba del hombro. Tras él trotaba el muchacho que le hacía de escudero.

—Prepárate —oyó David que le decía— a recoger las flechas que dispare.

Mientras el muchacho echaba a correr adelantándose, Jonatán tomó una flecha de la aljaba y la colocó en el arco. David miraba con toda su atención. Cuando vio que su amigo tensaba la cuerda bien hacia atrás, su corazón sintió una gran pesadumbre, porque ello sólo podía significar que la flecha sería disparada mucho más allá del muchacho que se apresuraba por el campo labrado.

Al ser liberada la flecha el arco resonó sonoramente. David vio cómo el proyectil trazaba una larga trayectoria sobre la cabeza del muchacho cayendo a tierra muy por delante de él. El arco disparó en rápida sucesión otras dos

flechas, que alcanzaron todavía mayor distancia. Al detenerse el muchacho para mirar donde estaban, le gritó Jonatán:

—¿No están las flechas más allá?

Era la señal de que Saúl no se había aplacado y que David tenía que huir para salvar su vida.

CAPÍTULO X

Y levantándose David aquel día, huyó por miedo a Saúl.

Samuel 1-21:10

Tardó el muchacho breves momentos en recoger las flechas que Jonatán había disparado. Cuando regresó con ellas, Jonatán le entregó el arco y el carcaj diciendo que volviera a la ciudad. El muchacho tomó el camino de la puerta de entrada, y cuando estuvo fuera del alcance de la vista, Jonatán se aproximó al matorral donde sabía que David se encontraba escondido.

—Ve en paz —le dijo— y recuerda que hemos jurado uno al otro en nombre del Señor que éste estará siempre entre nosotros y entre tu progenie y mi progenie para siempre.

—¿Así, pues, no quiere tu padre la reconciliación?

Jonatán movió la cabeza tristemente.

—Cuando le mencioné tu nombre entró en un paroxismo rabioso y dio órdenes a los mercenarios de que te matasen en cuanto te vieran. Debes marcharte en seguida, antes de que alguien pueda verte.

—Primero debo ver a Joab.

—Yo le daré el mensaje que tengas para él. Tu vida peligra si tratas de entrar en el campamento de los *judaítas*.

—Dile a Joab que estoy a salvo y bien y que enviaré por él más tarde, cuando sepa lo que voy a hacer.

Sabiendo qué Saúl enviaría a sus hombres a Ramah, donde se encontraba Samuel, y a Naioth para ir en su busca, David tomó otro camino en ésta su segunda huida de Gibeah. El camino que seguía conducía a Judea y antes de oscurecer el primer día de jornada, se encontró hambriento. Al hallarse cerca del centro sacerdotal de Nob, dio la vuelta aproximándose a la pequeña eminencia sobre la que se alzaban el Tabernáculo y el Arca del Sacrificio, que formaban el lugar más sagrado de todo Israel. Ahimelech, el sacerdote con quien David ya había hablado en otra ocasión, salió a recibirle al aproximarse al Tabernáculo.

—¿Os encontráis solo? —preguntó con cautela.

De la actitud del sacerdote dedujo David que sus tropiezos con Saúl debían de haber llegado allí, pero no quería anunciar aún su rompimiento

definitivo con el rey. Puesto que en su huida de Gibeah no había podido traer sus armas consigo, debería lo primero hacerse con éstas y con algo de comer.

—El rey me ha enviado a realizar una misión —explicó—. No tengo alimentos, así que os mego me deis un poco de pan o lo que tengáis.

—Solamente dispongo del pan sagrado —dijo Ahimelech titubeando—. Éste es cocido cada mañana y colocado sobre el altar por si el Señor visitara el sagrado lugar y sintiera hambre, ya que ha sido taxativamente estipulado en las instrucciones dadas por Moisés: «Tendrás siempre dispuesto en la mesa el pan ázimo para mí».

Ahimelech tomó una hogaza de pan que había sobrado del día anterior para uso de los sacerdotes, y se la dio, con un poco de aceite de oliva y un puñado de dátiles.

David no se dio cuenta de que un rebaño de ovejas se encontraba pastando en la falda de la colina, ni del hombre patizambo que le había seguido hasta el lugar sagrado y que ahora procuraba ocultarse tras un árbol, escuchando con ansiedad todo lo que allí se hablaba. Los ojos de Doeg, el *edomita*, parecieron echar chispas, cuando vieron que el viajero no llevaba armas y puso a punto su mano para usar la larga daga que llevaba al cinto. No podía atacar a David en el lugar sagrado, a menos de exponerse a profanarlo y ganarse con ello las iras tanto de los sacerdotes como de Saúl. Pero existían muchos lugares a lo largo del camino donde podría ocultarse y estar al acecho de un hombre desarmado, sabiendo que Saúl le recompensaría con largueza si le presentaba pruebas de la muerte de David.

Cuando éste terminó de comer echó una mirada recelosa alrededor de la loma.

—¿No tenéis una lanza o una espada? —preguntó al sacerdote.

Ahimelech palideció de miedo, pues ya había advertido la presencia de Doeg, y sabiendo que cuanto allí ocurriera llegaría a oídos de Saúl, no reveló a David la presencia del *edomita* para evitar la efusión de sangre en el lugar sagrado.

—Trajiste aquí la espada del *filisteo* Goliat, después de darle muerte en el valle de Elah —dijo—. La encontrarás envuelta en un lienzo detrás del efod. Tómala si lo deseas.

David titubeó antes de aceptar el ofrecimiento del sacerdote por dos razones. Siendo la espada de hierro y habiendo sido forjada para las grandes fuerzas de Goliat, era tan pesada que resultaba difícil manejarla. Pero puesto que pensaba llevarla solamente hasta Belén, donde podría adquirir armas más

convenientes, la cosa no tenía gran importancia. Lo que le perturbaba más era que para llegar al arma le sería preciso tocar el sagrado *efod*[5].

El efod, la vestidura ritual del sumo sacerdote para el culto y el sacrificio, había sido fabricado originalmente, siguiendo las instrucciones de Moisés, con sortijas, pendientes, brazaletes y otras joyas de oro. El efod actual, tejido en lino finísimo y teñido de azul, púrpura y otros colores de gran precio, había sido hecho, de acuerdo con las antiguas crónicas, tan parecido al original como fue posible. Las instrucciones que en ellas se daban, especificaban que el efod tenía que ser cuadrado, con cuatro filas de tres piedras preciosas cada una, simbolizando las doce tribus de Israel, debidamente engarzadas en monturas cosidas a la tela del ornamento sagrado. Se consideraba que éste tenía un valor superior al simplemente simbólico, pues era creencia difundida que al ser tocado por un sacerdote, éste podía adquirir la facultad de profetizar la voluntad de Dios y los acontecimientos del futuro.

Sin embargo, como no podía proporcionarse ninguna otra arma, y hubiera sido una locura continuar el viaje sin la debida protección, David entró en el Tabernáculo. Poniendo el mayor cuidado en no causar la menor perturbación al efod, levantó poco a poco la gran espada. Se había olvidado de lo pesada que era y al apoderarse de ella casi se tambaleó. Por un momento pensó volver a dejarla donde estaba y aventurarse a realizar el trayecto hasta Belén sin ir armado. Pero en su interior le pareció volver a oír aquella voz que nunca le había engañado y que le aconsejaba ahora que no hiciese semejante cosa. Finalmente, se colgó del hombro el cinturón en que la espada estaba suspendida, puesto que si se lo hubiese puesto en la cintura le habría arrastrado por el suelo, y abandonó el Tabernáculo.

Al salir David de la tienda sagrada, Doeg se encontraba todavía al acecho. Cuando vio el arma, su rostro se ensombreció, ya que su valor no era muy grande, y solamente al amparo de la oscuridad y a traición se hubiese atrevido a atacar a un hombre armado. No siguió a David, sino que se dirigió a Gibeah, dejando que las ovejas pacieran desatendidas, en su afán de decirle a Saúl que el hombre al que tanto odiaba había visitado el centro sacerdotal y que aún era tiempo de seguir sus pasos y acabar con él.

David se detuvo en Belén solamente el tiempo suficiente para dejar el espadón de Goliat en casa de su padre y recoger comida y armas antes de emprender viaje hacia el Oeste, en dirección a la disputada tierra que existía entre Judea y Filistea. Pero como ni aun allí se encontraría seguro contra la persecución de Saúl, con la cabeza puesta a precio, decidió dar un paso más audaz e introducirse en territorio *filisteo*.

Guiaba a David un doble propósito al buscar refugio en el país enemigo de su propio pueblo. Por una parte era poco conocido de los *filisteos*, por haber permanecido en la retaguardia durante el mayor tiempo de la batalla del valle de Elah, y era dudoso que los soldados enemigos que fueron testigos de la manera que tuvo de dar fin a Goliat, reconocieran en el guerrero formado de hoy al jovenzuelo que derribó a su campeón de una pedrada. Por otro lado quería explorar el territorio *filisteo*, con vistas a cuando llegara el día en que, como rey de Israel, invadiera el mismo corazón de la confederación enemiga. El lugar que escogió para su refugio temporal fue la ciudad fronteriza de Gath, que estaba regida por el rey Achish.

En tiempos de paz, los israelitas acostumbraban a bajar hasta esta ciudad para hacerse afilar sus herramientas por los herreros *filisteos* y vender de paso pieles y quesos, que constituían las exportaciones principales y la mayor fuente de ingresos de este pueblo pastoril. A su vez, los israelitas compraban allí herramientas de hierro y la maravillosa alfarería de color de cuero, altamente ornamentada, por la que los *filisteos* eran famosos en esta parte del mundo, como sus antepasados, los *micenios*, lo habían sido con su exquisita loza de barro.

Construida sobre un empinado risco de marga, Gath era ciertamente una ciudad impresionante. David llevaba consigo desde Belén una azada y un hacha, con el pretexto de hacerlas amolar por un herrero, por lo que no encontró obstáculos para entrar, unido a un grupo de trabajadores que se retiraba de los campos al anochecer. Una vez que estuvo dentro de la ciudad, no pudo por menos de sentirse impresionado por las fuertes murallas y las pesadas puertas fortificadas de aquel centro *filisteo*.

Otra cosa que sorprendió a David, fue la alta estatura de los hombres de Gath. Aun cuando la de él sobrepasaba la media, la mayoría de ellos sobrepasaban la suya. Recordó que Goliat era oriundo de esta ciudad, y pensó en la magnitud del esfuerzo que representaría cuando fuera rey dominar a este pueblo para llevar la paz a Judea y a todo Israel. Bajando de la muralla, a la que había subido para echar una ojeada al paisaje que desde ella se divisaba, buscó una taberna que solía alquilar colchonetas para que pasaran la noche en ella los viajeros. Antes de irse a dormir, tuvo, sin embargo, la desgracia de tropezar con un soldado *filisteo* a la luz vacilante del crepúsculo.

—¡Estúpido —gruñó el hombre dándole un empujón—, ya podías mirar dónde pones los píes!

Al ver el soldado que David, con la reacción instintiva de un hombre de lucha, echaba mano a la empuñadura de su daga, sacó su espada. Al dar un paso atrás para dejar sitio para la pelea, en el caso de que ésta fuera a tener lugar, pudo ver mejor el rostro de David. Entonces prorrumpió en un juramento lleno de asombro:

—¡Por las barbas de oro del mismísimo Dagón, pero si es David, el yerno de Saúl!

David dejó caer la mano de la empuñadura de la daga y se la puso en el costado, porque una lucha en semejantes circunstancias solamente podía tener un final.

—Has debido de llevarte la bota a los labios con excesiva frecuencia, amigo —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Cómo puedo ser yo mismo y a la vez el yerno de Saúl?

El soldado *filisteo* procedió a examinarle recelosamente.

—Si no eres David, eres entonces un hermano gemelo suyo.

Pero ya la duda empezaba a manifestarse en su voz, al añadir:

—Vi a ese David en el valle de Elah, el día que fue muerto Goliat y de nuevo en un camino, cuando fue atacada nuestra partida de regreso de Chesalon.

—Nunca oí que el hebreo tuviera un hermano gemelo —dijo David, tratando de dar un tono de frivolidad a sus palabras, para evitar que el otro pudiese advertir el esfuerzo mental que estaba sufriendo.

—Ni yo —reconoció el *filisteo*—. Lo que es una razón más para que tú y él seáis una misma persona. ¡Ven conmigo! Voy a llevarte ante el rey Achish.

David no podía hacer otra cosa que obedecer bajo la amenaza de la punta de la espada de su apresor. Resistir hubiera sido tanto como declararse culpable y recibir un puntazo en su cuerpo.

No tardó en verse en una amplia cámara formada por enormes bloques de piedra, en la que un hombre alto, de orgulloso rostro de halcón e inteligentes ojos hundidos, ocupaba el sillón del trono colocado sobre un estrado. Durante su recorrido a través de las calles de la ciudad, David no había dejado de dar vueltas desesperadamente a su cabeza, para ver de escapar de lo que se había convertido en una aventura estúpida. Entre el implacable rey *filisteo* y el loco que gobernaba en Israel, ¿qué probabilidades podía tener de sobrevivir? Pero de repente le asaltó una idea, un acto de astucia, pero terriblemente sencillo, y para llevarlo a cabo debería de echar mano a todos los recursos de la impostura.

Los *filisteos* habían adoptado como propios los viejos dioses *canaanitas*, añadiéndoles las deidades que trajeron consigo de su antigua tierra originaria. Como para los hebreos, era para ellos el mundo un lugar lleno de espíritus buenos y malos, de cuyos caprichos podía depender el destino de un hombre. Sabía David que como israelita podía esperar muy poca clemencia en manos del rey de Gath; pero en calidad de loco, ¿no sería posible que inspirara miedo de que los espíritus que habitaban su cuerpo pudieran pasar a los de los demás y conseguir ser expulsado de la ciudad? Afortunadamente había tenido mucho contacto con un demente de primera magnitud, el rey Saúl. Resultaba verdaderamente irónico, una verdadera jugarreta del destino, que su propia vida, que Saúl tan ardientemente deseaba arrancarle, pudiera depender ahora de la habilidad que tuviese en imitar al rey hebreo.

Cuando cruzaban el salón del trono, David se puso a blasfemar, lanzar alaridos y dar zapatetas hasta que cayó al suelo. Allí pateó y se retorció con espasmos tan convincentes, que Achish ordenó que no le dejaran acercarse a menos de veinte pasos del trono.

—Este hombre está loco —dijo el rey al soldado *filisteo* que lo había hecho entrar—. ¿Por qué me lo has traído?

—Es David, el yerno de Saúl, mi señor y rey. Lo he reconocido fuera.

—Si es verdad que es él, está tan loco como su suegro. ¿Qué necesidad tengo yo de que me traigas locos a mi presencia? ¡Vamos, llévatelo!

—Pero mi señor y rey…

—¡Fuera, he dicho, antes de que los malos espíritus que moran en su cuerpo queden en libertad entre nosotros! —ordenó Achish—. ¡Arrojadle más allá de las puertas de la ciudad y cerradlas tras él!

David entendió perfectamente las palabras de Achish, porque los *judaítas* y los *filisteos* de esta región estaban familiarizados los unos con el idioma de los otros; pero tuvo buen cuidado en no darlo a conocer, dado el papel que representaba. Siguió jurando y vociferando, arrojándose al suelo cada diez o doce pasos, mientras era llevado a rastras por el soldado *filisteo*, que ahora estaba tan preocupado como Achish de que los malos espíritus quedaran libres del cuerpo del detenido.

Solamente cuando se vio fuera de las puertas de la ciudad, a salvo en pleno bosque, fue cuando David cesó en su actitud. No se detuvo para pasar la noche en territorio *filisteo*, sino que se puso a caminar con la mayor velocidad que pudo bajo la luz de la luna por el camino que conducía a Judea. Llegó finalmente a las alturas de Adullam, que se encontraba en la parte sur del valle de la zona disputada por Judea y Filistea.

David se escondió allí entre los árboles, hasta que al llegar la mañana, alcanzó una de las múltiples cuevas que salpicaban la falda de la montaña. Y cuando, aproximadamente una semana más tarde, vio a Joab y a casi un centenar de soldados de su propia banda pasar por el valle, corrió a saludarles y les condujo hasta el lugar en que se guarecía.

Cuando terminó David de relatarles sus aventuras en la ciudad filistea de Gath, advirtió la presencia en el grupo de un desconocido, un hombre joven y delgado, vestido con las ropas sacerdotales, y que era portador de un paquete envuelto en una tela riquísima.

—Es Abiathar, el hijo de Ahimelech —le manifestó Joab, satisfaciendo su curiosidad.

—Bien venido seáis, Abiathar —dijo David afectuosamente—. Aunque me es imposible ofreceros otra cosa que el cobijo de una cueva y los alimentos que puedo sacar de la montaña, para corresponder al buen pan ázimo con que vuestro padre me socorrió un día. Espero que Ahimelech se encuentre en perfectas condiciones de salud.

Al oír estas palabras, un estremecimiento de dolor pasó por el rostro del joven sacerdote, el cual se a apresuró a desviar la mirada, pero no sin que antes pudiera advertir David que tenía los ojos llenos de a lágrimas.

—Ahimelech ha muerto, David —le dijo Joab—. 9 Tanto él como todos los demás sacerdotes de Nob fueron asesinados. Solamente Abiathar consiguió escapar a la matanza.

—¿Quién se atrevió a profanar aquel recinto sagrado? —replicó David lleno de indignación—. No quiero creer que fuera obra de Saúl.

—La orden partió efectivamente de Saúl, por lo que la culpa debe de recaer en primer lugar sobre su alma —dijo Abiathar, que por fin había logrado recobrar el uso de su voz—. Pero las manos que manejaron materialmente las espadas fueron las de Doeg, el miserable *edomita* y las de los mercenarios del cuerpo de guardia de Saúl.

Estaba bien claro lo que debía de haber ocurrido en Nob, y claro, asimismo, el motivo del sangriento suceso que allí se había desarrollado.

—Entonces no cabe duda de que asesinaron a vuestro padre porque intentó ayudarme.

Abiathar hizo un gesto expresivo con la cabeza al decir solemnemente:

—El ungido del Señor no hace otra cosa que cumplir los designios del Altísimo. Al ver mi padre que llegaban Doeg y los mercenarios, cogió el efod del Tabernáculo, ordenándome que os lo trajera.

Desenvolviéndolo de la tela que lo contenía, el sacerdote sacó el efod y se lo mostró a David. Al hacerlo, las joyas cosidas por sus monturas al exquisito lino del tejido sacerdotal, atrajeron el fuego de la luz solar, resplandeciendo con un brillo que a todos les pareció que podía rivalizar con el del propio sol.

—¡Es un anuncio! —se puso a exclamar Joab—. ¡Es un anuncio de la protección que dispensa el Altísimo a David, el hijo de Isaí!

El propio David no pudo por menos de quedarse deslumbrado ante la gran belleza de las gemas que adornaban el efod y de la forma que brillaban bajo la luz del sol. Y aun cuando lo ocurrido no tuviera la interpretación que Joab le había dado, reconoció que los demás necesitaban el estímulo que provocaba la creencia de que era la forma que Dios tenía de dar su aprobación.

—Seréis mi sacerdote, Abiathar —le dijo—. Quien atente contra vuestra vida, atentará también contra la mía. Guardad el efod, porque juro, asimismo, que algún día he de llevarlo, con el Arca de la Alianza y el Tabernáculo, al lugar sagrado que le corresponde.

Cualquier oyente casual que hubiese escuchado tales palabras las hubiera juzgado como una simple jactancia, porque de los únicos hombres que podía disponer David era de los que le rodeaban. Su número llegaba a duras penas a cien, mientras que Saúl estaba al frente de los ejércitos de Israel. Pero entonces recordó que las posibilidades de vencer todavía habían sido menores para él en el valle de Elah, cuando cruzó el arroyo para enfrentarse con Goliat.

TERCERA PARTE

LA CAIDA DE LOS PODEROSOS

¡Cómo han caído los poderosos en medio de la batalla!

Samuel 11-1:25

CAPÍTULO PRIMERO

Porque contigo desharé ejércitos, y con mi Dios asaltaré muros.

Salmos —18:29

Los meses que pasó David en la región de Adullam y en el bosque vecino de Hareth, fueron pletóricos de trabajo. Llevó a su familia a Moab, donde tenía parientes y podía encontrarse más segura. Después de lanzar una serie de ataques relámpago contra las bandas de *filisteos* que merodeaban por aquella zona, su fama de conductor de hombres creció rápidamente. El núcleo original de cien hombres aproximadamente, traídos por Joab y sus hermanos, se incrementó hasta alcanzar unos seiscientos. Muchos de ellos eran hombres sin hogar que habitaban en la frontera que separaba Judea de Filistea y que no eran bien recibidos ni en un lado ni en otro. Aun cuando con ellos se elevó considerablemente el número ya respetable de los que estaban a las órdenes de David, ello creó también un sinfín de problemas de abastecimiento.

Era la estación de las cosechas, período en que los *filisteos* menudeaban sus ataques contra los pueblos de Judea. Ello les permitía llevarse el grano recién trillado y vender como esclavos a cuántos podían coger por el campo. Cuando las depredaciones del enemigo amenazaron a los habitantes de la ciudad vecina de Keilah, con pérdida de toda su cosecha, David lanzó un rápido ataque contra los *filisteos*, logrando rechazarles. Por gratitud, y con la esperanza de evitar futuros ataques, el Consejo de Ancianos de dicha localidad invitó a David y a todos sus soldados a que se alojasen en la misma.

Keilah se encontraba situada en una montaña en forma de cono, rodeada por una serie de terraplenes amurallados, cubiertos en su mayoría de campos de grano y de algunas viñas. En la falda de la montaña, no muy lejos ya de la cumbre, brotaba, impetuoso, un gran manantial que al caer, formaba una sucesión de charcas poco profundas. También existía otro manantial al pie de la montaña que se convertía en ancha y ondulante corriente de agua. Se trataba de una región muy agradable y fértil. Los trabajadores salían muy de mañana a cultivar los campos o recoger las cosechas y hasta la noche no se reintegraban al amparo de las murallas de la ciudad.

En tanto que duró el peligro de las incursiones filisteas, el acuartelamiento de las tropas de David en Keilah fue un acuerdo bilateral conveniente para

ambas partes. David y sus hombres proporcionaban a la ciudad la debida protección a cambio de la comida y otras necesidades. Entonces fue cuando pensó David que se podría llegar a un acuerdo para que su residencia se convirtiera en permanente, y en virtud de ello mandó a buscar a Abiathar, diciéndole que fuera portador del efod sagrado, a las cuevas de Adullam, donde residía el sacerdote, después de haber escapado de la matanza de Nob.

Abiathar hizo su entrada en Keilah con gran pompa y regocijo de su vecindario, aun cuando parte de éste murmuró que seguramente Saúl buscaría la manera de que le fuera devuelto el símbolo de la fe de Israel. El propio David presidió la procesión, que atravesó las puertas de la ciudad hasta llegar a un pequeño edificio que debía de servir de alojamiento a Abiathar y al efod. Cuando después de la ceremonia, se disponía a retirarse, le llamó el sacerdote.

—En vuestra ausencia, llegó a Adullam un mensajero —dijo a David—. Saúl ha dado vuestra esposa a otro.

David se quedó petrificado, porque aunque tenía buenas razones para saber que Saúl era implacable en todo lo relacionado con su yerno, no podía llegar a suponer que le arrebatara a Michal.

—¿Quién es el hombre? —acertó a preguntar.

—Phalti, hijo de Laish.

Con su familia obligada a huir a Moab, su esposa entregada a otro y sus bienes confiscados, no podía reprochársele a David que incluso su victoria en Keilah sobre los *filisteos* se le volviera ceniza en su boca. Afortunadamente tenía poco tiempo para entregarse al desaliento, porque tanto la ciudad como sus soldados se encontraban por aquel entonces muy atareados con la celebración de la llamada Fiesta de la Cosecha o de los Primeros Frutos.

Los festejos comenzaron una tarde, saliendo las gentes de la ciudad y dirigiéndose a un bosquecillo, a cuya sombra se había erigido un altar. Un grupo de cantores entonaba un himno; mientras eran acompañados a los sones de caramillos, panderetas, salterios y el obligado *shofar*. En el fondo del bosquecillo estaba el altar del sacrificio y el pueblo se reunió en torno a Abiathar, que era el que presidía la ceremonia por el hecho de haber residido en el centro sacerdotal de Nob y ser hijo de Ahimelech, jefe de los sacerdotes de aquel lugar. Era costumbre el elegir entre los concurrentes a uno que actuara como cantor principal. Recayó este honor sobre David, bien conocido de todos por tener la voz cantora más dulce de todo Israel y estar altamente favorecido por el Señor. Después de colocarse los dos hombres frente al altar, el pueblo empezó a desfilar por delante, portador de las tradicionales ofrendas de los primeros frutos, que se entregaban al Señor en acción de gracias por la

buena cosecha recolectada, así como también por la derrota del enemigo. El altar no tardó en verse rodeado de grandes montones de trigo, cebada, uvas, higos y dátiles, amén de un pollo, un cabrito y un corderillo.

En realidad, la Fiesta de los Primeros Frutos surgió de una costumbre todavía más antigua, el sacrificio del primer hijo, que era ya muy practicada en Canaán cuando llegaron los hebreos al país. Obedeciendo a una orden de Dios y como demostración de su fe, Abraham, padre de los hebreos, colocó a Isaac, su único hijo en el ara del sacrificio del monte Moriah en las proximidades de Jerusalén. Cuando ya tenía levantado el cuchillo de bronce ritual y se disponía a degollar al muchacho, dejando que su sangre se derramara por las piedras, Dios detuvo mi mano. Desde entonces el sacrificio de los primeros frutos y el pago ritual de una redención simbólica al sacerdote por el primer nacido, había remplazado al sacrificio humano.

Después de su colocación sobre el altar, los sacerdotes ayudantes de Abiathar, degollaron rápidamente a los tres animales. Una vez derramada su sangre sobre las piedras, se pegó fuego a la leña seca con una antorcha y empezaron a elevarse las llamas para consumir las ofrendas. Mientras en el bosquecillo ascendía el humo hacia el cielo, David empezó a pulsar las cuerdas del arpa que el pueblo de Keilah le había regalado en sustitución de la suya, que dejó atrás cuando hubo de huir precipitadamente de Gibeah, cantando al unísono una poesía de acción de gracias a Dios por el regalo de una cosecha abundante y la promesa de un año más de vida:

Nuestro corazón se regocija en el Señor.
El activa la seca semilla en la blanda tierra.
Él refresca la tierra con la lluvia
Y hace crecer los extendidos olivos.
El cálido aliento del Este es el hálito de su nariz,
Que hace madurar por completo las semillas del grazno de la viña y del árbol
Desplegando ante el hombre una fiesta en la tierra.
¡Bendito sea el Señor! ¡Sea bendito su nombre!

Al terminar la canción, empezaron los músicos a tocar otra tonadilla, ésta llena de alegría, y el pueblo se dedicó al baile, lleno de regocijo. La música inició entonces un ritmo más insinuante bajando de tono y ello fue la señal para que diera comienzo la danza ritual del amor. En sus figuras, los hombres perseguían a las mujeres, mientras éstas huían fingiendo resistir, pero acabando por entregarse a los últimos compases de la música. El ensayo de semejante comedia de persecución, entrega y conquista, era solamente algo

simbólico aquella noche. Pero una semana después, al finalizar las fiestas, los hombres se echarían a dormir sobre el suelo de la trilla, y si una doncella yacía también bajo la capa del amado, la mujer podía elegir de esta forma, sin vergüenza, al hombre que deseaba tener por esposo.

Terminadas sus obligaciones como músico y cantor, David abandonó a los demás y se fue a sentar sobre una peña solitaria, monte abajo, al lado del manantial que allí manaba de la tierra. El rumor del agua al correr, le trajo a la memoria el recuerdo de otro manantial y la imagen de la muchacha que estrechó entre sus brazos a su lado. En aquel entonces fue feliz, todo lo feliz que puede ser un hombre joven que tiene toda la vida por delante y su amor en los brazos. Ahora… Había perdido a Michal, que durante tan breve tiempo fue suya, aún cuando mantuviese la intención de cumplir la promesa que le hizo de reclamarla algún día, como su esposa legítima que era.

Y aunque la tenía lejos, quizás en aquellos momentos en brazos de otro, había algo en el suave discurrir del agua que parecía amortiguar un tanto el profundo dolor que sentía.

El deslizarse de una piedra por encima mismo del manantial, hizo que David se pusiera rápidamente en pie, daga en mano. Pero al reconocer la alta figura de Abiathar, que vestía aún las ropas de oficiar y que llevaba el enjoyado efod arrollado al cuello, volvió a meter el arma en su vaina.

—¿Por qué se esconde el hijo de Isaí, mientras los demás se divierten? —preguntó Abiathar—. Además, el pueblo os reclama para rendiros nuevos homenajes.

—Me sentí atacado por una profunda melancolía —reconoció David—, que no hizo sino agravarse a la vista de la felicidad de los demás.

—Habéis perdido mucho, es cierto, lo mismo que yo —se limitó a replicar sobriamente Abiathar.

—Pero vos quedaréis aquí bien considerado, mientras que yo debo de continuar mi camino. Cuando se entere Saúl que estamos en Keilah, no hay duda que no tardará en emprender nuestra persecución.

—Ya se ha enterado.

David dirigió una mirada llena de sorpresa al sacerdote.

—Espero que no habrá sido el pueblo de Keilah el que nos haya denunciado.

—El pueblo no, pero sí algunos ambiciosos que hay entre él. Varios de los que forman el Consejo de Ancianos, enviaron un mensaje a Saúl diciéndole que os encontrabais aquí.

—¿Cómo os habéis enterado?

—A un sacerdote se le dicen cosas que no llegan a oídos de los demás. Aquellos regidores tienen miedo de que permanezcáis demasiado tiempo en la ciudad.

—¿Es que pretenden acaso intentar gobernarla? —preguntó David con voz áspera.

—También eso ésta en su pensamiento. Pero no forméis demasiado mal juicio de ellos. Saben que son unos facinerosos muchos de los que forman en vuestras filas. En realidad, algunos de ellos fueron expulsados en algún tiempo de Keilah por delitos cometidos en la ciudad.

—Es cierto que yo no he hecho preguntas a los que se ofrecían para luchar a nuestro lado contra los *filisteos* —reconoció David—. ¿Cuándo enviaron el mensajero a Saúl?

—Hace tres días.

—Entonces no ha de tardar en volver.

—Regresó esta misma tarde, durante la celebración de la fiesta. Supe que había ido a informar al decano del Consejo de Ancianos y entonces vine en vuestra busca.

—No debéis de exponeros así. Aquí en Keilah, habéis encontrado un refugio y una posición honorable al frente de los demás sacerdotes. Todo lo podéis perder si se llega a saber que vinisteis a ponerme sobre aviso.

—Creo que no tengo nada que perder —contestó Abiathar con toda calma —, porque cuando os marchéis de aquí pienso ir en vuestra compañía. Y llevarme el efod.

—¡Pero eso es una locura! ¿Por qué poner en peligro vuestra propia vida por quién fue el causante de la muerte de vuestro propio padre y de los demás desgraciados sacerdotes que se encontraban en Nob?

—Los que están al servicio del Altísimo, deben de estar siempre preparados para ir en ayuda del ungido de Dios —se limitó a decir, sencillamente, Abiathar—. Mi padre obedeció esta ley cuando en Nob os dio el pan ázimo. El efod lleva consigo poder adivinar la voluntad del Señor. Si habéis de defenderos contra las fuerzas superiores de Saúl, tendréis necesidad de él.

Durante algunos momentos la garganta de David estaba llena de tal emoción que no pudo hablar. Después tomó el antebrazo del sacerdote en la acostumbrada forma amistosa, y le preguntó:

—¿Qué contestación trajo de parte de Saúl el mensajero?

—El rey se puso muy contento al saber que estabais en Keilah. El mensajero repitió a los del Consejo de Ancianos las mismas palabras

pronunciadas por el rey: «Dios le ha puesto en mis manos, porque ha sido él mismo el que se ha metido en una ratonera, yendo a refugiarse en una ciudad que dispone de puertas y de trancas».

—Hay mucha agua puertas afuera y grano suficiente en los pueblos vecinos para alimentar a todo un ejército —reconoció David—, así que Saúl podrá sitiar Keilah, si así lo desea. Pero nosotros disponemos de un arma que él no tiene. ¿No podría decirnos el efod si el pueblo de Keilah nos traicionará o no?

—Podemos preguntárselo. Oremos, para que sea revelada la voluntad de Dios.

De pie ante el manantial, se dirigió David a Dios, cuya presencia cerca de él no había dudado ni por un momento incluso cuando de niño cuidaba ovejas en las laderas de las montañas de Belén.

—¡Oh, Señor de Israel! —rezó—. Tu siervo se ha enterado de que Saúl piensa venir a Keilah y tal vez destruir la ciudad por mi culpa. ¿Llegará hasta aquí Saúl, como tu siervo ha oído decir? ¿Me entregará a él el pueblo de Keilah?

Durante un momento reinó el silencio; después habló Abiathar, tranquilamente:

—Saúl vendrá y los hombres de Keilah os traicionarán.

David se puso en pie. Ya no había falta alguna de resolución en su actitud.

—Abandonaremos mañana la ciudad —dijo—. Antes de que Saúl nos atrape en ella.

—¿Dónde pensáis ir?

—Ni el bosque de Hareth, ni las cuevas de Adullam ofrecen ahora refugio seguro, puesto que se encuentran demasiado cerca de aquí. En esta ocasión habremos de dirigirnos al desierto de Ziph.

Colocó otra vez su mano en el brazo del sacerdote volviendo a aconsejarle:

—No es aún demasiado tarde para que os quedéis aquí, Abiathar. La sangre de vuestro padre es una carga que pesa demasiado sobre mi conciencia. No quisiera de ningún modo añadir la carga de la vuestra.

Abiathar sonrió.

—¿Olvidáis, acaso, que yo también soy un hijo de Judá? Y que aun cuando no pertenezco a la familia de Isaí he oído repetir muchas veces las palabras de Ruth, vuestra antepasada: *No me niegues que te deje y me aparte de ti. Porque donde quiera que fueres, iré yo; y dónde quiera que vivieres, viviré.*

—Que sea Dios quien nos muestre siempre el camino por mediación vuestra y de la del efod —contestó David, Heno de agradecimiento—. No quiero impedir que mis hombres sigan divirtiéndose. Se han ganado con creces lo que disfrutan esta noche. Pero mañana sin falta emprenderemos la marcha hacia el desierto.

Sin embargo, y por una vez, el efod no parecía haber revelado toda la verdad. Al día siguiente poco después de aparecer el sol por el horizonte, mientras la mayor parte de los hombres de David, así como el pueblo de Keilah, se encontraban entregados al descanso, los centinelas de la muralla dieron el grito de alarma de que un gran ejército se aproximaba a la ciudad con el propósito, al parecer, de cercarla. David ascendió precipitadamente a una de las torres de la muralla mientras Joab y Abishai iban a despertar a los soldados. No necesitó una segunda mirada para identificar al hombre alto, recubierto con una armadura resplandeciente, que iba al frente de los soldados que ahora se desplegaban estratégica y hábilmente, en tomo de la montaña en que Keilah se asentaba.

Era Saúl, y David calculó que el número de soldados que componían su ejército no bajaría de los tres mil…

CAPÍTULO II

Y David se estaba en el desierto en peñas y habitaba en un monte en el desierto de Ziph.

Samuel 1-23:14

David bajó de la torre y se reunió con Joab y Abishai que iban ya a la cabeza de sus hombres, tratando de contener a una muchedumbre indignada y vociferante.

—Estos necios desean que abramos las puertas de la ciudad y que ésta se rinda a Saúl —le informó Joab—. No les importa lo más mínimo que acaben con todos nosotros.

El decano del Consejo de Ancianos, un hombre corpulento, que David sabía que era de los más ricos mercaderes de la ciudad así como de los que habían enviado a buscar a Saúl, se hallaba en primera fila entre los manifestantes.

—Nosotros nada tenemos contra Saúl, que es el rey legítimo de nuestro pueblo —dijo pomposamente—. No tenemos ninguna culpa de que vaya en persecución de unos rebeldes con los que quiere acabar.

—¡Así que esos rebeldes somos nosotros! —rugió Joab—. ¡Hace pocas semanas parecíais feliz aclamándonos como héroes al entrar en la ciudad!

—Tienen razón, Joab —le dijo tranquilamente David—. Estas gentes no tienen nada contra Saúl.

—Abandonen la ciudad ahora y yo no daré el menor paso para impedirlo —dijo el decano, en tono de promesa.

—¡Puah…!

Fue ésta la exclamación de desprecio que salió de los labios de Joab, quien añadió a renglón seguido:

—¡Y no tendríais el menor pesar si Saúl nos aniquilara, siéndoos tan indiferente como si un incendio abrasara los rastrojos que han quedado en el campo después de recogida la cosecha!

Una gran luz se encendió entonces en el pensamiento de David al escuchar aquellas palabras.

—No digas más, Joab —le dijo en voz baja a su teniente—. Ya sé la manera como podremos escapar; de la ciudad.

Luego, dirigiéndose al pueblo allí congregado, exclamó:

—¡Habitantes de Keilah, nada temáis! De la misma manera que os salvamos de los *filisteos* que destrozaba vuestras cosechas y se llevaban al cautiverio a vuestros hombres y mujeres jóvenes, os salvaremos de la amenaza de Saúl.

—Nada tenemos que temer por parte de Saúl —dijo con reticencia el decano del Consejo—. De vos y de vuestros hombres es de los que necesitamos librarnos.

Un gruñido iracundo salió de la garganta de Joab ante semejantes palabras, pero antes de que pudiera replicar nada, habló David:

—La palabra del hijo de Isaí no fue jamás quebrantada. Os prometo, y si no lo cumplo que pierda la ayuda del Altísimo, que mañana sin falta saldremos de Keilah. Por vosotros mismos podéis comprobar que Saúl ha permitido que sus hombres se entreguen al descanso, después de la dura marcha desde Gibeah, y que por lo tanto, hoy no piensa atacar.

—¿Es cierto que os marcharéis mañana? —preguntó, incrédulo, el decano.

—Tenéis mi palabra —le aseguró David—. Antes del mediodía de mañana podréis abrir las puertas de la ciudad a vuestro rey.

—¿Qué tontería es ésta? —le preguntó después Joab—. ¿Es que ahora es cuando has perdido el juicio de verdad, no cuando lo fingiste perder en el palacio de Achish?

—Mira ladera abajo, en dirección al campamento de Saúl, y dime lo que ves.

—Pues veo los rastrojos del grano recién segado, los dos manantiales y los regatos que de ellos nacen.

Y veo también tres mil hombres, que no tardarán en hacer prisioneros a los seiscientos que estamos aquí.

—Seguramente debes de ver algo más que todo eso —dijo David sonriente—. Fuiste tú, precisamente, el que dio la fórmula para poder escapar de Keilah.

—¡No me vengas con acertijos! ¿Supongo que no pretenderás tirarle piedras a Saúl como hiciste con Goliat?

—Piedras no, pero sí algo mejor: antorchas.

—¡Los rastrojos! —exclamó Joab comprendiendo por fin—. Ni el propio Saúl podrá luchar contra el fuego que se lanzará montaña abajo una vez hayamos Incendiado los rastrojos. Pero tampoco nosotros podremos caminar

entre las llamas ni sobre un terreno tan Heno de escorias ardientes que nos llenarían los pies de ampollas.

—Es que no vamos a andar, sino a correr —puntualizó David—, y no sobre cenizas, sino sobre agua. Prenderemos el fuego al otro lado de la montaña, de manera que crea Saúl que pretendemos huir en esa dirección. En lugar de hacerlo así, bajaremos por los arroyos, escondiéndonos entre los mimbres y matorrales que crecen en sus orillas.

Joab se puso a estudiar el escenario, el manantial que había arriba de la montaña, cuyas aguas iban a juntarse con las del segundo manantial que nacía en su base.

—No es imposible —hubo de reconocer—, pero debe de hacerse todo con la mayor exactitud, pues de lo contrario retrocederían las llamas a la cumbre y nos atraparían antes de que pudiéramos abrirnos camino hasta el arroyo.

—Creo que nos protegerá la muralla —replicó David, señalando la parte del bastión que sobresalía de la terraza superior, el cual proporcionaba una zona a nivel fuera de la puerta, con el manantial superior a pocos pasos por debajo de él—. Prenderemos fuego a la ladera esta noche, antes de que Saúl pueda atacar. El viento suele generalmente amainar hacia medianoche, y en el aire inmóvil las llamas descenderán montaña abajo como si se tratara de agua. No digas nada de esto a nadie, pero haz una buena provisión de antorchas. Y al llegar la medianoche, cuando el vecindario duerma, reúne a tus hombres en la puerta opuesta al campamento de Saúl. Obrando así, será tarde para que cualquier traidor pueda dar la voz de alarma.

—Tenemos suerte de que la cosecha haya sido ya segada —dijo Joab—. De lo contrario todos seríamos J condenados por incendiar los campos.

Efectivamente, así estaba escrito en las leyes que Moisés recibió de Dios durante la larga estancia del los hebreos en el desierto, después de la huida de Egipto: «Si se pega fuego a los campos donde crece el grano y éste fuere destruido por él, los causantes del incendio habrán de sufrir la misma retribución».

Era costumbre de los israelitas, como lo había sido de los *canaanitas* antes de su llegada, cercar sus campos con setos de espinos, lo suficientemente juntos para impedir que los animales entraran a devorar el grano ni los hombres a prender fuego accidentalmente a las cosechas. Además, durante los últimos meses de maduración de éstas, cuando los tallos estaban ya crecidos, se apostaban vigilantes que continuamente cuidaban de que no estallara un incendio, que hubiera podido propagarse por toda la zona, destruyendo el alimento del pueblo durante todo el año y provocando un período de hambre.

Una vez recogida la cosecha, la situación cambiaba por completo e incluso muchos labriegos se dedicaban a quemar los rastrojos para destruir con ello las malas hierbas.

Con objeto de que ardiera precisamente la parte que interesaba, el propio David se puso al frente de cincuenta hombres escogidos, cuya misión era incendiar la parte norte de la montaña. Poco después de la medianoche salieron sigilosamente por la puerta, llevando antorchas empapadas en sebo fundido, a fin de que pudieran arder con facilidad. Después de tomar las posiciones convenientes, David dio la orden, y media docena de hombres con sus antorchas encendidas, salieron fuera. Se tardaron contados instantes en prender fuego a las de los restantes cincuenta hombres que estaban aguardando. Tan pronto como su antorcha ardía, cada hombre corría media docena de pasos por los rastrojos secos, formando entre todos una línea de fuego y arrojando después cada uno su antorcha montaña abajo, con lo que se provocaba un segundo incendio.

Una vez llevado a cabo su cometido, David y sus hombres corrieron hacia la terraza, justamente por la parte que daba al manantial, uniéndose con Joab y los demás, que ya desfilaban en fila india, guardando todo el silencio posible, introduciéndose todos en el agua fría del arroyo que descendía por la montaña.

Del campamento de los israelitas se elevó un enorme clamor. Mientras David y sus hombres empezaban a bajar silenciosamente por la montaña, vieron cómo en el campamento de abajo se encendían antorchas y oyeron los rumores que los soldados producían al trasladarse con toda rapidez hacia la parte norte, donde un muro de llamas hacía arder los rastrojos y se dirigía ladera abajo. A juzgar por el griterío que se oía, Saúl juzgaba, como David había esperado que lo hiciera, que su presa tratara de escapar sirviéndose de las llamas a manera de escudo. Nunca pudo suponer que el fuego no fuera otra cosa que una táctica de diversión para permitirles escapar protegidos por la pantalla de matorrales que crecían en las márgenes del arroyo que se precipitaba hacia la base de la montaña.

La marcha de los hombres de David era muy penosa, puesto qué se veían obligados a saltar de terraza en terraza y vadear charcas donde el agua les llegaba a veces hasta la rodilla. De vez en cuando algún soldado tropezaba y caía en la oscuridad y el ruido que hacía el metal al chocar contra la piedra, resonaba fuertemente en el silencio de la noche. Afortunadamente, el clamor que venía de abajo era lo bastante intenso para amortiguar por completo aquel sonido.

En la confusión producida por el estallido del fuego y ante el peligro de que las llamas se corrieran por todos los rastrojos y destruyeran sus vituallas, Saúl tardó casi una hora en descubrir la añagaza que David había utilizado para escapar. Por entonces, su anhelada presa se encontraba ya bien lejos de Keilah, dirigiéndose hacia las antiguas guaridas del bosque de Hareth. Después de haber descansado allí, durante todo el día, continuaron su retirada huyendo de las fuerzas superiores de Saúl, hacia el desierto de Ziph. Caminando por senderos que les eran bien conocidos, atravesaron el país montañoso al oeste de la punta meridional del mar Salado hacia la plaza fuerte de Engedi, situada en la orilla occidental.

Situado poco más o menos en la parte media de la distancia que les separaba del mar, Engedi en un fértil oasis, al que daba vida un gran manantía conocido con el nombre de Fuente del Cabrito. David había estado muchas veces allí, acompañando a las caravanas que desde Belén se dirigían en busca de sal a las salobres orillas del gran lago. Ahora esperaba encontrar refugio para su partida en el laberinto de cuevas que se abría en las colmas que dominaban la ciudad. Los habitantes de ésta no se sintieron, sin embargo, demasiado felices con la presencia en sus proximidades de aquellos seiscientos hombres, algunos de los cuales habían sido perseguidos por delitos cometidos en sus propias ciudades y aldeas. En consecuencia, no tardaron en dar parte a Saúl de la presencia de David por aquellos contornos. Después de atravesar el antiguo camino de las caravanas, que bordeaba la orilla del mar Salado, Saúl estuvo a punto de dar con David en Engedi. Solamente le salvó la precaución de éste de examinar concienzudamente las cuevas y encontrar los pasajes subterráneos para la huida.

Hasta llegar a Engedi, Saúl se había expuesto a pocos peligros por haber seguido por un camino bien trazado. Fue por el que pasó también Abraham, casi mil años antes, cuando se dirigió hacia el Norte para ir en auxilio de su sobrino Lot, que estaba preso del rey Cherdorlaomer. Pero Saúl no se atrevió a perseguir a David y a los suyos penetrando profundamente en la montaña salvaje, fortaleza natural conocida con el nombre de Desierto de Judea, y situada al sur del centro *judaíta* de Hebrón. Por consiguiente retiró con toda prudencia sus fuerzas hacia Gibeah. Entretanto, David, después de permanecer algunas semanas en el desierto, guió a sus hombres a los montes de Ziph, Maon y Carmelo, a corta distancia, por el Sur, de Hebrón.

La región en torno a Hebrón era famosa por sus viñedos y olivares. El fértil distrito adolecía solamente de un breve inconveniente y era su proximidad a los centros *filisteos* de Lachish, Eglón y, particularmente, Gath,

hacia el Oeste y la ciudad de Ziklag a cierta distancia en dirección Sur. Todas estas localidades tenían potentes guarniciones constituyendo una permanente amenaza para los habitantes israelitas, víctimas con frecuencia de sus incursiones, en el curso de las cuales les eran arrebatadas las cosechas, como lo fueron en parte las de Keilah, situada más al Norte, y vendidos como esclavos los hombres y mujeres jóvenes de los que podían apoderarse.

David no podía residir con su partida en los centros populosos de la región, por miedo a que Saúl pudiera embotellarle en cualquiera de ellos, gracias a su gran superioridad numérica. Pero hacia el Sudeste, en la salvaje región montañosa de Ziph, Maon y Carmelo, existían multitud de cuevas donde poder cobijar sus fuerzas. Allí podían contar también con una buena acogida por parte de la población, muy necesitada de la protección que podrían darle contra el enemigo.

Desde la cercana ciudad de Juttah, en dirección Sur, casi hasta las proximidades de Carmelo, se extendía un gran valle profundo y estrecho. Se encontraba casi por completo desprovisto de piedras, pues habían sido recogidas hacía mucho tiempo, para poner un dique a las ramblas y cañadas pequeñas, en forma de barreras, llamadas *gadairs*, que detenían las avenidas en la estación lluviosa y originaban eventualmente la formación de campos de superficie limitada, pero de suelo jugoso, donde podía sembrarse el grano. Era una hermosa y próspera región, salvo por aquel peligro, siempre presente, de un ataque *filisteo*, siendo el lugar ideal de residencia para una gran partida de guerreros trashumantes, como era la que David, mandaba. Existía amplio refugio para ellos entre las montañas, y si se sentían demasiado perseguidos, no tenían más que retirarse hacia el Sur, a las proximidades del gran desierto de Néguev. Al propio tiempo, podían defender de los ataques enemigos la próspera región al sur de Hebrón, y hacia el Este, a lo largo del *shephelah*, en la frontera de Filistea. La población estaba satisfecha de pagar en compensación un tributo en grano y en otros productos por la protección que David y sus hombres podían proporcionarles.

Durante un cierto tiempo, David se estableció allí y fue todo lo dichoso que puede serlo un hombre que sabe que su destino se encontraba en tan altas esferas aun cuando no tuviera todavía indicio alguno de que semejante destino empezara a cumplirse. Y entonces ocurrió un suceso que contribuyó a que se aminorase la confianza que todavía pudieran tener en él. Llegó hasta sus oídos la noticia de que Samuel, que le había ungido para que un día fuera rey de Israel y que le sirvió de mentor y de guía en momentos de infortunio, acababa de fallecer.

CAPÍTULO III

Y murió Samuel y juntóse todo Israel y lo lloraron, y lo sepultaron en su casa en Ramah. Y levantóse David, y se fue al desierto de Paran.

Samuel 1-25:1

Con la muerte de Samuel, apenas puede censurársele a David que sintiera que el último lazo que le unía con Israel había quedado roto y perdida toda su esperanza en el glorioso futuro que le había augurado el viejo profeta de Ramah. No se atrevió a ir solo al entierro de Samuel por miedo a que Saúl se apoderara de él y le condenara a muerte. Tampoco podía ir con su cohorte de seiscientos guerreros, porque si entonces pensaba y pretendía Saúl apresarle, podría estallar la guerra civil en Israel y verse azuzada Judea contra las demás tribus. Entonces toda una nación, unida por primera vez bajo Saúl, se desmembraría, siendo fácil presa de los *filisteos*, que estaban ansiosamente al acecho de semejante oportunidad.

Deprimido y sin confianza ya en sí mismo David tomó un camino que muchos hombres siguieron antes que él y que otros seguirían después. Solo, sin otra compañía que sus armas y con su arpa a la espalda, volvió su rostro hacia el Sur, hacia el vasto y solitario territorio conocido con el nombre de Desierto de Parán. Allí podría buscar, como lo hizo Moisés al huir de Egipto, alguna revelación que Dios pudiera hacerle.

Al sur de Hebrón, las montañas de Judea se achataban gradualmente hasta convertirse el paisaje en una gran llanura sin relieve, que se extendía hacia el lecho de un río. Este río, a menudo sin agua durante la estación seca, se convertía en un verdadero torrente al llegar los grandes aguaceros de la estación lluviosa. Conocido con el nombre de río de Egipto, su lecho seco había formado durante mil años la frontera tradicional entre Egipto y Canaán. Sin embargo la frontera real la constituía la llamada Muralla de los Príncipes, línea fortificada situada más al Sur y que defendía el asombrosamente fértil delta de la desembocadura del Nilo. Allí había ido Abraham a apacentar sus rebaños en tiempos de escasez y allí Jacob y sus hijos habían viajado para unirse a José en Egipto. También en el delta, un faraón había sometido a los israelitas a la esclavitud durante varios siglos, siendo guiados por último por Moisés, que anteriormente había sido un príncipe en casa del faraón, para

llevar a cabo el largo trayecto que habría de llevarles una vez más a las tierras de Canaán.

Al atravesar el Néguev o «Tierra del Sur», para llegar hasta la Tierra de Promisión, los vagabundos israelitas pasaron por cierto número de fértiles oasis. Uno de los mayores se encontraba en las proximidades de Kadesh. Allí los hebreos hicieron un alto para gozar de las delicias de tan apacible paraje, rico en suculentos higos, uvas, granadas y otros frutos. Los fértiles prados para apacentar los rebaños a lo largo de la corriente de agua, parecían ya como la propia Tierra de Promisión. Ansiosos de apoderarse para sí del territorio, los vagabundos de Egipto destacaron partidas de espías para averiguar la potencia del pueblo que habrían de conquistar si querían que aquel país fuese suyo.

Unos cuantos, tales como Josué y Caleb, volvieron contando maravillas de la región alrededor de Hebrón, tierra a su juicio mucho más fértil que la zona en las proximidades de Kadesh, Pero muchos otros, de ánimo poco resuelto, que vieron sólo las: espesas murallas de las ciudades *canaanitas* y las armas de hierro de sus habitantes, estaban seguros de que éstos eran demasiado fuertes para poder ser derrotados. Convencidos de que el enemigo era invencible, los israelitas fueron fácilmente derrotados en una breve refriega. Entonces se dirigieron hacia el Este para seguir un camino que, después de toda una generación de desplazamientos y de luchas, habría de llevarles finalmente a Canaán bajo el mando de Josué.

David no se detuvo, sin embargo, para gozar de las delicias del oasis de Kadesh, sino que se quedó en las montañas. Dirigiéndose luego hacia el Sur a través del país de los *kenitas*, llegó finalmente a una de las regiones más formidables de toda la zona: el Desierto de Parán, que se encontraba a no mucho más que un día de viaje del mar Rojo.

No se trataba de una tierra precisamente propicia para elevar el espíritu de un viajero cansado y deprimido, incierto acerca de sus propósitos y de su porvenir. Tampoco se trataba de una región en la que de ser conocida la identidad de David, pudiera esperar una acogida por parte de sus habitantes, porque los *edomitas*, que eran quienes la ocupaban, eran enemigos tradicionales de Israel, y particularmente de la tribu de Judá, con la que compartían una frontera común aunque no bien definida. Mucho tiempo ha, Ismael, arrojado de la casa de su padre Abraham por el odio de Sara hacia su madre, Hagar, había plantado su tienda en esta misma tierra selvática como lo hicieron también muchos otros vagabundos sin hogar. Aquí, viajando de día y

durmiendo por la noche en cuevas, David buscó una respuesta para su porvenir.

Las semanas pasadas en el desierto marcaron uno de los puntos de mayor depresión en la carrera de David, un tiempo en que incluso su fe en el designio de Dios hacia él fue objeto de fuertes ataques por la duda. No podría haber dicho exactamente qué era lo que buscaba allí; quizá esperase que Dios le hablara de una manera espectacular, como desde una zarza ardiente, y apuntalara con ello los baluartes debilitados de la fe en sí mismo. Fuera lo que fuera lo que David esperase oír, tal certidumbre no llegó a sus oídos. Pero no habría sido el joven lleno de recursos que derribó a Goliat, si hubiese pasado todo su tiempo desesperándose acerca de, la insuficiencia de su fe en el designio de Dios hacia él.

Mientras caminaba observaba en torno suyo y vio cosas que no había visto con anterioridad, que como rector futuro de una nación destinada a ser grande, fue acumulando en su memoria para que en su día le sirvieran de ayuda para gobernar bien a su pueblo. Desde la cumbre de una montaña de Parán, vio pasar las caravanas a lo largo del gran Camino del Rey, una ruta por la que los viajeros de las tierras al este del río Jordán e incluso los que Venían de las lejanas Asiría y Mesopotamia, habían llevado y traído mercancías a Egipto durante más de mil años. Vio animales de carga que acarreaban armas de metal de los hititas producido en Damasco; joyería fina de oro y plata, y utensilios de cobre procedentes de las tiendas de los *kenitas* por cuyo territorio había pasado. Vio turquesas y otras joyas finas de las minas de Sinaí camino a los palacios de Asiría y mobiliarios completos tallados en marfil para los compradores ricos de la tierra de Mesopotamia. Vio alfarería, aun cuando no tan exquisita como la producida por los expertos artesanos de las ciudades de Filistea. Y vio ricos tejidos, aun cuando no tan finos como los que salían de los telares de Byblos, teñidos éstos con la púrpura sacada de los moluscos existentes en las orillas del Gran Mar.

En ocasiones, cuando se atrevía a bajar a alguna ciudad sita junto al Camino del Rey, David hablaba con los conductores de caravanas y con los mercaderes que se encontraban descansando en los caravansares que se establecían en las afueras de cada pueblo para comodidad de los viajeros. Allí fue donde oyó relatos acerca de la magnificencia de los faraones y del lujo de los monarcas orientales de la «Tierra Entre los Ríos» de la que sus antepasados procedían. Conforme escuchaba, el mundo de David comenzaba a ensancharse; su mentalidad se iba ajustando a la visión de una nación todavía más grande de lo que Israel fuera en el punto culminante de la

conquista de Saúl, una nación que podría ocupar algún día un puesto igual, en cuanto a fortaleza, que Egipto, Asiría y Fenicia.

Si esto eran sueños David los olvidaría, porque no; le gustaba desperdiciar el tiempo en vanas fantasías. Su mirada escrutadora iba descubriendo otras cosas relacionadas con estos países meridionales, cosas de importancia inmediata para su destino particular como gobernante de su pueblo, si es que tal destino se cumplía algún día.

A lo largo de un camino de caravanas que iba de Edom a la ciudad de Gerar, uno de los principales centros siderúrgicos de la parte meridional de Filistea, vio grandes cargas de mineral de hierro y; cobre conducido de las minas del desierto de Parán, y en los pueblos *kenitas* pudo contemplar dobles fuelles formados por pieles infladas por bombas accionadas con los pies, que avivaban los carbones bajo los; peroles del cobre derretido. Observó de qué forma los herreros añadían el precioso estaño al cobre para endurecerlo y convertirlo en bronce para fabricar puntas de flechas y de lanzas, jabalinas, espadas y herramientas agrícolas de todas clases. Vio cómo construían moldes de arena y arcilla, en los cuales, se echaba el bronce derretido para dar forma a utensilios tales como sierras gigantescas para cortar las vigas en la edificación o los grandes bloques de piedra usados en las fortificaciones. Yaun cuando aprendió poco de la técnica de la fabricación de hierro, que era un secreto celosamente guardado por los herreros *filisteos*, sí se enteró de que Gerar y la zona circunvecina era una región cuya posesión proporcionaría a Israel las armas de aquel metal de que tan necesitada estaba.

Se trataba de actividades acerca de las cuales David tenía escasos conocimientos; hasta entonces. Mientras viajaba, atesorándolo todo en su mente viva e inquisitiva, empezó a tomar forma en su imaginación un nuevo concepto de los designios de Dios para Israel.

Se trataba de algo grandioso para un joven que se veía obligado a vivir como un fugitivo. Pero se trataba de uno de los pocos que aparecen en cada generación, poseyendo imaginación para soñar tales sueños y a la vez el valor y la energía necesarios para convertirlos en realidad. Afortunadamente, los *edomitas*, los *kenitas*, los *kenizitas* y los *amalecitas* por cuyos países pasó, no adivinaron su identidad ni lo que ante él se abría. De haberlo sabido se habrían apoderado de él y le habrían ejecutado inmediatamente.

Aun cuando muy atareado con sus observaciones y sus desplazamientos de un lugar a otro, David se sentía profundamente turbado por no haber gozado aún de la revelación de la voluntad de Dios, que había ido a buscar desde los lejanos confines de su propio país. Finalmente se entristeció de que

el Señor no le hubiese mostrado de nuevo la verdad que le inspiró el poder luchar contra Goliat, por lo que volvió sus pasos hacia el Norte, en dirección a la región en las proximidades del Carmelo donde Joab y sus hombres esperaban su regreso y su decisión acerca del camino que debían seguir.

En cierto modo, el camino de vuelta le resultaba menos penoso, quizá porque su cuerpo se había endurecido a consecuencia del largo y arduo caminar por un territorio selvático y hostil. Sin embargo, sus pasos no eran lo vivaces que el Señor había ordenado que fueran a los que le amaban, cuando se juntaban el sábado[6] con sus compañeros de fe, porque no podía llevarles a los hombres que en él confiaban una contestación a las preguntas que le harían acerca de su futuro. Y así sucedió que un día en que se encontraba al caer la noche junto a una corriente de agua casi seca, en un valle estrecho y profundo, no lejos del oasis de Kadesh, estaba demasiado cansado y deprimido para comer nada y ni siquiera para buscar una cueva donde refugiarse, por lo que se limitó a envolverse en su grueso capote para defenderse del frío nocturno y a tumbarse al lado de la corriente. Tan rendido se encontraba, que inmediatamente se quedó dormido.

En su cansancio y depresión, no advirtió David los cumulonimbos que se amontonaban por encima de las montañas, al este de su improvisado lugar de acampada, ni se despertó por el rumor furioso de la tempestad que se estaba formando en las alturas donde nacía la precaria corriente de agua junto a la que yacía. Incluso el relámpago y el trueno no molestaron su sueño, no despertándose hasta que la lluvia empezó a caer con fuerza y el cauce casi seco del riachuelo se convirtió repentinamente en avasallador torrente. Cuando se puso en pie, en medio de una completa oscuridad, el agua, se arremolinaba ya en tomo de sus tobillos.

David estaba demasiado familiarizado con la fuerza terrible de estos súbitos aguaceros, para no darse cuenta del peligro en que se encontraba, inmovilizado por la oscuridad en un estrecho valle y con el agua subiendo rápidamente a su alrededor. Durante los breves momentos que tardó en decidir lo que debería hacer, el líquido elemento le llegaba ya a las rodillas. La negrura de la noche se veía solamente; iluminada por el intermitente brillar de los relámpagos, y a la luz de ellos se dio cuenta de que era inútil tratar de trepar por las abruptas laderas de la estrecha cañada en la que estaba refugiado. Si tenía alguna probabilidad de escapar era corriente abajo, tratando de llegar a un punto en que el angosto valle se ensanchase y le fuera posible salvarse encaramándose a un terreno más elevado.

Dando traspiés en la oscuridad, con sólo los relámpagos para iluminar de vez en cuando su camino, empezó David a andar penosamente, tratando de seguir la orilla de la corriente. El agua se elevaba velozmente al despeñarse el torrente desde las alturas. Apenas había andado cien pasos, cuando ya le llegaba a la cintura; otros cincuenta más allá, se sintió elevado del suelo, cayendo sobre la cresta de una rugiente ola. David sabía por primera vez en su vida que se encontraba en inminente peligro de muerte, no teniendo tiempo sino para implorar al Señor en voz alta que fuera en su auxilio y le salvase, pues todas sus energías las tenía puestas en mantenerse a flote. De tanto en tanto, la fuerza torrencial del agua le hundía en la corriente, rebotando su cuerpo en las piedras del fondo, hasta el punto de quedar medio; inconsciente.

Al llegar a cierto lugar de su descenso, se pudo: agarrar instintivamente al tronco de un árbol seco, y permanecer asido a él, mientras daba vueltas y se afanaba sacudido por la corriente. Solamente su flotabilidad era lo que le mantenía sobre el agua. Unos golpes más contra las piedras del torrente y hubiera perdido por completo el conocimiento. Trastornado y sólo vivo a medias, no se dio cuenta de que la lluvia había cesado y que las aguas empezaban a descender. Las ramas del árbol muerto, que se había enroscado a su cuerpo, fueron lo único que impidieron que se ahogase. El árbol siguió manteniéndole en su abrazo hasta después de ser arrastrado por la fuerza de las aguas hasta un lugar más elevado de las paredes de la cañada.

El sol despertó a David. El calor de sus rayos acarició su tundido y dolorido cuerpo, y durante largo rato se quedó inmóvil, dándose apenas cuenta de que se encontraba vivo. Finalmente se liberó de las ramas que le apresaban, aun cuando cada movimiento que hacía representaba un dolor para su carne golpeada y para sus músculos doloridos, pudiendo con trabajo ascender por la ladera de la cañada. Había perdido sus armas, así como la bota de piel del agua y la comida. De todas sus posesiones, solamente una cosa pudo salvar: el arpa. La llevaba atada con una fuerte cuerda en tomo al cuello, habiendo podido, como quiera que fuese, no ser desprendida de él en la feroz batalla con el torrente.

Penosamente fue ascendiendo por los últimos salientes rocosos hasta encontrarse en terreno llano. Allí se irguió, y mientras el cálido sol formaba como un manto protector en tomo a su cuerpo, una inmensa alegría inundó su alma. Con una convicción que nacía de la terrible prueba que acababa de pasar y contemplando el verde oasis que brillaba a la luz del sol ante él, se daba cuenta ahora de que Dios no le había abandonado y que continuaría haciéndolo en tanto que tuviese un hálito de vida. Movido por un impulso de

gratitud hacia el Altísimo por el milagro que había acabado de tener lugar en el agua, cogió el arpa que colgaba a su espalda y afinó sus cuerdas hasta que pudieron vibrar melodiosamente bajo la presión de sus dedos doloridos.

Su canción fue de gratitud, fe y confianza en el porvenir. La empezó hacía tiempo, a orillas del manantial a la vista de la fortaleza de Saúl en Gibeah y ahora la terminaba rodeado de aquella naturaleza salvaje:

¿Por qué te sientes deprimida, oh, alma mía?,
¿Por qué me atormentas?
Confía en Dios, que yo le alabaré
Por la ayuda que me presta.
Te recordaré por las tierras del Jordán,
Por los hermonitas, por la montaña de Mizar.
El abismo llamó al abismo en el rumor de tu avalancha
Y tus olas pasaron sin dañarme sobre mí.

El Señor me mostrará su bondad durante el día
Y por la noche su cántico estará a mi lado.
Mi oración ascenderá hacia el Dios de mi vida.
¿Por qué te sientes deprimida, oh, alma mía?
¿Por qué me atormentas en mi interior?
Ten la esperanza puesta en Dios a quien siempre alabaré,
Porque es mi salud, mi amparo y mi Dios.

CAPÍTULO IV

Y Nabal respondió a los criados de David y dijo: ¿Quién es David? ¿Y quién es el hijo de Isaí?

Samuel I —25:10

David encontró a Joab y a su partida en las colinas existentes detrás del Carmelo, país conocido con el nombre de Desierto de Ziph. Fue recibido con grandes manifestaciones de entusiasmo. Mientras comía carne asada de cabra y pan recién hecho, conferenció con Joab y sus hermanos acerca de los sucesos que se habían producido desde su partida algunas semanas antes:

—Por tu aspecto, no creo que nos convenga ir más al Sur —observó Joab —. Apenas te queda carne suficiente para ocultar tus huesos.

—El Néguev no tiene nada para nosotros —reconoció David—. Por lo menos por ahora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Abishai.

La mirada de David pareció echar fuego cuando habló de las minas, de los trabajadores del metal, de las caravanas de mineral que partían de Arabah y del Desierto de Parán.

—Algún día —dijo— controlará Israel esa región. Entonces no nos faltarán ni herramientas ni armas de hierro y lo utilizaremos para los carros de guerra para defendernos contra el enemigo.

—¡Brava manera de hablar de un fugitivo! —se burló Joab—. ¿Y cómo sabes que Saúl no se dirige contra nosotros en este mismo momento?

—Lo sé porque tengo espías apostados en el Norte que me avisarán —replicó David—. A menos que te sintieras satisfecho de permanecer sentado y esperando a ser aniquilado mientras yo me encontraba ausente.

—¿Es que me crees tan necio como para no protegerme y dejar sin protección a los hombres? —gruñó Joab—. Saúl no se mueve, por ahora, de Gibeah, y hay quien asegura que ya no tiene el menor interés por nosotros. Ha habido incluso protestas ya cuando se ha presentado Asahel a recoger el tributo que se nos paga en grano. Hay más. Ayer oí decir que Nabal ha jurado no pagarlo este año.

—¿Quién es Nabal?

—El propietario más rico de la región en torno a Carmelo. Reside en Maon.

—¿Es judaíta?

—No, procede de la casa de Caleb.

—Lo que quiere decir que los suyos vienen residiendo aquí desde que Josué dividió Canaán entre las doce tribus —dijo David—. Pero eso no le exime de pagar como los demás.

—Ahora que tú has regresado, enviaré a los hombres que le vayan a visitar de nuevo —dijo Joab—. Mis informes son que se encuentra ahora en Carmelo, dedicándose al esquileo de sus rebaños.

—¿Son éstos importantes?

—Unas tres mil ovejas y mil cabras.

Los labios de David se fruncieron en un mudo silbido.

—Eso es más de lo que el propio Saúl tiene. Le enviaré con los emisarios mi saludo personal. Hombre de semejante importancia merece que se le invite con esta atención a que pague por la protección que le hemos dispensado.

Fueron elegidos diez hombres para ir a visitar a Nabal, con Asahel a la cabeza de ellos.

—El mensaje que debes transmitirle es el siguiente —le dijo David al más joven de los hermanos del Joab—: «Que la paz sea con vos, con vuestra casa y con cuánto poseéis. Vuestros pastores os habrán podido decir que desde que estamos aquí no han sido molestados para nada ni nada han perdido durante el año. Hemos protegido vuestros campos y vuestros, rebaños contra los ataques de los *filisteos*. Hemos i traído la paz a cuántos aquí viven».

Hizo una pausa, mirando interrogativamente a Asahel, el cual hizo un gesto dando a entender que se había aprendido el mensaje de memoria.

—Y para terminar le dirás a Nabal: «Por lo tanto esperamos vernos favorecidos por vos y haber llegado en buena ocasión. Os ruego me entreguéis lo que buenamente sea vuestra voluntad para vuestros servidores y vuestro hijo David».

—Le comunicaré exactamente tus palabras —prometió Asahel.

—Lleva carros contigo para poder traer los donativos que te entregue —le recomendó David—. Después de la protección que le hemos dado, no creo que Nabal pueda mostrarse tacaño.

Era ya media tarde cuando los centinelas apostados en las alturas que rodeaban el campamento, dieron la voz de que Asahel regresaba. Para la fiesta que se aproximaba, se habían encendido hogueras que estuvieron

ardiendo durante horas para proporcionar el necesario rescoldo sobre el que se asaría la carne que Asahel traería consigo. Las mujeres tenían preparados los molinos para moler el granó formados por dos piedras, una cóncava, que era la base donde se echaba el grano y la otra redondeada para descansar sobre la otra, siendo movida por un eje acoplado en ella. Se necesitaban dos mujeres para la molienda: una para accionar la piedra y la otra para echar el grano y recoger la harina. Por entonces ya estaban incorporados muchas mujeres y niños a la partida de David, de manera que no faltaban manos serviciales que echaran leña en las hogueras y que hicieran funcionar los molinos de los que; saldría el elemento básico para confeccionar los pasteles de la fiesta.

Mas de pronto se oyó una gran exclamación de desengaño, cuando Asahel y sus hombres dieron la vuelta a la colina inmediata al campamento, pues pudo verse que los carros regresaban vacíos y que ningún hombre acarreaba bulto de clase alguna.

David se encontraba en aquellos momentos dormitando en el interior de su tienda, pero aquel potente grito de desengaño le espabiló por completo y al precipitarse a toda prisa fuera, se encontró con Asahel y Joab. El primero tenía el rostro congestionado por el embarazo: el de Joab estaba negro de ira.

—¿Dónde están los donativos que te envié a buscar a Nabal? —preguntó David al hermano menor de Joab.

Asahel levantó las manos y las dejó caer en un elocuente gesto de desaliento.

—Venimos con las manos vacías.

—¿No visteis, entonces, a Nabal?

—Ese Nabal es un tío grosero. Cuando le comuniqué el mensaje que me diste para él, contestó: «¿Quién es David? ¿Quién es el hijo de Isaí? En la actualidad hay muchos criados que abandonan a sus amos si se encuentran descontentos. ¿Y por qué habré yo de quitar a mis esquiladores el pan y la carne que para ellos maté y dárselos a unos hombres que para mí son desconocidos?».

—¿Estás seguro de que te dijo eso?

—Palabra por palabra.

David sintió que la ira le ahogaba. Había traído el orden y la paz, cosa que no las conocía nadie desde hacía siglos, a este país, y gracias a ello los propietarios prosperaban como nunca. Desde hacía varios meses no había *filisteo* alguno que se atreviera a atacar, y los israelitas podían cultivar sus campos sin temor de ser ellos y sus hijos arrastrados a la esclavitud. Sin embargo, a cambio de esta protección no pidió otra cosa que comida y

vestiduras para él y sus hombres. Y precisamente el hombre más rico de la región, y por consiguiente uno de los que más se habían beneficiado de su presencia, era precisamente el que se negaba a pagar el justo tributo.

Hasta entonces David se las había arreglado para no tener que luchar contra los de su sangre, e incluso cuando él y los suyos estuvieron sitiados en Keilah procuró escabullirse sin efusión de aquélla entre hermanos israelitas. Ahora, sin embargo, resultaba imperioso que castigara a Nabal, ya que de lo' contrario perdería la faz ante su propio pueblo, al que daría motivo para que dudase de sus dotes de líder. Al castigar a Nabal, la mano del hermano tendría que levantarse contra el hermano, pero David; no trató de eludir su responsabilidad una vez resuelto a ello.

—Reúne cuatrocientos hombres y deja los doscientos restantes de guardia en el campamento —ordenó, a Joab—. Mañana por la mañana iremos a visitar a ese grosero y le enseñaremos una lección que no olvidará nunca.

A las primeras palabras pronunciadas por David, Joab empezó a sonreír.

—Ya habéis oído la orden del hijo de Isaí —dijo i alegremente a sus hermanos—. Los bienes de Nabal no van a tardar en ir a parar a nuestras manos.

La negativa de Nabal a pagar el tributo, colocaba, en verdad, a David en una amarga incertidumbre. Durante toda la noche estuvo pensando en ello, no encontrando otra solución que la de ponerse a la cabeza de los cuatrocientos hombres y dirigirse al lugar en que Nabal se hallaba para dar un escarmiento al grosero propietario. Se daba perfecta cuenta de que al obrar así, daría un pretexto a Saúl para calificarle de completo bandolero, que no dudaba en atacar a su propio pueblo. Pero no podía ver otra alternativa. Si permitía que Nabal eludiera el pago del tributo, otros muchos propietarios seguirían su ejemplo.

Cuando al nacer el sol salió de su tienda, después de pasar una noche en vela, encontró a Joab a orilla del arroyo lavándose el rostro y el torso. David: se arrodilló a su lado. Su delgada figura formaba un frágil contraste con la constitución maciza de su primo.

—Temía que la noche te hubiese hecho cambiad de opinión respecto al castigo que hay que dar a Nabal —le dijo Joab en tanto que se secaba la cara y las manos y se ponía después la túnica de gruesa lienzo que llevaba siempre debajo de la armadura de combate.

—¿Por qué?

—Porque cualquier ciego puede ver que estás en una encrucijada difícil. La tribu de Caleb es pequeña, pero sus hombres han sido siempre duros

guerreros. Si se les antoja convertir esta lección de Nabal en deuda de sangre, caerán muchas cabezas antes de que ésta quede saldada.

—Celebro que sepas reconocer los cuidados y aflicciones que pesan sobre quien ejerce el mando. ¿Querrías, quizá, que dejara a Nabal libre de castigo?

—Nada de eso. No lo permitiría aunque me viera obligado a hacerte ir hasta él a punta de espada. Actualmente los *filisteos* dan señales de gran actividad atacando a Saúl en el Norte, mientras nosotros podemos consolidar nuestra fuerza. Pero si el enemigo oyera decir que has permitido que un simple propietario se te subiera a las barbas, deduciría que no tienes a todo el pueblo de Judá detrás de ti y volvería a atacar de nuevo por el Sur. Entonces nos volveríamos a ver cogidos entre Saúl y los *filisteos*.

—No me pintas el cuadro precisamente de color de rosa.

Joab no le escuchaba sin embargo en aquel instante. Su vista estaba fija en la cuesta que conducía al valle, por la que se aproximaba una caravana compuesta por animales de reata pesadamente cargados de grano, frutos y carne recién muerta. Pero no fue precisamente la caravana lo que más llamó la atención de David cuando dirigió la vista a la dirección que los ojos de Joab señalaban. Cabalgando en la mula delantera, iba a la cabeza de ella una de las mujeres más bellas que viera en su vida. Al verla, algo que dormía en su interior pareció cobrar vida, sintiendo algo que no había vuelto a sentir desde el día en que por fin pudo tener a Michal entre sus brazos, estrechándola con el abrazo del amor.

—¡Por las barbas de Moisés! —exclamó Joab—. ¡Nabal nos envía esta vez un tributo verdaderamente regio!

CAPÍTULO V

Y dijo David a Abigail: Bendito sea Jehová, Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontrases.

Samuel 1-25:32

La caravana se detuvo en las lindes del campamento y la mujer que cabalgaba en la mula delantera descendió de ella. Incluso en aquel movimiento corriente mostraba una gracia extraordinaria que conmovió el alma de David.

—Busco a David, el hijo de Isaí.

Su voz era grave y gutural, pensó David, como las notas profundas del arpa. Al permanecer en pie 9 al lado de la mula se encontraba completamente tranquila, aun cuando los ojos de más de seiscientas personas estaban fijos en ella. De cerca resultaba todavía más hermosa de lo que parecía cabalgando sobre el animal. Su cabello era negro y sus ojos oscuros, aunque iluminados por un fuego radiante que instintivamente supo David que podía arder con una llama avasalladora de pasión. Era alta y estaba moldeada dentro de las líneas de belleza clásica, recordándole las de una estatua que había visto en Gath, en el palacio de Achish, en la breve visita que efectuó a la corte de este monarca. Tenía la misma simetría en la forma, la misma gracia y encantos naturales que dieron al mármol las manos amantes del escultor. Sin embargo, como podía comprobar, estaba hecha de carne viva, y sintió por ella un anhelo lleno de deseos que incluso le hizo echarse a temblar.

—¿Se encuentra entre vosotros el hijo de Isaí?

La voz de la visitante volvió a David a la realidad y le hizo dar un paso hacia la mujer.

—Yo soy David —dijo.

Ella le dirigió una rápida mirada pero en el brillo de sus ojos pudo leer que también había sentido la misma chispa de atracción entre los dos. Entonces la vista de la mujer se dirigió pudorosamente al suelo, mientras se arrodillaba a sus pies.

—Que esta indignidad recaiga sobre mí, mi señor —suplicó—. Y os ruego que escuchéis lo que vuestra sierva Abigail tiene que deciros.

David dio un paso hacia delante con intención de levantarla, pero las siguientes palabras que ella pronunció, le hicieron detenerse con la mano extendida.

—Mi señor, os ruego que no os preocupéis demasiado seriamente de ese hombre de Belial, que es Nabal, mi esposo, porque la locura reside dentro de él.

Entonces se levantó llena de gracia y alzó los ojos hasta encontrar los de David.

—Yo, que soy vuestra sierva, no vi a los jóvenes que enviasteis para que se entrevistaran con Nabal, mi esposo. No me encontraba allí cuando se negó a pagaros el tributo por la paz que le trajisteis a él y a sus rebaños. Nabal es avariento y necio, pero no es malo. Como que el Señor existe y que os ha inspirado para no ir a derramar sangre para vengaros por vuestra propia mano, os digo que os deseo que cuántos enemigos tengáis y cuántos os quieran mal, sean como Nabal.

Era una disculpa inteligente y que dejaba traslucir la creencia de que David no había planeado el ataque contra Nabal, aun cuando debía de resultarle evidente a la mujer que por lo menos los dos tercios del campamento se estaban preparando para la marcha.

—Que las bendiciones que esta sierva ha traído para su señor, recaigan también para cuantos le siguen.

Con un gesto de su mano señaló después la pequeña caravana que aguardaba tras ella.

—Os suplico que perdonéis la falta en que ha incurrido Nabal, mi esposo. El Señor hará que vuestra casa se eleve sobre sólidos cimientos, porque combatís las batallas de Dios y el mal no os ha visitado en todos los días de vuestra vida.

—¿Se trata, acaso, de una profetisa capaz de predecir el futuro? —gruñó Joab, que se encontraba aún al lado de David.

Joab había estado pensando mucho en la perspectiva de llevar a cabo el asalto contra Nabal; pero ya que la esposa de éste había traído un donativo harto más generoso que el que Asahel tenía instrucciones de recoger, ya no hacía falta llevar a cabo la acción.

Si Abigail oyó el comentario de Joab, no dio señales de ello, pues sus ojos estaban sólo fijos en el rostro de David. En realidad era como si todos los demás no existieran para ella y únicamente los dos estuvieran allí, un hombre

y una mujer que se encontraban por primera vez, pero que instintivamente sabían que no sería la última.

David ya no tenía motivo alguno para castigar a Nabal, porque cuánto había proyectado sacar al avariento propietario, lo tenía con creces, más otro donativo sin precio que creyó que también podía hacer suyo: la bella esposa de Nabal. Mas aunque se encontraba dominado por una ola de deseo poco menos que irresistible, no podía olvidar que apoderarse de ella podía ser tanto como hacer que toda la tribu de Caleb cayera sobre él clamando una deuda de sangre.

—Bendito sea el Dios de Israel que os ha traído hasta mí —dijo— y bendita seáis por haber impedido que tomara cumplida venganza con mis propias manos.

Se volvió después hacia sus hombres, que habían estado contemplando el espectáculo que se desarrollaba delante de la caravana y les dijo:

—Nos estábamos preparando para una fiesta y ya han llegado los elementos que necesitábamos para celebrarla. Alegrémonos para demostrar a la que nos ha traído esta alegría, que somos generosos.

Al oír estas palabras, los reunidos estallaron en vivas diversos, dirigiéndose acto seguido hacia los animales para descargarlos y llevar al campamento, la carne, el grano —qué ya estaba molido y listo, por lo tanto, para hacer los pasteles— y las telas y correas que habían servido para hacer los bultos. David tendió una mano a Abigail y poniendo ésta en ella la suya se dejó conducir hasta un banco que había a la puerta de la tienda.

Joab les dirigió una rápida mirada y luego se dirigió hacia los fuegos, donde las gentes del campamento se afanaban para preparar la fiesta.

—Seguramente incurriréis en la ira de vuestro esposo cuando se entere de lo que habéis hecho —sugirió David.

Abigail se encogió de hombros.

—No vine aquí para salvarle a él, sino para salvaros a vos.

—¿Y qué motivo os guía para hacer semejante cosa si jamás nos vimos antes de ahora?

—El pueblo de esta región no conoció la paz hasta que llegasteis —explicó la mujer—. Los *filisteos* temen ahora atacamos. Si hubieseis ido contra Nabal y le hubierais obligado a pagar el tributo, habría nacido una deuda de sangre entre Judá y Caleb. Con tantas manos levantadas sobre vuestra cabeza, hubierais acabado por haberos visto obligado a marchar de aquí, y la paz abandonaría de nuevo el país.

—¿Os interesa preservar la paz o la vida de vuestro esposo?

Ella le miró cara a cara.

—Los que me han hablado de vos no me mintieron. No sois de los que pueden ser engañados, ni siquiera por una mujer. Pero os dije la verdad cuando le llamé hijo de Belial. Nabal no piensa más que en el dinero.

—No obstante, os casasteis con él.

—Mi familia era pobre y él les ofreció unas magníficas arras. En este país la mujer es vendida como si se tratara de una vaca o de un cerdo.

—¿Se divorciaría Nabal de vos…, si se le daba una recompensa adecuada?

Al decir esto David sintió cierto remordimiento de conciencia al pensar en Michal; pero ésta se encontraba tan lejos, que su recuerdo quedaba casi borrado por la realidad de esta mujer graciosa y esbelta, cuyo porte era el de una reina.

—Pagándole, es capaz de vender todo lo que tiene —contestó ella—. Pero vos sois un hombre perseguido. ¿Dónde podríais encontrar el dinero necesario?

—Suponed que os tomara por la fuerza…

—Si todo dependiera de mí o incluso de vos —dijo ella por fin— os seguiría desde este mismo momento. Pero Israel necesita la clase de rey que habéis de ser, David, y no quiero hacer peligrar vuestra vida o vuestro porvenir provocando derramamientos de sangre entre vuestra tribu y la mía.

—En estos momentos vuestro esposo ya debe de saber que vinisteis aquí —le advirtió David.

—Se encuentra ahora borracho en una fiesta que ha dado para jactarse de no haber pagado el tributo —dijo ella con desprecio—. Cuando esté sereno le diré lo que he hecho y será ya demasiado tarde para que pueda hacer daño alguno.

—¿Y qué será de nosotros? ¿O es que todo debe j de terminar… de esta manera?

—El Señor está a nuestro lado. Si no estuviera segura de ello habría permitido que matarais a Nabal y que me tomarais como parte del botín. Estad seguros de que la voluntad de Dios se cumplirá en ambos.

Hasta aquel momento habían estado sentados en el banco. Abigail se levantó.

—Debo de regresar con los criados y los animales de carga antes de que esté sereno.

—¿Estáis segura de que no os hará daño alguno?

—Nabal es un cobarde. Sabe que los hombres de mi familia le castigarían si lo hiciera.

—Entonces, marchad en paz. Os he escuchado y he aceptado vuestro tributo.

Las palabras parecían dichas para aquellos que pudieran estar escuchándolas; pero el oculto significado de las mismas era sólo para ella.

Cuando David, en pie ante la puerta de su tienda, vio cómo se alejaba la erecta y graciosa figura de Abigail montada sobre una mula, sintió una voz dentro de sí que parecía decirle que era un estúpido dejándola marchar. Que debía de haberse apoderado de ella y fingir que el tributo no había sido recibido. De esta forma se podía haber puesto a la cabeza del sus hombres para aniquilar a Nabal y apoderarse del resto de sus bienes.

Abiathar, el sacerdote, salió en aquel momento de detrás de la tienda, deteniéndose ante David.

—Hermosa mujer y muy deseable por cierto.

Y añadió luego, intencionadamente:

—Y esposa de otro.

—No necesitáis recordármelo. Ya sé el castigo que en Israel lleva aparejado el adulterio.

Siendo un muchacho, en Belén, David había presenciado cómo un hombre y una mujer, sorprendidos en flagrante delito de adulterio fueron condenados por el Consejo de Ancianos y ejecutados por el método tradicional hebreo de la, lapidación. Era entonces demasiado joven para comprender la naturaleza del delito cometido, pero jamás pudo olvidar los gritos de las víctimas al llover las piedras sobre ellas, ni los rostros contorsionados de los acusadores, quienes, de acuerdo con la tradición, teman el derecho de arrojar la primera piedra.

—Si hubiera sido libre, habría venido a mí —dijo David, haciendo sitio en el banco para que Abiathar se sentara a su lado—, pero siendo casada, dice que no quiere crearme más complicaciones de las que va tengo.

—Por lo visto, además de ser hermosa es también inteligente.

—Y capaz de encender un fuego devorador en las entrañas de un hombre —manifestó, pensativo, David—. ¿Habéis consultado últimamente con el efod, Abiathar? ¿Os ha revelado algo del porvenir inmediato que me espera?

—Cuando busco la ayuda de la vestidura sagrada, lo único que puedo ver en ella es la necesidad que tenéis de guardaros de Saúl. Sin embargo, tengo el convencimiento de que es esplendoroso el futuro que os espera.

—Ojalá pudiera ver yo las cosas de la misma manera —replicó David con desaliento—. La visita de Abigail me ha salvado hoy de convertirme en un bandolero, ¿pero qué puede suceder mañana si cualquier otro se negase a pagar el tributo? Si permito que mis seiscientos hombres se desunan, los *filisteos* se enterarían en seguida y no tardarían en atacar al país de nuevo. Y no los puedo mantener unidos a menos que les pueda dar de comer y les vista.

—El Señor os ha favorecido siempre en vuestras anteriores tribulaciones —le recordó Abiathar— y hoy mismo, sin ir más lejos, os ha salvado de un grave peligro del que parecía no había forma de escapar.

—Pero sólo a costa de enfrentarme con una tentación que desconocí antes de ahora: el ansia del abrazo de una mujer.

—Debéis de tomar esposa. No es bueno que un joven retenga la semilla cuando existe tierra propicia para recibirla de buen grado.

—Antes de huir de Gibeah, juré que algún día volvería en busca de Michal.

—¿Y si se encontrase satisfecha con Phalti?

—¿Con semejante marica? ¡No es posible!

—Las mujeres evalúan los méritos de un hombre por otras cosas además de su valor y su gentileza.

—¿Queréis decir con eso que quizá pueda preferir a Phalti?

—Lo que quiero es solamente que estéis sobre aviso. Habéis sido herido con frecuencia, pero nunca fuisteis duro y rencoroso como Saúl después de su pendencia con Samuel. Tomad una mujer entre las de vuestra propia tribu y dejad de pensar en ese abrazo que decía. Y cuando seáis rey ya os será posible —si es que así lo deseáis— hacer que Michal vuelva a vuestro lado.

—Puesto que es imposible tener a Abigail o a Michal, esperaré un poco antes de tomar nueva esposa. En el desierto, Abiathar, tuve una visión grandiosa de Israel, nación que será tan fuerte que los *filisteos* no podrán atacarla. Construiremos grandes ciudades con fundidores para trabajar el hierro y puertos de donde zarparán nuestros barcos con destino a todas las ciudades del mundo, para que nuestros mercaderes sean más ricos y cada vez más hábiles nuestros artesanos. Pero si me enredo con las esposas de otros hombres, el pueblo se volverá contra mí y necesitaría más tiempo del que puede durar mi propia vida para convertir en realidad semejante sueño.

Se levantó y terminó diciendo:

—Guardad bien el efod y buscad sus contestaciones con la frecuencia que os sea posible hacerlo. Pronto derrotará Saúl a los *filisteos* o será derrotado

por ellos. Suceda una cosa u otra, la voluntad del Señor será la que a mí me guíe.

Unas semanas más tarde, al regresar Asahel de un viaje que había realizado a Carmelo, quedó resuelto uno de sus problemas: el relacionado con aquella llama que el deseo había hecho arder en su interior.

—El Señor ha derribado a otro de tus enemigos, David —exclamó Asahel no sin cierto júbilo—. ¡Nabal ha muerto!

CAPÍTULO VI

Y conociendo Saúl la voz de David, dijo: ¿No es ésta tu voz, hijo mío, David?

Samuel 1-26:17

David le miró fijamente, con incredulidad.

—¿Por mano de quién? —pudo preguntar por fin.

—Por la suya propia o por la del Señor, ¿quién puede saberlo?

—¿Cómo ocurrió?

—Lo oí de labios del propio mayordomo de Nabal —dijo Asahel—. Al no ir tú contra él, Nabal dio una gran fiesta, como un rey que celebra su victoria.

—Abigail me habló de ello. Dijo que al salir ella, su esposo estaba ya borracho.

—Nada sabía de la venida de su mujer aquí hasta despertarse a la mañana siguiente y salir de su atontamiento de beodo. El mayordomo me dijo que era un hombre tan sumamente vanidoso que cuando se entero de que fue su esposa lo que le había salvado de perecer a tus manos, se sintió tan mortificado que se quedó como el que sufre un encantamiento. Durante diez días permaneció inmóvil como una piedra y finalmente su espíritu le abandonó. Ahora está ya en la tumba y su viuda viste de luto; pero en Carmelo el pesar que existe por su fallecimiento no es muy intenso.

Tampoco lo fue el que sintió David por el muerto. Si Nabal no hubiera sido tan rapaz y avariento y hubiese accedido a dar el modesto tributo que se le pedía por la protección de sus campos y rebaños, estaría vivo en aquellos momentos. Pero entonces pensó David que no habría tenido la oportunidad de conocer a Abigail ni podría pedirle, por consiguiente, como pensaba hacerlo, que fuera su esposa.

Con considerable impaciencia esperó David durante el tiempo prescrito por el período de luto antes de enviar a Abiathar en calidad de su padrino, para que arreglase todo lo referente a la boda. El sacerdote volvió con Abigail, que iba montada en una mula y acompañada de siete doncellas y gran cantidad de mercancías, porque al dejarla viuda y rica, Nabal realizó, si bien involuntariamente, un acto caritativo en su vida. La ceremonia del enlace se

celebró con la debida pompa y Abigail encontró en los brazos de David la paz que no había podido disfrutar desde hacía muchos meses.

Con los importantes recursos de su esposa a su disposición, a David le fue posible adquirir nuevas armas y continuar el entrenamiento de sus hombres. Su partida era ya tan numerosa, que incluso Achish de Gath no se atrevía a atacarla. Por otra parte, sus espías le informaron que Saúl había regresado Gibeah, después de una escaramuza en el Norte. La situación quedó como en tablas. Los *filisteos* no podían lanzar todas sus fuerzas contra Saúl ante el peligro de que David les atacara por el Sur. Y, entretanto, Saúl no podía ganar ninguna victoria considerable en sus refriegas esporádicas que tenían lugar en las montañas y en los valles del Canaán central.

Abigail era para David lo que había soñado: amante, inteligente, interesada por su bienestar y siempre dispuesta a solazarle con su abrazo. Pero al pasar los meses y no quedar embarazada, fue grande su desencanto. David era en aquellos momentos el hombre más fuerte de Israel, después de Saúl. Y aun cuando se encontraba todavía perseguido por el Gobierno legal de la nación, el pueblo de Judá le miraba como su futuro jefe. Era opinión general que a la muerte de Saúl, se convertiría en rey de dicha tribu y probablemente de Israel. En tales condiciones y dada la madurez en que había empezado a entrar, resultaba cosa bien natural que deseara tener un heredero.

Abigail, siempre atenta a los menores deseos de David, se dio cuenta de lo que le perturbaba, y ella misma sacó un día la conversación.

—Mi señor se encuentra disgustado conmigo porque no he concebido —le dijo un día cuando se encontraban sentados junto a una hoguera del campamento.

—¿Cómo puedo disgustarme contigo, si sabes lo mucho que representas para mí? —le contestó David—. Es cierto que me gustaría tener un hijo, aun cuando no tengo un reino que darle.

—No tuve ningún hijo de Nabal, pero yo achaqué esto a que no le quería.

—Por lo menos yo nunca podré dudar de tu cariño, después de la felicidad que entre tus brazos he gozado.

Pulsó el arpa que tenía a su lado, extendiéndose por todo el valle una suave melodía.

—Antes de que vinieras, casi dejé de tocar. Ahora las canciones afloran en mí como las aguas en un bello manantial, liberadas de toda atadura dentro de mi alma por el contacto milagroso de tus manos.

Abigail tomó la mano de David y se la besó, manteniendo la palma pegada a su mejilla.

—Verdaderamente, me has hecho la más feliz de las mujeres —dijo dulcemente— y puesto que lo he sido, no tengo derecho a negarte el hijo que todo hombre espera de su esposa.

—Pero yo…

Ella le puso los dedos en los labios para que no hablara.

—Por favor, David. No me resulta fácil expresar lo que quiero decir. Deja, pues, que lo haga a mi modo…

Abigail besó otra vez la mano de su esposo y suspiró hondamente, antes de añadir:

—Puesto que tu semilla no ha hecho florecer la vida en mi vientre, debes buscar para ella una tierra que sea más fértil.

—Yo jamás te dejaré —protestó él—. Ni siquiera aunque no llegue nunca a tener un hijo.

—Pero eres un hombre importante, y con derecho, por consiguiente, a tener varias esposas —le recordó ella—. Entre las jóvenes que traje conmigo, se encuentra una hija de Jezreel, llamada Ahinoam. Tómala en calidad de segunda esposa; sé que nunca tratará de suplantarme en tu corazón.

David recordaba a la muchacha. Era delgada y de pelo oscuro, ligera al caminar y de risa fácil, lo mismo que lo fuera otra Ahinoam que fue buena para él. No se le ocurrió pensar que si se había fijado en ella fue porque le recordaba a la hija de otra Ahinoam más vieja, la muchacha que por breve tiempo fue su esposa.

—La tomaré por esposa, ya que lo quieres; pero solamente con la esperanza de que me dé un hijo.

La hija de Jezreel resultó ser dulce y tierna, aunque en sus brazos no tenía el fuego de Abigail. Sin embargo, tampoco prendió su semilla en las entrañas de la muchacha inmediatamente. Por aquel entonces, David terna otras cosas en qué pensar, porque los espías que pagaba para vigilar a Saúl le informaron que éste se dirigía al Sur al frente de tres mil hombres. Lo que pretendía Saúl, al parecer, era hacerle caer en una trampa en la fortaleza del bosque.

David y Joab, con los hermanos de éste y un hitita llamado Ahimelech, jefe de una compañía compuesta por unos cien mercenarios, oyeron el informe que les daba el espía.

—¿Has sabido cómo pudo enterarse Saúl dónde nos encontramos? —le preguntó David.

—Alguien de Ziph se lo mandó a decir.

Situada a unas dos horas de camino al sur del Hebrón, era Ziph una ciudad bastante grande, erigida en lo alto de una elevación de terreno, en medio de una región selvática de montañas y de valles del empinadas laderas. Al este de ella se encontraba Jeshimon, nombre con que era conocida la región desértica que se dirigía hacia el mar Salado. Jeshimon era una comarca de colinas peladas a la que los habitantes de la zona solían llamar el Valle de la Sombra de la Muerte, porque incluso al mediodía los rayos del sol no llegaban nunca a las atormentadas profundidades que la convertían en un salvaje conjunto de crestas y abismos.

Casi un año antes, David y su partida habían acampado cerca de Khoresh —palabra que significa «madera»—, a cosa de media hora de marcha de Ziph.

Khoresh era un magnífico puesto de observación, pues desde su altura, algo menor que la de Ziph, podía vigilarse al encrespado mar de blancos picachos y serpenteantes senderos. La soledad de Jeshimon abundaba en cuevas, que podían convertirse en lugares excelentes en donde ocultarse, aun cuando los traidores de Ziph, que denunciaron donde se encontraba, no dudarían de seguir informando a Saúl de sus andanzas, si bien David no albergaba muchos temores de que el rey israelita pudiera atraparle en una región como ésta.

—¿Así es cómo nos pagan esos canallas de Ziph haber salvado sus cosechas y sus rebaños de los *filisteos* y el haber evitado que sus hijos y sus hijas fueran como esclavos a Egipto? —preguntó, airado, Joab—. Préstame cien hombres, David, y haré que los hombres de Ziph se arrepientan de haber hablado.

—Ya sabes que eso no conduciría a nada, sino a que tuviéramos que meternos todavía más profundamente en el desierto…

—Pero los hombres están ya cansados de ir siempre huyendo. Si no les llevas pronto a una victoria se sublevarán contra ti.

Las pupilas de David se contrajeron.

—¿Y tú? ¿Qué harías tú, Joab?

—Mis hermanos y yo juramos en el valle de Elah que no te abandonaríamos y que te prestaríamos nuestro apoyo, y así sucederá aunque lancen a diez mil hombres contra ti. Pero encuentro antinatural ser atacados y no contestar en la misma forma.

—Esta vez lo haremos —prometió David—, pero de una manera que Saúl lo entienda sin necesidad de lanzar a luchar seiscientos hombres contra tres mil. Tomarás el mando de la parte más importante de nuestras fuerzas e irás a

esconderte en la parte más honda del precipicio de Jeshimon. Ni el propio Saúl podría seguirte hasta allí.

—¿Y tú?

—No estoy seguro si podré dar una lección a Saúl; pero por lo menos creo podré dársela a Abner.

—Abner no es tonto —le advirtió Joab—. Aunque yo no puedo verle, soy el primero de calificarle de guerrero valiente y de jefe hábil.

—No me arriesgaré —le aseguró David—. Pienso visitar el campamento de Saúl y lo haré yendo con un solo compañero.

—Estaría orgulloso de ir contigo —dijo Abishai, el hermano de Joab ofreciéndose—. Ahimelech se puede quedar guardando con sus hombres las familias de nuestra partida y Asahel ser, como de costumbre, utilizado como mensajero.

—No podría llevar a nadie más valiente conmigo —contestó David efusivamente—. Envía mañana a las mujeres y los niños al desierto de Maon, Joab, y asigna a Ahimelech y a sus hombres el deber de protegerles. Cuando esté a la vista el ejército de Saúl, asegúrate de que te han descubierto. Tan pronto como te convenzas de ello, ocúltate en el abismo que existe a los pies de la cadena montañosa de Hammahlekoth. Si es que yo conozco a Saúl, te seguirá.

—¡Por las tiendas de Israel! —exclamó Joab con admiración, habiéndole ya desaparecido todo su mal humor—. ¡Cuándo Abner se entere de la trampa en que le hemos hecho caer sudará sangre!

Pero su rostro volvió a ensombrecerse al añadir:

—Serás un estúpido, David, si permites que salgan indemnes. Mis hombres conocen cada rincón y cada grieta de ese abismo, y allí podríamos hacer pedazos a todo el ejército de Saúl con menos de la mitad de nuestros seiscientos soldados. Entonces el pueblo se sublevaría y despojaría a Saúl de su reino.

Ylos ojos de Joab despidieron fuego al pronunciar estas últimas palabras.

—Por ahora, Israel nos necesita a todos —contestó David—. Tengo un plan que te diré cuando termine lo que ahora tengo entre manos. Si resulta como creo, no tendremos necesidad de volvemos a esconder de Saúl.

—Podríamos, incluso, hacer algo mejor —sugirió Asahel—: eludir a las fuerzas de Saúl mientras se encuentren atrapadas en el abismo y quizás apoderamos de Gibeah.

El movimiento de la banda hacia el Sur en dirección a los escondrijos en los riscos y en las cuevas que ya les eran conocidos, empezó en seguida.

Cuando el ejército de Saúl fue avistado dos días después, Joab y las fuerzas que le habían sido asignadas se encontraban ya a punto. Cuando las trompetas de las filas israelitas empezaron a resonar enérgicamente Joab se convenció de que le habían descubierto. Dio la orden de retroceder a un punto situado a dos horas de marcha de Ziph. Allí una enorme grieta dividía la tierra, un abismo de paredes casi perpendiculares y de angostos puntos de entrada y salida.

David y Abishai también se encontraban preparados en la cresta de una montaña que dominaba el abismo. Observaron, protegidos por una cueva, como se introducía Joab con los hombres que le seguían por la angosta cañada y desaparecía en las hendiduras en sombra. David había explorado esta región muchas veces y sabía que Joab no tardaría en llevar a sus hombres al otro lado del abismo, quedando a salvo. A Saúl, sin embargo, en su anhelante persecución y seguro de que estaba ya a punto de acorralar y destruir a David y a sus hombres, le debió de parecer que se iban éstos retirando a una posición indefendible sin escape posible.

—Saúl sigue anheloso tras tus huellas —le informó Abishai muy satisfecho—. Pero cantará en un tono diferente cuando se entere del papel ridículo que le has hecho hacer.

—Para entonces espero que sienta más miedo aún que el que sintió ante Goliat. A menos que tú y yo fracasemos esta noche en la misión que vamos a emprender.

Observando el magnífico desfile de los guerreros israelitas, con sus lanzas y escudos resplandeciendo bajo el sol de la tarde y la alta y gallarda figura de Saúl a su cabeza, David no pudo por menos de pensar en otros tiempos en que él era también un jefe de esa misma tropa, honrado por todos por haber dado muerte a Goliat y por sus subsiguientes victorias contra los *filisteos*. Ahora, varios años después de haber huido de Gibeah, continuaba siendo un hombre perseguido. Pero si el plan en el que había pensado resultaba, las cosas cambiarían pronto de una manera definitiva.

—Joab ya ha salido del barranco —informó Abishai—. Hace un momento pude ver cómo brillaba el sol en un escudo al otro lado de la montaña.

—Entonces Saúl debe de estar pensando asombrado, cómo ha podido ser posible que la liebre se haya escapado del cazador. Y en cualquier momento Abner puede aconsejarle que no se arriesgue a que llegue la oscuridad para acampar.

El sonido de una trompeta ascendió desde el precipicio momentos después, con lo que quedó confirmada la suposición de David. Desde el

elevado punto de observación en que se encontraban, observaron como iban llenándose de tinieblas las profundidades a sus pies, cuando todavía había luz del día en el lugar donde estaban. No tardaron en aparecer parpadeantes puntos de luz en el lugar de la acampada, pero al otro lado del valle Joab no daba señales de vida porque David le había dado instrucciones de que no denunciara su presencia hasta la mañana siguiente.

—Deberíamos dormir un rato —le dijo a Abishai al terminar de comer un poco de pan y de carne fiambre—. Debemos estar muy despiertos cuando bajemos al campamento. Si damos un paso en falso, Saúl caerá sobre nosotros.

No llevaban sandalias de suela de madera o de cuero endurecido, que era el calzado corriente de los soldados para las grandes marchas. Se habían puesto unos zapatos de piel suave, como el que se llevaba generalmente en el interior de las casas, con objeto de evitar despertar al campamento con el rumor de sus pisadas o con el ruido de una piedra despeñándose montaña abajo. Era poco después de medianoche cuando David despertó a Abishai. Iniciaron el trabajoso descenso de la pared del abismo en la más completa oscuridad, siguiendo una senda utilizada por los cazadores que iban en persecución de las ágiles cabras montesas que vivían en los picachos.

David estaba seguro de que Abner debía de haber colocado centinelas en los puntos clave de observación, tanto por encima como por debajo del campamento, establecido a media ladera de la estrecha garganta. Mas no creía que los hubiese situado también a lo largo de dicha ladera por parecerle imposible que pudiese descender una fuerza atacante por tan abruptos parajes sin ser descubierta. Convencido de ello no tuvo temor de descender en medio del campamento. Una vez allí, familiarizado con la manera que Saúl y Abner teman de razonar, ya sabía dónde debían dirigirse.

Al atravesar David y Abishai el campamento israelita, oyeron los ronquidos de los hombres que descansaban en torno suyo. Vieron que Saúl estaba echado sobre un pequeño saliente de la ladera de la cañada.

Tenía arrollado en tomo suyo un pesado capote y otro, doblado debajo de la cabeza, le servía de almohada. Su lanza, un arma de largo ástil y punta de hierro en cuyo manejo era el rey muy experto, estaba clavada en la hierba al lado de su cabeza. Cerca de ella había también una vasija de barro llena de agua para tenerla a mano por si deseaba beber durante la noche.

—Dios ha puesto a tu enemigo en nuestras manos —susurró Abishai contemplando la figura yacente de Saúl—. Déjame que haga uso de mi lanza y te aseguro que no necesitaré arrojarla dos veces.

Se trataba de una proposición tentadora, porque si Abishai mataba a Saúl, ninguna culpabilidad podría recaer sobre él. En realidad, todo lo que tendría que hacer sería subir un poco por la ladera y dejar a Abishai detrás para no ser testigo de la escena. Pero David movió negativamente la cabeza.

—Nadie puede levantar su mano contra el ungido de Dios y quedar sin culpa. Dios ya se encargará de él, o bien sus días terminarán en el campo de batalla. Pero no seré yo quien levante la mano contra Saúl, aunque lo que sí voy a hacer es quitarle la lanza y la ampolleta de agua.

Sólo un instante necesitó David para arrancar la lanza del suelo y colgarse la vasija de agua en su cinturón de cuero. Tanteando el terreno para retroceder hasta alcanzar el estrecho sendero por el que habían venido, abandonaron el campamento israelita sin ser descubiertos. Solamente cuando se encontraron en la cima de la montaña, bien por encima del dormido ejército, fue cuando David echó mano a la curvada trompeta hecha de cuerno de morueco que siempre llevaba colgada del hombro, y dio con ella un gigantesco trompetazo.

Rodó el eco de un lado a otro, rebotando en las empinadas paredes. A Saúl y a su ejército debió de parecerles que un gran ejército caía sobre ellos. De las profundidades del abismo ascendió un clamor de voces, entremezcladas con el ruido del metal al chocar contra las piedras y con las maldiciones de los soldados al precipitarse en busca de sus armas para formar una defensa contra las fuerzas que indudablemente se les venían encima. En la oscuridad y en medio de aquella gran confusión, habrían podido empezar a luchar camaradas contra camaradas, iniciándose una sangrienta refriega. Pero no era ésa la intención que a David guiaba.

Dejando el cuerno, hizo una bocina con sus manos y gritó dirigiéndose al fondo del precipicio:

—¡Abner, hijo de Ner! ¿Por qué no contestas?

—¿Quiénes sois los que así gritáis en presencia del rey? —exclamó Abner desde abajo.

—Deberían mataros por no guardar como es debido al ungido del Señor —le gritó David—. Id a ver dónde están la lanza y la vasija de agua del rey.

El cuchicheo de voces que se oyó por breve tiempo abajo, denunció que ya se habían enterado de que David logró infiltrarse en el campamento y que por breve tiempo tuvo a Saúl a merced suya.

Ahora era el rey quién hablaba, y las voces de los demás se extinguieron rápidamente.

—¿No es ésta tu voz, hijo mío, David?

—¡Es mi voz, oh rey! —gritó éste—. ¿Por qué me perseguís si no llevo mal alguno en mi mano? Si fuera el Señor el que os ha movido contra mí, que me permita hacerle sacrificios; pero si han sido los hijos de los hombres, malditos sean ante Dios por haberme despojado de mi patrimonio.

Durante un momento no hubo contestación. Después Saúl habló de nuevo:

—He pecado —reconoció—. Ven a mí, mi hijo David. No te causaré más daño, porque hoy precisamente me he dado cuenta de lo preciosa que es mi alma para ti.

David levantó la lanza del rey con la punta hacia delante y la arrojó lejos de sí, monte abajo.

—Allí tenéis la lanza del rey —dijo al oírla aterrizar sobre el pedregoso sendero—. Hoy la puso el Señor en mis manos, pero no seré yo quien la levante contra el ungido del Señor. Lo mismo que he apreciado en lo que vale vuestra vida ante mis ojos, que mi vida sea apreciada también ante los ojos del Señor y me salve de toda tribulación.

—Bendito seas, David, hijo mío. Has de llevar a cabo grandes cosas —contestó Saúl.

Pero David ya no le escuchaba. Dirigía sus pasos al otro lado del precipicio donde Joab y sus hombres habían estado oyendo la conversación que cambiara con el rey. Él y Abishai llegaron al lugar de la acampada en el momento en que el sol se levantaba sobre las distantes montañas de Moab y del mar Salado.

—Has conseguido que Saúl hiciera una vez más el ridículo —le dijo Joab mientras consumían el yantar matinal juntos—. ¿Por qué, pues, te encuentro como preocupado?

—Dejándome a mí a un lado, ¿arriesgarías tú tu vida con una promesa de Saúl?

—Ni aunque me lo jurara —reconoció Joab—. Pero por lo menos las cosas no han cambiado en nada.

—Yo creo que sí que han cambiado —le rectificó David—. En un tiempo las gentes de este país se sentían felices dándonos cobijo a cambio de que las protegiéramos del enemigo. Pero desde que los *filisteos* no atacan, se figuran que están ya libres de todo peligro y ya no nos reciben con la misma buena voluntad que antes. Si continuamos aquí, llegará un día en que nos veremos atrapados entre Saúl y los *filisteos*, sin tener un lugar donde poder ocultamos.

—Fuiste tú quien no quisiste rechazar sus ataques —le recordó Joab con amargura—. Si hubieses permitido que Abishai matara anoche al rey, te

encontrarías en estos momentos camino de Hebrón para ser coronado rey de Judá.

—Saúl no morirá a mis manos o con mi permiso —replicó con energía David.

—¿Cómo vamos a poder vivir, entonces? Sabes perfectamente que se olvidará pronto de que le perdonaste la vida y volverá a perseguirnos —replicó Joab.

—Reconozco que es imposible hacer las paces con Saúl. Nuestro último recurso es hacerlas con otro de nuestros enemigos, con el rey de Gath.

El asombro hizo que se le cayera a Joab de las manos la ampolleta de agua de la que iba a beber, la cual se deshizo en mil pedazos al chocar contra las piedras.

—¿Es ése el cambio a que te referías antes de que hiciéramos caer en la trampa del barranco a Saúl?

—Sí. Lo pensé desde el momento que supe que se dirigía de nuevo contra nosotros.

—¿Pero creerán los *filisteos* que vamos a serles leales?

—Vi a Achish en una ocasión y me parece que podríamos llegar a un acuerdo con él.

—No olvides que fingiste estar loco para poder escapar de sus manos. ¿Qué pasará si Achish te reconoce en aquel demente?

—El recurrir a él en busca de protección, será lo bastante para demostrarle que ya no estoy loco.

—Es un plan lo bastante atrevido como para merecer tener éxito. Y que nos proporcionaría algo de lo que andamos muy necesitados: un lugar en donde poder residir en paz hasta que Saúl muera y puedas tú ser proclamado rey.

—Además, podríamos entretanto aprender mucho de los *filisteos* —puntualizó David—. Incluso hacer una buena provisión de armas de hierro para el día que las necesitemos.

—¿Pero no se dará cuenta Achish de tu treta?

—No es ningún necio, pero los beneficios que se derivarían para él de una paz con Judá, no dejarán de parecerle evidentes. Y verá también las ventajas de disponer de una potente fuerza combatiente en el Sur para rechazar los ataques de los *amalecitas* y los *edomitas*, mientras tiene las manos libres para dirigirse al Norte en compañía de los otros reyes *filisteos* para combatir contra Saúl. Si accede a tenernos como aliados, pienso pedirle como lugar de

residencia una ciudad del Sur donde no nos encontremos directamente bajo su férula.

—Y desde donde podremos ir contra otros de nuestros antiguos enemigos. Se trata de un buen proyecto, David. Mis hermanos y yo lo apoyaremos.

—Mañana enviaré mis emisarios a Achish —dijo David con entusiasmo —. Le dirán que el comportamiento de Saúl respecto a nosotros nos obliga a convertirnos en mercenarios y a buscar la salvación a su lado. Achish se sentirá halagado de que pensemos que es lo suficiente fuerte para pedirle que sea nuestro protector.

Tal como se desarrollaron las cosas, quedó demostrado que David había justipreciado bien la reacción de Achish ante su proposición de vasallaje. Y puesto que el jefe *filisteo* comprendía las ventajas derivadas de localizar una fuerza combatiente tan numerosa y bien entrenada en cualquier sitio que no fuese su propia capital, accedió sin titubear a la sugerencia de David de que su partida fuera acuartelada en el Sur. Se le asignó a tal efecto la localidad de Ziklag. Allí, pocas semanas después de su encuentro con Saúl en el desierto, David y los suyos se establecieron en el primer lugar de residencia fijo que habían tenido desde su asociación.

Cuando Saúl se enteró de que su antiguo yerno se había convertido en vasallo de los *filisteos*, ya no llevó a cabo nuevas tentativas para acabar con él porque al tomar tan drástica resolución, David cortó, aparentemente, todos los lazos que le unían con su propia tribu de Judá.

Pero en esto, como ya había planeado David astutamente, se equivocaba Saúl.

CAPÍTULO VII

Y hería David el país.

Samuel 1-27:9

La ciudad filistea de Ziklag se encontraba a más de un día de marcha al oeste de las antiguas guaridas de David en Maon, Carmelo y Ziph y a poca mayor distancia de Hebrón, la capital tradicional de la tribu de Judá. Directamente al sur de Ziklag, estaba el pueblo judaíta de Beersheba, próspero oasis a lo largo de la principal vía comercial que cruzaba la región.

Y sólo a corta distancia hacia el Oeste, a través de las llanuras y de los ondulantes altozanos del *shephelah*, se encontraba la ciudad de Gerar, uno de los grandes centros manufactureros de hierro de los *filisteos*.

La vida era mucho más cómoda para David y los suyos en Ziklag de lo que había sido en el desierto. Las tierras que rodeaban la ciudad eran negras y fértiles, capaces de producir buenas cosechas y ricos pastos. En la vecina Gerar estaban instalados cuatro hornos destinados a fundir el mineral de hierro traído de las minas del Néguev, uno de ellos destinado exclusivamente para la fundición de espadas, tan abundante era el metal y de tan vital importancia. Particularmente grato resultaba el hecho de que no tuvieran ya que llevar a afilar sus armas y herramientas a los *filisteos*. Los *judaítas* se habían visto obligados a hacerlo así durante muchos años pagando precios exorbitantes por dicho servicio. David y sus hombres pudieron, además, hacer buen acopio de toda clase de herramientas de metal, tales como hachas, sierras, azadas y rastrillos, aparte de sus armas y pasar muchos de estos instrumentos, de contrabando a sus amigos y parientes de Judea.

David y los suyos cuyo número excedía ahora de los seiscientos, llevaban una vida casi pastoril, tan diferente de su antigua existencia de hombres perseguidos, aunque aquélla no les permitió que se volvieran demasiado confiados con el recién gozado bienestar. Sobre una de las tres pequeñas colinas de Ziklag, había pocas fortificaciones; pero poniendo centinelas en las otras dos y enviando espías por las comarcas de los alrededores, podía estar seguro de ser avisado con antelación de cualquier posible ataque.

David no se contentó, sin embargo, con estas medidas de precaución. Dio pasos más directos para asegurarse de que los *amalecitas* vecinos y otras

tribus habitantes del Néguev no intentarían destruirle. Los seiscientos hombres primitivos, formaban todavía una banda de guerreros bien entrenados. Colocándolos bajo el mando de Joab y de sus hermanos, los utilizó como una especie de punta de lanza para introducirse profundamente en el territorio de Bedawin en el Sur.

En las rápidas incursiones que los hebreos llevaban a cabo, obedecían estrictamente las órdenes que Samuel había dado a Saúl en el sentido de que cuántos enemigos cayeran en sus manos fueran muertos, apoderándose de cuánto poseyeran. De esta manera, atacando desde Ziklag en una serie de incursiones relámpago, la mano de David pesó duramente sobre los *amalecitas* y los *edomitas*. En el curso de estas operaciones capturó considerable botín y consiguió una pequeña fortuna para sí y para sus seguidores, con poco riesgo, sin embargo, de que sus actividades fueran conocidas en detalle por Achish, de cuyo feudo nominal dependían.

Poco después de llegar a Ziklag, David hizo saber secretamente por toda Judea que su verdadera lealtad era y sería siempre para su propia tribu, teniendo buen cuidado de enviar a los Consejos de Ancianos de los pueblos *judaítas* vecinos —tales como Jattit, Honnah, Aroer, Beersheba e incluso Hebrón— parte de los despojos de las incursiones realizadas contra sus antiguos enemigos.

En tanto que David gobernara bien en Ziklag, como representante del rey Achish, su señor, éste no tema motivo alguno para molestarle. Además, los *filisteos* se encontraban muy atareados reuniendo fuerzas para lanzar otro ataque contra Saúl a través de los pasos montañosos del Norte, de forma que el monarca de Gath se sentía complacido de no verse obligado a tener que guardar la frontera, a menudo turbulenta, del Sur, así como de mantener un estado de tregua armada con los hebreos del Este. David tenía buen cuidado de enviar a Achish partes regulares de sus actividades militares así como una porción del botín que conseguía. Pero en cada caso hacía constar en los informes que las tribus atacadas se encontraban en la parte meridional de Judea —gentes tales como los *kenitas* y los *jeramelitas*— con las cuales el reino de Gath había tenido choques durante muchos años.

De no haber estado Achish tan preocupado por los asuntos de la confederación filistea, David no habría podido seguir manteniendo tal estado de cosas durante tanto tiempo. Pero al no ser así, pudo ir tirando durante un año y cuatro meses. Por fin llegó el día que, como ya había supuesto, sería inevitable y que le colocaba ante un difícil dilema. Fue la orden que recibió de ir a Gath con sus hombres para encontrarse con Achish y marchar juntos hacia

el Norte para tomar parte en una gran campaña contra Saúl y el ejército de Israel.

David no tenía ninguna posible alternativa. Si no quería destruir toda su labor en Ziklag, no tenía otro remedio que obedecer la orden de su señor *filisteo*. Dirigió a sus hombres hacia el Norte, en dirección de Gath. Habiendo ya abandonado Achish esta ciudad, se encaminó a Shunem, punto de concentración de las fuerzas filisteas, en las alturas que dominaban el valle de Jezreel, en el Canaán septentrional.

David no quería entrar en el campamento *filisteo* hasta no haber tenido la oportunidad de estudiar secretamente la situación y planear el camino a seguir, aunque hasta el momento no había podido encontrar solución al dilema que tema planteado. Se detuvo para pasar la noche en la antigua ciudad de Dothan. Las fuerzas de David se encontraban a no menos de un día de marcha del punto de reunión de Shunem. Mientras descansaba y trataba de hallar en su imaginación una manera viable de poder evitar tener que unirse a Achish en la presente lucha contra las fuerzas de Saúl, se le aproximaron Joab y su hermano Asahel.

—Asahel ha tenido que ir a la ciudad a comprar víveres —dijo Joab— y parece que se ha enterado de algo interesante.

David había llegado a apreciar mucho al esbelto y ágil Asahel, que además de correo, ejercía el cargo de guardián de los suministros.

—Dime qué es lo que has sabido, ¡oh, tú, el de los pies alados! —dijo David sonriendo.

—Los mercaderes de la ciudad decían que Saúl consultó con una bruja para saber cuál serla el resultado de la batalla.

—Pero si fue el propio Saúl el que expulsó de Israel a toda clase de brujos y brujas a instancias de Samuel.

—La mujer practica la hechicería en Endor. Dicen que el propio rey se trasladó allí para consultarla.

—Aun tratándose de Saúl debería de tener un poco más de experiencia en estas cosas —dijo David—, pues es bien sabido que las brujas dicen sólo lo que uno quiere oír.

—Olvidas que Saúl está también poseído por un mal espíritu —contestó Joab—. Tal vez el uno habrá llamado al otro.

—Según se asegura, Saúl obligó a la bruja a evocar el espíritu de Samuel y a preguntarle qué debería de hacer para no ser vencido por los *filisteos*. Se dice que Samuel le aseguró que no solamente perdería la batalla, sino que él y su hijo Jonatán resultarían muertos en ella.

—¿Eso le dijo a Saúl el espíritu de Samuel?

—Por lo menos es lo que se afirma —dijo Asahel—. Lo oí en varios sitios y la versión era siempre la misma.

—Si Saúl ha de morir, tú no puedes ayudarle, David —manifestó Joab—. ¿Por qué no esperar a unirnos a Achish cuando todo haya terminado? Entonces por lo menos tus manos no se mancharán de sangre.

Si aquel cuento era verdad no carecía de prudencia el consejo de Joab porque si los *filisteos* iban a ganar fácilmente el próximo combate contra los israelitas, Achish estaría tan satisfecho que le perdonaría a David de buen grado tu tardanza en llegar al campo de batalla. Pero exponerse a este albur, basado en lo que no debía de ser sino un mero rumor, significaba arriesgar la propia vida, la de los hombres de su partida y la de sus familias que se encontraban en Ziklag.

—No podemos guiarnos por cosas tales como espíritus evocados por brujas —decidió David—. Pero, de todas formas, si encuentro forma de demorar el asunto, trataré de hacerlo.

—En tanto, ruega que la bruja haya dicho la verdad en relación con Saúl —manifestó Joab—. Sería el principio de algo importante para ti.

David y sus hombres se unieron con Achish a la mañana siguiente en Shunem, donde los *filisteos* estaban planeando un ataque para atravesar el valle de Jezreel y los pasos que conducían a un cruce importante del Jordán en las inmediaciones de Beth-shan. Una vez en su poder, Beth-shan les serviría de llave para abrir la puerta de los tesoros de las tierras del fértil valle al otro lado del Jordán, donde existía la fabulosa región llamada Gilead y el antiguo camino comercial de la margen oriental conocido con el nombre de Carretera Real.

David dedujo, después de haber observado las posiciones de las fuerzas que allí se enfrentaban, que sin duda Saúl debió de haber estado perdiendo el tiempo con brujas. Shunem, donde estaba el cuartel general de los *filisteos*, que dominaba la llanura, había sido convertido de una pequeña localidad, en un centro militar de grandes proporciones y de enorme actividad, en el que sobresalían las tiendas de los cinco reyes que formaban la confederación filistea. Enfrentándose con este formidable despliegue de fuerzas, el ejército de Saúl tenía a sus espaldas el monte Gilboa. No existía una probabilidad aparente de que los hombres de Saúl pudieran escapar puesto que la suave falda de la parte oriental de la montaña proporcionaba poca protección contra la acción de los carros de guerra, que David iba a ver usar aquí por primera vez.

En los valles de empinadas laderas y en los lechos pedregosos de los ríos que abundaban en Judea, existía poco espacio para que pudieran maniobrar esos vehículos de ruedas, provistos algunos de ellos de mortíferas y aguzadas hojas de guadaña que podían producir una terrible carnicería al abrirse paso entre las filas de los combatientes a pie. Pero aquí, en la llanura, las cosas cambiaban por completo. Había gran espacio para los carros, factor que decidió a los *filisteos*, después de fracasar en sus campañas a través de los valles de Judea, a dirigir sus actividades hacia el Norte.

Achish saludó efusivamente a David.

—Espero que vos y vuestros hombres salgáis a tomar parte en la batalla a nuestro lado —le dijo.

—Ya veremos lo que vuestro servidor puede hacer —contestó David.

Al decir esto pensaba desesperadamente en la forma de encontrar un camino para evitar tener una participación directa en el desastre, que a juzgar por la miserable organización que era evidente en el campo israelita, parecía ahora seguro.

—Marcharéis sin tardanza a ayudar a cortar la retirada del enemigo hacia el Sudeste, por el camino de Aphek —le ordenó algo más tarde Achish.

Aquí las esperanzas de David parecieron elevarse de nuevo repentinamente, porque todo lo que fuera alejarse de la escena inmediata de la batalla que no tardaría en empezar, podría librarle de tener que combatir contra Saúl. Vio cómo le brillaban los ojos a Joab y comprendió que su ayudante también se daba cuenta de que el movimiento de flanco del Sudeste hacia Aphek podía ser el camino para salir de la encrucijada en que estaban. Pero cuando, aproximadamente una hora más tarde, vio las proporciones del flanco *filisteo* apostado en Aphek, sus ilusiones empezaron a naufragar. Casi la mitad del gran ejército se extendía a lo largo de una de las posibles vías de retirada de Saúl. Incluso sin la ayuda de los hombres de David, esta fuerza era por sí misma lo suficientemente potente para derrotar a los israelitas.

—No cabe duda de que Saúl debió de dedicarse más a escuchar a sus generales que a las brujas para evitar meterse en semejante ratonera —dijo Joab con profundo disgusto—. Hoy va a ser un día de luto para Israel.

—Y para nosotros —añadió sombríamente David—, no veo manera de eludir el tener que luchar contra nuestros propios hermanos.

La columna llegó a un punto inmediato a la zona del vivac. Allí un *filisteo* de arrogante apostura, un príncipe a juzgar por la magnificencia de su atuendo, se unió a Achish. Hablaron breves momentos e inmediatamente se puso a pasar revista a los soldados de Gath. Con evidentes muestras de

satisfacción examinó la estatura de los hombres y el estado de sus armas. Pero al llegar al lugar donde se encontraban David y Joab al frente de sus tropas, su mirada se endureció.

—¡Hebreos! —dijo, pareciendo escupir la palabra como si fuera una maldición—. ¿Qué hacéis aquí?

—Es David —se apresuró a decir Achish—, que lleva algún tiempo conmigo y de cuya conducta nada malo puedo decir.

—¿Se trata, acaso, de ese David del que se canta: «Saúl mató sus miles y David sus diez miles»?

—El mismo —hubo de reconocer Achish.

—¿De qué forma podría reconciliarse mejor con su antiguo amo que llevándole las cabezas de nuestros propios hombres? ¡Echadle de aquí antes de que se convierta en la batalla en enemigo nuestro!

Los dos *filisteos* se habían apartado entregándose; a una viva discusión, que sin embargo David podía oír. Por un momento pareció que Achish iba a oponerse al criterio del general *filisteo*, pero finalmente acabó por encogerse de hombros y llamó a David.

—A mis ojos os habéis portado siempre bien en todo —le dijo—. Nada puedo reprocharos desde el día en que vinisteis a mí. Sin embargo, no inspiráis confianza a los señores de nuestro ejército así que creo que debéis marcharos antes de que este disgusto se acreciente.

David podía contener a duras penas su alegría, aunque tuvo buen cuidado en no dejarla traslucir.

Antes bien, preguntó:

—¿Qué he podido yo hacer para no merecer el honor de luchar contra los enemigos del rey mi señor?

Detrás de él pudo oír el gruñido de sorpresa con que Joab acogía sus palabras, pero el fornido teniente no intervino en la conversación.

—Para mí no podéis ser mejor, —manifestó Achish—, pero los príncipes de mi pueblo han decidido que no entréis a nuestro lado en la contienda. De manera que levantaos temprano mañana por la mañana y partid con todos vuestros hombres.

—Se hará tal como es vuestro deseo —prometió David—. Nos iremos al levantarse el sol.

En cuanto apuntó la aurora, David y sus hombres se dirigieron al Sur, siguiendo el camino de las caravanas que cruzaban el Jordán cerca de Beth-shan. Desde un picacho que dominaba el valle de Jezreel se detuvieron para mirar hacia el campo de batalla, donde las fuerzas de Saúl no tardarían en

enfrentarse contra un enemigo mucho más poderoso. Profundamente afectado, se separó David de los demás. No podía soportar el pensamiento de que posiblemente antes de que se pusiera el sol, Israel quedaría desmembrada como nación. No advirtió la presencia de Joab a su lado hasta que el fornido teniente le puso la mano en el hombro en un gesto confortador.

—Tanto como pueda dolerte a ti, me duele a mí que no podamos ayudar a nuestros hermanos que se encuentran bajo el mando de Saúl y que son víctimas de la locura de éste —le dijo—. Si no hubiera dilapidado el tiempo en consultas con brujas para tratar de adivinar su porvenir, no habría caído en esa trampa de las laderas de Gilboa.

—Todavía podríamos realizar una marcha forzada rodeando el flanco norte y dividiendo el ataque *filisteo*.

—Seríamos aniquilados en cuanto los hombres de Saúl hayan sido vencidos por los carros. Tú conoces bien las cosas para pensar en serio en acción tan temeraria.

—Pero ¡Israel va a quedar hecha pedazos al pie de esa montaña!

—Es posible, aunque en mi opinión cuando la batalla afecte a Abner, tendrá éste el buen sentido de retirarse, atravesando con su ejército el Jordán por los vados inmediatos a Beth-shan. En la orilla oriental quedarán a salvo, aunque Judea y todo nuestro pueblo queden a merced de los *filisteos*. Entonces solamente existirá un hombre capaz de servir de guía, David. No te permitiré que tires por tierra tu vida y la mía en un intento de salvar una causa que desde hace años está perdida.

—Joab tiene razón.

Abiathar había llegado inadvertido mientras hablaba Joab.

El sacerdote y su efod viajaban por todas partes con David, al objeto de que el oráculo sagrado pudiera ser consultado siempre que fuera necesario.

—Los días de Saúl tocan a su fin —continuó diciendo Abiathar—. Cuando caiga debéis de hallaros preparado para recoger el manto de ungido del Señor. Fingiendo ser vasallo de Achish nos salvasteis a todos… y a Judá también. No podéis en manera alguna hacer que el interés que sentís por Saúl, perjudique a las únicas personas capaces de mantener vivo a Israel.

—De muchacho, Saúl fue mi héroe favorito y Jonatán era mi hermano de sangre —dijo David—. Y no puedo por menos de sentirme entristecido en estos momentos al ver que no puedo ir en su ayuda.

—Consultaré con el efod, si así lo deseáis, para ver cuál es la voluntad del Señor.

David movió negativamente la cabeza.

—¿Qué duda cabe que nos guía la voluntad del Señor, cuando fue sin duda Él quien envió al príncipe *filisteo* para salvarnos de vernos obligados a luchar contra nuestro propio pueblo? Da la orden de marcha, Joab. Regresaremos a Ziklag al lado de nuestras familias.

Pero cuando coronaron la primera de las tres colinas desde la que Ziklag se dominaba, pareció que David se debía de haber equivocado al suponer que Dios velaba por ellos. Porque ante su vista no había sido unas minas humeantes y unos cuantos viejos, demasiado débiles para poder recorrer una larga distancia entre los escombros.

CAPÍTULO VIII

Y David siguió el alcance con cuatrocientos hombres.

Samuel 1-30:10

Al llegar a ella, el mal olor que dominaba la ciudad ofendía el olfato. Lo que había sido su puerta de entrada no era otra cosa que un informe montón de escombros. David ordenó el alto al lado del pozo, en el que solamente dos días antes las mujeres de la localidad se detenían a charlar y reír en tanto que llenaban de agua sus vasijas. Ahora, un anciano, tan débil que se veía obligado a sostenerse en un palo encorvado, trataba infructuosamente de sacar agua del pozo. David tiró del cubo, proporcionándole el agua que quería.

—¿Qué ha sucedido aquí, padre mío? —le preguntó.

—¿Eres tú, David? —balbuceó el anciano, alzando hacia él sus ojos pitarrosos.

—Sí. Acabamos de regresar del Norte, donde los *filisteos* se preparaban para dar la batalla.

—Dos días después de que te marchaste con todos los hombres jóvenes, llegó el enemigo. Debió de habernos estado vigilándonos por medio de espías, porque se burlaban entre ellos gastando bromas diciendo que mientras vosotros ibais a ayudar a combatir contra sus enemigos, ellos os despojaban de todos vuestros bienes.

—¿Quiénes eran?

—*Amalecitas*. Los primeros que llegaron eran jóvenes e iban montados en camellos. Sin murallas y sólo con niños y mujeres para defenderla, la ciudad cayó antes de que llegaran más *amalecitas* a pie.

—¿Decís que iban en camellos?

—Sí. Unas bestias grandes y de largas patas, que pueden correr mucho más que un hombre y que recorren grandes espacios sin necesidad de beber agua.

—Esto explica que pudieran atacar tan rápidamente una vez que nosotros salimos hacia el Norte —le dijo David a Joab—. Las tribus *amalecitas* de Bedawin utilizan camellos y sus jóvenes son excelentes guerreros.

Dirigiéndose al viejo, le preguntó:

—¿Qué hicieron con las mujeres y los niños? Veo sólo unos pocos cadáveres.

—Se los llevaron a todos para convertirlos en esclavos. Incluso a tus mujeres Ahinoam y Abigail.

Mientras hablaba con el anciano, David oía gruñidos guturales de protesta que salían de las filas de los hombres de las tropas que se agolpaban en tomo suyo. La mitad de ellos habían perdido a sus seres queridos y todos fueron despojados de sus bienes por el súbito ataque de los asaltantes procedentes del desierto meridional. Los murmullos no tardaron en convertirse en amenaza al gritar uno de los soldados:

—¡Deberíamos apedrear a David, por habernos embarcado en una estúpida aventura, mientras nuestras mujeres y nuestros hijos eran arrastrados a la esclavitud!

Joab se volvió rápidamente hacia donde había partido la voz, con la jabalina levantada y presta a ser arrojada.

—¡Quienquiera que pronuncie palabras semejantes de nuevo, sentirá en su corazón la hoja de mi arma! —gritó amenazador—. David ha perdido más que ninguno de vosotros. ¿Es que hay algún necio que suponga que no le importa?

Las murmuraciones se apagaron inmediatamente ante las palabras de Joab, a las que, sin embargo, David no había prestado atención.

—Abiathar —llamó— sacad el efod, por favor.

El sacerdote se adelantó. Abriendo el paquete que contenía la brillante y enjoyada vestidura sacra, se la tendió a David para que pudiera tocarla. Tocando levemente el tejido, David elevó los ojos al cielo, donde el sol aún no se encontraba a mitad de su recorrido, y preguntó como si rezara:

—¡Oh Dios y Señor mío! ¿Debo de perseguir a esos asaltantes y tratar de alcanzarles?

Se dirigía instintivamente al que le había guiado siempre en todas sus tribulaciones, esperando ansiosamente recibir alguna respuesta tranquilizadora para su alma, tal como le llegó aquella noche después de matar a Goliat. Y como en otras ocasiones, le pareció oír la misma voz que hablaba dentro de sí mismo y que le decía que persiguiera a aquellos salvajes y que recuperara lo que les habían robado.

David no perdió el tiempo.

—Por mediación del efod, el Señor me ha hablado —dijo—. Perseguiremos a los *amalecitas*. Hemos de recuperar cuanto antes lo que nos han robado.

Ante esta decisión, un gran clamor de alegría se elevó entre sus hombres.

—Haced acopio de toda la comida que podáis encontrar y llenad los odres con agua del pozo. Marcharemos hacia el Sur en cuanto hayamos dado tierra a los asesinados.

Mientras unos hombres iban en busca de alimentos y de agua, otros excavaron unos hoyos poco profundos en los que enterraron a las víctimas de la incursión. Esperando a que terminaran su trabajo, David se puso a pasear entre los restos de lo que había sido su hogar. Allá brillaba una enjoyada presea femenina a la luz del sol, que los asaltantes olvidaron llevarse en su apresuramiento; acullá, el juguete de uno de los niños de las sirvientas aparecía aplastado y roto bajo el brutal pisotón de una sandalia. En tanto que observaba aquellos escasos restos de todo lo que más había amado, una rabia profunda y sorda contra los autores de aquella tropelía, inundó el alma de David. Se prometió que cuando Dios pusiera a los atacantes en sus manos, los haría desaparecer de la faz de la tierra como justo castigo a su acto de violencia.

Las huellas de los *amalecitas* en retirada a través de las arenas movedizas de la región desértica del sur de Ziklag, hacía tiempo que se habían borrado. Sin embargo, ello no preocupó a David, porque en sus anteriores campañas por el país, supo dónde se encontraban localizados los centros *amalecitas* a los que era lo más probable que llevaran su valioso botín para hacer su reparto y vende las mujeres y los niños a los siempre presentes tratantes egipcios de esclavos.

Estaba seguro de que el enemigo no llegaría por él Este hasta la ciudad de Beersheba, porque podría esperar en ella una fuerte resistencia por parte de los hombres de Judá, a los que él pertenecía. Su ruta lógica de retirada debía de dirigirse, por consiguiente, en dirección sur, a lo largo del camino de caravanas al este de Beersheba. Desde allí pensarían alcanzar el más importante camino de Jerusalén a Egipto, donde a cada momento se podrían tropezar con los tratantes de esclavos.

Al sur de la ruta de las caravanas había un arroyo llamado Besor, y David se encaminó hacia él. No intentó descubrir las huellas que se perdían en la arena, sino que condujo a sus hombres, en rápida marcha, hacia el Sur. El pensar lo que en aquellos momentos podría estar sucediendo a Abigail, a Ahinoam y a todos los demás cautivos le hacía caminar hacia delante lleno de

energía. Marchó a la cabeza de sus hombres, sin darles descanso, hasta que llegó la noche.

David hubiese querido continuar hasta estar en el arroyo, pero Joab dio la orden de detenerse.

—En más de una tercera parte los hombres están rendidos y tienen los pies demasiado doloridos para continuar la marcha, ni siquiera mañana —le dijo Joab en son de protesta—. Si les obligas a seguir adelante se te sublevarán.

—Acampemos entonces —accedió David—, pero envía a Asahel hacia el Sur con algunos exploradores, no vaya a ser que los *amalecitas* hagan uso de sus veloces camellos para atacarnos durante la noche.

—Los hombres que no están rendidos, tampoco podrán marchar mañana como lo han hecho hoy —le advirtió Joab—. El peso de la comida y del agua que deben llevar, constituye también un gran embarazo para ellos.

—Con el estorbo de las mujeres y de los niños, los *amalecitas* tampoco pueden llevamos mucha delantera —dijo David—. Ordena que mañana por la mañana, todo hombre que pueda sostenerse en pie esté preparado con sus armas y una vasija de agua. Esa tercera parte de que me hablaste, que se quede aquí custodiando los víveres.

—¿Qué sucederá si no damos mañana con el enemigo?

—No será la primera vez que he sufrido hambre —le contestó David—. La ciudad amalecita de Renoboth se encuentra a poco más de medio día de marcha hacia el Sur. Podemos encontrar allí algo de comer y luego continuar hasta Kadesh, si fuera necesario. Al enemigo se le debe dar una lección que jamás pueda olvidar. De lo contrario nos exponemos a que esté siempre mordiéndonos los flancos, como hacen los chacales con los rebaños en la montaña.

Joab nada replicó. No era la primera vez que veía a David de semejante talante y sabía lo implacable que podía llegar a ser en tales momentos. Apenas habían acabado de fijar el campamento, llegó Asahel sosteniendo a un joven delgado, de piel morena, rostro chupado e inteligente mirada.

—Encontré a este hombre medio muerto no lejos de aquí —informó—. Pensé que querrías interrogarle antes de acabar de matarle.

El arroyo Besor solía estar seco en su parte superior excepto durante la estación de las lluvias; pero aquí, a lo largo de su corriente principal llevaba algo de agua fresca. El cautivo bebió con avidez y después devoró algunos higos y pasas, de los que se producían en los alrededores de Hebrón y Maon. David no dejaba de observarle, pues había algo en su aspecto que le era

vagamente familiar. El hombre no parecía, desde luego, amalecita, pero como este pueblo estaba fraccionado en tantas tribus y tantas variaciones, lo mismo que Israel, por las características faciales y el matiz de la piel resultaba difícil establecer una completa identificación.

—¿De dónde eres y a qué pueblo perteneces? —le preguntó David cuando terminó de comer.

El cautivo empezó a hablar en una extraña lengua. Cuando se dio cuenta de que no le entendían, cambió de idioma expresándose en uno de los dialectos *amalecitas* que los israelitas también conocían.

—Me llamo Shisha —dijo—. Soy egipcio y esclavo de los *amalecitas*. Inscribía las anotaciones de mi señor.

—¿Eres escriba?

David se dio cuenta entonces por qué le había parecido familiar el cautivo. En las ciudades de caravanas del Arabah vio escribas parecidos a éste haciendo anotaciones o comprando y vendiendo.

—¿Por qué te encontrabas solo?

—Hace tres días caí enfermo y mi amo me abandonó para que muriera. Habíamos invadido la parte sur del país de los *queretitas* y los territorios de Judea y de Caleb. También quemamos la ciudad de Ziklag.

—¿Formabas tú parte de los combatientes?

El egipcio sonrió mostrando sus manos. Unas manos de dedos finos, casi femeninas, seguramente ágiles, pero carentes de la fuerza de las del guerrero.

—Ya os he dicho que no soy sino un escriba. Al enfermar, me consideró mi amo un estorbo inútil y me arrojó al borde del camino. Yo me arrastré todo el tiempo que pude, tratando en vano de seguir a los demás.

—¿Puedes guiamos hasta dónde se encuentra la banda que quemó Ziklag?

El escriba le dirigió una rápida mirada inquisitiva.

—Juradme por vuestros dioses —dijo— que no me mataréis ni me entregaréis a mi antiguo amo y os conduciré donde deben acampar mañana por la noche.

—Lo juro —le prometió David—. Descansa esta noche y si me sirves bien serás mi escriba y hombre libre.

A la mañana siguiente el egipcio guió a David y a los cuatrocientos hombres de la partida que se encontraban en condiciones de caminar. Se dirigieron al Sur, y a media tarde, Asahel, que iba en vanguardia como explorador, regresó con la noticia de que los *amalecitas* estaban acampados en un oasis al sur de Beersheba donde celebraban su victoria con una gran orgía. Poco después del anochecer, David ordenó a sus hombres que atacaran

con el usual avance bifurcado. La batalla se prolongó durante toda la noche y parte del día siguiente, hasta que finalmente se derrumbó la resistencia amalecita. Unos pocos pudieron huir a lomos de sus camellos y el resto fue rápidamente aniquilado.

Aquel día todos volvieron a ser felices, al reunirse de nuevo las familias. Tanto Abigail como Ahinoam fueron encontradas sin novedad y recuperados todos, los bienes de David. Además, los *amalecitas* llevaban consigo el producto del saqueo de otras ciudades que atacaron, todo lo cual cayó en poder de los vencedores.

Al siguiente día se inició el viaje hacia el Norte. Los rebaños iban en cabeza, seguidos de las mujeres y los niños. Hombres armados guardaban la retaguardia contra un posible ataque de los camelleros enemigos. Tardaron varios días en encontrarse a orillas del arroyo Besor, donde los que no pudieron caminar estaban al cuidado del material y de los víveres.

Algunos de los que tomaron parte en la persecución de los *amalecitas*, protestaron que el botín fuera repartido entre todos por partes, iguales. David les hizo callar y decretó severamente:

—De aquí en adelante, recibirá lo mismo el que toma parte en la lucha como el que se dedica a la custodia de los suministros.

Y desde entonces esto fue ley en Israel.

David sabía que si llevaba el botín a Ziklag tendría que compartirlo con Achish de Gath. Como no tenía intención de hacer semejante cosa, resolvió el problema enviando regalos a los Consejos de Ancianos de los pueblos israelitas sitos en las comarcas circunvecinas hasta Hebrón. Porque sí la bruja de Edor dijo la verdad respecto al futuro de Saúl, no estaba lejano el día en que podría proclamarse caudillo de Judá, y con ello tener pie para reclamar audazmente el propio trono de Israel.

CAPÍTULO IX

Y vinieron los varones de Judá y ungieron allí a David por rey sobre la casa de Judá.

Samuel II —2:4

Había mucho trabajo por hacer en Ziklag. Los cadáveres, que habían recibido tierra de una manera superficial cuando pasaron por allí semanas antes, hubieron de ser exhumados y vueltos a enterrar con la debida pompa. Los contados tejados que aún subsistían, hubieron de ser reparados y reconstruidos los arrasados. Afortunadamente los muros de las casas eran de adobe y por lo tanto no fueron consumidos por el fuego prendido por los *amalecitas* al marcharse después de su ataque. Fueron levantadas tiendas de campaña para alojar a la mayoría de los habitantes mientras duraban los trabajos de reconstrucción.

Entretanto Joab, al frente de un pequeño destacamento, fue enviado para que estuviera al tanto del regreso de los *filisteos* del campo de batalla del valle de Jezreel. Al caer la tarde del segundo día, observaron que regresaban por la parte norte. Esperando recibir noticias de lo ocurrido en la batalla entre Saúl y los cinco reyes, David, impacientemente, fue al encuentro del destacamento, al que se unió al lado del pozo, cerca de la derruida puerta. Con Joab venía un hombrecillo de rotas y polvorientas vestiduras y el rostro tiznado de cenizas, como si guardara luto[7].

En cuanto el desconocido avistó a David, se apresuró a arrodillarse a sus pies. David le ayudó a levantarse y después le preguntó amablemente.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Soy *amalecita* —contestó el recién llegado—. He huido de la parte israelita durante la lucha.

—¿Puedes decimos qué pasó?

—Los israelitas huyeron ante los *filisteos*; pero no antes de que muchos de aquéllos perdieran la vida.

—¿Qué ha sido de Saúl y de Jonatán?

—Los dos murieron. Y también los otros hijos del rey, Abinadab y Melchishua.

Las pupilas de David se contrajeron.

—¿Cómo sabes que Saúl y Jonatán murieron si huiste del campo de batalla? —le preguntó receloso.

—Yo me encontraba en el monte Gilboa cuando miré hacia abajo y vi a Saúl que se reclinaba sobre la punta de su lanza. Iba a suicidarse, porque estaba gravemente herido y tenía los carros del enemigo materialmente encima de él. Pero como carecía ya de fuerzas para matarse, al llegar yo a su lado me rogó que lo hiciera por mi mano.

Hizo una pausa en su relato y dirigió a David una fugaz ojeada inquisitiva, como tratando de calcular hasta dónde podrían llegar sus palabras.

—Continúa —dijo David con impaciencia.

—Como estaba convencido de que Saúl no podía subsistir, puesto que estaba mortalmente herido y había ya caído al suelo, cogí mi lanza y le rematé.

—¿Qué prueba tienes de lo que dices?

El amalecita se metió la mano en el pecho rebuscando entre sus mugrientas vestiduras y sacó dos objetos que lanzaron destellos bajo los rayos del sol poniente. A la vista de ellos un suspiro se escapó del pecho de muchos de los presentes.

—He aquí la corona que llevaba el rey en la cabeza y la ajorca que lucía en el brazo.

Y añadió el amalecita con una sonrisa con la que pretendía congraciarse con David.

—Como veis, os lo he traído.

No podía dudarse ya de que Saúl había muerto. Y conociendo a Jonatán, sabía David que el hijo mayor del rey habría caído sin duda al lado de su padre, como el amalecita aseguraba. Sintió por la muerte de Jonatán el mismo dolor que hubiera sentido por la de un hermano suyo. Con un impulso de desesperación, David se rasgó las vestiduras y cogiendo un puñado de hollín de una pared inmediata lamida por el fuego, se apresuró a cubrirse con él su rostro. Las mujeres que había detrás, empezaron a emitir sus lamentos plañideros por Jonatán, pues se hizo querer de todos.

—¿Cómo osaste alzar tu mano para matar al ungido del Señor? —le preguntó David secamente al amalecita.

El hombre le miró asustado, porque comprendió, demasiado tarde, haber cometido una grave equivocación al decir a David que accedió al ruego del rey y que le había matado. Antes de que pudiera responder a su pregunta,

David se volvió hacia un joven soldado que se encontraba al lado de Joab, y le ordenó:

—¡Mátale!

El amalecita empezó a gritar, aterrorizado. Sus gritos se convirtieron en un quejido burbujeante al atravesarle la garganta la lanza del soldado que había sido nombrado su verdugo.

—¡Que tu sangre caiga sobre tu propia cabeza! —dijo David al hombre que yacía moribundo a sus pies—. Porque tu boca ha sido un testigo que ha declarado contra ti al decir: «He matado al ungido del Señor».

La tradición exigía que se guardara una semana de luto riguroso por la muerte de una persona amada. Por orden de David, así se hizo en Ziklag al saberse la noticia de la muerte de Saúl. Los tres primeros días fueron los de mayor intensidad en el luto. Durante este tiempo David no salió de su tienda y las gentes discurrían por las calles con las vestiduras hechas jirones y el rostro cubierto de cenizas u hollín, como tributo al fallecido.

Finalizado el período de luto, David salió de la tienda. En presencia de su pueblo, se lavó el hollín del rostro y quitándose la destrozada vestidura, se puso una nueva. Después, empezó a pulsar las cuerdas del arpa, y ante la atención de todos, cantó una endecha fúnebre. El escriba egipcio Shisha, ahora rebautizado con el nombre hebreo de Jasher, iba anotando las palabras de David mientras éste cantaba. Aquella canción habría de convertirse en el más celebrado de cuántos tributos se rindieron al primer rey de Israel y a los hombres que murieron a su lado en la falda del monte Gilboa:

La belleza de Israel ha sido herida en los más altos lugares
¡Cómo han caído tos poderosos!
No lo digáis en Gath,
No lo publiquéis por las calles de Ashkelon.
Para que las hijas de los filisteos no se alegren.
Para que no celebren su triunfo las hijas de los incircuncisos.

¡Vosotras, oh, montañas de Gilboe,
No permitáis que os bañen ni el rocío ni la lluvia!
Porque allí fue donde fue abatido el escudo del poderoso,
El escudo de Saúl; como si éste no hubiese sido un ungido del Señor.

Ante los cuerpos y la sangre de los poderosos caídos,
No retrocedió el arco de Jonatán,
Ni permaneció ociosa la espada de Saúl.

Saúl y Jonatán fueron en vida amables y placenteros.
Y la muerte no pudo separarlos.
Eran más rápidos que las águilas,
Eran más fuertes que leones.

Vosotras, hijas de Israel, llorad por Saúl,
Quien entre otros beneficios, os vistió de escarlata
Y puso ornamentos de oro en vuestras vestiduras.

¡Cómo cayeron los poderosos en el fragor del combate!
¡Oh, Jonatán, tú fuiste muerto en su puesto!
Lloro por ti, hermano Jonatán,
Que tan afectuoso fuiste para mí.
El cariño que me dispensaste fue maravilloso
Excediendo en mucho al amor de las mujeres.

¡Cómo cayeron los poderosos
Y se abatieron las armas de guerra!

Asahel había sido enviado al Norte, para enterarse de lo que ocurrió realmente en el monte Gilboa. Regresó precisamente cuando David estaba entonando su endecha fúnebre y se quedó escuchándole en primera fila de los oyentes, al lado de sus hermanos y de Abiathar, el sacerdote. Cuando David terminó de cantar, hizo un gesto a los cuatro para que le siguieran a su tienda. Allí se sentaron todos en cojines esparcidos por el suelo alfombrado.

—La batalla no tardó en empezar contra el ejército de Saúl como ya sabéis —informó el mensajero—. Jonatán fue el primero en morir, después de luchar valientemente y con él sus hermanos Abinadab y Melchishua. Saúl resultó herido de varios flechazos y cayó a tierra.

—¿Muerto?

—No, según me dijeron, pero sí mortalmente herido. Y por miedo a caer en manos de los *filisteos* y a que se recrearan con él, rogó al escudero que le atravesara con la espada. El joven tuvo miedo de hacerlo y entonces Saúl cogió el arma y se arrojó sobre ella quitándose la vida.

—Ya sabía yo que el amalecita mentía cuando dijo que había matado a Saúl —dijo sobriamente David—. Un hombre de valor cae sobre su propia espada, antes de rogar a un enemigo que le mate.

—Abner pudo salvar a más de la mitad de los soldados israelitas —continuó diciendo Asahel—. Se retiraron atravesando el Jordán en las proximidades de Beth-shan, donde los *filisteos* no les podían perseguir. Ahora se encuentran en Jabesh de Gibeah y en otras; localidades más allá del río.

—Esto deja que los *filisteos* dominen todo el territorio situado al oeste del Jordán, excepto Judea —puntualizó Joab—. No hay duda de que dirigirán el próximo ataque contra Hebrón.

—A menos que lleguemos allí antes que ellos —dijo David—. Ésta es la razón de que os haya convocado aquí.

Los ojos de Joab brillaron llenos de entusiasmo.

—Si eres coronado rey de Judea antes de que Achish y los demás *filisteos* regresen a sus lugares de procedencia, el pueblo te seguirá. Pero tenemos que darnos prisa.

—Solamente si tal es la voluntad de Dios —le recordó David—. Antes, debe de ser consultado el efod.

—Voy a traerlo —manifestó Abiathar, abandonando la tienda.

Mientras esperaban su regreso, David hizo nuevas preguntas a Asahel. Cuando se enteró de que los *filisteos* habían profanado los cadáveres de Saúl y de Jonatán, desnudándolos y colgándolos de las murallas de Beth-shan, su rostro mostró a la vez ira y tristeza. No se tranquilizó hasta que Asahel le dijo que unos hombres procedentes de Jabesh, la localidad más importante de la zona de Gilead, al otro lado del Jordán, lograron recuperar los cuerpos de los muertos en una rápida incursión nocturna y les dieron sepultura en las afueras de la ciudad.

—Estos hombres de Jabesh serán recompensados por su acto de misericordia y de valor hacia el ungido del Señor —aseguró David— y los *filisteos* se arrepentirán del día que profanaron los cuerpos de Saúl y Jonatán.

Cuando Abiathar regresó, siendo portador del sagrado efod, David puso sus manos sobre él y elevó los ojos al cielo, haciendo las preguntas que más intensamente llevaba en su imaginación. Como en otras ocasiones semejantes creyó oír una voz que hablaba claramente a su corazón y que le decía el camino que debía de seguir.

—Que la gente se prepare para la marcha, Joab —ordenó al quitar las manos del efod—. Es la voluntad de Dios que vayamos a Judea, a la ciudad de Hebrón.

La distancia a que estaban de Hebrón era sólo de un día de marcha para los pies de unos guerreros, pero para entonces la subtribu de David se había incrementado considerablemente, tanto en número como en bienes, hasta

formar una gran caravana. El avance fue, por consiguiente mucho más lento al dirigirse al Norte.

Por todo el país se había extendido la noticia del desastre del valle de Jezreel y de la muerte de Saúl.

El pueblo de Judá empezó a temer que los *filisteos* completasen su victoria invadiendo todo el país con su ejército masivo aniquilando a cuántos hebreos encontraran en su camino. Al contemplar la gran caravana de David, compuesta por expertos combatientes, así como la ostensible riqueza que poseía, su valor renació de nuevo. Se le unieron multitud de personas al aproximarse a Hebrón, convirtiéndose en un desfile triunfal impresionante. La muchedumbre salió a recibirles fuera de la ciudad, saludándoles alegremente con música y bailes.

David no entró, sin embargo en Hebrón, a pesar del entusiasta recibimiento. Recordaba demasiado bien lo que le ocurriera en Keilah y no quería que la cosa se repitiera en aquel momento crítico de su carrera. En vez de hacerlo, levantó un campamento fuera de las murallas, para alojar a parte de sus soldados y sus familias, alojándose el resto en los pueblos vecinos. Fiel a su promesa, uno de sus primeros actos fue enviar un mensajero con regalos para el pueblo de Jabesh, al otro lado del Jordán, dándoles al mismo tiempo las gracias por haber rescatado los cuerpos de Saúl y Jonatán, proporcionándoles adecuada sepultura. Hecho esto, esperó ponerse en contacto con el Consejo de Ancianos de Judá, con la propuesta que le había anticipado cuando se decidió a trasladarse a Hebrón.

No hubo de esperar mucho tiempo. Su familia era una de las más antiguas de Judá como también lo era la de Zeruiah, cuyos hijos, Joab, Abishai y Asahel eran sus primeros lugartenientes. Además, había tenido buen cuidado de enviar a Judea gran cantidad de regalos procedentes del botín de sus correrías contra los *amalecitas* y los *edomitas*, por todo lo cual creó una creciente marea de buena voluntad hacia su persona.

Solamente transcurrió una semana antes de que el Consejo de Ancianos de Judá, formado por los varones más sabios y de mayor edad de cada una de las mejores familias, se pusiera en contacto con él. Propusieron solemnemente que fuera nombrado rey de Judá y de Israel en lugar de Saúl. A ello accedió graciosamente David. Al día siguiente, en una gran ceremonia que tuvo lugar en Hebrón, le fue colocada en la cabeza la corona de Saúl y en el brazo la ajorca que le entregara el desgraciado amalecita.

Solamente una cosa enturbió el placer que David sentía. Fue la noticia, que trajo el enviado a Jabesh con regalos y su expresión de agradecimiento,

de que Abner había nombrado rey de Israel a Ishbosheth, el hijo de Saúl.

Supo David que la corte de Ishbosheth estaba establecida en Mahanaim, una ciudad en la montaña al este de Jabesh, en el territorio asignado por Josué a la tribu de Manasés. No era probable que Ishbosheth ejerciera mucha autoridad sobre Judá, donde ahora reinaba David. Pero al coronar Abner al hijo de Saúl creó una grave situación que David hubiera querido evitar: la división de los israelitas en dos campos. Como nación dividida, e inevitablemente debilitada en consecuencia, Israel se encontraba en una pobre situación para defenderse en unos tiempos en que le era necesario echar mano de todas sus fuerzas para, simplemente, subsistir.

CUARTA PARTE

LA CIUDAD DE DAVID

Empero David tomó la fortaleza, de Sión, la cual es la ciudad de David

Samuel 11-5:7

CAPÍTULO PRIMERO

Y como se juntaron, paráronse los unos de la una parte del estanque, y los otros de la otra.

Samuel 11-2:13

El antiguo centro religioso de Mizpeh se elevaba sobre el monte más alto de la cadena montañosa central de Canaán. Allí fue donde Samuel reunió al pueblo después de la terrible derrota a consecuencia de la cual los *filisteos* se apoderaron del Arca de la Alianza. Y del santuario de Mizpeh, fue desde donde envió a los guerreros que bajaron y vencieron al enemigo, cuando el Señor desconcertó a los *filisteos* enviándoles una gran tempestad.

A causa de ser el mejor punto de aquella región para establecer un puesto de vigilancia, Saúl colocó en su tiempo observadores sobre la cumbre de Mizpeh, con objeto de seguir los movimientos del enemigo. David continuó esta misma práctica al convertirse en rey de Judá, y por dos razones: una de ellas por el natural deseo de ser avisado con anterioridad en caso de un ataque de los *filisteos*, y la otra porque era necesario establecer vigilancia sobre la tribu de Benjamín, que habitaba la zona alrededor de Gibeah, a corta distancia de allí.

Saúl era originario de la tribu de Benjamín. Después de su muerte ésta permaneció fiel a Ishbosheth, aun cuando el hijo de Saúl gobernara ahora en la ciudad de Mahanaim, en la orilla oriental del Jordán. Como David, en calidad de rey de Judá, se había fortalecido considerablemente, resultaba evidente que o le atacarían las fuerzas de Ishbosheth cruzando el río, o que se le sometería todo Israel. En los primeros años del reinado de David en Judá, existió un estado de tregua armada entre las dos porciones en que la nación israelita se dividía. Pero cuando cierto día los centinelas de Mizpeh llevaron a David la noticia de que Abner, al mando de vina fuerza considerable, había cruzado el Jordán y se dirigía hacia el Oeste, se dio cuenta de que llegó el momento de tomar tina decisión. Sin titubear un solo instante movilizó sus tropas y se dispuso a enfrentarse con el peligro que le amenazaba, poniendo a su ejército en orden de batalla en Gibeón, a corta distancia al norte de Mizpeh.

Gibeón estaba ocupado por múltiples terraplenes formados en el curso de los siglos aplanando los estratos de piedra caliza en forma de anillo que constituían su base. Dichos terraplenes habían sido profusamente plantados de viñedos y otros cultivos que convertían la zona en un verdadero vergel. Al este de la ciudad existía un gran estanque o depósito de agua. Cortado en la piedra caliza, este estanque estaba limitado con bloques de roca unidos con argamasa para conservar el agua que le llegaba desde un inmediato manantial.

De común acuerdo, los dos ejércitos de David y de Ishbosheth se detuvieron para parlamentar con el estanque entre sí.

Durante los años que siguieron a la muerte de Saúl, David trató de unificar todas las tribus bajo un solo monarca, porque Samuel le había ungido para ser rey de todo Israel y no únicamente de Judá. Además, estaba convencido de que solamente de esa forma podría realizar algún día su sueño de constituir una gran nación entre Asiría y Egipto.

Hasta aquel momento se había progresado poco en cuanto a la unificación, debido, en gran parte, a que los hombres de Benjamín no se mostraban propicios a ceder el reino que al ser ungido Saúl por Samuel recayó indirectamente sobre ellos. Además, muchas de las tribus menores de Israel desconfiaban de Judá a causa de su mayor tamaño y riquezas. David, por otra parte, no podía renunciar a sus aspiraciones personales de ocupar el trono de Israel, pues al ungirle Samuel quería decir que la voluntad de Dios era que remase como soberano único. A causa de tal callejón sin salida, desde la muerte de Saúl, acaecida algunos años antes, estuvieron enfrentadas las dos facciones en que se dividía Israel, pero David nunca permitió que Joab, siguiendo sus naturales impulsos, atacara a las fuerzas de Ishbosheth. Esperaba, por el contrario, que con ayuda de Abner, que era el poder verdadero tras Ishbosheth, podría llegar algún día a unificar el pueblo en una sola nación. Esta esperanza parecía estar condenada al fracaso ante el paso dado por Abner cruzando el Jordán y aproximándose al territorio judaítas.

Los años transcurridos desde la muerte de Saúl y Jonatán en el monte Gilboa, habían sido propicios para David. Uno de los primeros actos que llevó a cabo fue dar los pasos necesarios para continuar los lazos de amistad que le unían con Achish, rey de Gath. Cada uno de ellos comprendió las ventajas que le reportaba respetar las fronteras del otro. Al mismo tiempo, la libertad que le daba el no tener que defender su confín occidental, le permitió dedicar su tiempo y su tremenda energía a levantar sus propias defensas en Hebrón, aun cuando, técnicamente, seguía siendo vasallo de Achish.

Recordando que muchas de las dificultades con las que se tropezó Saúl derivaron de su falta de habilidad para mantener bajo las armas a un contingente poderoso de guerreros en todo tiempo, David adoptó la práctica, muy corriente entre los gobernantes de entonces, de contratar y poner bajo su mando un cuerpo de mercenarios, compuesto de seiscientos soldados diestros, provistos de armas de hierro. Bajo la dirección de un rudo guerrero llamado Ittai, casi todos esos hombres procedían de Gath, pues David sabía por experiencia que esta ciudad producía los mejores luchadores de esta parte del mundo.

El propósito que guiaba a David al contratar estos mercenarios era doble. No solamente añadía un fuerte contingente a las tropas de Judea sino también adquiría una guardia personal que le sería fiel en caso de ocurrir una rebelión dentro de su propio pueblo, que podía estallar en cualquier momento a causa de los impuestos que creó para mantener sus numerosas fuerzas armadas. David evidenció de esta manera las brillantes dotes de estadista que le adornaban, que superaban incluso sus aptitudes como combatiente y que incrementaría más y más en los años venideros.

Una de sus principales maniobras políticas consistió en colocar espías en la casa de Ishbosheth y en Mahanaim, los cuales le informaron acerca de la existencia de cierta discordia entre Abner y el corpulento y algo flojo Ishbosheth. El motivo de la disensión era la orgullosa decisión de Abner de tomar para sí a una concubina del difunto Saúl llamada Rizpah. Era, según de decía, de rara belleza y prestancia. Apoderarse de la esposa o de una concubina de un rey muerto hacía que, naturalmente, hiciera que recayera sobre él la sospecha de ser un pretendiente al trono, y desde luego parecía que al tomar a Rizpah, trataba Abner de fortalecer la posición que ocupaba; pero en este caso la querella era doble, porque, de acuerdo con los informes recibidos, Ishbosheth quería también a Rizpah para sí.

Sabiendo todo esto con anticipación, David había solicitado parlamentar tan pronto como supo qué Abner cruzaba el Jordán. Incluso añadió, al hacer la propuesta, que no tenía inconveniente en que tuviese lugar en territorio de la tribu de Benjamín y no en la de Judea, acto de magnanimidad y de tributo al antiguo rey de Israel, que seguramente no dejó de causar excelente impresión en las demás tribus. Joab, siempre sospechando de Abner, protestó en principio de este plan, pues temía que cualquier acuerdo con Abner representaría el encumbramiento del antiguo capitán jefe de Saúl en el posible reino unificado. Mas David pudo convencer a su teniente que era mejor llegar

a una avenencia, si es que existía alguna probabilidad en los resultados, en pro de la unificación de la nación, formando un frente común contra los enemigos.

Personalmente, no se podía quejar David de la forma que el destino le había tratado en los últimos años. Tanto Ahinoam como Abigail habían concebido, dándole dos hermosos hijos, Amnón la primera y Chileab la segunda. Realizó también un acto de extremada habilidad al tomar como otra esposa a Maacah, la bella hija de Talmai, rey de Geshur.

El reino de Geshur, aunque de reducida extensión, era para David una región estratégica de la más alta importancia. Estaba situado al oeste del mar de Chinnereth, al otro lado del Jordán, y al norte de Giled, centro del reino de Ishbosheth, encontrándose en el camino que venía del reino sirio de Damasco, de suerte que adquiriendo un aliado por matrimonio, David colocó una fuerza amiga contra el flanco de Ishbosheth, así como a través del camino en dirección meridional, un tropezadero para cualquier movimiento que pudiera proceder del poderoso Damasco.

Por todo ello, al ir a parlamentar a Gibeón, ocupaba una posición muy fuerte, aunque no por ello adoptó una actitud orgullosa. Como aprendió el día en que dio muerte a Goliat en el valle de Elah, su manera de actuar era guiada por la voluntad del Señor, debiéndola llevar a cabo sin vacilar hasta el último extremo, luchando si fuera preciso, pero siempre derramando la menor cantidad posible de sangre.

Las dos fuerzas se contemplaban recelosamente a través de la superficie del estanque de Gibeón. Los uniformes de vistosos colores se reflejaban en las aguas claras y frías que manaban del manantial. Los saludos fueron corteses pero cautelosos, y cuando terminaron, propuso David:

—Que sean los jóvenes los que tengan ahora la palabra.

Era costumbre en parlamentos de esta especie elegir un número igual de combatientes jóvenes de ambos bandas para sostener un combate ante los ejércitos congregados, en la creencia de que semejante prueba pudiera dar un atisbo de lo que sería el resultado de una batalla general entre las dos fuerzas. Doce de los seguidores de Ishbosheth fueron enfrentados contra otros doce partidarios de David. El duelo tuvo lugar en una terraza elevada al lado del estanque. La lucha fue cuerpo a cuerpo y muy sangrienta, puesto que el área elegida era reducida y no quedaba espacio para maniobrar. En menos de media hora, todos los jóvenes combatientes de ambos bandos yacían muertos en el lugar de la contienda.

David esperaba que su grupo triunfaría rápidamente y que de esta forma descorazonaría a Abner y a sus seguidores para no llevar a cabo una ulterior acción militar. Pero en el curso de la lucha llegó a un extremo tal la exaltación común, que cuando cayó el último de los jóvenes combatientes subieron a la palestra otros de ambos bandos para continuar la lucha. No tardó ésta en generalizarse, entablándose una furiosa batalla que, sin embargo, no duró largo tiempo, pues en cuanto advirtió Abner que las fuerzas de Ishbosheth llevaban la peor parte, dio la orden de retirada. Puesto que David no tenía empeño en que se derramara más sangre entre hermanos israelitas, cursó las oportunas órdenes a Joab y a Abishai que suspendieran toda persecución.

David no había tenido oportunidad de hablar privadamente con Abner, y cuando vio que éste se encontraba solo al pie de la colina empezó a descender para ir a reunirse con él. Pero cuando se encontraba a mitad de la ladera, vio que una figura rápida y ágil se interponía entre él y Abner. Era Asahel, el hermano de Joab.

—¡Detente, Asahel! —le gritó.

El hermano más joven de Joab no llevaba armadura, puesto que en los combates el papel que representaba era más bien de enlace y correo. Si Asahel obligaba a pelear al más experimentado Abner, el resultado sería fatal para él. Asahel, sin embargo, no oyó o no quiso oír la voz de David y continuó corriendo, disminuyendo rápidamente la distancia que le separaba de Abner.

—¿Eres Asahel? —oyó David que le preguntaba Abner.

—Sí, lo soy —contestó Asahel sin dejar de correr.

—Deja de perseguirme —le aconsejó Abner—. ¿No comprendes que si te mato me ganaré el odio de tu hermano Joab?

David volvió a llamarle, esperando que Asahel se detendría. Pero el hermano de pies alados de Joab siguió corriendo, aproximándose cada vez más a Abner a cada paso que daba. Cuando éste se vio obligado a detenerse para defenderse contra el ataque, David se encontraba demasiado lejos para poder intervenir.

En realidad no se trató de un duelo, porque Asahel no tenía ninguna probabilidad de ganar. Lanzada por una mano experta, la punta del arma de Abner penetró profundamente en el pecho del joven, no deteniéndose aquél sino el tiempo necesario para sacar la lanza, continuando su marcha entre los matorrales. David se lanzó monte abajo, hasta llegar a la postrada figura de Asahel. Allí le encontró momentos después Joab, de pie ante el cuerpo sin vida de uno a quien amó como si fuera su propio hermano.

—¿Quién ha sido el autor de esto? —preguntó Joab.

—Abner. Advirtió a Asahel que no le persiguiera, pero tu hermano no hizo caso y persistió en el ataque.

—¡Abishai! —gritó Joab a su otro hermano, que acababa de aparecer en el borde del claro donde Asahel había caído—. ¡La sangre de nuestro hermano clama venganza! Sólo la vida de Abner podrá pagar la deuda de sangre que se ha creado entre nuestras dos familias.

—Así sea —contestó Abishai en tono sombrío—. Iremos tras él y derramaremos su sangre sobre la tierra, como él hizo con la de Asahel.

David sabía que no conseguiría nada recordándoles que Abner había tratado de que Asahel no le atacara. Para el pesar que ambos hermanos sentían, la respuesta sólo podía ser una: Abner tenía que morir en justa retribución. Mientras seguía David a los dos hombres, que conducían al campamento el cuerpo de Asahel, un gran peso gravitaba sobre su corazón, provocado por la muerte de Asahel y por el fracaso total de unir a la nación en un mando único. Con una guerra en gran escala en perspectiva las dos porciones de Israel cada vez se irían distanciando más y la labor del que venciese habría de ser muy dura.

Pero David no tenía en cuenta otros factores que estaban ya actuando en la corte de Ishbosheth: uno de ellos era el disgusto que los jefes de Israel experimentaban ante la debilidad y la Indecisión que caracterizaban al heredero de Saúl; el otro, todavía más poderoso, era el deseo de un hombre por una mujer hermosa.

CAPÍTULO II

Vino, pues, Abner a David en Hebrón.

Samuel 11-3:20

La guerra que siguió al fracaso de la conferencia de Gibeón, no fue el choque de grandes ejércitos enfrentados en un campo de batalla, sino más bien una serie de escaramuzas entre hombres de la tribu de Benjamín y las tropas personales de David. Con sus fuerzas superiores y sus bien adiestrados mercenarios, a David le hubiese resultado fácil atravesar el Jordán y tomar la capital de Ishbosheth; pero al hacerlo así, hubiera despertado el odio de muchas familias de Israel, cuyos hombres hubieran resultado muertos por sus soldados. En contra de la opinión de Joab, no abrió, pues, una guerra declarada contra el otro bando, particularmente desde que sus espías le informaron que las hostilidades entre Ishbosheth y Abner se habían intensificado a causa de Rizpah la bella concubina de Saúl. En vista de tales informaciones, nada le extrañó que poco después llegaran a Hebrón unos emisarios de Abner.

El mensaje de que eran portadores, conciso y claro, era típico de Abner: «Pactad conmigo —ofrecía el hijo de Ner— y mi mano se unirá a la vuestra para hacer que se os entregue todo Israel».

Fue un momento de triunfo para David; pero tuvo buen cuidado de que los emisarios no se diesen cuenta de su alegría, pues aún tenía que exigir algo para borrar el dolor y la vergüenza que sufrió cuando Saúl le obligó a salir huyendo de Gibeah.

—Decidle esto a Abner —dijo a los representantes de éste—: Me aliaré con él, pero exijo una cosa. Comunicadle que no le miraré a la cara a menos que traiga consigo, al venir, a Michal, la hija de Saúl.

Abner cumplió su palabra. No solamente separó a Michal de su esposo, Phalti, sino que, según informes fielmente retransmitidos por los espías, dijo ante el Consejo de Ancianos de Israel: «En el pasado buscasteis a David para que fuera vuestro rey. Hacedlo ahora porque el Señor ha dicho: *Por mediación de David salvaré a mi pueblo, de los filisteos y de todos sus demás enemigos*».

David no dijo nada a Joab acerca del mensaje de Abner. Sabía que su odio hacia él, mil veces intensificado por la muerte de Asahel, así como por su fracaso y el de su hermano para acabar rápidamente con Abner, harían que las negociaciones fueran dificultosas. No cabía duda de que Abner esperaba ocupar un alto puesto en Israel como recompensa por la entrega del antiguo reino de Ishbosheth. Por lo que, en cuanto David se enteró de que Abner se disponía a visitarle, para tratar de las discusiones finales, envió a Joab y a Abishai, al mando de un destacamento para que realizaran una profunda incursión en territorio *edomita*. Como la misión implicaba varios días de ausencia de Hebrón, podría dedicarse durante este tiempo a aquellas importantes y delicadas negociaciones.

Abner llegó a Hebrón acompañado de veinte hombres y de Michal. Ésta era aún más bella en su madurez que de muchacha, pero a David no le fue posible averiguar sí la advertencia del sacerdote de que tal vez había llegado a amar a Phalti, y por lo tanto hubiera tenido que ser arrancada con violencia de su hogar, pudiera tener realidad. Cuando vio que los ojos de Michal empezaban a encenderse en ira ante la presencia de sus otras mujeres y de sus hijos, comprendió que, por lo menos en su aspecto de intensos celos y de su facilidad para indignarse, era la misma de siempre.

—Shisha, mi mayordomo, se preocupará de que nada te falte Michal —le dijo cortésmente después de saludarla—. Estoy muy contento al ver lo bien que te han tratado los años que han pasado.

Aun cuando David cumplió cómo había prometido en cuanto a dejar en libertad al egipcio después que éste le guiara al campamento de los *amalecitas* a raíz del saqueo de Ziklag, Shisha prefirió quedarse como jefe civil de la casa de David. Se preocupaba también de la fiscalización de los rebaños y de otros bienes de éste que ahora constituían una importante fortuna. Ejercía su cargo con extraordinario celo y lealtad, y además había empezado a tener una considerable influencia en la organización política del reino de Israel.

—¿Va a ser la hija del rey como una de éstas? Michal señaló con gesto despectivo a las esposas, los niños y a las demás mujeres de la casa.

—Cada una de ellas es también la esposa de un rey —le recordó David con severidad.

Y podía en verdad sentirse orgulloso mientras recorría con la vista las mujeres que allí se encontraban, todas lujosamente vestidas, como correspondía a las esposas del monarca de la tribu más importante de Israel. En primer lugar destacaba la alta y morena Maacah, hija del rey Talmai, de

Geshur. Con ella se encontraba su hijo, Absalón, un muchacho de pelo ensortijado y tez oscura que era el favorito de su padre entre los demás hijos. No menos soberbio aspecto ofrecían Abigail y la dulce Ahinoam, también acompañadas de su respectiva prole.

—Maacah es hija del rey Talmai —continuó diciendo David señalándola y dirigiéndose a Michal—. Sus familiares eran ya reyes de Geshur, cuando tu padre, Saúl, no era más que mi simple pastor que cuidaba de los rebaños de su padre, allí en las montañas de Benjamín.

Michal se limitó a encogerse de hombros, pero David pudo advertir que no había dejado de sentirse impresionada. Cuando se fue en compañía de Shisha, comprendió que la primera escaramuza estaba ganada, aunque conociendo a Michal, sabía que no sería la última.

Al traer a Michal, Abner había cumplido lo exigido en el trato hecho. No reclamó de David que le prometiera concesiones en pago de sus protestas de lealtad. La indignación de Abner contra Ishbosheth a causa de Rizpah era tan grande que no exigió nada a cambio. Pero quedó entendido entre los dos que cuando la consolidación de ambos reinos se completase, Abner ocuparía una elevada posición, probablemente gobernador bajo David del antiguo dominio de Ishbosheth. De esta forma, David ganarla no solamente un administrador capaz para las ricas tierras al este del Jordán, sino uno que podría conservar su propio centro de actividad en la importante zona enfrentada con el tradicional enemigo de Israel, Filistea.

—Iré y conseguiré que todo Israel se ponga de parte del rey, mi Señor —dijo Abner—. Entonces podréis reinar sobre todo lo que deseáis.

—Procurad que no se le haga daño alguno a Ishbosheth —le previno David.

—Se hará tal como deseáis. No es sino un alfeñique y nada tenéis que temer tampoco por su parte.

—¿Qué hay de la descendencia de mi hermano Jonatán?

—No le queda más que un hijo cojo llamado Mefibosheth. También es inofensivo y no le falta nada.

—Entonces, id en paz —le dijo David a Abner cuando se marchaba—. Me congratulo que la mano del hijo de Ner no se alce ya contra mi casa.

Con los problemas de gobierno arreglados de momento, David empezó a pensar en la reanudación de su intimidad con Michal. Sabía que ésta era petulante y que estaba sujeta a arrebatos de cólera sin fundamento; pero también recordaba perfectamente los días que siguieron a su boda en Gibeah, cuando disfrutó entre sus brazos el tumultuoso amor de un hombre y una

mujer que experimentan juntos las sensaciones íntimas del matrimonio. Sin embargo, tal como se pusieron las cosas, se vio obligado a posponer de momento la visita que había pensado hacer a Michal, porque Joab entró en su cámara a primeras horas de la noche. Su rostro estaba casi negro de ira.

—¡Ya sé que Abner ha estado aquí, en Hebrón! —dijo con acento acusatorio—. ¿Por qué no le echaste, sabiendo que vino a enterarse de tus planes y a engañarte?

—Abner vino a aliarse conmigo para que yo reine en todo Israel —contestó David.

—¿A qué precio?

—No se habló de ningún precio.

—¡Entonces no cabe duda de que te ha engañado! ¿No te das cuenta de que trata de ponerte en deuda con él, como lo hizo con Ishbosheth, para que tenga derecho a decirte lo que debes y lo que no debes hacer?

David hizo un esfuerzo para dominar su enfado, pues se daba cuenta de la intensa aflicción que embargaba a su amigo desde la muerte de Asahel. El odio de Joab al antiguo capitán jefe de Saúl, era uno de los móviles que le impulsaron en sus actos, odio que ahora se incrementaba al pensar que el precio que pondría a la entrega del reino de Ishbosheth sería nada menos que ocupar el generalato de los ejércitos de Israel.

—Salvo el Altísimo —se limitó a decirle tranquilamente David—, nadie tiene que decirme lo que he de hacer.

—¿Dónde está Abner en estos momentos?

—Marchó a Mahanaim hace unas horas.

—Eres pariente mío —le echó en cara Joab—. ¿Por qué no le has matado para cobrar la deuda de sangre de mi hermano?

—No hubiese querido más a Asahel si hubiese sido hermano mío, pero también oí como Abner le advertía que no fuera tras él so pena de perder la vida. No tienes derecho, Joab, a culparle de —la muerte de Asahel.

Nunca estuvieron los dos más cerca de un rompimiento; pero David sabía que el futuro dependía de llevar a cabo las negociaciones, que no habían hecho más que iniciarse cuando Abner partió hacia Mahanaim. Siempre colocó el bienestar de Israel por encima del suyo propio, y por lo tanto no consentiría ahora que se impusiera el orgullo de Joab.

Durante unos instantes llenos de violencia, creyó que su antiguo compañero de armas iba a sacar su espada y a atacarle. Pero finalmente Joab dio bruscamente la vuelta y salió de la habitación sin pronunciar palabra. David sintió tal alivio de que la agria escena no hubiese terminado con un

completo rompimiento entre los dos, que no tomó medida alguna contra la descortesía del otro, si bien no tardaría en arrepentirse amargamente de su decisión.

A la mañana siguiente, Ittai, el *filisteo* que capitaneaba los mercenarios que David contratara en Gath, trajo noticias del acto final de la tragedia entre Abner y los hijos de Zeruiah. Fue introducido a su presencia en el momento en que se disponía a consumir un magro yantar y cantaba canciones a sus hijos, uno de los cuales, si sus planes salían de acuerdo con sus deseos, gobernaría el gran reino cuando él faltara. Amón el primer hijo de Ahinoam era tenaz y robusto mientras Chileab, el hijo de Abigail era de corta estatura y algo enclenque a pesar de la fortaleza de su madre. En cambio Absalón, el hijo de Maacah tenía todas las características de un verdadero príncipe y dominaba con arrogancia y mano de hierro a los demás niños de la casa.

—¿Qué ocurre, Ittai? —le preguntó al jefe de sus mercenarios, en el que había encontrado un colaborador firme y digno de toda confianza.

—El cuerpo de Abner, el hijo de Ner, se encuentra tendido al lado de la puerta de la ciudad. Ha sido muerto por Joab.

David dejó a un lado la lira que tocaba. Su rostro se ensombreció súbitamente por el dolor y la cólera.

—¿Cómo ha sucedido?

—Ayer, después de que Abner saliera de aquí, Joab envió emisarios para que siguieran sus pasos hasta el pozo de Sirah.

—Conozco el lugar —dijo David—. Se encuentra a corta distancia de Hebrón.

—Sus emisarios anunciaron a Joab que regresaba de nuevo, y le esperó en la puerta.

—¿Lucharon allí?

Ittai movió negativamente la cabeza.

—Uno de mis hombres lo vio todo. Joab se encontró en la puerta con Abner y le llamó aparte como si quisiera hablarle privadamente. Pero en lugar de hacerlo así, le hundió un puñal debajo de la quinta costilla y le mató.

—¿Cuándo sucedió?

—Poco después de salir el sol.

—Traedme a veinte de vuestros hombres y acompañadme —le dijo David a Ittai—. Iremos en busca del cuerpo y lo entraremos en la ciudad.

El impulsivo acto de Joab colocaba a David en una posición muy difícil. No podía ordenar la muerte de Joab, porque el derecho de vengar el derramamiento de sangre con otro derramamiento de sangre era algo que

autorizaban las leyes que trajo Moisés de la montaña del desierto. Pero por otro lado, no podía dejar el asesinato sin tomar alguna medida contra Joab, a menos de ofender a otras tribus, a las que ayer representó Abner en las negociaciones relativas a la unificación del reino. Todas estas cosas asaltaban la imaginación de David cuando abandonó el palacio en compañía de Ittai y de los otros veinte mercenarios. La respuesta a sus cavilaciones no la encontró hasta ver el cadáver de Abner junto a la puerta. La sangre había ya empezado a secarse sobre las ropas del muerto y las moscas zumbaban en tomo a su cuerpo.

—Yo y mi reino no seremos jamás culpables ante el Señor de la sangre de Abner, el hijo de Ner —anunció David ante la muchedumbre que se había reunido en tomo suyo—. Que caiga sobre la cabeza de Joab y no deje de haber en su casa quien sufra de enfermedad o de lepra, se apoye sobre un bastón, caiga sobre una espada o carezca de pan.

Era una maldición terrible para ser lanzada sobre el hombre que había sido el brazo derecho de David, pero éste sabía que nada menos sería suficiente para convencer al Consejo de Ancianos de Israel que él no tuvo nada que ver con la muerte de Abner.

—Rasgaos las vestiduras y cubríos con sayales de arpillera —continuó diciendo— para guardar el luto por Abner, que era un amigo.

Él mismo se rompió el borde de su vestidura, y agachándose, cogió un puñado de tierra, escupió en ella y se embadurnó la frente con el tradicional gesto de dolor. Marchó tras el féretro que conducían los soldados hasta su propia casa, donde el cadáver quedaría expuesto hasta la hora del entierro. No vio a Abishai ni a Joab entre el gentío y poco después supo que habían partido para Belén, lo que no dejó de producirle una sensación de alivio.

Abner fue enterrado en Hebrón con gran pompa. David presidió el duelo vestido de arpillera y con el rostro lleno de cenizas.

—Sabed que el caído era un gran hombre de Israel —dijo como elogio fúnebre al descender el cadáver a su tumba—. El Señor hará que el culpable pague a tenor de la maldad cometida, aun cuando se trate del hijo de Zeruiah.

Todavía estaba por verse en qué afectaría la muerte de Abner a la propuesta que éste trajo a Hebrón para que fuera nombrado soberano de toda la nación. Sabía que todo dependería de la forma que pudiera verse influido el Consejo de Ancianos de Israel por Ishbosheth, que como es natural trataría de conservar su corona todo el tiempo posible. Afortunadamente para David, esta parte del problema no tardó en quedar resuelta. Pocas semanas después, dos hombres, que se anunciaron a sí mismos como Baanah y Rechab hijo de

Rimmon, hombre destacado de la tribu de Benjamín, llegaron a Hebrón con la noticia de que Ishbosheth había muerto.

CAPÍTULO III

Y ungieron a David por rey sobre Israel.

Samuel 11-5:3

—¿Qué prueba traéis de que Ishbosheth ya no vive? —preguntó David a los recién llegados.

Baanah llevaba bajo el brazo un paquete envuelto en una tela. Lo depositó en el suelo y luego, cogiendo una punta del lienzo, lo desenvolvió con un floreo, dejando ver la cabeza cortada de un hombre, cuyos ojos abiertos parecían mirar fijamente el techo de la habitación.

—¡Mirad —exclamó con acento de triunfo—, es la cabeza de Ishbosheth, vuestro enemigo!

Un grito de horror se escapó de las gargantas de todos los circunstantes, ante el macabro regalo que los visitantes habían traído. Por orden de David fue cubierta inmediatamente con una hazaleja aquella cabeza, cuyas vidriosas pupilas parecían contemplarle acusatoriamente, aun cuando él no había tenido la menor intervención en el asesinato de Ishbosheth.

—¿Cómo llegó esto a vuestro poder? —preguntó severamente David a los dos hombres.

—Cuando nos enteramos de que Abner había venido a Hebrón para llegar a un acuerdo a fin de que fueseis nombrado rey de todas las tribus —explicó Baanah—, acordamos que lo mejor sería que Ishbosheth muriera. De esta forma ni siquiera la tribu de Benjamín podría tener pretexto para apoyar en contra vuestra a un hijo de Saúl.

El argumento no dejaba de ser útil y el aplomo de Baanah al exponerlo, ponía de manifiesto su confianza de que David se sintiera impresionado por él.

—Continúa.

—Ishbosheth era un holgazán y tenía por costumbre echarse a descansar al mediodía —continuó diciendo Baanah—. Sabiendo mi hermano y yo esta circunstancia, entramos en la casa cargados con unos sacos, como si fueran de trigo, y encontrándole durmiendo le acuchillamos y le cortamos la cabeza. Así vengó el Señor al rey mi soberano de la descendencia de Saúl.

David se quedó contemplando fijamente y sin pronunciar palabra durante largo rato a los dos hombres. Por lo que éstos leyeron en su rostro, empezaron a perder su aire de aplomo y bravuconería que les caracterizó desde que entraron en el palacio momentos antes, solicitando ser recibidos en audiencia por el rey.

—En cierta ocasión vino a verme un hombre y me dijo: «Saúl ha muerto», creyendo que me daba una buena noticia. Yo me apoderé de él y ordené que le dieran muerte —dijo por fin David—. ¿Por qué no he de hacer lo mismo con los malvados que han asesinado a una persona de bien en su propia casa y sobre su propio lecho?

—Lo hicimos para serviros… —balbuceó Baanah en son de queja.

—¡Sacadlos fuera y matadlos! —ordenó secamente a Ittai—. Cortadles luego manos y pies y colgadles sobre el estanque, para que sirvan de lección a los que intenten congraciarse conmigo asesinando a los que yo he jurado proteger.

Cuando los asesinos de Ishbosheth fueron sacados de la habitación, David se volvió hacia Michal, que se encontraba allí, y le dijo:

—Juré a Saúl, tu padre, que le respetaría, así como a toda su descendencia y no tengo intención de romper el juramento. La cabeza de tu hermano será enterrada en el sepulcro de Abner. Compañeros fueron en vida y quiero que yazcan juntos en la muerte.

Desaparecidos Abner e Ishbosheth, y siendo David inocente de ambas muertes, incluso ni la tribu de Benjamín tenía motivos para oponerse a que fuera elevado al trono de Israel. Al siguiente día dieron comienzo las ceremonias de la coronación, que habían de durar una semana. Se iniciaron con la solemne firma de un acuerdo entre David y los Consejos de Ancianos de las tribus unidas que apoyaron la casa de Saúl. Los monarcas de Israel reinaban por derecho divino y eran ungidos por un representante de Dios, tal como lo había hecho Samuel con David cuando éste no era sino un muchacho; pero se veían obligados a suscribir un solemne tratado con los Consejos de Ancianos, que actuaban de mentores de los reyes, en virtud del cual juraban actuar en todo momento de acuerdo con la ley de Dios y sin otro pensamiento que incrementar en conjunto el bienestar del pueblo.

Al día antes del señalado para la coronación, se dirigió David al departamento que Michal tenía asignado. Las cosas no habían ido demasiado bien entre ellos, y las visitas que le hiciera desde la llegada de la mujer a Hebrón, fueron ocasionales. Ahora le iba a proponer algo que estaba seguro de que impresionaría a los *benjaminitas*. Aun cuando le anunció previamente

su visita, al entrar en la habitación encontró a Michal vestida con una sencilla túnica de lino, que no obstante hacía destacar sus líneas esbeltas como si llevase puesto el atuendo de una reina. Pese a la evidente frialdad del recibimiento, David estaba lejos de ser insensible a su belleza, pues a pesar de las vicisitudes que les persiguieron desde que él tuvo que huir de Gibeah, seguía siendo su primer amor.

—Di a tus doncellas que salgan. He de hablar a solas contigo.

Antes de que Michal diera la orden, las muchachas se retiraron discretamente.

—¿Estás enfadada conmigo por haberte traído aquí? —le preguntó David —. La única idea que me ha guiado al hacerlo ha sido la de cumplir el juramento que te hice en Gibeah de que algún día te reclamaría como mi esposa. Pero si es que deseas volver con Phalti eres libre de marcharte.

Como Michal no contestara, limitándose a hacer un movimiento con la cabeza, David continuó diciendo:

—Mañana voy a ser coronado rey de Israel con la corona de tu padre. He venido para pedirte que estés a mi lado en dicho acto.

Vio en los ojos de la mujer como un relámpago fugitivo de sorpresa. Por un momento creyó observar en ellos aquella dulzura que los caracterizaba en los primeros días de su matrimonio. Luego aquella expresión cambió rápidamente. Michal apretó fuertemente los labios y su mirada volvió a endurecerse.

—Si crees que vas a convencer a la tribu de Benjamín para que olviden a mi padre —dijo— estás equivocado.

—No trato de convencer de nada a la tribu de Benjamín. Pero si optan por rebelarse, les enviaré a Ittai y a sus hombres, que en menos de una semana los someterán.

—¡Feliz inicio para Judá el emplear la fuerza contra una tribu mucho más pequeña! —le echó ella en cara—. Pero no pienses que podrán dominar a los hombres de Benjamín con la misma facilidad que lo hiciste tú con el gigante *filisteo*, que se movía tan lentamente que cualquier pastor podría haberle derribado. Mi pueblo sabe todavía manejar la honda. Puede hacer blanco en tus mercenarios uno a uno.

—Hubiera podido matar a tu padre con mi lanza, cuando le encontré dormido en la garganta de Hammahlekoth, si tal hubiera sido mi real deseo — le recordó David— y, sin embargo, le perdoné la vida. Cuando un amalecita, buscando una recompensa, pretendió haber matado a tu padre, le hice ejecutar. Tú misma viste cuando los hijos de Rimmon se jactaban de haber

dado muerte a Ishbosheth, lo que les sucedió, porque juré a Saúl respetar su descendencia.

Hizo una pausa, antes de pronunciar las palabras finales:

—Pero mi paciencia no es infinita, Michal.

Dio media vuelta para marcharse y ella le cogió de la manga.

—David…

—¿Qué hay, Michal?

—Soy una pécora ingrata. Si lo deseas, estaré mañana a tu lado.

—¿Cómo es que has cambiado de manera de pensar?

—Me conoces demasiado bien y debes de saber la respuesta. Cuando llegué aquí y vi que tenías otras esposas, sentí unos celos rabiosos. Especialmente de la hija de Talmai.

—Maacah ha sido para mí una buena esposa y me ha dado un hijo muy hermoso. Además, su padre está entre mí y el reino de Siria, lo que proporciona a mi pueblo una gran defensa.

—Ahora lo comprendo —reconoció ella—. ¿Me perdonarás que al estar celosa se enturbiaran mis pensamientos?

David quería creer que era sincera, que el cambio producido en ella no estaba sólo inspirado por el deseo de compartir la gloria de la coronación del día siguiente y elevarse de esa manera sobre las demás mujeres.

Como David empezaba a comprender mejor a Michal, no podía sustraerse a la duda de que los motivos que la guiaban fueran los que ella decía. Sin embargo, y pese a todo lo que había ya sucedido, todavía esperaba que se produjera un milagro que hiciera que volviese a recuperar la felicidad que conocieron durante aquellos primeros meses en Gibeah. De momento procuró que sus dudas se aplacaran.

La coronación fue una fiesta llena de colorido, a la que acudieron representantes de todas las tribus que se congregaron en Hebrón. Los Consejos de Ancianos se reunieron en solemne cónclave, en tanto que David juraba en nombre de Dios respetar la alianza que habían hecho con él. Se trataba de un documento explícito, en virtud del cual se obligaba a respetar tanto los derechos individuales y colectivos del pueblo, como las leyes dadas a Moisés en el monte Sinaí, haciendo también todo lo que estuviera en su mano para que fueran cumplidas.

Después de prestar juramento sobre el efod sagrado, se arrodilló David ante Abiathar, sumo sacerdote de toda la nación. Éste rompió una ampolleta de aceite y lo derramó sobre la cabeza del rey en el simbólico acto de unción,

repitiendo la primera y más sencilla ceremonia que tuvo lugar muchos años antes en la casa de Isaí en Belén.

David no pudo sustraerse a cierto sentimiento de orgullo cuando se levantó y ascendió hasta el estrado, donde Michal, adorable y altiva en su regia vestidura de púrpura fenicia, se hallaba en pie detrás del sillón del trono. Sentía también al mismo tiempo humildad y gratitud profundas hacia el Señor que no le había abandonado.

—¡Cantad, David! —alguien gritó entre la muchedumbre.

Corearon otras muchas voces la misma solicitud, y cuando le pusieron un arpa en las manos, David hizo correr sus dedos sobre las cuerdas. Y al compás de los acordes melódicos, cantó unos versos que le brotaban de lo más profundo de su corazón y que eran un himno de alabanza y de acción de gracias a Dios:

Cuando Israel sacó de Egipto
A la casa de Jacob de un pueblo de extraña lengua,
Judea fue su santuario
E Israel su dominio.

Al verle, él mar se retiró
Y las aguas del Jordán retrocedieron.
Las montañas brincaron como moruecos
Y las colinas como corderillas.

¿Qué te pasó, oh mar, para que te retirases?
¿Por qué tú, Jordán, retrocediste?
¿Por qué las montañas brincaron como moruecos
Y las colinas como corderinos?

Tiembla tú, tierra, ante el Señor,
Ante la presencia del Dios de Jacob,
El que hizo brotar agua de las rocas
Convirtiendo en fuente el pedernal.

Al finalizar aquella semana de fiestas y conmoraciones, David convocó una reunión de sus capitanes y consejeros. Ittai se encontraba presente en representación de la guardia real. Del Consejo de Ancianos de Israel asistió Hushai, un arquita que habitaba en la región montañosa al noroeste de Ramah y que había sido seguidor de Samuel. El clero estaba representado por Abiathar y su inteligente y joven ayudante, Zadok. Sentado discretamente

aparte, con sus tabletas, sus hojas de pergamino y sus plumas y estilos a mano, se encontraba Shisha, llamado también a veces Jasher, que debía escribir las deliberaciones.

Al mirar David el grupo allí reunido, su rostro se entristeció, porque notaba la ausencia en él de dos rostros familiares, que no faltaron nunca en los consejos de guerra convocados con anterioridad, los de Joab y de Abishai. Desde el asesinato de Abner los había desterrado de su lado.

—¿Qué ha sido de los hijos de Zeruiah? —le preguntó a Abiathar—. ¿Se sabe algo de ellos?

—Viven en Belén, en casa de su padre, esperando el día en que el rey se digne llamarlos a su presencia.

—Sin sus voces, los consejos ya no son lo que eran antes. Pero pecaron gravemente al matar a un hombre que venía en son de paz y habrán de rehabilitarse antes de poder volver a concurrir a los consejos de Israel.

Miró David en tomo suyo y se felicitó de tener a su alrededor aquel florilegio de fuertes varones de cuya lealtad no se podía dudar. Lo que no se le ocurrió pensar era que parte de aquella lealtad se la debía a su propia prestancia personal al sentarse a presidir el consejo.

David se encontraba en lo mejor de la vida, pues contaba treinta años y era gallardo, fuerte y de correctas facciones. Tenía unos ojos profundos y fogosos, cuya ardiente luminosidad causaba siempre sensación en los extraños. Su expresión, que podía ser severa e incluso implacable cuando las circunstancias lo exigían, era generalmente dulce y comprensiva. Los niños, en particular, no dudaban en correr tras él cuando se lo tropezaban por las calles de la ciudad, rogándole que les contara cosas relativas a las emocionantes aventuras de los héroes de Israel y de sus hazañas. Sabían que con frecuencia accedía a sentarse sobre un bajo tapial o sobre una piedra, mientras ellos se apiñaban a su alrededor y daba vida a un hechizo que sentían repugnancia en romper cuando llegaba el momento de tener que marcharse. Los hombres respetaban su fuerza y su sabiduría y en múltiples ocasiones buscaban su consejo como mentor y juez. Por otra razón completamente diferente, las mujeres se detenían en la calle al verle pasar, cuando iban con sus cántaros camino del pozo, siguiéndole con la mirada hasta que desaparecía. Con hijos sanos, que jugaban traviesamente en la casa que le servía de palacio en Hebrón y una bella hijita que le acababa de nacer de Maacah de Geshur y que se encontraba en la cuna, tenía toda clase de motivos para sentirse feliz…, menos uno.

A causa de él era por lo que había convocado aquel consejo de guerra. En él empezaba a insinuar el tema que tenía ocupado su pensamiento desde hacía largo tiempo.

—Hebrón —dijo a sus consejeros— está demasiado al Sur para poder ser una capital efectiva de toda la nación. Les he convocado aquí para que me ayuden a escoger otra que sea algo más adecuada.

—El Consejo de Ancianos de Judá no consentirá que la capital esté situada en territorio de otra tribu —le advirtió Abiathar.

—¿Habláis como judaíta o como israelita?

—Hace poco tiempo que me encuentro sometido a Israel, y me es difícil poder llegar a pensar de otra forma que como judaíta —reconoció el sacerdote.

—A mí me pasa lo mismo —dijo David—, pero todos debemos de procurar pensar en el pueblo y en su bienestar en conjunto. Nada hay tan importante en las actuales circunstancias como elegir un lugar para la capital.

—Mahanaim, la capital del reino de Ishbosheth, creo que está demasiado lejos hacia el Este —puntualizó Hushai.

—Los reyes de Gath, Eglón y Lachish no querrían nada mejor que ver que os establecíais más allá del Jordán —añadió Ittai—. Entonces Judea no tardaría en caer en sus manos como cae de un árbol la fruta madura.

—¿Qué me decís de Gibeah? —preguntó Hushai—. El palacio de Saúl ya está fortificado y a la tribu de Benjamín le gustaría que la sede del Gobierno se estableciera en su territorio.

—No quisiera dar ocasión a que ninguna tribu se engolase por tener la sede del Gobierno dentro de su territorio —objetó David.

—Supongo que no querréis dar a entender… —empezó diciendo Hushai frunciendo el entrecejo.

—Existe solamente una ciudad —le interrumpió David— verdaderamente apropiada para ser la capital de toda la nación. Se encuentra en el límite de la tribu más poderosa, Judá, razón por la cual no creo que el Consejo de Ancianos tenga que decir que se le ha dado de lado al hacer la elección. Y sin embargo su emplazamiento está localizado en un punto ten céntrico, que desde él nos podríamos mover rápidamente en cualquier dirección para rechazar al enemigo.

—Y con fuertes murallas para protegernos en caso de que el rey Achish de Gath llegue a creer que sois tan fuerte como él —añadió Ittai riendo entre dientes—. Tenéis razón, David. No hay nada que responda a todas vuestras exigencias mejor que la ciudad de los *jebuseos*.

—Debe de ser Jerusalén —convino David—. Es el único lugar verdaderamente perfecto para fijar el emplazamiento de la capital de Israel.

—¿Cuándo os decidisteis a ello? —preguntó Hushai.

David sonrió.

—¿Quién puede saberlo? —dijo—. Tal vez fuera un día que me detuve encima de un monte al norte de Jerusalén y dirigí mi mirada a la ciudad antes de ir a tocar para Saúl. Pero ello sucedió hace mucho tiempo.

—Cuando no erais sino un muchacho —agregó Hushai.

—Pero ya entonces, un muchacho lleno de ambiciones —les recordó Abiathar—. Ambición y golpe de vista, las cualidades que han unido a todo el pueblo tras David, como no lo han unido nunca.

—Os habéis olvidado de mencionar lo más importante de todo: la fe en Dios —les recordó David serenamente—. A veces, en mis momentos de debilidad, parecía que Dios estaba lejos. Mas siempre, cuando realmente precisaba de él, siempre lo encontraba a mi lado. Creo que estará también allí cuando nos decidamos a tomar la ciudad de Jerusalén.

CAPÍTULO IV

Entonces el rey y los suyos fueron a Jerusalén.

Samuel 11-5:6

Caía la noche sobre las tiendas del gran campamento de David levantado en la montaña llamada Ofel o Sión, donde condujo a su ejército como acto preparatorio para llevar a cabo el sitio de Jerusalén. Hacia el Este se veía un valle, llamado sencillamente El Arroyo, a causa de la corriente de agua que lo cruzaba. Las laderas de las alturas que desde allí se divisaban estaban cubiertas de olivares y jardines, que cuidaban los *jebuseos*. Al Oeste, otro valle señalaba el límite de las tribus de Judá y Benjamín.

Jerusalén se encontraba situada sobre una elevación de terreno, desde donde se dominaba la confluencia de caminos de Gaza, Joppa, Shechem, Jericó y Belén. Era el sitio ideal, desde el punto de vista estratégico, para establecer la ciudad principal de una nación que podía verse atacada por todas partes en cuanto se supiera que pensaba embarcarse en un gran programa de expansión. Sin embargo, pese a esta ventaja estratégica para fines defensivos, en cuanto Israel pasara a la ofensiva, ejércitos de movimientos rápidos podrían atacarla por el Este tomando el camino de Jericó, cruzando el Jordán por Moab, o bien por el Norte, a través de Canaán, hacia el valle de Jezreel, puerta de las ricas tierras de Gilead, más allá del río.

La toma de Jerusalén era el primer paso importante en que David estaba empeñado después de su ascensión al reino de las tribus unidas. La ocupación de centro tan dominante y altamente fortificado, daría, más que ninguna otra cosa, una sensación de unidad a la confederación, hasta el presente algo desunida, que se proponía gobernar. Una vez tomada Jerusalén, se podría dirigir al Sur, hacia las grandes tierras de Edom y del Arabah. Allí se aseguraría las fuentes de suministro del mineral de hierro, apoderándose de hombres duchos en la fundición y el trabajo del metal que, para una nación guerrera, era tan precioso como el mismo oro. Lo más importante de todo era la capacidad de Jerusalén para poder defenderse contra cualquier masiva fuerza atacante con sólo una pequeña guarnición de hombres bien adiestrados. Los *jebuseos* habían rechazado en más de una ocasión los intentos hechos para apoderarse de su fortaleza.

Desde la elevación de Ofel, donde David había establecido su campamento, podía ver a sus pies la fortificada ciudad de los *jebuseos*. Ésta se levantaba sobre un escarpe, en parte construido por la mano del hombre, encima de un gran manantial que proporcionaba agua a la ciudad. Desde donde se encontraba David, podía ver a los hombres que se dirigían a sus quehaceres cotidianos dentro de la ciudad y a los que se dedicaban al trabajo de la trilla fuera de ella, dándose cuenta de la confianza que todos parecían tener en la fortaleza de las macizas murallas que rodeaban su ciudad. El espesor de éstas en algunos puntos era hasta de ocho o nueve pasos.

Nada de todo esto resultaba nuevo para David, que ya desde muchacho llevaba los rebaños de su padre a pacer desde Belén a las montañas colindantes con Jerusalén.

La tradición israelita aseguraba que en la elevación en que ahora se encontraba, tal vez a sus mismos pies, fue donde mucho tiempo atrás levantó Abraham un altar, sobre el que colocó a su hijo Isaac, dispuesto a sacrificarlo al Dios que le había guiado hasta estas tierras, desde el tradicional hogar de los hebreos en Haran. El episodio, que todos los hebreos aprendían en las rodillas de sus madres, decía de qué forma, cuando Abraham levantaba el brazo armado con un cuchillo de bronce para degollar a su propio hijo, oyó la voz de Dios que le ordenaba no realizar aquella prueba de fe y de obediencia.

Una vez que le fuera posible introducirse en Jerusalén, a David no le costaría gran trabajo apoderarse de la ciudad, ya que sus habitantes eran relativamente pocos en número. Siglos de depender de la protección de las grandes murallas, habían creado una confianza en su invulnerabilidad, pero una vez que las murallas cayeran, la presa sería fácil de atrapar. En realidad, cuando su ejército empezó a acampar en aquella montaña de Ofel, los *jebuseos* le habían lanzado despectivamente un reto diciéndole que sus cojos y sus ciegos serían suficientes para defender su fortaleza contra el ataque y que su ejército acabaría por fracasar y retirarse derrotado, como les había sucedido a cuántos intentaron el ataque antes que él.

David no había proyectado un sitio de larga duración, pues tropezaba, por una parte, con el problema del abastecimiento de sus fuerzas. Después de los primeros días de requisas por los contornos, todo lo que en lo sucesivo consumieran debería de ser traído a lomo de mulas desde las ciudades próximas de Judea y Benjamín, y por otro lado, aun cuando no dudase de la lealtad de los mercenarios, en tanto que les pagase con cargo a su fortuna personal —que tampoco podría resistir durante mucho tiempo semejante gasto— sabía que no le sería posible contar por mucho tiempo con el resto del

Ejército concentrado para aquella particular aventura, a menos que realizara pronto alguna acción de guerra espectacular. En estos primeros días de su reinado, David tropezaba con las mismas dificultades que habían asaltado a Saúl en más de una ocasión. Preocupaciones de tipo semejante fueron las que acabaron por hacer que cayera el poco equilibrado hijo de Kish en aquellos ataques de furia y de violencia sin sentido.

Poco después de haber levantado su campamento, solicitó David de Abiathar que averiguara la voluntad de Dios por medio del efod, pero como el sacerdote no pudiera decirle nada sobre el particular, lo interpretó como que el Señor quería poner a prueba su capacidad como gobernante de la nación, cuyo reinado había asumido recientemente. Que Dios al final le favorecería en sus esfuerzos, era cosa de lo que David no tenía la menor duda; pero los detalles de cómo tenía que apoderarse de Jerusalén, los dejaba exclusivamente a su cuidado.

David advirtió que hubiese deseado que Joab estuviera en aquellos momentos a su lado. Era la primera vez que emprendía una aventura militar de gran envergadura sin tener a su lado, guardándole las espaldas, a su robusto y leal lugarteniente. Pero Joab había sido destituido de su cargo de capitán jefe del ejército israelita a raíz del asesinato de Abner. Más que ningún otro acto realizado por David, el destierro de Joab había demostrado a las tribus del Norte y a las de más allá del Jordán, que pensaba admitirlas en un mismo pie de igualdad con Judá en todos los asuntos de Israel y no convertirlas en vasallos de la tribu mayor y más rica de la nación. Este temor a la sumisión completa de Judá, era lo que durante mucho tiempo había impedido la unidad de Israel.

Mientras David contemplaba, meditativo, el panorama de Jerusalén, salió de la sombra de detrás de su tienda Ittai de Gath. Iba con él Hushai, que se había convertido en uno de los más íntimos consejeros del rey, después del exilio de Joab y de Abishai. El oficial mercenario llevaba en sus manos un trozo de carne y una bota de vino.

—No conviene preocuparse reflexionando demasiado acerca de la potencia del enemigo antes de la batalla —dijo alargando a David un pedazo de carne—. Cuando parece que es más fuerte, es cuando hay que empezar a reflexionar acerca de su mayor debilidad.

David masticó la carne con sus blancos y fuertes dientes y luego la engulló acompañada de un buen trago de vino.

—Mirad allá abajo y decidme dónde descubrís esa debilidad de la que estáis hablando —le dijo a Ittai.

—Su debilidad está en su reducido número —contestó el mercenario— y también en la falta de espíritu, después de haber vivido tanto tiempo bajo la protección de una muralla. Hace mucho tiempo, allá lejos, en dirección al Oeste, el Pueblo del Mar, al que mis antepasados pertenecían, vivía también protegido por murallas semejantes a éstas; pero mis antepasados entendieron que tal cosa contribuía a debilitarles, por lo que decidieron emprender un gran viaje hacia el Este para hallar nuevas tierras que conquistar. Nuestros hombres de mar navegaban en grandes flotas a lo largo de la costa, mientras nuestros guerreros caminaban por las playas, llevando en grandes carros cuánto poseían. Cuando se decidían a atacar una ciudad, se acercaban los navíos y entonces los habitantes de la misma se veían exprimidos entre las dos fuerzas de mar y tierra como se exprimen las aceitunas en las prensas de aceite.

—Conozco la historia —dijo David—. Una tras otra cayeron las ciudades ante ellos, pero por último se enfrentaron con los egipcios en una gran batalla, en tierras que los hebreos llamamos Goshhen, en la desembocadura del gran río de Egipto. Y fracasaron, no lo olvidéis.

—Nunca lo olvidamos —replicó Ittai—, como tampoco el motivo de la derrota.

—¿A qué se debió después de tan repetidas victorias? —inquirió Hushai.

—Nuestros barcos estaban construidos para ser movidos por la fuerza del viento, pero las bocas del Nilo penetran profundamente tierra adentro y el viento nos falló. Nuestros carros de transporte y guerra, se vieron, además, atascados en los pantanos. Y lo que es más importante de todo, nos habíamos acostumbrado a nuestra manera de guerrear, como nos acostumbramos en el hogar del Oeste a nuestra manera de vivir. No podíamos adaptarnos con rapidez a las nuevas circunstancias, y por ello los egipcios nos rechazaron de su país.

—¿A qué fue debido que os asentarais en el *sephelah*, abandonando el mar? —preguntó David.

—También en esto la culpa fue nuestra. Después de la batalla del delta, muchos de nuestros hombres se encontraban malheridos y gran cantidad de nuestros barcos destrozados. Nos vimos obligados a asentamos donde encontramos un cobijo, en las tierras bajas, a lo largo de la costa, al —Oeste de Judea. Pero no existiendo allí buenos puertos naturales, nos apartamos cada vez más de nuestra condición de pueblo marítimo.

—Podríais haber seguido hacia el Norte y atacado las ciudades fenicias —le recordó Hushai.

—Es cierto. Y si hubiésemos seguido avanzando hacia allí, después de nuestra derrota en Egipto, es seguro que hubieran caído en nuestras manos y controlaríamos su comercio. Pero habían muerto tantos de nuestros marinos, que perdimos la afición al mar. Además, nunca fuimos, como lo son los fenicios, una nación de mercaderes. En el *sephelah* nos dedicamos en seguida a la alfarería y a la fundición y el trabajo de los metales, con lo que no tardamos en dominar en tierra y ya no quisimos volver al mar.

—Tengo curiosidad por saber una cosa, Ittai —le preguntó entonces David—. Vuestro pueblo y el mío han estado siempre en guerra y el ejército de Saúl sufrió en vuestras manos una gran derrota en el valle de Jezreel. ¿Por qué arriesgáis vuestro porvenir permaneciendo a mi lado, cuando ya no se puede decir que yo siga siendo vasallo del rey Achish?

Ittai sonrió.

—Si Achish sigue aún pensando semejante cosa, es más estúpido de lo que yo creo. Dos cosas me decidieron a entrar a vuestro servicio. En primer lugar, vuestro dios es más fuerte que el nuestro. Al apoderamos del Arca y ser llevada a la ciudad de Ashod, la imagen de Dagón, que se encontraba en el templo, cayó a tierra dos veces.

—Y la cabeza y las manos de Dagón aparecieron cortadas en su propia casa —puntualizó Hushai.

—Vivir o morir en una gran batalla depende del jefe que guíe a los soldados —continuó diciendo Ittai—. ¿Y quién puede negar, David, que seréis el rey más grande de la historia de Israel?

—Cosa que será desmentida si no soy capaz de tomar la ciudad de los *jebuseos*. ¿Podéis decirme cómo debería hacerlo?

—Mostradme una brecha en sus muros o abridme las puertas y me apoderaré de ella sólo con mis hombres y los *queretitas*.

—Ahí está la dificultad. ¿Cómo abrir semejante brecha?

Nadie podía decirlo. Por último, todos se retiraron a descansar y David quedó solo con su problema.

CAPÍTULO V

Tú no entrarás aquí, si no echares a los ciegos y los cojos.

Samuel 11-5:6

Hacía frío aquella noche en la cumbre de la montaña. Abrumado por la soledad, siempre que luchaba con algún problema cuya inmediata solución no podía encontrar, David acabó poniéndose su capote y saliendo a dar una vuelta fuera del campamento.

—Si pensáis salir, os daré un destacamento para que os acompañe —le dijo Ittai, cuando pasó junto a una hoguera, donde se hallaba jugando al *senit* con algunos de sus hombres—. Los *jebuseos* pueden haber enviado patrullas de reconocimiento fuera de las murallas.

—Si Jerusalén está defendido por cojos y por ciegos, como ellos aseguran, no creo que puedan molestarme gran cosa —le contestó David.

Pero cuando David hubo desaparecido en la oscuridad, cruzando el límite del campamento, Ittai llamó a dos de sus rudos guerreros y les ordenó que le siguieran a una discreta distancia, pues como iban armados podrían protegerle en caso de necesidad.

Jerusalén no era una ciudad grande y la cumbre de la colina donde se asentaba no cubría una extensión considerable. Las torres que existían en cada uno de los ángulos de la fortaleza, estaban guardadas por centinelas, y a lo largo de las murallas se habían colocado antorchas encendidas, en previsión de un ataque de los israelitas durante la noche. El camino que David seguía le llevaba lejos del espacio que estas antorchas iluminaban. Cruzaba los terraplenes y los olivares, que cubrían las laderas de pequeñas elevaciones de terreno, todas ellas más bajas que la cresta llamada Ofel. Todo estaba en silencio; no se oía sino el grito súbito del llamado «pájaro de la noche», que de vez en cuando lo rompía. A veces se veía obligado a dar un rodeo para evitar los muros de setos espinosos levantados para que las cabras y las ovejas no pudieran mordisquear los tiernos y verdes brotes primerizos, destruyendo quizá la cosecha de todo un año.

Las laderas no eran sino manchas oscuras; pero durante el día sabía David que los olivares estaban cubiertos de flores, eran un mar de capullos alargados, finos, de un amarillo pálido de iridiscente belleza.

De pronto dio un respingo al ver que se levantaba ante él una gran sombra; pero se trataba sólo de una enorme muela de piedra de una prensa de aceite. Cuando dentro de algunos meses se recogiese el fruto, la piedra prensaría con su peso las aceitunas y haría salir el aceite que las gentes empleaban no solamente para fines culinarios, sino también como combustible para sus lámparas.

A David se le ocurrió entonces que fue una hoja de olivo, arrancada de un árbol por una paloma, la prueba que tuvo Noé de que el Diluvio había cesado. Sin embargo, no pudo advertir en aquel olivar signo alguno que le anunciara a él la posibilidad de abrir una brecha en las murallas de Jerusalén, sin verse obligado a sacrificar millares de hombres en el intento.

Había casi completado la vuelta a la colina sobre la que Jerusalén se asentaba, cuando llegó, en la parte oriental de la misma, a un gran manantial llamado Gihón, o «El Borbollón». Se trataba de uno de los varios suministros de agua que la ciudad tenía, encontrándose en el fondo de una depresión a la que se llegaba por una serie de escalones tallados rudamente en la roca.

El nivel del agua del estanque que el manantial originaba no permanecía estático, sino que subía y bajaba, como si estuviera alimentado por una corriente subterránea, de aquí el nombre que llevaba. A veces la superficie permanecía quieta y lisa, pero otras empezaba a rizarse y a borbotear.

Encontrándose sediento, se arrodilló David al borde del agua, y se puso a beber ávidamente. Luego, esperando aclarar sus enfebrecidos pensamientos, metió la cabeza en el agua. La frialdad de ésta le refrescó y al permanecer durante unos momentos en aquella posición, llegó hasta sus oídos un raro sonido. Era tan claro como el de una campana, su timbre era metálico y se repitió varias veces con un ritmo regular. Acompañándole, percibió otro rumor rasposo, como si algún recipiente de barro se arrastrara por las piedras.

El primer pensamiento de David fue que al borde del estanque debía de haber alguien con intención de atacarle. Se incorporó rápidamente, llevándose la mano al puñal que llevaba al cinto, pero alrededor del manantial todo era silencio y soledad. Recordando el timbre extraño de algunos de los ruidos que acababa de escuchar, le vino a la memoria algo de su niñez, cuando, acompañado de otros chiquillos, iba a nadar a un estanque en las proximidades de Belén. Una de sus diversiones favoritas era que uno de los muchachos hiciera entrechocar dos piedras debajo de la superficie del agua al borde del estanque, mientras los demás, buceando por el fondo, escuchaban el ruido que producían. Pero aquella noche no había nadie más que él y al

comprender que los ruidos que acababa de oír no podían provenir sino de una transmisión a través del agua, empezó a tomar forma en su imaginación una idea tan llena de emocionantes posibilidades, que el pulso le empezó a latir con violencia.

Se tumbó ahora sobre el suelo rocoso al borde del agua y volvió a meter la cabeza, escuchando atentamente.

Oyó el mismo murmullo de arrastrar un cacharro por las piedras, pero ahora acompañado de otro, que de momento no le fue posible identificar. De repente se dio cuenta de lo que era. Por increíble que pudiera parecer, se trataba de voces humanas.

El pulso de David emprendió ahora veloz carrera. Si lo que oía era lo que él pensaba, acababa de encontrar nada menos que la llave que podría abrirle las puertas de Jerusalén y entregarle la ciudad. Una rápida ojeada en torno suyo, le volvió a asegurar que nadie había en las inmediaciones del manantial.

Y siendo así, aquellos ruidos solamente podían tener un origen, debían de venir de algún lugar que se encontrase dentro de la roca maciza sobre la que Jerusalén se asentaba.

David se desnudó rápidamente y se metió en el agua. Estaba tan fría que le hizo dar una boqueada. Sus pies daban en el fondo, en tanto que su cabeza sobresalía del agua, de forma que pudo ir andando por el estanque hasta llegar a la base de la colina donde se originaba la corriente de agua. Tanteando con las manos las rocas que había bajo la superficie, descubrió la abertura por la que salía el agua del manantial desde su origen subterráneo para ir a llenar el pequeño estanque. Haciendo una inspiración profunda, se sumergió, introduciéndose por aquella abertura, para lo cual tuvo que luchar con la fuerte corriente que de ella salía.

El pasaje era muy corto. Casi inmediatamente se encontró en el interior de una pequeña caverna parcialmente cubierta de agua, pero también con la poca hondura suficiente para permitirle permanecer de pie. En la semioscuridad que reinaba, no podía decir si se trataba de una cueva natural o estaba hecha por la mano del hombre. Una rápida ojeada hacia arriba le reveló que había sido tallado un trozo en la dura roca. No le cupo la menor duda que ésta debía de llevar a la ciudad que estaba arriba, pues, había oído hablar de que tomaban precauciones semejantes los residentes en otros centros fortificados, para evitar que pudiera ser cortado por el enemigo el suministro de agua de un manantial situado más allá de las murallas. Bajaba por el pozo una luz difusa, y David se acercó más a la abertura inferior del cañón para ver de lo que se trataba.

De pronto oyó la voz de una mujer, cuyo eco bajaba rebotando por las paredes del pozo hasta llegar a sus oídos. Instintivamente se metió en el agua, de la que volvió a salir avergonzado por comprender que era imposible que la persona que hablaba le viera en la oscuridad de la caverna al final del pozo. Al sacar la cabeza del agua, lo hizo con el tiempo exacto para impedir que chocara con ella un cántaro que era bajado con una larga cuerda. Contempló, fascinado, en la semioscuridad, cómo se llenaba el cántaro y se hundía en la superficie del agua antes de ser izado por medio de la cuerda.

El cántaro bajó otra vez, mientras las mujeres que había arriba, las cuales indudablemente estaban dedicadas a sacar agua para sus necesidades domésticas, charlaban descuidadamente. Su conversación versaba sobre el sitio de la ciudad por el ejército israelita y su confianza de que las murallas protectoras de Jerusalén resistirían cualquier ataque por parte del invasor. David no podía dejar de pensar maravillado, mientras se agazapaba a un lado de la salida del pozo, lo que podrían experimentar aquellas mujeres si supieran que el simple hecho de bajar un cántaro para llenarlo de agua, le había dicho a él la manera de poder apoderarse de la ciudad.

Al terminar de llenar sus cacharros, las mujeres se fueron y David volvió a ponerse en pie bajo el pozo. Aunque acostumbrado ya a la penumbra, todavía no Je era posible ver bien, porque solamente se encontraba iluminada la parte superior del pozo, al parecer por medio de una lámpara encendida en su boca para ayudar a quienes fueran a extraer el agua. Pero pudo darse cuenta que la anchura del pozo era poco más de la longitud de su brazo, pareciendo haber sido excavado en la base de piedra de la colina en la que la ciudad estaba construida. Que la abertura superior estaba dentro de los muros de Jerusalén, lo demostraba la presencia de las mujeres, que no se hubieran aventurado a salir fuera de la ciudad una vez anochecido. Y lo más importante de todo, si a una mujer le era posible llegar con su cántaro al manantial a través del pozo, un hombre podría recorrer el mismo camino a la inversa, incluso aunque fuera de noche.

A la mañana siguiente, terminada la colación matinal y los trabajos de ordenación del campamento, mandó David que se formara el Ejército ante él. Como se encontraba subido en una peña, le era posible ver desde donde se encontraba, a los habitantes de Jerusalén que se dirigían a sus ocupaciones diarias con la misma tranquilidad que si los israelitas no se encontraran allí. Pensó David que esta confianza sería precisamente su perdición, porque era lo que les había hecho dejar sin vigilancia el pozo del manantial de Gihón. Al

pasar la mirada por sus tropas, vio algo que le acabó de dar la seguridad de que no podía fallar el plan que la noche anterior imaginara. Fue que advirtió la figura robusta de Joab, vestido con el uniforme del soldado raso, formado entre los hombres que tema delante.

—¡Hombres de Israel! —les dijo David—. He descubierto el medio de que Jerusalén caiga en nuestras manos, como cae del árbol una aceituna madura.

Ante estas palabras los soldados empezaron a lanzar gritos de entusiasmo, pues la posibilidad de conseguir abundante botín era algo que les entusiasmaba tanto como la gloria de la guerra o la conquista de nuevos territorios.

—Necesito un hombre de gran fuerza y de habilidad superiores a lo corriente, de un guerrero que piense sólo en la misión que se le va a confiar y no en su seguridad personal —continuó diciendo David—. Será un hombre que tal vez vaya a la muerte y por consiguiente, no puedo obligarle que realice esta difícil misión; pero si triunfa en el empeño, dándonos, como consecuencia, la victoria, prometo que será nombrado capitán jefe de los ejércitos de Israel.

Apenas acababan de salir estas palabras de su boca, cuando escuchó la contestación que esperaba oír. Era la voz de Joab, que exigía para sí el privilegio de realizar aquel cometido.

David no habló hasta que Joab llegó al espacio abierto ante él. Sus ojos se encontraron un momento, pero fue lo suficiente para demostrar que los dos hombres se habían entendido. Permitiéndole tomar parte en la peligrosa empresa como voluntario, David hacía posible que Joab volviera a recobrar su antigua posición, sin ofensa para aquéllos cuya lealtad todavía los inclinaba hacia Abner y la casa de Saúl.

—¿Qué propósito le guía al hijo de Zeruiah al aproximarse aquí?

David tenía buen cuidado de no demostrar cordialidad alguna hacia Joab. Hacerlo, hubiera representado una ofensa para otras tribus israelitas, que habían estado al servicio de Abner y de Ishbosheth. En cuanto a Judá, no despertó odio alguno que Joab matara a Abner. El hecho se miraba simplemente como la aplicación de la antigua ley mosaica que decía que la sangre de un hombre debe de ser pagada con la sangre de otro hombre, a mano de la familia de la víctima.

—El rey acaba de solicitar un hombre de gran fortaleza, capaz de luchar y sin miedo a morir —dijo Joab—. Ese hombre lo tiene ante sí, un soldado de Israel, de la tribu de Judá y de la familia de Zeruiah, trayendo sus armas en

contestación a la llamada la que deben responder cuántos aman y adoran a Dios nuestro Señor.

—El hijo de Zeruiah es tan bien recibido como lo sería cualquier otro que empuñara las armas de Israel —le dijo David— para actuar como voluntario en la difícil misión de que acabo de hablar.

Luego levantó la mano y dirigiéndose al ejército formado ante él, dijo:

—Regresad a vuestras ocupaciones, mientras yo me dedico a planear la batalla que va a librarse, en unión de vuestros jefes y del hombre que se ha ofrecido a arriesgar su vida para que la aventura tenga éxito.

A la conferencia estratégica que poco después tuvo lugar, asistieron los capitanes del millar, junto a Joab, Hushai, Abiathar, el sacerdote y el escriba Shisha, éste para registrar las deliberaciones. David les contó el descubrimiento que hizo la noche pasada y Abiathar comentó:

—Fue Dios quien os guió hasta aquel manantial. Sólo la voluntad del Señor es capaz de revelar accidentalmente lo que tan bien escondido estaba.

—Ahora que el Altísimo nos ha señalado el camino —continuó diciendo David— debemos de seguirlo con la mayor rapidez posible, antes de que los *jebuseos* se enteren de que tienen una puerta desguarnecida en el estanque que hay al este de la colina. He requerido el concurso de un hombre vigoroso, por exigirlo así el ascender por el cañón del pozo sin ayuda de tina cuerda.

—Para trabajo semejante no habéis podido haber escogido un hombre mejor —dijo Ittai con calor.

Los demás asintieron, pero Joab no mostró engreimiento por los elogios que se le otorgaban. Se daba cuenta de que debía de llevar primero a cabo la misión para la que se había ofrecido como voluntario, antes de que pudiese volver a ocupar su antiguo cargo de capitán jefe del Ejército.

—¿Cuándo se ha de realizar el intento? —preguntó Joab.

—Mañana por la noche a última hora, poco antes del amanecer, cuando no es de suponer que vaya alguien al pozo y pueda descubrirnos. Al mismo tiempo se llevará a cabo un ataque ficticio por la parte occidental, con objeto de distraer la atención de los *jebuseos*. Los hombres de Ittai se encontrarán preparados frente a la puerta principal. Cuando Joab y los suyos la abran desde dentro, entrarán en tromba.

—¿No sería mejor que fuera yo solo? —preguntó Joab.

David movió negativamente la cabeza.

—De ningún modo —dijo—. Sería arriesgar demasiado a una sola baza. Cuando te encuentres en el brocal del pozo, tirarás tina cuerda y los hombres subirán rápidamente por ella hasta estar a tu lado. De esta forma, aunque te

veas obligado a abrirte paso a la fuerza entre los pocos centinelas con que puedas tropezarte a esa hora de la madrugada, te será posible llegar hasta la puerta.

—¿Puedo escoger los hombres que han de acompañarme?

—Sí; todos, menos uno.

—¿Quién será el décimo hombre?

—Yo.

Reinó un momento de silencio embarazoso, que Hushai fue el primero en romper.

—¿Es que pensáis quebrantar el acuerdo que suscribisteis con el Consejo de Ancianos de Israel?

—Le prometí gobernar a conciencia, conducir a los hombres en las batallas contra el enemigo, servir al Señor y respetar sus leyes —respondió fríamente David—. Pero no existe cláusula alguna en el convenio que diga que yo no pueda ser uno de los diez hombres que acompañen a Joab.

—No hay nada de eso en el convenio, es cierto —reconoció Hushai—. Pero no olvidéis que Saúl fracasó como jefe de la nación precisamente porque era sólo un guerrero. Vos, David, sois a la vez guerrero y rey, la más valiosa joya que Israel posee después de Dios. No podemos permitir que arriesguéis vuestra preciosa existencia en una cosa que puede ser realizada por cualquier combatiente.

David miró en torno suyo. Lo que leyó en los ojos de los reunidos le dijo que todos estaban de acuerdo con las palabras que Hushai acababa de pronunciar. Pero fue Ittai de Gath el que pronunció el fallo decisivo.

—No soy otra cosa que un mercenario y el jefe de una banda de mercenarios —dijo—, pero tengo una deuda de caudillaje con los hombres que mando y que han depositado su confianza en mí. Si arriesgáis vuestra vida y alguien, en el fragor de la batalla, dice que habéis muerto, yo no tendré más remedio que retirarme con mis soldados antes de que sean aniquilados.

Por un momento sintió David como un arranque de cólera, poro que dominó apenas nacer. La nación iría adelante, tanto si tenía éxito ahora en conquistar Jerusalén o tenía que esperar diez años para llevarlo a cabo. Su deber estaba en el futuro, no en el presente ni en el pasado.

—Tenéis razón, mis buenos amigos —terminó diciendo—. La mayor de las bendiciones que Dios me ha otorgado, es poder contar con unos consejeros como vosotros.

—En eso os equivocáis —le rectificó gravemente Abiathar—. La mayor de las bendiciones que sobre Israel y sobre vos ha derramado el Señor, es que

precisamente hoy os habéis convertido en rey de todo el pueblo.

CAPÍTULO VI

Quién llegará a los canales y herirá al jebuseo… será jefe y capitán.

Samuel 11-5:8

Faltaban un par de horas para que amaneciera y la luna se había escondido ya, cuando David, al frente de la partida formada por Joab y sus diez hombres, llegaba a la parte oriental de la colina donde se asentaba Jerusalén al pie del estanque de Gihón. Entretanto, un destacamento de soldados preparaba un ataque de diversión hacia la parte oeste con objeto de reducir el número de defensores de la puerta principal y hacer que fueran menores las probabilidades de que alguien descubriera lo que iban a hacer los hombres del manantial de Gihón.

Silenciosamente bajaron los hombres hasta la depresión donde se encontraba el estanque. El silencio de la noche sólo se veía alterado por el borboteo del agua. Los asaltantes llevaban consigo solamente sus dagas. Con las espadas habían hecho un envoltorio, que sería subido por el pozo vina vez que Joab llegara a la parte superior. Arrollada cuidadosamente al cuello, llevaba éste un rollo de recia cuerda. Una vez realizada la ascensión inicial, lo que constituía con mucho la parte más difícil de la hazaña, dejaría caer la cuerda para que los demás trepasen por ella.

David se metió en el agua, con Joab pisándole los talones.

—Nos encontramos en la abertura del manantial —le susurró al sentir contra su cuerpo la fuerza de la corriente subterránea—. No tienes que hacer otra cosa que meterte un poco por debajo de la superficie para penetrar en la cueva interior.

La presión de los dedos de Joab en su brazo, le indicó a David que sus palabras habían sido comprendidas. Se sumergió, atravesó el pasaje e inmediatamente salió a la superficie, encontrándose de nuevo en la caverna donde la noche anterior había visto descender el cántaro. Instantes después apareció Joab a su lado y entonces tiró David dos veces de una cuerda que llevaba atada a la cintura. El otro extremo de la cuerda estaba en manos de los hombres que esperaban fuera en la oscuridad. Dos tirones era la señal convenida de que él y Joab se encontraban ya dentro de la caverna. Tres tirones quería decir que los diez hombres debían de penetrar a su vez,

utilizando la cuerda como guía para pasar por la abertura y penetrar en el recinto interior.

Comparada con la negrura que reinaba en el exterior, la pequeña claridad que se filtraba pozo abajo, hacía parecer que la caverna estaba casi iluminada.

—¡Por las tiendas de Israel! —exclamó Joab en un susurro—. ¡No podían haber abierto un camino mejor para penetrar en la ciudad!

—Falta por realizar una difícil ascensión —le recordó David en voz baja —. Y sería conveniente que la empezaras ya, antes de que algún madrugador pueda acercarse al manantial.

Fue preciso sólo un momento para comprobar que Joab llevaba todo su equipo completo: la daga al cinto, la cuerda arrollada al cuello y el paquete de espadas, que entregó a David, el cual lo colocó en el suelo en un lugar con el que podría dar fácilmente, tanteando con el pie.

—Recuérdalo bien —le dijo a Joab—. Tan pronto como llegues al brocal, tira la cuerda, a la que te ataré el paquete de espadas. Puedes necesitar una de ellas para asegurar la cuerda arriba. En cuanto hayas hecho eso, tiraré de la cuerda para que entren los demás.

Joab hizo un gesto de asentimiento y David se colocó inmediatamente debajo del cañón del pozo. Al enderezarse pudo tocar la parte inferior del mismo, pero le hubiese sido imposible por sí solo alcanzar su áspera superficie para ascender hasta él. Asentó firmemente los pies en el fondo del estanque subterráneo y luego se agachó de forma que Joab pudiera colocar el pie en su rodilla flexionada, como un primer paso para subírsele en seguida a los hombros. Ya en esta posición, Joab podía tantear con las palmas de las manos las paredes del pozo. Al incorporarse David, la parte baja del borde del cañón le llegaba a Joab exactamente por debajo de su cintura.

Asegurándose bien para poder resistir el peso considerable de Joab, David colocó primero una mano y después otra bajo la planta de sus pies. Después, haciendo un esfuerzo que coincidió con un salto súbito por parte de Joab, el cuerpo de éste fue proyectado al interior del pozo, donde pudo extender las piernas y se aseguró mediante la presión de los pies contra las paredes rocosas.

—Que Dios te acompañe… —le dijo David en un susurro al comenzar Joab a ascender.

La operación no tenía nada de fácil para el trepador. Tenía que mover primero un píe y después una mano, seguidos del otro pie y de la otea mano, sosteniendo el cuerpo en el interior del pozo por la simple presión de sus fuertes brazos y piernas contra las paredes del mismo. El progreso tenía que

ser necesariamente lento, pero un hombre de constitución algo menos robusta, no hubiera podido llevar a cabo semejante ascensión. Sin hacer caso de las piedras que le caían sobre la cara, David miraba hacia arriba tratando de ver la subida de Joab. De pronto cesaron de caer tierra y piedras.

—Me encuentro en una especie de recinto, pero ya veo el paso para salir de él —le informó Joab.

Poco tiempo después sintió que la cuerda caía, golpeándole los hombros. Rápidamente buscó el paquete de espadas y lo ató, siendo izado por Joab. En tanto que tenía lugar esta ascensión, dio tres tirones a la cuerda que llevaba atada a la cintura, apartándose a un lado de la angosta caverna, a fin de poder ir haciendo entrar a los soldados, conforme aparecieran por la abertura subterránea. Se había convenido, dado lo estrecho del recinto, que no hubiera en él más de tres soldados juntos. Al aparecer la cabeza del primer soldado debajo del agua, David le ayudó a incorporarse y le guió hasta el centro del estanque.

David, Joab y los diez hombres habían ensayado muchas veces cómo debían de actuar para subir todos por el pozo y entrar en la ciudad. El primer soldado se colocó directamente debajo del cañón del pozo, listo para ayudar al segundo a subir sobre sus hombros. Ése se agarraba a la cuerda y comenzaba la ascensión. El último hombre de cada grupo de tres era colocado en posición por el propio David. Con el auxilio de la cuerda, no tardaron los diez soldados en encontrarse junto a Joab en el brocal del pozo. La cuerda fue dejada colgando, por si fuera necesario emprender la retirada por el mismo camino.

Cuando David, al quedase solo, salió al exterior, un gran clamor de voces llegó hasta sus oídos, lo que le dijo que el ataque de diversión había ya empezado. Ascendió corriendo por la colina, insensible para sentir, en la emoción del momento, el frío que se filtraba por sus empapadas vestiduras.

No lejos de la puerta principal de Jerusalén, encontró a Ittai y a sus hombres, que aguardaban en la oscuridad.

—¿Cómo han ido las cosas? —le preguntó Ittai.

—Perfectamente. Joab encontró un recinto al llegar arriba, pero con un paso que le permitió salir de él.

Por la parte más alejada del otro lado de la colina el rumor del ataque de diversión se incrementaba cada vez más. El grupo que esperaba junto a la puerta, podía ver el ir y venir de las antorchas por la muralla y los gritos y maldiciones de los defensores, que se tropezaban los unos contra los otros en medio de la confusión.

—Los *jebuseos* sé jadiaban de que Jerusalén sería defendida por los cojos y los ciegos —dijo Ittai riendo entre dientes—. Parece que es verdad, a juzgar cómo chocan entre sí dentro de la muralla.

—El escándalo de la parte occidental es lo que origina el desorden. Mirad cómo se dirigen hacia allí las antorchas de los defensores.

Todavía no existía señal alguna dentro de la ciudad que denunciara que Joab y los suyos alcanzaran su objetivo y David empezó a sentir algo de aprensión. Poco después, del otro lado de la puerta principal, llegó un chaparrón de gritos, el entrechocar de las espadas y el alarido de un hombre al caer mortalmente herido. Luego se oyó el chirriar de las bisagras al abrirse la pesada puerta principal y la voz de Joab que gritaba jubiloso:

—¡Hemos tomado Jerusalén! ¡Viva David, rey de Israel!

Cuando Ittai dio la orden de avanzar, David se sorprendió a sí mismo lanzando el grito de guerra de Judá y se encontró, espada en mano, corriendo al lado de los mercenarios. No tardó en tropezarse con un soldado *jebuseo*. El hombre era valiente y estaba lejos de ser cojo o ciego, pero ante la destreza adquirida por David en los tiempos que era perseguido por las huestes de Saúl, poco podía hacer. Hubo unos cortos momentos de esgrima y David acabó derribando al soldado y siguiendo de nuevo su carrera tras Ittai.

Deprimidos por la inesperada presencia de las tropas israelitas dentro de los muros de la ciudad, que consideraban totalmente inexpugnables, los habitantes de Jerusalén perdieron pronto las ganas de combatir. En poco tiempo terminó toda la resistencia. David se puso al frente de su ejército, saliendo por la puerta principal. Allí encontró a Joab con la espada todavía ensangrentada y las vestiduras sucias y desgarradas a consecuencia de su ascensión por las paredes rocosos del pozo, el cual dio un paso orgullosamente hacia delante al ser nombrado para su antiguo cargo de capitán jefe de los ejércitos de Israel.

Al terminar la ceremonia, se unió a David y a los demás consejeros para tomar parte en el festín organizado con parte del botín del que se habían apoderado.

—Ittai me ha dicho que has dado orden de no matar a los que no han combatido contra nosotros —le dijo.

—Así es —contestó David.

—¿Y por qué? Antes acostumbrábamos siempre a acabar con todos los que eran nuestros enemigos.

—Los *jebuseos* no nos atacaron nunca. Hemos vivido siempre en paz con ellos, residiendo en el mismo corazón de nuestra tierra, desde los tiempos de

Abraham.

—Pero has tomado su ciudad.

—Ciertamente, pero sólo porque Israel necesita a Jerusalén como capital. Además estas gentes poseen aptitudes que nos pueden ser de utilidad.

—¿Aptitudes? ¿Qué aptitudes son ésas? No son metalúrgicas y ni siquiera buenos alfareros.

—Los *jebuseos* poseen un arte diferente, el de saber comprar y vender con provecho. Pueden evaluar las cosas sólo con mirarlas y hacer que los demás lo reconozcan.

—¡Vamos, sí, el arte del mercader! —exclamó Joab con desprecio—. La espada, en manos de un guerrero veterano, puede ganar en una sola arremetida tanto como un mercader gana durante toda su vida.

—Pero no olvides que un comercio próspero produce también riqueza y que esta riqueza puede servir para contratar los más poderosos guerreros. Lo que yo quiero decirte Joab, es que Israel no puede seguir siendo en lo sucesivo sólo una nación de luchadores, pastores, granjeros y viñadores. Para ser verdaderamente grandes, tenemos que traficar con los países vecinos, y para ello precisamos de mercaderes capaces, tanto como de la espada de nuestros guerreros.

—Una ciudad de mercaderes es como una cáscara vacía. Ya ves lo que le ha ocurrido a Jerusalén en cuanto no ha tenido murallas que la protegiesen.

David sonrió.

—Teniéndote a ti para guiarnos en el combate, no podremos tener miedo de nadie que nos ataque por el lado que sea. Te he echado mucho de menos, así como también a Abishai. Ojalá no haya nada que pueda volver a separamos.

CAPÍTULO VII

E Hiram, rey de Tiro, envió también embajadores a David.

Samuel 11-5:11

Aislada durante muchos siglos en medio de las tribus israelitas, Jerusalén no se había extendido gran cosa. En los tiempos en que fue capturada por David, un hombre podía dar la vuelta a sus murallas en menos de media hora. Era incluso demasiado pequeña para dar albergue al Ejército, en continuo crecimiento, de Israel, por lo que una de las primeras preocupaciones de David fue engrandecerla, lo que llevó a cabo con aquella energía que le caracterizaba del gran gobernante que había llegado a ser.

La primera expansión de Jerusalén se realizó extendiendo las murallas sobre la colina llamada de Sión para incluir dentro de ellas y cobijar una porción mayor de ciudad. Allí planeó David construir un hogar para sí y un edificio para sede del Gobierno, así como un templo para la celebración del culto religioso. Sin embargo, apenas iniciados los trabajos, llegó a Jerusalén una delegación portadora de un mensaje que iba a contribuir no solamente a la expansión y engrandecimiento de Israel, sino también a acrecentar la gloria de su rey. La delegación era del rey Hiram, de Tiro, el monarca de la más meridional de las grandes ciudades comerciales fenicias. No solamente proponía una alianza entre él y David, sino que además garantizaba su ayuda con constructores especializados y material adecuado para llevar a cabo el programa de expansión de Israel.

Joppa, que era el único puerto de mar de Israel, estaba pobremente equipado para que anclaran en él bajeles comerciales de gran tonelaje y por otra parte, la costa fenicia abundaba en puertos importantes, el mayor de los cuales era precisamente el de Tiro. La alianza propuesta complació mucho, por lo tanto, a David, porque además de darle acceso al mar le proporcionaba la considerable ventaja de poder traficar con una de las grandes potencias comerciales del mundo.

En cuando a los fenicios, su costa era casi toda ella montañosa en extremo, con terrenos abruptos muy cerca del mar. No poseían nada parecido a la zona ondulada del *sephelah*, que era uno de los mayores tesoros que Israel poseía, si bien la presencia de vecinas ciudades filisteas impedía su

completa utilización. Los fenicios podrían obtener con el tratado propuesto, comestibles, pieles y otros artículos semejantes, mientras Hiram podría proporcionar a David hábiles artesanos, tales como albañiles y carpinteros, que ayudarían a construir una nueva ciudad en el lugar que ocupaba el viejo centro *jebuseo* de Jerusalén. Y dado que Israel poseía poca madera para las construcciones, la alianza le prometía también a Hiram un buen mercado para los hermosos cedros que cortaba en las montañas del país llamado el Líbano, que se encontraba situado al oeste de su costa.

Lo más importante de todo, por lo menos desde el punto de vista de David, era que los fenicios no eran un pueblo guerrero, y que, por consiguiente, su alianza con ellos no representaba el menor peligro para Israel. En consecuencia los emisarios de Hiram fueron tratados con la mayor cortesía. A su regreso, les fue entregado un mensaje que decía que Israel y David se sentirían muy honrados en suscribir un tratado de paz y de amistad con la gran ciudad-estado de Tiro.

El período que siguió a la firma de este tratado, fue de una gran prosperidad y crecimiento de Israel, bajo la mano férrea de su soberano, que se encontraba por entonces en el ápice de la vida. El palacio que los artesanos fenicios construyeron era lujoso y de grandes proporciones. David llenó varias de sus múltiples estancias con nuevas esposas que tomó de las regiones vecinas, con lo que fomentó las buenas relaciones con varios pequeños Estados, como había hecho con el rey de Geshur.

Los departamentos asignados a los niños en el nuevo palacio, no tardaron en llenarse de príncipes y princesas de todas las edades. De todos ellos, los favoritos de David eran los que había tenido con Maacah. Su hermosa y morena hija Tamar hacía, en efecto, una gran pareja con Absalón, su atractivo hermano. Aunque éste no era el mayor de sus hijos, pues tal honor correspondía a Amnón, hijo de la dulce Ahinoam, era sin disputa el que gobernaba a todos los demás niños dentro de la casa real.

Incluso con tan gran harén, adecuado a su riqueza y posición, tuvo David buen cuidado en conservar a Michal como su esposa favorita, ante el temor que pudieran ofenderse las tribus que habían seguido al hijo de Saúl, Ishbosheth. Pero a medida que su poder crecía en unas proporciones que jamás pudo conseguir Saúl, la separación entre ambos se acentuó. Todavía iba a visitarla ocasionalmente, pero el arrebato amoroso de antaño ya no existía entre ellos. Y al correr de los días, el temperamento de Michal era cada vez más irascible y David tenía cada vez menos tolerancia con su continuo mal humor.

Entonces sucedió algo que de momento apartó todos los pensamientos de David de sus problemas domésticos y de la belleza y magnificencia de su capital. Desde la muerte de Saúl, la mayor parte del país situado al oeste del Jordán se encontraba bajo la soberanía titular de los cinco reyes *filisteos* que se unieron para derrotar a Saúl en el monte Gilboa. Incluso después de haber sido coronado rey de Israel, continuó David manteniendo la ficción de que era vasallo del rey Achish. Al obrar así, trataba de evitar la guerra con los *filisteos* antes de que estuviesen terminadas las nuevas murallas de Jerusalén y hubiera elevado la fuerza militar del resto de la nación al más alto nivel posible. Pero ya Jerusalén en manos de David, ni siquiera Achish de Gath tenía la menor duda de que el nuevo rey se estaba fortaleciendo en tales términos que no tardaría en enfrentarse con los reyes *filisteos* en el mismo pie de igualdad. Desafiando la nueva amenaza, como ya lo habían hecho ante el poder de Saúl, reunieron un poderoso ejército y por medio de una rápida maniobra penetraron profundamente en el territorio de Judea y amenazaron a la propia Jerusalén.

Al sudeste de la ciudad se extendía una amplia planicie conocida con el nombre de valle de Rephaim. Los *filisteos* tenían fácil acceso a esta llanura por el camino del valle de Elah y por otros varios pasos de la montaña. Convergían en ella buen número de caminos, y por esta razón, los *filisteos* pudieron emplazar un ejército considerable casi a la vista de Jerusalén, antes que a David le fuera posible reunir sus fuerzas para detenerles.

Si hubiera ya tenido terminadas las nuevas murallas de Jerusalén, David se podría haber retirado al interior de la ciudad, mientras el enemigo dilapidaba sus fuerzas tratando de abrir brecha en los muros, que en el presente estado en que se encontraban ofrecían serias roturas. Si David tenía que mantener una posición de completa independencia frente a sus antiguos señores, debía de infligir una seria derrota al enemigo, a pesar de la vulnerabilidad de su actual situación.

En cuanto tuvo noticias del ataque *filisteo*, David llamó a Abiathar en unión de su efod.

—Preguntad al Señor —le rogó— si debo de ir al encuentro de los *filisteos* y si hará que éstos caigan en mis manos.

Abiathar tocó la sagrada vestidura y se puso a orar, dando a continuación la respuesta sin vacilación alguna:

—El Señor os dice: «Ve contra ellos y seguramente haré que caigan en tus manos».

Inmediatamente convocó David a los capitanes de su ejército. Joab, siempre dispuesto a la lucha cuerpo a cuerpo, propuso un ataque frontal contra los *filisteos*, y David no tuvo esta vez otra opción que aceptar la sugerencia, pues las fuerzas enemigas se habían acercado demasiado a Jerusalén y era imposible realizar ninguna maniobra que pudiese resultar efectiva. Al encontrarse el enemigo a una hora de marcha de Sión, Joab se puso al frente del ejército de Israel, y el mismo día, en un lugar llamado Baalperazim, los dos enemigos chocaron violentamente. La lucha fue sangrienta desde los primeros momentos, pero las fuerzas que David había reunido contra los atacantes, eran muy diferentes de los bisoños soldados reclutados por Saúl, en una época en que se mostraban demasiado propicios para lanzar el clásico grito de retirada: «¡Cada hombre a su tienda, oh, Israel!».

En las líneas de vanguardia se encontraban los bien entrenados guerreros de Gath y Caphtor. Detrás de ellos se alineaban los hombres de la antigua partida de David, fogueados por los largos años de sufrir persecuciones entre el dédalo salvaje de montañas y barrancos de Judea. Apoyando a estas tropas, se hallaban, alternativamente, las levas formadas por los hábiles honderos de Benjamín y por arqueros adiestrados a disparar sobre las cabezas de las filas de los demás soldados y hacer caer mía lluvia de flechas sobre el enemigo.

Al anochecer, los *filisteos* habían sido rechazados casi hasta la entrada del valle de Rephaim, retirándose a las montañas a reagrupar sus fuerzas. El campo de batalla se encontraba literalmente cubierto de las pequeñas imágenes llamadas *terafim*, que todos los guerreros *filisteos* llevaban consigo con la creencia que aquellas reproducciones de su dios familiar les traerían suerte en el combate. Y puesto que la pérdida de un *teraf* lo consideraban como una derrota, los israelitas se apoderaron de todas las minúsculas imágenes que pudieron recoger en el campo de batalla y las quemaron.

David no tomó parte efectiva en la batalla. Recordaba demasiado bien el consejo que le había dado Hushai y todos los demás, cuando hubiera deseado subir por el pozo del manantial con Joab. Presenció la lucha desde una elevada colina, que proporcionaba un excelente punto de vista por abarcar en conjunto el campo de batalla. De vez en cuando, si lo estimaba necesario, enviaba mensajes a los diferentes cuerpos de ejército, con instrucciones si debían cambiar de táctica. Después del anochecer, cuando el enemigo se hubo retirado a las montañas, los jefes subieron a la colina para dar su parte a

David. El rostro de éste, ante la relación de los muertos, moribundos y heridos que le presentaron, se ensombreció más y más.

—Hemos perdido más hombres de los que podemos permitirnos. Si mañana perdemos otros tantos, podremos dar la batalla por perdida.

—Por cada hombre que cae, el enemigo pone dos en su lugar —reconoció el propio Joab—. De no ser por el valor de los *peletitas* y de los *queretitas*, nuestros flancos hubieran acabado por ceder.

Benaiah, un fornido guerrero, cuya estatura no se diferenciaba de la de los demás mercenarios de Caphtor que mandaba, hizo uso de la palabra:

—Los elogios del hijo de Zeruiah suenan como música en mis oídos. Pero debo decir que mañana no nos será posible resistir como lo hemos hecho hoy.

—Quizá los *filisteos* no lancen mañana tantos hombres como lo han hecho ahora —sugirió Abiathar.

Pero David movió, dubitativo, la cabeza.

—Desde mi puesto de observación —dijo— he podido ver como atravesaban nuevos refuerzos los pasos del Norte. Mañana tendremos que enfrentarnos con fuerzas todavía mayores.

En ese caso las cosas no podrían irnos bien —añadió Joab con pesadumbre—. A menos que nos retiremos a Jerusalén y podamos defender las brechas de las murallas.

—No olvidemos que es el Señor quien mañana ha de damos la victoria o la derrota —les recordó David—. Quedaos aquí mientras yo voy a rezar ante el efod, a ver si recibo alguna revelación de la voluntad de Dios.

Incluso los mercenarios, que no adoraban al dios de Israel, sino que llevaban sus propios minúsculos *terafim* entre sus ropas, no tuvieron nada que oponer, puesto que en más de una ocasión a las plegarias de David fueron premiadas con la revelación de un plan que convirtió en victoria la derrota. Respetando su deseo de estar solo cuando trataba de comunicarse con el Dios que le había guiado a través de tantas dificultades, ni el propio Abiathar se ofreció a acompañarle, limitándose a entregarle el envoltorio de tela de lino, que contenía el efod.

Hacía frío en la cumbre de aquella montaña, pero cuando David se colocó el efod sobre los hombros, como tenía derecho a hacer en su calidad de sacerdote y rey, y tocó los enjoyados bordados que lo cubrían, experimentó una vez más la sensación, cálida y confortadora de una presencia superior, tal como le sucedió la primera vez en el valle de Elah. Al mirar a lo largo de la llanura de Elah hacia el campamento de los *filisteos*, empezó a formarse una imagen en su pensamiento.

Era un cuadro familiar y al propio tiempo extraño. Familiar, porque el valle que tenía ante sí era el mismo que había contemplado durante el día, mientras la marea de la batalla subía y bajaba; extraño, porque aun cuando sus ojos le decían que el valle estaba en tinieblas, pues la luna todavía no había salido, aquella imagen estaba tan llena de luz como si la contemplara al mediodía. Y mientras contemplaba, asombrado, aquel cuadro interior, vio muchas cosas que en el calor y entusiasmo de la batalla no se había dado cuenta.

En el otro extremo del valle se alzaba un bosquecillo de moreras que muchas veces contempló y en el que se detuvo en más de una ocasión cuando regresaba a Jerusalén después de un día de marcha, para coger un poco de fruto. Sin embargo, era como si contemplara aquel bosquecillo por primera vez. Podía ver las gruesas ramas que crecían cerca del suelo y que el peso del fruto y del follaje hacían bajar más, formando una sólida barrera verde, una pantalla tras la cual se podría ocultar un considerable número de hombres, sin correr el riesgo de ser descubiertos.

En tanto que examinaba aquel cuadro mental del bosquecillo de moreras, le pareció oír una voz, que le salía de lo más profundo de su alma, y que le decía: «No les ataques de frente. Rodéalos por detrás y cae sobre su retaguardia desde el bosquecillo».

Era un plan audaz, y por su mismo atrevimiento, lógico y sencillo. Desde aquel punto, detrás de las principales fuerzas filisteas, un pequeño grupo de escogidos combatientes hábiles podría sembrar la confusión y la derrota en las filas enemigas. Incluso el momento de lanzar la acción no ofrecía problemas, porque en aquel clima la brisa se levantaba siempre al salir el sol. El ondular de las copas de las moreras a causa del viento podría ser la señal a los que se ocultasen detrás del bosquecillo para que atacasen.

Al descender de la cúspide de la montaña David iba sonriendo.

—He aquí el camino que el Señor quiere que sigamos mañana para combatir contra el enemigo —explicó a los que formaban el grupo que les estaba esperando—. Ittai y Benaiah emprenderán con sus hombres una marcha entre la medianoche y el amanecer, para ir a esconderse detrás del bosquecillo de moreras que existe en el otro extremo del valle, esperando allí hasta que salga el sol. Cuando yo dé la orden, los que nos encontremos en el valle fingiremos que retrocedemos. Entonces, cuando el enemigo se lance en nuestra persecución, los que están ocultos se arrojarán contra la retaguardia de

los *filisteos*. La brisa del amanecer que empezará a agitar las ramas altas de los árboles, será la señal para que inicien la acción.

—¡Por Asherah[8], esposa de Baal! —gritó uno de los capitanes mercenarios—. ¡Será una cosa tan sencilla como cascar una nuez entre dos piedras!

—Y si cascamos bien esa nuez, su fruto os sabrá muy dulce cuando mañana lo saboreemos antes de ponerse el sol —les prometió David—. Que cada uno da cuenta a sus hombres del papel que les corresponde jugar. Yo estaré en la cumbre de la montaña, vigilándolo todo.

—¿No has dejado nada para que lo haga yo? —preguntó, quejoso, Joab.

—Al contrario, a ti te corresponderá realizar la misión más importante de todas —le contestó David—. Tu papel será emprender la persecución del enemigo cuando se vaya retirando hacia el Oeste.

—Podemos rechazarlos más allá de Gath —dijo Joab con los ojos brillantes de entusiasmo—. Con ese territorio en nuestras manos, Filistea será conquistada y en el porvenir ya no tendremos enemigos.

—Te olvidas del Este, del Norte y del Sur —replicó David—. Antes de que el reino de Israel acabe de tomar forma, te prometo que podrás mojar tu lanza en el mar Rojo, en el río Éufrates y en el Gran Mar a los pies del monte Carmelo.

Nadie contestó. Porque de todos los presentes, solamente David poseía la visión suficiente para ser capaz de soñar semejante sueño.

CAPÍTULO VIII

Y pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo y lleváronla de la casa de Abinadab que estaba en Gibeah.

Samuel 11-6:3

Las fuerzas a las órdenes de Ittai y de Benaiah dieron una amplia vuelta al campamento *filisteo* poco después de la medianoche, para llegar al bosquecillo de moreras y tomarse allí un breve descanso antes de que diera comienzo la batalla. Por entonces la luna ya había asomado por las tranquilas y sombrías montañas de Moab, por el Este, y el cielo estaba tachonado de estrellas.

David se encontraba solo, sentado a la puerta de su tienda, experimentando una vez más la sensación de desamparo que lleva consigo el peso de una gran responsabilidad. Sus pensamientos iban más allá de aquellos campos que tenía ante sí, porque si la batalla del día siguiente se desarrollaba tal como él esperaba, quedaría abierto el camino del Oeste, y el enemigo, cuyo empuje durante más de un siglo no había hecho otra cosa que contraer las fronteras de su propia tribu de Judá, sería por fin rechazado y encerrado en una pequeña zona poco superior en extensión a la que ocupaban las ciudades de la costa. Entonces Filistea dejaría de ser un peligro para la joven y creciente Israel. Era un pensamiento a la vez temerario y emocionante, que no le permitió conciliar el sueño hasta que la noche estaba muy avanzada.

El sol acababa de elevarse sobre las cumbres de Moab cuando el ejército *filisteo*, confiando en la victoria, se dirigió de nuevo al valle de Rephaim para enfrentarse con las fuerzas israelitas. En el momento de empezar a chocar los escudos de ambos antagonistas de primera línea, Joab, siguiendo las instrucciones de David, dio la orden de retirada hacia la fortaleza de Jerusalén. Como este último esperaba, los *filisteos* se lanzaron afanosamente en su persecución, prorrumpiendo en gritos de guerra ante aquella promesa de victoria.

Durante irnos instantes, temió David que Ittai y Benaiah, esperando que se levantara la brisa que moviera las copas de los árboles, pudieran llegar demasiado tarde. Pero en aquel preciso instante el viento mañanero acarició su frente y al mismo tiempo vio que las ramas altas de las moreras, al otro

extremo de *la* planicie, empezaban a agitarse. Su emoción fue profunda cuando observó que los mercenarios salían de la protección del bosquecillo y se arrojaban sobre la retaguardia del ejército *filisteo*.

Joab también había estado esperando aquel momento. David pudo oír su grito de júbilo antes de asir el gran *shofar* que llevaba pendiente del hombro antes de emitir un fuerte trompetazo, que era la señal para que sus tropas volvieran a combatir. Luego se lanzó a lo más recio de la pelea agitando su gran espada. Detrás de él se tensaron las cuerdas de los arcos, y las flechas, pasando por encima de las filas más avanzadas de los israelitas, empezaron a llover sobre el enemigo. Silbaron también las hondas de los *benjaminitas* al lanzar sus piedras contra los *filisteos*.

Una vez que Ittai y Benaiah atacaron la retaguardia enemiga, el resultado de la batalla no tema ya duda. Los *filisteos* no pudieron seguir avanzando sobre Jerusalén. Por el contrario, en tanto que el sol empezaba a ascender por el firmamento, iniciaron su retirada hacia el Oeste, seguidos de Joab en enconada persecución. Antes de que oscureciera, el combate se había desplazado tanto hacia aquella dirección, que David ya no podía ver lo que ocurría desde su destacado puesto de observación de la montaña. Aun cuando Joab no pudo llevar a cabo la esperanza que alimentaba de apoderarse de Gath y otras ciudades filisteas, la victoria había sido de todas formas tan grande, que durante muchos años impediría que Israel volviera a ser amenazado por el enemigo.

Para celebrar la gran victoria, ordenó David que se sucediera un período de fiestas y conmemoraciones en toda la nación. En mucho mayor grado de lo que él mismo había esperado, Jerusalén se convirtió en la verdadera capital política del reino unido de Judá e Israel. Pero quedaba todavía por hacer una cosa, antes de que su plan quedara completado: Jerusalén debía de convertirse también en la capital religiosa de la nación. Con este fin, tenía que ser trasladada hasta la nueva capital el Arca de la Alianza, que se encontraba en Gibeah.

Después de haber sido recobrada de los *filisteos* más de veinte años antes, el Arca[9] fue trasladada a Gibeah, donde se guardaba en la casa de un hombre muy piadoso llamado Abinadab. Pero con el traslado de la capital a Jerusalén, esta ciudad se había convertido en el lugar adecuado donde debía de estar. David ordenó que se preparara para alojarla, un magnífico nuevo Tabernáculo, en una tienda todavía más lujosa que la de Nob.

El día señalado para realizar el traslado, una gran muchedumbre, capitaneada por David, se encaminó a Gibeah, localidad situada a dos horas

de distancia, a pie, de Jerusalén. En la casa de Abinadab fueron saludados por los dos hijos de éste llamados Uzza y Ahio, que en aquel entonces estaban encargados de la custodia del Arca. Los sacerdotes la colocaron sobre un carro que Ahio guió en el viaje de regreso a Jerusalén. Uzza iba a pie al lado del vehículo y David delante de él.

David vestía un sencillo efod de lino, propio de un sacerdote de menor categoría, como símbolo de su humildad y obediencia a la voluntad de Dios. Seguía siendo el dulce cantor de Israel, y mientras caminaba iba tocando el arpa y entonando canciones en acción de gracias al Señor. El pueblo le seguía lleno de alegría. Algunos tocaban salterios y cuernos y otros marcaban el ritmo del paso con panderos y címbalos. Era un día del más extremado regocijo para todos. El corazón de David estaba inundado de felicidad, porque traía consigo el Arca de la Alianza, sagrado símbolo de la presencia de Dios, para que descansara en lugar adecuado en la nueva capital de Israel.

Y precisamente en aquellos momentos sobrevino la tragedia. Cuando la procesión pasaba junto a un terreno de trilla que había al lado del camino, una de las ruedas del carro que conducía el Arca tropezó con una piedra, bamboleándose el vehículo y estando a punto de volcar. Instintivamente, Uzza, que caminaba a su lado, para evitar que cayera, puso su mano en el Arca, cosa que solamente podían hacer los sacerdotes.

David, que iba delante, oyó un súbito grito de terror por parte de los que seguían al carro. Ordenó detenerse, y al retroceder, se encontró con que Ahio estaba arrodillado al lado de su hermano caído, mientras los que les rodeaban sollozaban y gemían presos de hondo temor.

—Los bueyes hicieron vacilar el carro —le explicó Ahio— y Uzza debió temer que el Arca cayese y puso su mano en ella. Los que lo presenciaron dicen que inmediatamente cayó muerto.

Un murmullo de voces confirmó el relato. David no tenía medios de averiguar si la trágica muerte de uno de los que hasta hacía poco habían custodiado el Arca, se debía a un accidente casual o a la cólera del Señor. Él no iría contra la voluntad de Dios, si lo que verdaderamente quería con aquel aviso era que el Arca no fuera llevada a Jerusalén.

—¿Qué he de hacer para que el Arca venga a mí? —inquirió.

La pregunta era formulada tanto a sí mismo como a cuantos le rodeaban, porque la trágica muerte de Uzza se le presentaba como un dilema difícil de resolver acerca de lo que procedía hacer con el Arca.

—No desafiéis la cólera del Señor —contestó a su pregunta un hombre barbudo que había ido caminando detrás del carro—. A su debido tiempo os

será revelado lo que proceda hacerse con el Arca sagrada.

El que así hablaba era un hombre alto, ancho de hombros y en la flor de la vida. En nada se parecía al débil y anciano Samuel, y sin embargo, había algo en sus ojos, en su actitud llena de ardor y de convicción, que a David le pareció que no podía ser fruto de ningún interés personal y que le recordó al viejo profeta que un día, mucho tiempo atrás, le había ungido a él en Belén.

—¿Quién sois? —le preguntó.

—Es Nathan, mi señor rey —contestó por él Ahio—. Es un profeta por el que habla la voluntad de Dios. A menudo solía orar junto al Arca, cuando estaba en casa de mi padre.

—¿Qué es lo que procede hacerse con el Arca?

—Un hombre llamado Obededom reside cerca de aquí —respondió Nathan—. Él y toda su familia adoran al Señor y guardan sus mandamientos. Que los sacerdotes lleven a su casa él Arca. Si el Señor derrama sus favores sobre ella y sobre los que la habitan, podéis estar seguro de que no está irritado porque el símbolo de su sagrada Alianza sea trasladado a Jerusalén.

—Preocupaos de que así se haga —le dijo David—. Después, seguidme a la ciudad. Quiero que estéis a mi lado para que el Señor pueda hablarme por mediación de vuestro corazón y de vuestra voz.

Transcurrieron tres meses antes de que Nathan pudiera llevar a David la noticia de que las bendiciones del Señor habían caído sobre la casa de Obededom a causa del Arca. De nuevo volvió a formarse una gran procesión para llevar él sagrado símbolo de la presencia de Dios a la ciudad. Como en la ocasión anterior, David presidió el cortejo, vistiendo el sencillo efod de lino del más modesto de los sacerdotes y levitas y tocando el arpa. Tan grande era la felicidad que sentía porque hubiese Dios accedido por fin a que el Arca fuera llevada a Jerusalén, que lo mismo que en el cortejo de su propia boda, años atrás, se puso a cantar y a bailar con todos los demás en la alegre procesión. Sólo una persona en todo Jerusalén miró con disgusto aquella explosión de regocijo: Michal, su esposa.

David había convertido a ésta en su favorita, en reina titulada de la nación, por ser la hija del antiguo rey. Pero por haber sido capaz de aumentar el poder y la gloria de Israel en un corto espacio de tiempo, haciendo mucho más de lo que su padre había sido capaz de hacer durante todo su reinado, fue como una gangrena de envidia que carcomió el corazón de Michal. Al correr los años, su carácter se hizo cada vez más intratable, particularmente cuando resultó evidente que el tosco castillo de su padre era más pequeño, allá en Gibeah,

que el patio del magnífico palacio de David sobre la altura de Sión, en Jerusalén.

Michal había presenciado la entrada de la procesión portadora del Arca en la ciudad. Cuando David llegó, al palacio para cambiarse el sencillo efod por ropaje más regio, fue a su encuentro en las habitaciones de su esposo.

—¡Cuán honrado ha sido hoy el rey de Israel —le dijo con voz que rezumaba sarcasmo— exhibiéndose estúpidamente ante los ojos de las criadas de sus siervos con contorsiones dignas de un juglar!

David comprendió al mirarla que para él ya no era aquella mujer otra cosa que mi ser malévolo y rencoroso. No le inspiraba sino lástima, lástima por no haber sabido comportarse como una verdadera esposa y una digna compañera, a causa de la envidia y el despecho que la carcomían.

—Danzaré delante de Jehová —dijo fríamente— que me eligió en lugar de tu padre y de toda tu casta por príncipe de Israel. Y delante de las criadas que dijiste, delante de ellas seré honrado.

Michal palideció ante estas palabras y el tono con que fueron pronunciadas. Por un momento permaneció bajo el dintel de la puerta, como si esperara de él algún signo de enternecimiento. Pero al ver que David continuaba vistiéndose sin hacerle el menor caso, como si se tratara de una sirvienta, dio la vuelta rápidamente y salió de la habitación.

El rompimiento con la casa de Saúl era ya definitivo. De ahora en adelante, sería David y sólo David quien remase en Israel.

QUINTA PARTE

UNA MUJER LLAMADA BETHSABE

¿No es aquélla Bethsabé, la hija de Eliam, esposa de Uñas, el hitita?

Samuel 11-11:3

CAPÍTULO PRIMERO

Mira, ahora yo moro en edificios de cedro y el Arca de Dios está entre cortinas.

Samuel 11-7:2

El nuevo palacio de David en Jerusalén era el edificio más magnífico de todo Israel. Construido sobre la más oriental de las dos elevaciones separadas por una depresión conocida con el nombre de valle de Hinnom, dominaba toda la llamada «Ciudad de David», nombre con el que era conocida Jerusalén después de ser conquistada a los *jebuseos*.

La obra de reconstruir y extender la murallas de Jerusalén, había sido temporalmente interrumpida con motivo del ataque de los *filisteos* por el valle de Rephaim. Pero una vez que el enemigo fue severamente castigado y rechazado casi hasta Gath por la enconada persecución de Joab, volvió a ser reanudada. La muralla quedó terminada casi al mismo tiempo que los hábiles artesanos de Tiro acababan la construcción del palacio de David. Las fortificaciones incluían una torre de gran robustez y un muro de contención por encima del manantial de Gihón, de forma que los centinelas que pudieran estar de servicio en aquélla pudieran ver a cualquiera que intentara seguir el mismo camino que Joab y sus compañeros cuando entraron en Jerusalén por el pozo. Incluso si una partida enemiga lograba atravesar el pasaje subterráneo, sería inmediatamente descubierta y capturada al aparecer dentro del muro de contención.

El harén y la ya numerosa familia de David, ocupaban una gran parte del palacio. Una de las alas del mismo fue destinada a los más destacados funcionarios del Gobierno. Dada la creciente expansión de las fronteras de Israel, su administración se hacía cada vez más complicada. El elemento principal de esta burocracia era el escriba egipcio Shisha, que demostró ser tan leal a David como lo eran Ittai de Gath y Benaiah, jefe éste de los mercenarios y de su casa militar e incluso de Joab, que era quien mandaba los soldados de todo el reino.

Poco después de la conquista de Jerusalén, empezó a resentirse la salud del sacerdote Abiathar, y el puesto de sumo sacerdote fue ocupado, andando

el tiempo, por Zadok, su brillante discípulo, que había sido ya uno de los más íntimos consejeros de David.

Puesto que el registro de los anales de un país es un factor importante en todo Gobierno bien organizado, Shisha enseñó a un joven llamado Josafat para que se encargara de llevarlos.

Los hijos mayores de David, ya muchachos activos y capaces, fueron nombrados gobernadores de distrito. A Absalón, que era su favorito, le fue asignada la tribu de Judá. El propósito que guiaba a David al nombrar gobernadores a sus hijos, era hacerles dignos de la responsabilidad de los puestos de mando desempeñados con firmeza.

Mucho le quedaba todavía por hacer hasta que David pudiera convertir en realidad el sueño que tuvo en el Desierto de Parán. Todavía se veía acosado en algunos lugares por estados poderosos que odiaban a los hebreos. Odiaban en particular a David, porque era un caudillo fuerte y agresivo, que mostraba indicios de ser capaz de amalgamar a las tribus que acostumbraban a pelearse entre sí, formando con ellas una sola fuerza combativa. Esta fuerza, atacando desde la fortaleza central de Jerusalén, temían que fuera capaz de dominarles con el tiempo.

Si todas estas naciones circundantes, los *ammonitas*, que habitaban la comarca montañosa oriental, los *maobitas* al este del lago Salado y por el Norte los sirios de Damasco, se hubieran unido, podrían haber destrozado el sueño de David de un solo golpe, reduciéndole de nuevo a la condición de vasallo, como lo había sido ya del rey Achish de Gath. Pero debían de transcurrir todavía algunos siglos antes de que formaran una confederación de Estados y reyes, olvidando sus mezquinas envidias.

David estaba con razón orgulloso de su hermoso y nuevo palacio. Las piedras del mismo habían sido talladas y ensambladas por hábiles obreros fenicios. Los grandes techos los sostenían vigas y columnas de cedros cortados de las montañas densamente pobladas del Líbano. Además, David había capturado gran cantidad de botín en sus campañas pasadas, la mayor parte del cual fue utilizado para adornar el palacio y llenar el arca del tesoro, con vistas a emplearlo cuando las próximas acciones militares exigieran grandes desembolsos. El palacio tenía a sus pies una metrópoli progresiva, porque la prudencia que tuvo David de no aniquilar a los *jebuseos*, tuvo como consecuencia el expansivo comercio que había llegado hasta Jerusalén. La ciudad era ya el mercado central de toda la nación, así como un importante cruce de los caminos de caravanas que venían de todas las direcciones.

Con toda esta prosperidad, tenía razones sobradas David para poder estar satisfecho. El que no lo estuviera del todo y existiera un factor en su vida que amargaba su conciencia y no le dejaba disfrutar de su buena fortuna y de la magnificencia de su palacio, residía en que todavía no había conseguido levantar un digno lugar de residencia para el sagrado símbolo de la presencia de Dios, el Arca de la Alianza, templo, por tanto, del Altísimo.

David insistía siempre en que Nathan el profeta le tuviera siempre al corriente de sus andanzas, a fin de poder consultar al hombre más santo de la nación cuando las circunstancias lo exigieran. Ahora había decidido reclamar su presencia en Jerusalén.

—¿No veis cómo yo moro ahora en edificios de cedro, mientras el Arca de Dios está entre cortinas? —le preguntó cuando vio ante él, recibido en audiencia, al alto profeta de larga barba y cabellera de nazareno—. Comunicad mis palabras al Altísimo y decidme si esta situación puede continuar.

—Haced lo que esté en vuestro corazón porque el Señor se encuentra a vuestro lado.

Gran felicidad proporcionaron a David estas palabras porque las creyó interpretar en el sentido de que podía emprender la construcción de la casa de Dios, tal como tenía planeado, en reconocimiento a la forma que el Altísimo le había guiado para que pudiese ocupar su posición presente de eminencia y esplendor. Sin embargo, aquella felicidad se le desvaneció cuando al día siguiente llegó Nathan a su presencia.

—Anoche la palabra del Señor vino de nuevo a mí —anunció el profeta.

—¿Y cuál es la voluntad del Altísimo? —le preguntó David.

—He aquí lo que Señor ha dicho: «*¿Pretendéis construirme una casa dónde residir, cuando no he habitado en ninguna desde que traje a los hijos de Israel sacándolos de Egipto, hasta el presente, no utilizando sino una tienda y un tabernáculo? En todos los lugares a los que he ido con los hijos, de Israel, ¿dije a alguien palabra alguna ordenando que se me construyera una casa de cedro?*».

Hizo una pausa el profeta y después prosiguió:

—«Ve pues», —continuó diciéndome el Señor— a mi hijo David y dile: «*Te saqué del redil de tus corderos para gobernar sobre mi pueblo de Israel, y fui contigo dondequiera que fueses, exterminé a todos tus enemigos e hice que tu nombre fuera tan famoso como los de los más famosos hombres de la Tierra. Además, escogeré un lugar para que mi pueblo de Israel pueda residir como en tierra propia y del cual no tenga que marcharse jamás*».

—¿Me prohíbe entonces el Altísimo construirle una casa donde pueda residir? —preguntó David.

«Cuando tus días hayan terminado y vayas a dormir al lado de tus padres, dijo el Señor que os comunicara —continuó el profeta— me cuidaré de que tu progenie continúe reinando. Tu sucesor será el que construya una casa en mi nombre, donde estableceré el trono de su reino para siempre. Seré su padre y él será mi hijo. Si comete alguna injusticia le castigaré con la vara de los hombres y con el flagelo de los hijos de los hombres, pero mi misericordia no le abandonará jamás, como abandoné a Saúl, a quien hube de eliminar antes de ti. Y tu casa y tu reino quedarán establecidos para siempre».

David nunca dejó de obedecer los dictados de Dios, tanto si llegaban a él por las palabras de algún profeta como Nathan, o por la voz familiar y confortadora que en contadas ocasiones había escuchado dentro de su propia alma. Aun cuando Dios parecía haber encontrado sus manos demasiado manchadas de sangre en las múltiples batallas que había tenido que sostener por Israel para permitirle construir el templo sagrado, por lo menos le había dado la seguridad de que la casa de David seguiría reinando después de su muerte, seguridad que con anterioridad no fue concedida a hombre alguno.

Para demostrar su gratitud a Dios por su promesa de que su casa mantendría el cetro de Israel, David se dedicó resueltamente a extender su reino. Y aquí se puso de manifiesto su inspirada sabiduría de haber escogido a Jerusalén como capital de Israel.

Aproximadamente a medio día de rápida marcha hacia el Este, el más importante camino de Egipto cruzaba las rutas de las caravanas que iban desde el *shephelah* al distrito de Gilead cruzando el Jordán. Allí David podía observar prácticamente todo el dominio de Israel, así como el territorio enemigo que le rodeaba. Lo que aún era más importante es que le era factible mover rápidamente sus fuerzas en cualquier dirección desde la capital. Al mismo tiempo estaba seguro de poder volver con la misma rapidez a la ciudadela en caso de que partiera cualquier ataque desde cualquier punto. Así ganaba una notable movilidad de operaciones que le permitía reducir el número de las fuerzas que habría de mantener de una manera permanente.

En cualquier operación militar de importancia, tal como el ataque contra los *filisteos* que ahora estaba David planeando, las tribus israelitas del Noroeste —Issachar, Neftalí, Asher, Dan y Zebulón— no eran de gran importancia, puesto que eran bastante reducidas e incapaces de una acción independiente. La mayor fuente de fuerza de David había residido siempre en

su propia tribu de Judá, hasta que adquirió el territorio asignado a los hijos de José en Gilead, después de la muerte de Abner y de Ishbosheth. Con estas fuerzas detrás de él, David podía atreverse a lanzar una gran ofensiva contra los *filisteos*. Esperaba con ello levantar la amenaza que éstos hacían pesar sobre su seguridad militar, antes de que pudiera dirigir su mirada hacia la altiplanicie llena de ricas posibilidades al otro lado del Jordán.

Moviéndose directamente hacía el Nordeste por el camino de Beth-horon, las altamente disciplinadas fuerzas de la propia partida de David, junto a los mercenarios y las levas que les acompañaban, pudieron conquistar la región alrededor del valle de Jezreel, llave de la entrada de Gilead a través del Jordán. Siguiendo entonces hacia el Oeste, a la sombra del monte Carmelo, las fuerzas de David alcanzaron la orilla del mar y dieron la vuelta hacia el Sudoeste pasando por sus antiguas guaridas de las vecindades de Hebrón y Ziklag. Desde esta posición dominante, les fue posible dirigirse de nuevo hacia el Oeste, hacia las orillas del Gran Mar y comprimir al enemigo en la zona más pequeña que los *filisteos* habían jamás ocupado, limitada principalmente a las ciudades de Ekron, Ashdod, Ashkelon, Gaza y Gath.

Después, por medio de una rápida operación, David pudo conseguir el control de los importantes caminos de caravanas que cruzaban el área alrededor del valle de Jezreel y también cercar a sus antiguos enemigos de una manera tan completa que ya nunca más fueron lo suficientemente fuertes para lanzar un ataque contra él. En el curso de esta campaña, la primera promesa de David a su capitán jefe quedó cumplida: Joab pudo bañar su lanza en las aguas del Gran Mar.

David dirigió ahora su vista hacia el Este, donde se encontraban las adquisiciones más importantes para la expansión de su reino.

CAPÍTULO II

Y así fueron los moabitas siervos de David bajo pago de tributo.

Samuel 11-8:2

Desde los tiempos de Moisés y el éxodo de Egipto, los hebreos habían alimentado odio contra los *edomitas* y los moabitas que vivían en la tierra selvática al este del mar Salado y los grandes yermos del Arabah en el Sur. En su camino hacia la tierra de promisión de Canaán, las tribus vagabundas conducidas por Moisés habían retrocedido hacia Kadesh, en el Sur, cuando el miedo de los exploradores avanzados convenció al pueblo, a pesar de las protestas de Josué, Caleb y unos pocos más, de que sería peligroso continuar por el camino que llevaban. Pidieron permiso en su lugar para pasar por el este del Jordán, siguiendo el camino de las caravanas que unían Egipto con Damasco y con las ciudades del valle superior del Éufrates.

Esta ruta, llamada Carretera Real, existía desde hacía por lo menos mil años y era una de las más transitadas de la región. Pero los reyes de Edom, Moab y Sión les prohibieron el paso por entender que la presencia de un grupo tan numeroso de tribus extrañas dentro de sus fronteras podía amenazar seriamente su propia seguridad. En vez de luchar contra los habitantes de Moab y de Edom, en un tiempo en que sus fuerzas no estaban entrenadas para la guerra, Josué había guiado a los hijos de Israel por un camino mucho más hacia el Este, por un paso muy desviado de los reinos de Edom y de Moab. Después volvieron hacia el Oeste, Introduciéndose en Sión, el país de los amontas. En breve pero sangrienta campaña, Josué pudo apoderarse de la capital *amorita* de Heshbon dirigiéndose luego hacia el Norte y tomando las ricas y fértiles llanuras de Gilead y gran parte del territorio del rey Og de Bashan. Así, en una serie de campañas bien ejecutadas, Israel ganó la zona más fértil de toda la región al este del Jordán.

Los moabitas, prudentemente, no se opusieron de una manera declarada a las conquistas del victorioso Josué, pero de tiempo en tiempo sostuvieron escaramuzas y serias guerras con ellos, alternando con períodos de paz inestable.

En tiempos de David, Nasah, rey de los *ammonitas*, en el territorio inmediatamente al norte de Moab, había estado en relaciones amistosas con

él, quizá porque reconocía en el joven rey del ahora unido Israel un enemigo demasiado poderoso para oponérsele. Excepto pequeñas escaramuzas fronterizas, no existieron grandes discrepancias entre los dos reinos, y cuando por último decidióse David a ir contra Moab, fue contando con la seguridad de que el rey Nasah no se movería de Rabbath, su capital muy fortificada en las montañas al este del Jordán.

Mandadas por Joab, las fuerzas de David cruzaron este río y lanzaron una de aquellas rápidas campañas que las hicieron ser famosas. Si Moab hubiese poseído grandes ciudades amuralladas, la campaña pudiera haberse prolongado mientras eran sitiadas. Pero sus habitantes eran principalmente nómadas, que conducían sus rebaños de oasis en oasis y raramente agrupaban sus fuerzas, por lo que los entrenados guerreros de David los conquistaron rápidamente. Como era costumbre, para evitar que el enemigo volviera a ganar fuerza de nuevo, David ordenó que los dos tercios de los combatientes de Moab fueran muertos y colocó el reino directamente bajo su propio control. Por cruel que pareciera esta medida sobre un enemigo vencido, era en realidad más humana que la que se impuso a los *amalecitas* en tiempos de Saúl. En aquella ocasión éste hizo recaer sobre el enemigo la maldición de *herem*, en virtud de la cual todo ser viviente entre ellos fue exterminado.

La conquista de Moab fue sólo el primer paso dado por David en la gran llanura para hacerse con *les* minerales y el comercio de la vasta región al sur del mar Salado, llamada el Arabah y que él mismo había explorado en su viaje al desierto muchos años antes. En su marcha hacia el Sur por la Carretera Real se apoderó a continuación de los oasis más importantes y de los fuertes del país de los *edomitas*. Siguiendo hacia el Sur sus fuerzas no tardaron en encontrarse en la región donde se hallaban situadas las grandes minas de hierro y de cobre. Así la promesa de Dios de que su pueblo encontraría en la Tierra de Promisión una comarca cuyas «piedras son de hierra y en cuyas montañas se puede excavar el cobre», quedó cumplida siglos después de que las tribus trashumantes pasaran sobre esta zona conducidas por Josué y Moisés.

Las victorias de David en el Arabah fueron un serio golpe para los *filisteos*. Durante siglos, largas caravanas conducidas por los beduinos de piel oscura y perfil aguileño de las tribus de los *amalecitas* y *edomitas* habían transportado estos minerales a las ciudades filisteas, particularmente al gran centro siderúrgico de Gerar. Al cortarles las fuentes de suministro de cobre y de hierro de Edom, poniéndolas bajo su control personal, a David le fue

posible descargar un rudo golpe contra el principal suministro de fuerza a las ciudades filisteas de la costa.

Aproximadamente a medio camino entre el extremo meridional del mar Salado y el golfo de Akaba, uno de los brazos del mar Rojo, David y sus tropas llegaron un día a última hora de la tarde a un estrecho desfiladero que se abría entre recortados picachos en la parte oriental del Arabah. Fuera de aquel pasaje el sol lucía lleno de esplendor, pero al ir avanzando prudentemente entre las perpendiculares paredes de piedra, las sombras se hicieron cada vez más profundas hasta reinar la oscuridad de la noche. David recordó otro estrecho paraje por aquellos mismos lugares en que estuvo a punto de perder la vida cuando descendió impetuosamente un torrente desde las alturas. El camino que seguían era pedregoso, porque en realidad caminaban sobre el lecho seco de un arroyo. Los soldados conducidos por David y Joab avanzaban lentamente por el estrecho desfiladero, prorrumpiendo en blasfemias cada vez que las toscas suelas de sus sandalias resbalaban en las piedras.

Un prisionero hecho a los *edomitas*; antes de morir a consecuencia de sus heridas, relató un cuento extraño acerca de un oasis limitado con paredes de piedra arenisca donde Moisés había golpeado la roca para que brotara un manantial. El hecho de que corriera mi hilo de agua por el fondo de la quebrada por la que pasaban, hacía sospechar que debía de existir una fuente en algún lugar más allá del desfiladero, y por su situación, David y Joab estuvieron seguros que se trataba del lugar que el prisionero moribundo había dicho.

Al continuar su marcha por el desfiladero, éste se hizo más y más serpeante y angosto, hasta parecer que los enormes muros de piedra arenisca que se elevaban a considerable altura, se tocaban entre sí. De repente, al doblar un agudo recodo, se encontraron con que el camino desembocaba en una especie de atolladero o valle cerrado, alimentado por un gran manantial. El suelo del valle aparecía alfombrado de crecida y lustrosa hierba. A ambos lados de la corriente crecían árboles y en las abruptas laderas de las montañas que lo circundaban, las bocas de unas cuevas abiertas en la rojiza piedra arenisca, señalaban los lugares donde los antiguos habitantes del lugar debían de haber residido. Pero los *edomitas* que habían formado la población de este extraño pueblo al que el prisionero llamó Sela[10], hacía tiempo que huyeron ante los invasores.

Joab se detuvo a la entrada de este bello y escondido oasis y se enjugó el sudor y el polvo que cubrían su rostro con el musculoso antebrazo.

—Aquí no tenemos que molestamos en construir murallas para poseer una fortaleza inexpugnable —comentó con satisfacción.

—Verdaderamente ha debido ser Dios quien la ha construido para nosotros —convino David—. Nunca vi este lugar antes de ahora, pero diría que ya sabía que Dios lo había puesto aquí cuando me guió a través del Arabah hace años.

Joab le dirigió una mirada llena de asombro, pero no hizo comentario alguno. Nadie en Israel podía negar que existía una especie de comunión entre su rey y su Dios.

—Si dejamos aquí un pequeño destacamento, puede vigilar el paso de las caravanas *edomitas*, caer sobre ellas y retirarse a esta fortaleza natural después del ataque —hizo observar Ittai.

—Será uno de nuestros puntos fuertes para el dominio de Edom —reconoció David—. Existe agua y cobijo y la comida para el suministro de la guarnición, puede traerse.

Aquella noche, cuando yacía acostado contemplando el brillante dosel de estrellas que se percibía por encima de la alta masa rocosa, pensaba David en lo lejos que había llegado desde que durmió en otro desfiladero semejante muchos años atrás. Entonces casi murió en una riada, accidente que, sin embargo, tuvo como consecuencia el recibir, a través del sentimiento de contar con la confianza de Dios, la fuerza necesaria para poder seguir su camino hacia delante. Y en aquel momento en que se encontraba, de triunfo y de satisfacción, no se le ocurrió que nunca pudiera perder el favor del Señor.

Dejando una pequeña guarnición detrás para mantener el oculto y desierto pueblo de Sela, el Ejército continuó su camino hacia el Sur. Pocos días después, cuando los soldados caminaban llenos de cansancio por la vertiente de una montaña, vieron aparecer delante de ellos una lengua de agua azul y profunda.

David sintió entonces un súbito estremecimiento triunfal, porque pensó que aquello no podía ser otra cosa que el golfo del que le habían hablado, que estaba conectado con un océano, grande y misterioso que se extendía ininterrumpida e infinitamente en dirección al Este.

—¡Mira! —exclamó dirigiéndose a Joab—. ¡No hablé a humo de pajas cuando te prometí que bañarías tu lanza en las aguas del mar Rojo!

CAPÍTULO III

Asimismo hirió David a Hadadezer, hijo de Rehob, rey de Soba, yendo él a extender su término hada el río Éufrates.

Samuel 11-8:3

Después de la conquista de Moab y de Edom, un caluroso recibimiento aguardaba a David al regresar a Jerusalén. Su ejército había capturado un gran botín: ornamentos, objetos de oro y plata, utensilios de cobre para cocinar y herramientas y armas de hierro. La mayor parte de los metales preciosos los dedicó David al Señor, para cuando llegara el día en que algún hijo suyo, como le había anunciado por mediación del profeta Nathan, construyese el templo donde el Arca debería de residir. El resto fue repartido entre la población del reino.

Durante la ausencia de David se habían acumulado muchos problemas de Estado, y hubo de dedicarse a ellos durante varios meses. Además, no le faltaban rencillas dentro de su propia casa que se veía obligado a solucionar. Quizás en detrimento suyo, David era tan transigente con su propia familia como era enérgico en el combate. Como sucedió desde el día de su nacimiento, el joven príncipe Absalón era el causante de la mayor parte de los disgustos. Su fuerza física y su rudeza le habían hecho ser el príncipe dominante entre todos los demás, con la amarga protesta de sus hermanos mayores Amnón y Chileab, los cuales se quejaban continuamente a David de la agresividad de su hermano, lo mismo que otro más pequeño llamado Adonías. David, por su parte, no podía ver los defectos de Absalón, porque era lo que él fue en su juventud: gallardo, de rostro encendido y audaz. Tan gallardo como vano y egoísta, Absalón no dudaba en aprovecharse de la debilidad que su padre sentía por él para fortalecer su situación en el palacio del rey y en el favor de éste.

David, sin embargo, no disponía de mucho tiempo para disfrutar de las delicias del hogar. Pocos meses después de su regreso, Hushai, al que le había conferido el cargo de mantener las relaciones con los Estados vecinos y observar si éstos conspiraban contra el bienestar de Israel, le trajo noticias inquietantes. Inmediatamente el rey convocó un consejo, al que acudieron los

jefes militares, los principales sacerdotes y los ancianos de la nación. David anunció:

—Hushai ha traído noticias que nos interesan a todos, razón por la que os he convocado para que las oigáis al mismo tiempo.

El barbudo consejero se puso en pie y dijo:

—Joab y nuestros ejércitos han ganado grandes victorias sobre los *filisteos* y Moam y Edom. Los *amalecitas* no poseen ya la fuerza necesaria para poder inquietamos. Sin embargo, todavía nos rodean poderosos enemigos por el Este y el Norte.

—El rey Toi de Hamath es amigo nuestro —puntualizó Joab—. Ha enviado presentes a David y nos ha garantizado su buena voluntad.

—Pero Hamath se encuentra muy al Norte —replicó Hushai—. Los sirios de Damasco pueden interceptarle al oeste del monte Hermón si tratara de ayudamos.

—Es verdad —reconoció Joab—. Pero también contamos con el rey Nasah de Ammón, que es aliado nuestro.

—El rey Nasah se ha mostrado hasta ahora amigo nuestro; pero, no obstante, es ya viejo y los asuntos del reino se encuentran en su mayor parte en manos de su hijo, el príncipe Hanun, que es ambicioso. He tenido noticias fidedignas de nuestros espías en Rabbath de que trata de buscar poderosos aliados para ir contra nosotros.

—¡Por las tiendas de Israel! —exclamó Joab—. ¿Quién osará unirse a él?

—El rey de Soba ya ha pactado con Ammón en el Sur y con los sirios de Damasco en la frontera Noroeste —manifestó serenamente Hushai—. Esta noticia me llegó precisamente ayer por medio de una caravana que se detuvo en Damasco.

Todos los presentes comprendieron la amenaza que para la seguridad de Israel representaba semejante confederación. La cuestión no era tanto si el rey Nasah podría controlar o si Ammón constituía un serio peligro para Israel, como el peligro que Soba ofrecía, porque, como David, el príncipe Hadadezer, su caudillo, era inteligente y ambicioso. Y lo mismo que Israel, su reino de Soba estaba ensanchando sus fronteras rápidamente.

—La noticia es realmente grave —dijo Benaiah—. Con Soba y Damasco aliados, los *ammonitas* pueden poner en pie de guerra un ejército que nos excederá en número casi dos a uno.

—Hadadezer posee muchos carros —añadió Ittai—, pero los necesita para guardar su frontera nordeste contra los ataques de los asirios.

En realidad, el ejército de David poseía pocos vehículos rodantes. No acostumbrado a esta clase de guerra, había preferido hasta entonces combatir en los estrechos valles del Canaán central o en la región montañosa al este del Jordán, donde los carros eran de poco valor. Pero si Hadadezer avanzara por el valle del Jordán con una fuerza compuesta de dicho medio de combate, las ventajas recaerían en gran manera a su favor. Fue el propio David, no Obstante, el que señaló que el mayor peligro residía en una alianza entre Ammón, Soba y Damasco.

—Hadadezer es un jefe fuerte y resuelto —dijo—. No hay duda de que su intención es unir los tres reinos bajo su mando.

—Entonces tendríamos un conquistador en nuestras mismas puertas —dijo Joab—. Rabbath-ammón debe de ser tomado inmediatamente, antes de que la alianza resulte demasiado poderosa para nosotros.

—La capital de Ammón debe de ser tomada —reconoció David—. Pero mientras sitiamos las murallas de Rabbath, es de suponer que Soba y Damasco no permanecerán ociosos.

—¿Qué es lo que tenéis en vuestro pensamiento, David? —preguntó Ittai, cuyos ojos empezaron a fulgurar, porque David y el jefe mercenario pensaban con frecuencia lo mismo.

—Oigamos primero lo que ha sabido Hushai por la caravana.

—La alianza ha sido ya realizada —dijo Hushai— y en realidad los sirios de Damasco se jactan de que David no tardará en ser destruido y el reino de Israel con él.

—¿Por qué, pues, no se pone Hadadezer ya en movimiento? —preguntó Joab.

—Su frontera con el Éufrates se encuentra amenazada por los asirios —explicó Hushai—. Cuando la caravana se aproximaba a Damasco por el Este, vieron gran número de soldados de Hadadezer que se dirigían hacia Tadmor y el Éufrates, donde se han concentrado los asirios.

—Este Hadadezer debe ser tan inteligente como yo tengo noticias de que lo es —manifestó Joab—. Es oportuno asegurar una frontera antes de atacar otra, pero al obrar de esta forma ha actuado en favor nuestro. Mientras se encuentra atareado en el Éufrates, podemos tomar Rabbath y prepararnos para resistir el ataque sobre Jerusalén.

—El consejo de Joab es oportuno, como de costumbre —admitió David —. Con una fortaleza como Jerusalén, estamos seguros de resistir cualquier sitio, de forma que resulta tentador dejar que Hadadezer se estrelle contra los

muros de Sión. Pero si esto sucede, lo que hará será retirarse a su país para conseguir nuevos aliados y volver de nuevo al ataque.

—Como vos haríais —dijo Ittai.

—He tratado de ponerme en su lugar y en efecto creo que eso sería lo más oportuno.

—¿Y la contestación?

—Hadadezer intenta acabar con nosotros de un solo golpe con Siria y Ammón como aliados suyos. Pero de momento se encuentran entretenidos con los asirios en la frontera nordeste. Así que tendremos tiempo de aplastarle ahora con la ayuda de nuestros aliados.

—Nosotros no tenemos aliados, si exceptuamos acaso el rey Toi de Hamath y tu suegro Talmai de Geshur —objetó Joab—. Y ninguno de los dos es suficientemente fuerte para tener algún valor.

—Os olvidáis de los asirios —le recordó Ittai sonriendo entre dientes.

—Son también enemigos nuestros. O lo serán, si continúan avanzando hacia el Oeste, como parece que es su intención.

—Un aliado no es necesario que combata precisamente a nuestro lado —puntualizó David—. Ni tampoco es preciso que nos tenga simpatías en tanto que combata a un enemigo común.

—Y divida las fuerzas enemigas —añadió Ittai.

—Soba es la parte más fuerte de la alianza que incluye Siria y Ammón —continuó diciendo David—, y no solamente porque posee el ejército más numeroso sino porque cuenta con el caudillo más fuerte. Pero Hadadezer se encuentra muy ocupado en las orillas del Éufrates. Si le atacamos la retaguardia desde Gilead y también desde el territorio de Dan, lo menos que podremos conseguir será separar Damasco de Ammón y posiblemente también de Soba.

—Para poder aniquilarlos separadamente —reconoció Joab—. ¿Cuándo hemos de emprender la marcha contra Soba y Hadadezer?

—Démosle a éste una semana para que alcance el punto más extremo de la frontera y se enrede a fondo con los asirios, mientras nosotros preparamos nuestras fuerzas para un avance rápido —dijo David—. Hanun tiene seguramente espías en Jerusalén, así que fingiremos que nos preparamos para atacar a Ammón. Pero cuando nos movilicemos atacaremos en su lugar a Soba, antes de que Hadadezer pueda retirarse del Éufrates.

David, volviéndose luego hacia su capitán jefe, terminó diciendo:

—Te prometí, Joab, que mojarías tu lanza en el río Éufrates, aun cuando en verdad no creía que sería tan pronto.

Para su marcha hacia el Norte eligió David una ruta que atravesaba las montañas del Canaán central. Al llegar al valle de Jezreel, al pie del monte Gilboa, en la cordillera central de Canaán, dividió sus fuerzas en dos partes, una bajo el mando de Joab y la otra bajo el suyo propio.

Las fuerzas de Joab se dirigieron hacia el Este en dirección a Beth-shan y cruzaron el Jordán. Era su misión atacar casi directamente hacia el Nordeste, metiendo una cuña entre Soba y Damasco por el Norte y Arrimón por el Sur. Entretanto las fuerzas a las órdenes de David avanzaron por una zona formada por profusas rocas basálticas de color negro, desde las que ocasionalmente se podía divisar hacia abajo el azul intenso del bello lago llamado Chinnereth.

Siguiendo luego la orilla de este lago por una comarca tan fértil que parecía un verdadero jardín del Edén, con las montañas de Galilea llenas de bosques y bien regadas a su izquierda, llegaron al Jordán, a corta distancia de donde sus aguas entraban en el lago. Cruzando el río por esta parte, eludieron la base de las estribaciones del monte Hermón, cubierto de nieve, con los colores grises y marrones del desierto hacia el Sur.

Cuando todavía se encontraban a la vista del monte Hermón, a las tierras desérticas empezó a suceder una amplia planicie llena de terraplenes, que se extendía hasta las proximidades de Damasco. Pronto apareció esta ciudad en la distancia, visión semejante a un país de las hadas lleno de verdor y con los ondulantes plumeros de las palmeras elevándose sobre los blancos edificios. Era un espectáculo de sorprendente belleza, semejante a un espejismo soñado por un sediento viajero del desierto. Dejando Damasco a un lado, el ejército de David avanzó por las estribaciones del monte Hermón, hacia Beerothai, el centro de Hadadezer.

La elección del camino a través de la comarca montañosa había sido intencionada, porque aquí los carros eran de escaso valor. Sin embargo, en las llanuras alrededor de Damasco se podrían haber movilizado libremente y cortar en pedazos las tropas de David. Éste usaba la misma táctica que utilizó hacía tiempo contra los *filisteos*. Y al atacar a Hadadezer mientras los ejércitos de Soba estaban empeñados contra los asirios, empleó otra táctica, aprendida en los tiempos en que era jefe de guerrillas: el ataque desde un lugar inesperado. Los resultados demostraron el genio que para la estrategia militar poseía David, el guerrero más grande de la historia de Israel después de Josué.

Descendiendo rápidamente sobre Beerothai, David se apoderó de la ciudad casi sin disparar una flecha. Al propio tiempo flanqueó Damasco, dejándola casi a su merced. Desde Beerothai atacó a través de la región

montañosa la retaguardia del ejército de Soba, mientras Hadadezer se dedicaba a luchar contra los asirios.

La batalla que tuvo lugar fue dura y rápida. Cuando terminó, el ejército de Hadadezer estaba derrotado y sus mil carros, que eran la fuerza más formidable de la región, se hallaban en manos de David. Éste ordenó que fueran destruidos casi todos los vehículos, llevándose solamente un centenar con él a Jerusalén para acostumbrar a su ejército a usarlos y formar el núcleo de su propio cuerpo de carros en futuras batallas.

Los sirios de Damasco se dieron cuenta de haber sido víctimas de una estrategia superior y trataron de invertir la derrota de Hadadezer, pero el rápido movimiento de flanco de David les había colocado en franca desventaja. Obligados a combatir solos contra un victorioso ejército israelita, sufrieron una fuerte derrota en las montañas al norte de su capital. A consecuencia de ello, le fue posible a David dejar guarniciones tanto en Soba como en Damasco para sostener el territorio contra todo posible levantamiento.

Fue realmente un ejército victorioso el que regresó a Israel por la Carretera Real. De cuántos lo componían, era Joab el que mayor júbilo mostraba porque, como David le prometió, había podido mojar su lanza no sólo en el Gran Mar al Oeste, sino también en el golfo de Akaba, brazo del casi legendario mar Rojo, y por último en el río Éufrates.

CAPÍTULO IV

Y ganó David fama cuando volvió de la derrota de los sirios.

Samuel II —8:13

Jamás había sucedido antes en la historia de Israel que sus principales enemigos quedaran tan completamente reducidos. Los *filisteos* estaban contenidos dentro de un pequeño perímetro que rodeaba sus ciudades costeras. Egipto se preocupaba poco de los hebreos, aun cuando el faraón mantenía todavía una soberanía nominal sobre todo Canaán. Hacia el Este, al otro lado del Jordán, Ammón se encontraba sin dominar, pero con Soba y Damasco derrotados, el sitio de Rabbath, su capital, fuertemente fortificada, podía demorarse con seguridad hasta que llegase la buena estación.

David tenía motivos para sentirse ampliamente satisfecho al rodar camino de Jerusalén, en uno de los carros sirios capturados siendo aclamado jubilosamente por toda la población que se agolpaba a los lados de las calles cuando entró en la capital. Detrás de su carro marchaban los mercenarios, endurecidos en cien batallas, que formaban su guardia personal, seguidos de carromatos cargados de enormes tesoros consistentes en oro, plata y piedras preciosas, la mayor parte de lo cual anunció que dedicaría al templo de Dios que edificaría un descendiente suyo.

El carro de David se encontraba en la puerta de entrada de su palacio cuando sus ojos se posaron en una mujer bellísima que se encontraba en pie entre la muchedumbre. Su cabello era oscuro, y en contra de lo que era costumbre en las restantes mujeres, lo cubría sólo parcialmente con un pañuelo de gasa, con lo que no quedaba oculta su lustrosa belleza. Al tropezarse sus ojos y sostener la mirada de David durante un corto momento lleno de emoción, dejó caer el pañuelo que mantenía en su rostro, justamente debajo de los ojos. Su cara, completamente al descubierto ahora, era de una hermosura deslumbradora. Pero no era tanto su belleza lo que dejó en suspenso a David como un sentimiento de compartir con ella un secreto solamente conocido por los dos. Aun cuando estaba seguro de no haberla visto con anterioridad, tenía la completa certeza que no sería aquélla la última vez que la viera y este pensamiento hizo que se le acelerasen las pulsaciones.

Durante la ausencia de David habían surgido muchas cuestiones de Estado que debían ser solventadas, bien por él mismo o en colaboración con el Consejo de Ancianos. Cuando fueron resueltas, pudo dedicarse a fortalecer los futuros lazos que esperaba que unieran a las diferentes tribus entre sí después de su muerte. A este fin envió a buscar a su mayordomo Shisha y al actual compilador de acontecimientos Josafat, cuya misión era llevar un registro detallado de la historia de la nación.

—¿Queda alguien de la casa de Saúl? —les preguntó David—. Si así fuera, quisiera poder hacer por ellos en recuerdo de mi hermano Jonatán.

—Hay un criado en vuestra casa llamado Ziba, que un día fue criado de Jonatán —dijo Josafat—. Él es quien debe de saberlo.

—Dile que venga.

Cuando Ziba se presentó, un hombre de pelo canoso y aspecto serio, David le formuló la pregunta.

—Jonatán tenía un hijo que es cojo —respondió Ziba—. Se llama Mefibosheth.

—¿Dónde se encuentra?

—En casa de Machir, en Lodebar.

David conocía bien aquella región. Se encontraba en el extremo oriental del valle del Jordán, no lejos de la antigua capital del hijo de Saúl, Ishbosheth, en Mahanaim. Por las palabras de Ziba, no parecía que el hijo de Jonatán pudiese constituir peligro de clase alguna para David, aun cuando vivía en una región que se había mantenido fiel a la familia de Saúl, incluso después de ser nombrado David rey de Israel. Éste sabía que traer al hijo cojo de Jonatán a la capital y ser amable con él, satisfaría a los que se le oponían en Israel. Al mismo tiempo tendría a Mefibosheth en un lugar donde podría ser fácilmente vigilado. Esta precaución era particularmente necesaria, porque de tiempo en tiempo se extendían rumores de que existía descontento en la tribu de Benjamín, de la que fue originario Saúl.

—Trae a Mefibosheth a Jerusalén —le ordenó David a Ziba— y dile que no tenga temor alguno porque su padre y yo hicimos un pacto de sangre de hermandad.

Menos de una semana después, Mefibosheth fue llevado a presencia de David. En cuanto lo vio comprendió éste que poco podía temerle, porque el joven andaba con ayuda de muletas y se postró con trabajo a sus pies.

—No temáis —le dijo David—. En nombre de vuestro padre os mostraré mi afecto y se os devolverán las tierras de Saúl. Además, comeréis en mi mesa.

—¿Qué ha podido hacer vuestro servidor para que os fijéis en un miserable perro como yo? —preguntó Mefibosheth mientras tocaba el suelo con la frente.

David no pudo por menos de sentir una punzada de dolor al ver que el hijo de Jonatán, que tan fuerte y valiente había sido, se humillara de tal forma ante él.

—He dado al hijo de tu amo todo lo que pertenecía a Saúl y a su casa —le dijo David a Ziba—. Tú, tus hijos y los siervos a tus órdenes trabajarán la tierra para él.

—Todo lo que mi señor el rey pida será cumplido al instante —contestó Ziba ayudando a su amo a ponerse en pie y salir de la habitación.

La vista del hijo lisiado de Jonatán había deprimido mucho a David, no pudiendo ni siquiera levantar su espíritu la constante lucha que reinaba continuamente en su casa. Sus hijos mayores se esforzaban por destacar a sus ojos, con la esperanza de heredar la corona de Israel, y los más pequeños no hacían más que llevarle chismes de los primeros.

En estas circunstancias no podía por menos de afirmar su admiración por Absalón, pues este robusto joven solamente arreglaba sus desavenencias con sus hermanos de una manera expeditiva. Más de una vez aparecieron en la mesa del príncipe con contusiones que ponían de manifiesto las dotes de luchador que adornaban a Absalón.

Impaciente y enojadizo a causa de la forzada inacción que se veía obligado a llevar en Jerusalén, David casi acogió con satisfacción un intento hecho por el príncipe Hanun de Ammón, a raíz de la muerte del rey Nasah para reinstaurar la antigua confederación siria y atacar a Israel. En rápida campaña dirigida por él mismo, los sirios fueron rudamente dominados y durante un breve tiempo pudo gozar de nuevo de la guerra y la conquista. Al terminar la campaña, Joab salió a poner sitio a la altamente fortificada capital *ammonita*, Rabbath, pero asuntos de carácter político exigían la presencia de David en Jerusalén. Aquí, una vez más, volvió a sentirse inquieto ante los lazos que le ataban a la capital y las constantes rencillas dentro de su propia casa.

Hacía ya mucho tiempo que David no tañía las cuerdas de un arpa ni cantaba las canciones que el pueblo había amado tanto. Pero el dulce cantor de Israel, que en cierta ocasión bailó incluso lleno de regocijo ante el Arca de Dios, vistiendo sólo el efod de lino de un sacerdote humilde, se había convertido en un hombre de pelo canoso próximo a la cincuentena. Su rostro estaba surcado por las arrugas producidas por las preocupaciones en la

gobernación del reino, donde las tribus todavía combatían a veces unas contra otras para ganar ascendencia y donde aquellos que un día siguieron a Saúl no cesaban de hablar abiertamente de rebelión, so pretexto de que al pertenecer David a la tribu mayor y más rica de Israel, necesariamente se inclinaba a su favor en detrimento de las demás.

Existía también un profundo malestar en la nación a causa de que los grandes tesoros conquistados en las guerras así como los obsequios llevados por los reyes vecinos para consolidar una buena amistad con Israel, no habían sido distribuidos entre el pueblo. El hombre corriente de Israel estaba acostumbrado a ver el Arca dentro de la lujosa tienda llamada el Tabernáculo. No podía entender el sentimiento de culpabilidad que asaltaba a David cuando miraba su magnífico palacio de cedro y piedra y recordaba que, a causa de la sangre que había teñido sus manos en el proceso de dar forma al reino sobre el cual gobernaba, Dios le negó el derecho a construir un templo para mayor gloria del Altísimo. El hombre de la calle no comprendía que hubiese provecho alguno en apilar tesoros enormes con los cuales otro habría de construir un día el templo. Esos mismos tesoros —pensaba— le hubieran aliviado sus necesidades, así como el importe de los impuestos que se recaudaban para sostener la casa real y el ejército de mercenarios que custodiaba las fronteras de Israel.

A veces David hubiera deseado volver a vivir aquella vida de jefe de guerrillas en el desierto, haciendo incursiones contra los *filisteos* y los *amalecitas* y exigiendo tributos a las ciudades cuyos habitantes protegía contra el ataque de los enemigos. Entonces su existencia era mucho más sencilla. Entonces no tenía otro motivo de preocupación que vivir al día o planear un rápido ataque contra el enemigo, experimentando la emoción del combate con un adversario tan ansioso de arrebatarle la vida como él lo estaba de evitarlo.

Como rey de Israel hubo de renunciar a aquella vida fundamentalmente sencilla. Ahora, cada uno de sus actos estaba guiado por el protocolo y la ceremonia. Las decisiones que tomaba lo eran sólo después de haber sopesado el efecto que pudieran producir en los diferentes principados que estaban ahora bajo su mando, porque si no pensaba bien cada una de las decisiones que tomaba, surgían mezquinas envidias y nuevas rencillas entre los reyes, dispuestos siempre a minar su autoridad para tratar de derrocarla. Todo el día lo tenía que dedicar a los deberes de su cargo, y excepto en las últimas horas de la noche, apenas tenía un momento para sí.

Cada mañana, Shisha, el escriba egipcio, ahora uno de los hombres más importantes del reino, se presentaba ante David con su ayudante Josafat. Shisha le daba un informe detallado de todos los asuntos que exigían la atención del rey hasta conseguir una decisión del mismo. Además, todos los documentos importantes, las comunicaciones con los gobernantes extranjeros, lo concerniente a las obras públicas, finanzas, Ejército y todos los múltiples asuntos de un reino próspero y expansivo, debían ser aprobados y en muchos casos, los documentos oportunos tenían que ser sellados con el sello real.

Después venía una conferencia con «Los Treinta», presididos por Joab, como general en jefe de los ejércitos de Israel, cuando se encontraba en Jerusalén. En su calidad de un cuerpo militar honorario compuesto por hombres eminentes, cuyas proezas y lealtad eran incuestionables, «Los Treinta» formaban un consejo consultivo en toda clase de asuntos estrictamente militares. A continuación llegaban los principales sacerdotes para tratar de cuestiones relacionadas con la ceremonia y el culto, puesto que David, como el ungido de Dios, también debía de oficiar ante el Arca y los altares de sacrificio. La vida del pueblo y la unidad del reino estaban íntimamente unidos con el culto religioso, porque David nunca había pretendido reinar sino como un agente de Dios, porque el Altísimo era quien gobernaba a todos. Su falta de humildad en los primeros días de su reinado, enajenó a Saúl la completa aprobación y el apoyo del profeta Samuel, jefe sacerdotal de aquellos tiempos, y David no intentaba aumentar las fuerzas divisorias que aún trabajaban dentro de la nación, al incrementar las llamas de la controversia religiosa.

Terminados los trabajos rutinarios, era costumbre del rey sentarse en una sala de juicios para dirimir las divergencias entre personas del reino. Tales casos se solían llevar ante los Consejos de Ancianos en las diferentes ciudades y villas, pero a todo hombre le asistía el derecho de llevar su controversia ante el rey en apelación de última instancia, si había tiempo de que fuera oído. Inevitablemente, David se conquistó enemigos, ya que en raras ocasiones era posible dar un fallo a satisfacción de las dos partes litigantes, y generalmente una de ellas se marchaba llena de júbilo, mientras la otra se sentía infeliz, con lo cual se aumentaban las filas de los descontentos, siempre propicias a murmurar.

Todos los días se reunía una gran concentración de estos peticionarios que esperaban ser recibidos en audiencia por el rey. Pero incluso si hubiese permanecido todo el día en la sala de juicio le hubiera sido imposible escuchar a todos los quejosos y la mayor parte de ellos tenían que regresar a

sus hogares sin haber podido ser escuchados. Naturalmente podía esperarse que se sintieran defraudados y aumentaran sus agravios contra el rey, el cual, a su parecer, dedicaba demasiado tiempo a los negocios del imperio para poder escuchar las aflicciones del pueblo.

Con todos estos cuidados asaltándole por todas partes, David se sentía oprimido por negra melancolía. Se sentía también separado de la amante simpatía de sus esposas, que a menudo se quejaban de los favores que respectivamente les dispensara por la noche y que durante el día le apremiaban con sus demandas para obtener favores en relación con la posición ocupada por sus hijos. Gradualmente, su carácter, que antes era optimista y alegre, se le fue agriando. Encontraba ya poco placer en la comida, en la bebida e incluso en el sueño. A menudo se despertaba en medio de la noche, dando vueltas durante horas sobre el magnífico lecho de marfil tallado de Egipto, regalo del rey Hiram de Tiro. Otras veces se dedicaba a pasear sobre la azotea del palacio donde solía dormir en los días calurosos, tratando en vano de encontrar solución a las dificultades que le asaltaban.

David había cesado casi por completo de componer canciones. Pero en uno de aquellos períodos de honda depresión escribió un salmo que pasó a los archivos de Israel como un lamento personal:

¡Oh, Señor, Dios de mi salvación,
Noche y día lloro ante ti!
Permíteme que te dirija mi oración.
Inclina tu oído para escuchar mi llanto,
Pues mi alma está llena de pesadumbre
Y mi vida va arrastrándose hacia la tumba.

Me encuentro entre los destinados a la huesa.
Soy un hombre carente ya de fuerzas,
Que sólo se sentirá libre entre los muertos
Que yacen en la tumba,
A los que ya no recuerdas
Y has apartado de tu lado.

Tú me has arrojado a la tumba más honda,
A la más profunda oscuridad.
Tu cólera cayó sobre mí
Y me abrumas con todas tus olas.
Me has despojado de todos mis amigos

Y has hecho que abominen mi nombre.

Me encuentro cercado y sin poder salir.
A mis ojos empaña la más intensa aflicción.
Señor, diariamente he pronunciado tu nombre
Y te he tendido mis brazos.
¿No podrás hacer algún milagro para los muertos?
¿No se alzarán los que perecieron para alabar tu nombre?

¿Podrá ser tu bondad reconocida en la tumba
Y tu misericordia en la destrucción?
¿No podrán contemplarse tus maravillas en la oscuridad
Y apreciarse tu rectitud en la tierra del olvido?
¡He llorado ante ti, oh, Dios mío,
Y por la mañana mis oraciones te excusarán!

Señor, ¿por qué me arrancaste el alma?
¿Por qué me ocultas ahora tu rostro?
Desde mi juventud estuve dispuesto a morir…
Ahora, mientras sufro tus terrores, estoy conturbado.
Tu furiosa cólera pesa sobre mí.
Tus errores me han apartado de todo.

Llegaron hasta mí como una inundación,
Rodeándome por todas partes.
Apartaste de mí a la amante y al amigo
Y mi único descargo es la oscuridad.

Y precisamente entonces sucedió algo que iba a cambiar toda la vida de David y proporcionarle nuevas energías. Volvió a ver a la mujer cuya lustrosa hermosura tanto le emocionara el día de su triunfal entrada en Jerusalén, volviendo de derrotara los sirios de Damasco.

CAPÍTULO V

Y envió David mensajeros, y tomóla.

Samuel 11-11:4

Era aquélla una cálida noche de Jerusalén, e incluso en la elevación donde se alzaba el palacio de David, no se movía ni la más ligera brisa. Hacía una semana que no mandaba a buscar a una de sus bellas concubinas para que compartiera con él su lecho al retirarse a descansar. En vez de hacerlo, se pasaba toda la noche dando vueltas en la cama, oprimido por una melancolía profunda que le hacía estar desvelado. Su depresión la intensificaba el hecho de que Joab hubiese encontrado las fortificaciones de Rabbath-ammón mucho más poderosas de lo que esperaban, razón por la que ahora se encontraba en un atolladero, obligado a sostener un sitio largo y costoso.

David se había retirado algo tarde aquella noche, después de pasar un día agotador escuchando las quejas y las querellas de los peticionarios que habían acudido a él. Inmediatamente se fue a dormir, pero a medianoche se despertó de una de aquellas pesadillas que desde hacía algún tiempo le torturaban con frecuencia. Vestía sólo un paño con borlas arrollado a los riñones, la única prenda que usaba a causa del calor, y había abandonado el pabellón que habilitó en la azotea para dormir, a la vez que al fresco, a cubierto de miradas indiscretas por parte de los que también dormían en los terrados de sus casas.

Lucía la luna con todo su esplendor. Al echar David una ojeada sobre la ciudad, que ya había empezado a sobrepasar los límites de la nueva muralla y extendía sus casas de blancas paredes sobre las laderas vecinas, no pudo por menos de experimentar un sentimiento de orgullo, debido a que, durante el tiempo que él llevaba reinando, Jerusalén creció y prosperó más que en toda su historia anterior como fortaleza jebusea.

Recordando la frialdad del agua sobre su cuerpo la noche que exploró la caverna de Gihón, estuvo casi tentado a abandonar el palacio y dirigirse al manantial. Mas pronto desechó tal idea. Ello suponía tener que decírselo a la guardia que dormía al otro lado de la azotea y dar explicaciones al capitán de servicio en la puerta de la ciudad acerca de las razones que tenía para abandonarla sin séquito alguno.

Hacia el Este, las sombras destacadas de las montañas le recordaron que Joab y su ejército estaban en aquellos momentos acampados frente a Rabbath. Por un momento pensó si no habría obrado imprudentemente al mandar fuerzas tan numerosas a través del Jordán para sitiar el último reducto del enemigo que aún seguía resistiendo. Pero se daba cuenta de que era forzoso que Rabbath fuera conquistada para que no se convirtiera una vez más en punto de concentración de fuerzas dispuestas siempre a oponérsele. No hubo, por consiguiente, otra alternativa que proporcionar a Joab cuántos soldados tenía disponibles y asumir los gastos de un sitio prolongado.

David se disponía ya a volver a su lecho, cuando le llamó la atención una luz que brillaba a sus pies en la ciudad. Se trataba de una pequeña luminaria, como si procediera de una lámpara de aceite, visible sobre la azotea de una casa próxima al palacio. Tuvo curiosidad por saber quién podía haberla encendido a aquellas horas de la noche, y dirigiéndose hacia el parapeto que rodeaba la azotea, miró hacia abajo. Lo que vio le dijo que debía de retirarse, puesto que constituía un pecado, de acuerdo con la antigua ley, mirar a escondidas la desnudez de otra persona. Pero después de una primera ojeada, no había fuerza en el mundo que le hubiese podido apartar de allí.

En la azotea de una casa debajo del palacio, una mujer se estaba bañando a la luz de una lámpara de aceite. Segura por lo visto de que a semejante hora de la noche todo el mundo dormía en la ciudad, no parecía temer que nadie la espiara. En aquella noche tan calurosa, demoraba su estancia en el baño gozando de la frescura del agua. Después se friccionó el cuerpo casi con voluptuosidad y levantando el paño con que lo hacía, dejó escurrir el agua hombros abajo.

Estaba sentada en un gran lebrillo, de los usados para sus abluciones por el pueblo que no disponía en sus casas de un baño fijo, y David solamente podía ver una pequeña parte de su cuerpo, aunque sí lo suficiente para decirle que era una mujer extremadamente hermosa. Supo inmediatamente de quién se trataba, pues reconoció en ella a la mujer que tan profunda emoción le había causado cuando la vio, mezclada entre el gentío, al regresar de vencer a los ejércitos sirios. Hubo de reconocer ahora que gran parte del descontento que sentía en las últimas semanas provenía del deseo que aquella visión fugaz despertó dentro de él y a que no supiera ni siquiera el nombre de la desconocida.

El cabello de la mujer era exactamente igual a como lo recordaba, negro y lustroso. Sentada sobre el lebrillo, le caía sobre los hombros hasta llegarle casi a la cintura, y David estaba seguro de que su piel debía de ser sonrosada

y resplandeciente y su cuerpo debía palpitar cálido y lleno de vida. Una y otra vez se echó agua sobre el cuerpo, elevándose sus pechos perfectos al arrojarse ahora el líquido con un pequeño jarro.

A David le latían las sienes violentamente y se agarró con fuerza al parapeto que corría alrededor del borde de la azotea. El ronco y rítmico rumor que percibía en sus oídos, lo identificó como su propia respiración, pero no hizo esfuerzo alguno para acallarlo, dominado como estaba por la marea todopoderosa del deseo.

Finalmente, la mujer dejó a un lado el jarro y poniéndose en pie cogió una toalla para secarse el cuerpo. Después, como si deseara gozar todo lo posible de la frialdad del agua que todavía humedecía su cuerpo para aliviar el intenso calor de la noche salió del lebrillo, poniéndose en pie sobre una pequeña alfombra, mientras se pasaba los dedos, como si la peinase, por la húmeda cabellera.

Sobre aquella alfombra tenía el prestigio encantador de una estatua de mármol que David vio en cierta ocasión en el palacio del rey Achish de Gath. Aquella mujer era todavía más asombrosamente hermosa que cuanto él podía haber imaginado. Bastante alta, de miembros largos y finos, caderas dulcemente turgentes y senos llenos de plenitud, todo el cuerpo de aquella mujer, al empezar a secarse, era un resumen de gracia y perfección. Pero no era solamente la admiración por su hermosura lo que le tenía a David clavado en aquel lugar; era más bien el deseo intenso que le inundaba, desechando todo pensamiento de pecado o de castigo de hacerla suya, como exigía cada una de las partículas de su ser.

Cuando la mujer hubo acabado de secarse, se puso un vestido de tela ligera, que cubrió su desnudez, pero que no pudo ocultar la límpida gracia de su cuerpo. David cruzó vacilante la terraza y se dirigió hacia un soldado estacionado en ella, junto a la escalera que conducía al piso inferior. Se encontraba a media docena de pasos del durmiente, cuando éste se despertó, como estaba entrenado a hacer, completamente despierto y con la espada en la mano.

—¿Qué sucede, mi rey y señor?

—Ven conmigo al otro lado de la azotea.

El hombre miró extrañado a su amo, porque la voz de David estaba ronca de emoción, pero le siguió sin decir nada hasta el borde del parapeto. La luz de la casa de abajo seguía todavía encendida. La mujer iba de acá para allá, vaciando el agua, poniendo a un lado el lebrillo y el jarro y extendiendo su lecho consistente en un grueso jergón de paja que era en aquel entonces el que

utilizaba casi todo el mundo, ya que sólo los reyes y los muy ricos podían permitirse el lujo de utilizar una de aquellas camas bajas egipcias de marfil tallado.

—Mira y dime si conoces a esa mujer —le ordenó David.

El soldado se inclinó sobre el parapeto y observó la casa que había debajo.

—¿No es Bethsabé, la esposa de Urías, el hitita? —preguntó.

David se quedó de una pieza al enterarse de que la mujer estaba ya casada. Desde luego que su hermosura y el tener más edad que una simple muchacha hacía sospechar que perteneciera a otro, pues incluso si fuera viuda, no podía tardar mujer tan bella en volver a casarse. Lo que le conmovió fue la identidad del marido. Urías era capitán de las fuerzas mercenarias a su servicio, había combatido en varias ocasiones a su lado y sabía que era hombre valiente, aunque algo terco y de individualismo inflexible. No trató David de contener un súbito estremecimiento de satisfacción al venirle ahora a la memoria que Urías se encontraba entre las fuerzas que sitiaban Rabbath y que, por consiguiente, su esposa estaba sola en la ciudad.

—Baja y despierta a mi mayordomo —le ordenó al soldado—. Dile que me traiga esa mujer llamada Bethsabé.

—Pero, mi señor —se atrevió a balbucir el soldado—, es la esposa de Urías.

Como israelita que era conocía la antigua ley concerniente al adulterio.

—Urías es hitita —replicó David fríamente— y por lo tanto no adora a nuestro Dios.

El hecho de que Urías fuera pagano constituía un argumento harto endeble para quebrantar una de las leyes más serias y fundamentales de Israel; pero el fuego que en David había despertado la desnudez de aquella mujer llamada Bethsabé, sólo podía apagarse teniéndola en sus brazos. Incluso si Urías fuera israelita, igualmente la hubiera tomado, aunque hubiera tenido que arrancarla de los brazos de su propio esposo.

—Haz lo que te digo —ordenó al soldado con rudeza—. Que me traigan inmediatamente a esa mujer.

El hombre atravesó la azotea a toda prisa y descendió por la escalera. Poco después pudo oír David movimiento de gentes en el piso de abajo al ser despertado el mayordomo y pronto pudo ver cómo dos hombres, portadores de sendas antorchas, salían de palacio y se dirigían por las calles a la casa de Urías. No tardaron en salir de ella en compañía de una grácil figura. La mujer vestía una larga capa y llevaba el rostro oculto con un velo, a fin de no ser reconocida por los que pudieran cruzarse a su lado.

Tan pronto como los tres entraron en el palacio, David se dirigió al pabellón y echó las cortinas laterales. Era un recinto privado, ricamente alhajado con cojines y cubrecamas, pues el viento que soplaba desde la cima de Sión refrescaba mucho durante la madrugada. En un rincón había una mesita de complicadas tallas. Llenó dos de las copas que en ella se encontraban de una bota de vino envuelta en un paño húmedo para conservar fresco el contenido. Su corazón latía apresuradamente, como el de un colegial ante la primera muchacha que corteja, pues hacía años que no experimentaba un profundo sentimiento semejante de emocionada expectación.

Al oír ligeros pasos en la azotea, no se levantó para ir al encuentro de la recién llegada, pero cuando los delicados dedos de ésta tentaron los cortinajes, levantó uno de ellos para que pudiera pasar al interior la mujer llamada Bethsabé. Al volver a dejar caer la cortina tras ella, los dos quedaron solos en la azotea. Allí, bajo pena de incurrir en la cólera del rey, cuyas consecuencias podrían ser la muerte inmediata, ningún hombre podría molestarles, hasta que fuera la voluntad de David salir del pabellón ricamente alhajado. Incluso el centinela bajó por la escalera para ir a situarse en la puerta al pie de la misma.

Bethsabé no pronunció ni una palabra, pero David pudo leer en su mirada, cálida y levemente burlona, que no sentía miedo y ni siquiera indignación por haber sido arrancada de su hogar a medianoche, y aun cuando no dio un paso hacia él, sabía que se mostraba propicia a que la hiciera suya.

—¡Enséñame tu rostro! —exclamó David con voz ronca.

Era una orden más propia de ser dada a una esclava o concubina a la que su amo llevaba a su casa, pero Bethsabé no pareció ofenderse. Lentamente se fue despojando de su velo de fino lienzo egipcio, dejándolo caer al suelo alfombrado y poniendo en libertad sus hermosas trenzas que le llegaron hasta la cintura. Era todavía más hermosa vista de cerca que lo que parecía desde lejos.

Sus ojos eran negros y luminosos, sus pestañas pintadas de *kohl* y los párpados sombreados con pasta de estibio que vendían los mercaderes fenicios para las cajas de cosmética de las mujeres israelitas ricas. Pero el magnífico color de sus mejillas no precisaba la ayuda de esa caja, ni tampoco la plenitud de sus labios húmedos el de ningún embellecimiento.

David no pudo por menos de lanzar un profundo suspiro.

—¡Por los cuernos de la mismísima Arca! —dijo emocionado—. ¡Eres aún más bella de lo que yo recordaba!

La mujer no habló, pero una sonrisa entreabrió sus labios, dejando ver la blancura de perla de sus dientes y la puntita rosada de su lengua al tocarlos

por un segundo. Solamente cuando los dedos de ella empezaron a desatar el cordón que ceñía la prenda de tejido casi transparente que llevaba debajo de la capa y él se vio obligado a ayudarla en la operación, se dio plena cuenta de que el deseo de la mujer era tan grande como el suyo. Sus dedos temblaban y al tocar los de David parecían de fuego. Cuando por fin quedó deshecho el nudo, dio ella un paso hacia atrás y con rápido movimiento apartó la vestidura que resultó ser lo único que llevaba. Se encogió luego de hombros y dejó que todo cayera al suelo formando un pequeño montón.

—¡Amor, amor mío! —gritó David dándose cuenta que por fin iba a encontrar la felicidad perfecta que no había podido encontrar ni siquiera en los brazos de Abigail.

Al adelantarse hacia ella, Bethsabé cayó en sus brazos con el cuerpo tan lleno de ansias como el suyo.

CAPÍTULO VI

Y concibió la mujer, y enviólo a hacer saber de David, diciendo: Ya estoy embarazada.

Samuel 11-11:5

De nuevo hubo música en el palacio de David en Jerusalén al tañer los hábiles dedos las cuerdas del arpa y elevarse la voz del más dulce cantor de Israel en una canción de alegría y de triunfo. Se trataba de un cántico que se había escuchado durante siglos en los campamentos de Israel, las palabras pronunciadas por Balaam en el desierto. El rey de Moab ordenó a Balaam que profetizase la destrucción de los hijos de Israel y de su Dios, pero en vez de hacerlo así, la lengua del profeta sólo pudo elevar un cántico de alabanza:

¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh, Jacob,
Y tus tabernáculos, oh Israel!
Se extienden como tos valles
Como los jardines a la orilla del río,
Como los breñales de áloe plantados por el Señor,
Como los cedros junto a las aguas.

Él derramará el agua de sus baldes,
Sus semillas serán arrastradas por muchas aguas,
Y su rey estará a más altura que Agag,
Y será su reino exaltado.

Dios sacó de Egipto.
Es como si hubiese tenido la fuerza de un unicornio.
Devorará las naciones de sus enemigos,
Quebrantará sus huesos
Y los agujereará con sus flechas.

Se tendió, se echó en el suelo como si fuese un león,
Y como un poderoso león, ¿quién será capaz de incitarle?
Bendito sea quien te bendice
Y maldito aquel que te maldiga.

Y maldito aquel que te maldiga.

Durante el día, David se dedicaba alegremente a su trabajo, con un entusiasmo que desconocía desde hacía tiempo. Su actitud optimista era contagiosa y las mujeres le sonreían cuando se tropezaban con él en la calle y los hombres prorrumpían en salutaciones de alabanza y fidelidad. Todas las noches, en cuanto se hacía oscuro, se apresuraba a trasladarse al pabellón de la azotea, donde Bethsabé no tardaba en llegar, y levantando una de las cortinas, caía en sus brazos.

Al principio no había habido gran necesidad de hablar. La urgencia de su deseo común era tan grande que se apoderaba de ellos y los conducía a las más altas cumbres de la pasión y la felicidad, hasta que, agotados todos los deseos, caían dormidos el uno en brazos del otro. David hubiera querido gritar la noticia de su amor desde todas las azoteas, pero Bethsabé era más práctica. Por lo menos una hora antes de que amaneciera, abandonaba el pabellón y regresaba a su casa, acompañada del criado personal de David. Y todas las noches demoraba su salida hasta el palacio esperando que las calles estuvieran oscuras y las gentes de la ciudad se hubieran retirado a sus casas.

Dominado por el éxtasis mayor que jamás conociera, David no podía, de momento por lo menos, sentir escrúpulo alguno de conciencia. De haberlo experimentado, ésta le habría dicho que ni aun el rey está por encima de la ley y que tener relaciones amorosas con la mujer de otro, aun cuando éste fuera un pagano, era uno de los diez grandes pecados prohibidos a los israelitas y dados a Moisés como ley de Dios en el monte Sinaí. Urías llevaba muchos meses ausente con los ejércitos que sitiaban Rabbath en Ammón, y nadie se hubiera atrevido a denunciar al rey. Aunque la noticia de las relaciones adúlteras se había extendido por todas partes, no había nadie que condenara a ninguno de los dos.

Al acabar por saciarse su pasión. David empezó a sentir nuevos placeres al estar simplemente al lado de Bethsabé. Era ésta inteligente y capaz de llevar una conversación de temas generalmente reservados para los hombres. Por Urías había sabido muchas cosas acerca de los territorios donde David y sus ejércitos lucharon y acerca de las fuerzas políticas en actividad, no solamente en el centro de Israel sino en los más lejanos confines del reino. David encontró una nueva alegría en hablar con ella, un tranquilo placer que sus otras mujeres, a menudo preocupadas por mezquinas rencillas del harén, nunca le habían sabido dar.

—Cuando pienso que podía haber pasado mis días sin ni siquiera saber que existía alguien como tú, amada mía —le dijo una noche a Bethsabé cuando estaban sentados ante una cortina levantada del pabellón—, doy las gracias al Altísimo y que acertara a verte cuando entraba en un carro en Jerusalén y de nuevo la noche en que te bañabas sobre la terraza de tu casa.

—Amor como el nuestro suele ser mutuo, David —contestó Bethsabé—, yo también te quise el primer día que te vi.

—Lo mismo me sucedió a mí —convino él, pensando que se refería al día que la vio entre el gentío al entrar triunfante en Jerusalén—. Nunca olvidaré cómo palpitó mi corazón cuando mis ojos se encontraron con los tuyos.

—Para ser rey y un hombre tan sabio sabes poco de las mujeres, querido.

Había en su acento una nota de burla afectuosa.

—¿Qué quieres decir?

—La primera vez que te vi fue hace mucho tiempo, cuando abandoné la casa de mi padre para vivir en Jerusalén.

—¿Y ya me quisiste entonces? —preguntó él con incredulidad.

Incorporándose con un ágil movimiento de su cuerpo adorable, que él conocía tan bien, pero que nunca dejaba de encalabrinarle[11], Bethsabé sirvió dos copas de vino y le dio una a David antes de volverse a sentar en un almohadón a sus pies.

—No solamente te quise —confesó— sino que me prometí que llegaría un día en que caería en tus brazos.

—Podías haberme llamado fácilmente la atención. Belleza como la tuya no se ve todos los días, ni siquiera por los reyes.

—Quería llegar a ti cuando realmente me necesitases. Cuando me necesitases no solamente por mi cuerpo, sino por el amor que pudiera darte y por la paz que podrías encontrar entre mis brazos.

—He tenido necesidad de ti desde hace mucho tiempo. Durante muchos meses toda la alegría de la vida parecía haberme abandonado…, hasta que viniste tú.

—Lo leí en tus ojos cuando entraste en Jerusalén. Entonces fue cuando comprendí que había llegado el momento de poder ayudarte con mi amor. Por eso te sonreí.

—Fue como el sol apareciendo entre nubes después de una tormenta.

—¿Pensaste, pues, en buscarme y en hacerme tuya?

—Quizá habría acabado por hacerlo. Entraste dentro de mis pensamientos y a causa de ti desconocía la paz. Entonces acaeció verte como te bañabas en la azotea y envié a mi criado para buscarte.

La sonrisa de la mujer contenía todo lo que hay de misterioso en su sexo.

—No fue mera casualidad lo que hizo que tus ojos se dirigieran hacia mí aquella noche, amado mío, sino porque yo sabía que me necesitabas y porque mi corazón estaba también anhelante de ti.

David la miró de reojo.

—Soy —dijo— cantor de canciones, pero tus palabras me suenan como los arpegios de una lira.

Los ojos de David empezaron a centellear porque por fin empezaba a comprender lo que ella quería decir. Acto seguido le preguntó:

—Dime, ¿cuántas veces te bañaste en la azotea antes de que yo te viera?

—Espero que el rey mi señor no irá a creer que su más amante y humilde sierva tratara de tenderle una trampa —dijo Bethsabé con gravedad.

—¿Cuántas noches?

—Tres —confesó ella—. Y fue una suerte que el aire fuera tan cálido, porque de lo contrario podría haber muerto de enfriamiento.

—¿Por qué escogiste aquellas ocasiones en particular?

—Noche tras noche te había visto pasear nervioso por la azotea del palacio después de que todos los demás se marcharon a dormir. Sabía lo que te atormentaba, porque yo había sentido la misma inquietud que a ti te asaltaba. Así que hube de tomar el camino que llamaría tu atención. Todos saben que las mujeres más bellas de Israel son tus esposas y concubinas, así que me vi obligada a utilizar un nuevo procedimiento para que te fijaras en mí.

Él se inclinó para besarla, probando la dulce suavidad de sus labios y sintiendo cómo se estremecían de pasión bajo los suyos.

—Comparadas contigo todas las demás mujeres son como viejas verduleras del mercado. Seguramente que ningún hombre, ni aun en sus sueños más queridos, ha poseído antes un tesoro semejante.

Había, pues, caído en sus brazos de una forma que no desmentía en lo más mínimo el hecho de que le tendió un lazo, como implícitamente la mujer había reconocido. En realidad, parte de su atractivo se basaba en que ella le deseaba tanto como él la deseaba a ella.

Había transcurrido ya un mes y ni David ni Bethsabé hablaron del hecho de que ella era la esposa de otro hombre, realidad con la que eventualmente tendrían que enfrentarse bajo las leyes de Israel. En lugar de ello, se contentaban con vivir, por lo menos por el presente, en un reino encantado de felicidad. Sucedió entonces que una noche en que ella llegó al pabellón, cuando David trató de abrazarla, le rechazó suavemente.

—Tenemos algo que hablar —le dijo gravemente—. Me encuentro embarazada.

—No podías haberme traído mejor noticia —exclamó David lleno de felicidad, extendiendo la mano para coger el arpa que yacía en un cojín a su lado—. Siéntate y compondré una canción de alborozo por el hijo que vas a darme.

—¡Pero no puedo tener un hijo tuyo! ¿Has olvidado que soy la esposa de otro?

—Lo único que sé es que eres mi amada y la más preciada de mis posesiones.

—Pero todos saben que Urías hace varios meses que se encuentra en el sitio de Rabbath y que, por lo tanto, es imposible que haya podido hacerme engendrar un hijo.

Las manos de David cayeron de las cuerdas del arpa, porque por fin comprendía las graves preocupaciones de la mujer.

—La ley te condenaría por adúltera —dijo pensativo—, pero yo también sería culpable, porque ante la ley la culpa recae tanto sobre el hombre que seduce a la mujer de otro como sobre ésta.

—¡No permitiré que tú vayas en boca de nadie! —exclamó Bethsabé—. Puedo jurar que mi hijo puede serlo de alguno de los varios hombres a los que he recibido en mi casa. Así ningún hombre en particular podría ser condenado como mi cómplice.

—¿Y crees tú que yo permitía que te sacrificaras para salvarme? Por el contrario, lo que debes de hacer es jurar que yo te hice venir y que una vez aquí te forcé para que te acostases conmigo. Después de todo, envié mis criados para que fueran a buscarte.

—Pero yo vine por propia voluntad, incluso deseándolo.

Levantó orgullosamente la cabeza y añadió:

—No lo negaré ni aunque fuera para salvar mi vida.

David le pasó el brazo por la cintura y la abrazó tiernamente. Luego la llevó hasta unos cojines, sirviéndole una copa de vino.

—Debemos de pensar con serenidad acerca de esto —le dijo—. Tal vez haya alguna salida.

—¿Y cuál puede ser? Mi esposo se halla ausente y yo me encuentro embarazada de otro hombre. Ante la ley, el castigo de semejante crimen es… morir lapidada.

—Pero no sucederá eso, si tu esposo es el padre de la criatura.

—Pero no es así; lo eres tú. Lo sabemos los dos.

—Lo sabemos, pero nadie más. ¿Has dicho algo del embarazo a tus criados?

—No, hasta hoy mismo no estaba segura de ello.

—Entonces, puede ser que hayas concebido hace menos de un mes.

—Desde luego no llega a un mes. Tal vez sólo tres semanas.

—Imagínate que viniera tu esposo a Jerusalén y que te naciera un hijo algo prematuramente. ¿Podría alguien decir que no era Urías su padre?

—Pero Urías se encuentra ante Rabbath-ammón.

—Un carro puede hacer el recorrido en menos de un día. Mandaré inmediatamente una carta a Joab para que haga venir a Urías a Jerusalén para que me informe sobre la marcha de la campaña. No se le puede criticar a un hombre que desee estar junto a su mujer lo antes posible al volver al hogar, sobre todo cuando tiene una esposa como tú.

—¿Y debo volver a yacer con él? Será como un sacrificio después de la felicidad que hemos gozado juntos.

—No hay otro camino. Debemos de pensar en el niño y no en nosotros.

—¿Y qué sucederá después de todo esto?

—Si Urías te repudiara yo podría casarme contigo. Entonces el niño que llevas en el seno se educaría en el palacio como mi propio hijo, ya que lo es.

—Pero ¿cómo podría inducir a Urías a divorciarse de mí sin decirle toda la verdad?

—Conozco de antiguo a Urías. Tiene la ambición de prosperar en su carrera y si Joab le ofreciera una capitanía del millar a cambia del divorcio, no creo que rehusara.

—Por una capitanía del millar, Urías sería capaz de vender a su padre y a su madre como esclavos —aseguró Bethsabé.

—Entonces no debemos de preocupamos por nada. Ve a tu casa y no salgas de ella. Antes de tres días recibirás la visita de tu esposo.

«Después de todo, el ser rey tiene sus ventajas, —pensaba David mientras desde la azotea veía cómo regresaba Bethsabé a su hogar acompañada del siervo portador de una antorcha—. Puede mover a los simples mortales como si fueran palillos del juego del *senit*. ¿Y, después de todo, quién salía perjudicado? Seguramente no Urías, que conseguiría su ambición de ser capitán del millar, ni tampoco Bethsabé, que se convertiría en una reina. Y menos que nadie él, porque conseguiría hacerse con la magnífica joya de su amor y tendría el cuerpo de ella para siempre».

Por la mañana temprano del día siguiente llamó David al escriba y le hizo redactar una misiva dirigida a Joab. En ella le decía al capitán jefe que enviara

a Urías a Jerusalén por el mismo carro que llevaba la carta, con un informe acerca de la situación en Rabbath-ammón.

CAPÍTULO VII

Entonces David envió a decir a Joab: Envíame a Urías, el hitita.

Samuel 11-11:6

Urías, el hitita, no se sintió feliz de dejar el frente de batalla para llevar un informe de la lucha al rey.

—¿Por qué apresurarse de esta manera? —preguntó cuando el carro que le conducía se detuvo en un vado del Jordán frente a Jericó para que bebieran los caballos—. Es éste un grato lugar donde detenemos a descansar y quizá para tomar un buen baño.

—El rey me ordenó que llevara al mensajero del señor Joab a Jerusalén lo más de prisa que pudiera —le contestó el conductor del carro—. Y si yo estuviese en vuestro lugar, teniendo cómo esposa a la mujer más bella de Jerusalén, tendría prisa por encontrarme en casa.

Al hablar miró a Urías de reojo, porque ya había murmuraciones en Jerusalén acerca de la mujer de Urías y del rey, aunque el hitita parecía no sospechar nada.

—¿Puede el abrazo de una mujer compararse con el placer de ver como brota la sangre de un enemigo cuando la lanza encuentra su corazón? —preguntó Urías despectivamente.

El conductor del carro se encogió de hombros, porque después de todo Urías era un jefe y no era cosa de decirle lo necio que era. Pensó que aquel individuo merecía en efecto ser engañado, si se preocupaba tan poco por aquel conjunto de encantos que era Bethsabé.

—¿Por qué me eligió precisamente a mí el rey para llevar el parte? —le preguntó Urías enfadado al conductor del carro cuando éste empezó a rodar por la margen opuesta del río—. Se le podía haber dicho cuanto pasaba por medio de una carta.

El conductor del carro tenía ideas propias acerca de los motivos que había para que Urías fuera llamado tan apresuradamente a Jerusalén, pero como es natural no iba a revelárselo. La cólera del rey era, en verdad, terrible, y hasta las últimas semanas se mostraba tan enojadizo que todo aquel que no tuviera absoluta precisión de comparecer ante él, procuraba evitarlo. Además, no cabía duda de que al hitita le iban a comprar dándole algo a cambio de su

bella esposa, pero si era tan necio que no tenía ni idea del tesoro que poseía, ¿a qué decírselo?

No lejos del cruce del Jordán se encontraba el pueblo de Jericó. En tiempos de Josué había sido una gran ciudad fortificada, con murallas gigantescas que la defendían de cualquier ataque. Situada como estaba en la ruta de las caravanas que iban desde Moab y Ammón hasta el mar, a la misma entrada de la Tierra de Promisión, Jericó le pareció a Josué un obstáculo insalvable para el avance ulterior de él y de sus hombres. Pero entonces un terremoto —fenómeno no infrecuente en este país, como lo demostraban los grandes bloques basálticos de color negro que abundaban por todas partes y los humus sulfurosos que esporádicamente salían de las grietas de las rocas— derribó las murallas de Jericó y destruyó por completo la ciudad. Ahora no era sino un pueblo, pequeño pero muy lindo, con palmeras y jardines repletos de fruta, puesto que las heladas eran casi desconocidas en las tierras bajas a lo largo del Jordán.

En el palacio, UrÍas fue recibido por Shisha, que entonces ejercía ya funciones de chambelán.

—Espero que mi señor haya tenido un feliz viaje desde Rabbath —le dijo cortésmente—. El rey espera oír vuestro informe.

—Pues vamos en seguida. Debo regresar a Rabbath lo antes que pueda.

Shisha levantó las cejas sorprendido, pero como era hombre prudente y sirviente fiel, no hizo el menor comentario y acompañó al hitita hasta la cámara de audiencia de David. El rey no esperó a que se acercara al estrado donde se encontraba, sino que bajó de él y fue al encuentro de Urías.

—Debéis de encontraros muy cansado del viaje —le dijo—, así que no quiero entreteneros mucho tiempo, ya que supongo que estáis ansioso de ir a vuestra casa. Decidme tan sólo cómo va la lucha ante Rabbath-ammón y ya hablaremos mañana detenidamente de todo; así como de los mensajes que debéis de llevar a Joab a vuestro regreso.

Urías no pudo por menos de sentirse halagado ante el afectuoso recibimiento de David. Aunque no inteligente, era, como ya le había dicho Bethsabé, muy ambicioso. Mientras seguía a David hasta el sillón del trono, su imaginación trabajaba sin descanso.

—Mi señor Joab envía sus mejores saludos al ungido de vuestro Dios —dijo— y os desea que gocéis de perfecta salud y de una larga vida.

—Me duele verme obligado a permanecer en Jerusalén, mientras hombres tan valientes como vos y como Joab se esfuerzan ante Rabbath —manifestó el rey—. Pero no tengo otra alternativa.

Urías pensaba que solamente podía existir una razón para que hubiese sido elegido para venir a Jerusalén. Seguramente las noticias de sus hazañas militares debían de haber llegado a oídos del rey y se le escogió para recibir alguna recompensa. Si jugaba bien su papel y se conducía de manera adecuada para ganarse la aprobación de David, sería una magnífica oportunidad para ganarse el ascenso que tanto deseaba.

—Conozco las privaciones que estáis sufriendo —dijo David—. Decidme, ¿ha sido muy dura la lucha?

—Los *ammonitas* se han encerrado en sus murallas y no saldrán a combatir —dijo Urías con desprecio—. Yo he desafiado a su campeón, como vos hicisteis con Goliat de Gath, pero son cobardes y temen enfrentarse con mis armas.

David pensó que no era de extrañar que Bethsabé sintiera tan poco respeto por su esposo y experimentó un sentimiento de repulsión al pensar que semejante patán tuviera que acostarse con la mujer a la que él tan profundamente amaba. Pero no había otro remedio para poder conseguir a Bethsabé, y una vez que Urías pasara la noche en su hogar, las cosas podrían arreglarse rápidamente. El hitita conseguiría su capitanía y Bethsabé sería libre por mía ley que permitía al hombre divorciarse de su mujer diciendo simplemente que ya no la quería.

—Id a vuestra casa a tomar un baño y ya hablaremos mañana.

David durmió tranquilo aquella noche, pensando que su plan había tenido éxito. Por la mañana envió a buscar a Shisha para que preparara el decreto elevando a Urías a la categoría de capitán del millar de los ejércitos de Israel.

—Traedme el documento en cuanto lo tengáis escrito —le ordenó—, a fin de estampar mi sello. Pero antes decidle que es a cambio de que repudie a Bethsabé.

—Sin duda que Urías estará tan satisfecho como vos, mi rey y señor —replicó Shisha—, pero esto no arreglará el asunto.

—¿Qué queréis decir?

—Urías no fue anoche a su casa.

David miró al escriba con incredulidad.

—Debéis de estar equivocado. Yo mismo le envié allí.

—Creí que querríais saber los pasos que daba y envié a un hombre para que lo siguiera. Me ha informado que Urías no estuvo anoche en su casa.

—Pero yo le envié comida para festejar su regreso.

—La comida fue recibida por un siervo de mi señora Bethsabé y fue preparado un festín para honrarle; mas Urías durmió en el departamento de la

servidumbre de palacio y no cruzó el umbral de su hogar.

Era una noticia bien inquietante. Para que el plan de David diera resultado, Urías tenía que pasar por lo menos una noche en su casa, de manera que ante los ojos de la ley pudiera asegurarse que era el padre del hijo que Bethsabé llevaba en su seno. Ahora aquel imbécil había echado todo a rodar al no precipitarse a los brazos de su esposa, como todo hombre normal hubiese hecho después de una ausencia de varios meses.

—¿Dio alguna explicación de su extraña conducta? —preguntó David.

—No, mi señor y rey. Pero sospecho que estima ser digno de mayores honores si pone sus servicios para el rey incluso por encima de todo, incluso de los abrazos de su esposa.

—Me servirá mejor si obra como le he mandado —dijo David enfadado —. Haced que se presente inmediatamente ante mí.

—Escucho y obedezco, mi señor —manifestó Shisha—, pero debo de advertiros…

Ante la perturbación que sentía por la inesperada manera de obrar de Urías, David estuvo a punto de azotar a su fiel escriba por su temeridad, pero recordó los importantes servicios prestados por Shisha y se contuvo.

—¿Qué es lo que queréis sugerir?

—El hitita es muy terco —dijo el egipcio—. Si sospecha que os guía algún otro motivo para que visite su casa, puede todavía mostrarse más reacio a hacerlo.

CAPÍTULO VIII

Venida la mañana, escribió David a Joab una carta, la cual envió por mano de UrÍas.

Samuel 11-11:14

Urías se sintió encantado y tranquilo ante el anuncio de otra audiencia privada de David.

—Que mi señor tenga larga vida y gane grandes victorias sobre sus enemigos —dijo inclinándose profundamente ante el sillón en que el rey estaba sentado—. Nombradme quiénes son los más peligrosos de entre éstos y no tardaré en atravesarlos con mi espada.

—Mi mayor enemigo es la ciudad de Rabbath —dijo David, aunque podía haber añadido que en aquellos momentos también entraba Urías en aquella categoría.

—Dadme, entonces, licencia para regresar al lado de mi señor Joab, y le diré que es vuestro deseo que tomemos las murallas al asalto.

—Esto significaría la pérdida de demasiados soldados —objetó David—. A los arqueros que hay en las murallas les será fácil disparar contra las tropas atacantes y aplastarles lanzando piedras desde la altura.

—Si dispusiéramos de las grandes máquinas que tienen los asirios, seríamos nosotros los que arrojáramos grandes piedras contra las murallas y la ciudad caería antes.

—Pronto nos veremos obligados a utilizar las catapultas de los asirios —reconoció David—. Pero los defensores de Rabbath son pocos en número. Cuando la comida les empiece a escasear, se debilitarán y podremos conquistarles con menos derramamiento de sangre.

—La sabiduría de mi señor el rey está por encima de la de todos los demás —manifestó Urías con adulación—. Es sabido que vuestro dios os habla directamente por mediación del sagrado efod.

—¿Por qué no fuisteis a vuestra casa al volver, después del viaje? —le preguntó David—. Me han dicho mis servidores que dormisteis en el palacio.

Urías se irguió, lleno de orgullo.

—El Arca, Israel y Judá han vivido en tiendas y Joab y los suyos están acampados a campo raso. ¿Por qué habría yo de ir, pues, a mi casa a comer, a

beber y a acostarme con mi mujer? ¡No haré nada semejante, en tanto que vos viváis!

David se quedó atónito ante aquellas palabras y la vehemencia con que fueron pronunciadas. Se dio cuenta de que el hombre era todavía más terco de lo que Bethsabé le había hecho creer. Y la dificultad estribaba en que el hitita tenía que ser convencido sin que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Quedaos hoy e id a descansar a vuestra casa. Mañana os dejaré marchar.

No parecía posible que ni aun la propia severa conciencia del hitita le pudiera impedir realizar semejante cosa. Si iba a su casa durante el día, Bethsabé quedaría relevada de la obligación de tener que seducir a su esposo para que ejerciera sus derechos maritales. Pero en caso de que Urías se mostrase irreductible, podía David utilizar un último recurso. Si el hitita se embriagaba, podría ser llevado a su casa y dejado en ella durante toda la noche, sin que al despertar a la mañana siguiente se acordara de lo que había sucedido sin tener fundamento alguno para asegurar que el hijo de Bethsabé no fuera también hijo suyo.

—Volved al anochecer y cenaremos juntos —dijo David—. Os quiero invitar por vuestra Valentín en los combates.

Urías marchó muy complacido de aquella perspectiva de cenar con el rey. David estuvo muy ocupado con diversos asuntos que reclamaron su atención hasta la hora del yantar nocturno; pero cuando Shisha le trajo la noticia de que Urías estaba esperando, también le comunicó otra, verdaderamente descorazonadora, y fue que el hitita se había negado a aproximarse a su propia casa durante todo el día. Ante semejante obcecación por parte del hombre, no le fue fácil a David mostrarse amable durante la dura prueba de aquella cena, mas sabía que no debía dar a entender nada que pudiera despertar las sospechas de Urías hasta que éste no estuviera lo suficiente borracho para no recordar nada hasta que a la mañana siguiente se despertara en la cama al lado de Bethsabé.

Desgraciadamente, Urías demostró poseer una resistencia extraordinaria para el vino. Aun cuando David le estuvo sirviendo liberalmente durante toda la cena, cuando finalmente el hitita salió poco después de medianoche, todavía podía sostenerse sobre sus pies. Después de dar órdenes a sus criados para que le acompañaran hasta su casa, David se acostó con la esperanza de que el vino hubiese suavizado la empedernida terquedad de Urías lo suficiente para hacerle entrar en su hogar.

David no pudo dormir bien aquella noche, y no solamente porque había tenido que beber más vino de lo que tenía por costumbre, sino porque albergaba el presentimiento de que el hitita le fallaría de nuevo en aquel plan que tan excelente le pareció al concebirlo.

Mucho antes del amanecer, ya estaba David paseando por la azotea del palacio, mirando hacia abajo a la de Bethsabé, donde ésta dejaba siempre encendida una lámpara durante la noche. En las horas que pasó insomne, su mente empezó a forjar una decisión que no dejó de adoptar sin repugnancia, puesto que no era fácil acordar fríamente la muerte de un hombre. Pero a menos de que Urías no hubiese entrado en su hogar impulsado por la inconsciencia de la embriaguez, no le quedaba otro camino que aquél.

No había tiempo que perder, porque en cuanto fuera conocido el embarazo de Bethsabé no faltaría quien se presentase ante el Consejo de Ancianos para denunciarla como adúltera. David tenía enemigos en Israel, que adoptarían gustosos tal medio para poder atacarle, esperando que fuera culpado como cómplice del adulterio de Bethsabé. Y cuando la máquina de la justicia se hubiera puesto en movimiento, ni aun el propio rey podría ya detenerla. Ineludiblemente serían ambos encontrados culpables y morirían con la más horrible de las muertes, por la ejecución tradicional a pedradas, decretada por la ley.

David sabía que Bethsabé trataría de salvarle, jurando que durante la ausencia de Urías más de un hombre se había acostado con ella, aunque tal cosa fuera colocarse a la altura de una vulgar prostituta. Pero David la amaba demasiado para permitir que se enfrentara sola con sus acusadores —y con las piedras—, además de que el niño que llevaba en su seno era inocente de cuánto había sucedido.

En un análisis final, fue esta última consideración la que más le obligó a pensar que su decisión era la única posibilidad. No tenía otra alternativa, y cuando Shisha apareció por la mañana ya tenía preparado lo que haría y la forma de llevarlo acabo. Una sola mirada al rostro del egipcio, le convenció de que era imposible tratar de retroceder.

—Los criados trataron de meter al hitita en su casa, como ordenasteis, señor —informó Shisha—; pero él se resistió y empezó a armar tal escándalo que no les pareció oportuno insistir para obligarle a hacerlo.

—Así, pues, no puso los pies en su casa.

—No, mi señor. Si le hubiesen obligado a efectuarlo por la fuerza, la cosa hubiera llegado al conocimiento público, así que lo mejor fue no seguir adelante.

David hizo, pensativo, un gesto de asentimiento con la cabeza. Ahora que su decisión estaba ya tomada, sintió al pensar en ello una rara falta de emoción.

—No es posible hacer otra cosa que lo que se tiene que hacer —dijo.

—Es mejor que muera uno que dos, y más cuando uno de éstos —es un niño todavía por nacer.

—O tres —le corrigió David.

—Incluid, entonces, también a la nación —manifestó el escriba—. Ni la vida de mil hombres de Israel vale lo que la del rey.

—Traed todo lo necesario para escribir —le ordenó David—. Urías está ansioso para regresar al campo de batalla. Llevará consigo una carta para Joab.

No tardó en volver Shisha, portador de todos los elementos de escritura, más un pequeño rollo de papiro. El mensaje que le dictó, dirigido a Joab, era claro y conciso: «Coloca a Urías en lo más recio de la pelea y no le prestes atención alguna, a fin de que sea herido y muera».

Shisha esperó a que la tinta se secara, antes de enrollar el papiro. Luego, David lo selló con cera utilizando el anillo que llevaba con el escudo oficial de Israel.

—Entregar la carta a Urías y decidle que ya puede regresar con Joab y su ejército —le ordenó David—. Mi propio conductor de carros le llevará hasta Ammón y esperará allí para traerme noticias de lo que ocurra en los próximos días.

Cuando el conductor de carros regresó del campo de batalla, traía consigo el correo de Joab.

«Los defensores de Rabbath hicieron una salida y nos atacaron —decía la carta—. Nosotros les perseguimos hasta la misma puerta de las murallas; pero los arqueros que estaban sobre éstas dispararon, muriendo muchos servidores del rey, entre los que se encontraba Urías».

David se abstuvo de visitar a Bethsabé mientras duró el período tradicional de guardar el luto; pero tan pronto como éste terminó, la envió a buscar y la hizo su esposa. Pero no la instaló en el harén con las demás mujeres, sino en un departamento inmediato al que él ocupaba.

Desde aquel día fue Bethsabé la favorita del rey, y el corazón de éste experimentó un gran contento cuando finalmente le nació un hijo. David incluso se permitió tener la esperanza de que tal vez su pecado quebrantando la ley había pasado inadvertido para Dios. Pero al aparecer una mañana en la

sala de audiencias Nathan el profeta, una sola ojeada al rostro severo del visitante le convenció de lo vano de tal esperanza.

CAPÍTULO IX

Entonces Nathan dijo a David: ¡Ese hombre sois vos!

Samuel II —12:7

David saludó cortésmente a Nathan, pero el profeta no perdió el tiempo en ceremonias.

—He venido para tratar con vos de un importante asunto —anunció.

—Hablad. Las palabras del profeta Nathan son siempre las del propio Dios.

—Había en una ciudad dos hombres, rico el tino y pobre el otro. El rico tenía muchos rebaños, mientras el pobre solamente poseía una corderilla que compró y a la que él mismo había criado. Creció el animal al lado de él y de sus hijos. Comía de su comida, bebía en su propio vaso y hasta dormía en su lecho. En resumen, para aquel hombre era como una hija más.

—Continuad —dijo David, creyendo que aquel apólogo de Nathan no era otra cosa que el anuncio de un litigio como los innumerables que se veía obligado a escuchar cada día, atreviéndose a esperar que se equivocó al pensar que era otro el motivo que guiaba al profeta en su visita.

—Un viajero llegó hasta la casa del rico —continuó diciendo Nathan— y para darle de comer no tomó una oveja de sus propios rebaños, sino que se apoderó de la corderilla del pobre, la sacrificó y con ella festejó al hombre que había acudido a visitarle.

David exclamó lleno de indignación:

—¡Ese hombre deberá de devolver al pobre cuatro veces el valor del animal sacrificado, por su falta de compasión!

Entonces el profeta Nathan se puso en pie y señalando a David, acusadoramente, con el dedo, gritó con voz de trueno:

—¡Ese hombre sois vos!

Aun cuando era el rey, David no pudo menos de acobardarse ante la ira del alto y encanecido profeta y Nathan no le brindó la oportunidad de intentar defenderse.

—He aquí lo que ha dicho el Señor Dios de Israel: «Te ungí rey de Israel y te liberé de las manos de Saúl. Te di casa como la del que fue tu amo y mujeres como las suyas. Además te entregué a Judá y a Israel. Y si todo esto

no hubiera sido bastante, te habría dado muchas cosas más. ¿Por qué, pues, has despreciado los mandamientos del Señor, haciendo el mal ante sus propios ojos? Has matado a Urías, el hitita, con la espada de los hijos de Ammán y te has apoderado de su esposa para hacerla tu esposa. Por lo tanto, he de levantar el mal contra ti y contra tu propia casa. He de quitarte tus mujeres y se las entregaré a sus vecinos para que yazgan con ellas a la vista de todo el mundo. Lo que tú hiciste en secreto, yo lo realizaré públicamente ante todo Israel».

Era aquélla una profecía y una maldición terribles, porque no podía recaer sobre un hombre mayor indignidad que las mujeres de su casa fueran ultrajadas públicamente. Pero cada una de las palabras pronunciadas por Nathan se ajustaban a la verdad, y David ya sabía que, por mucho que se hubiera esforzado en hacer creer a sí mismo qué Dios podía haber tolerado su pecado, no había duda de que leyó en lo más profundo de su corazón y que algún día le pediría estrechas cuentas.

—He pecado contra el Señor, mi Dios —reconoció humildemente David — y merezco la muerte por mi pecado.

Nathan contempló durante unos momentos a David y no pudo por menos de darse cuenta de que eran sinceros la admisión de su culpa y su arrepentimiento.

—El Señor olvida de momento vuestro pecado y no moriréis —dijo finalmente el profeta—, pero como por vuestra falta habéis dado ocasión a que los enemigos de Dios blasfemen, el hijo que os ha nacido seguramente morirá.

Poco tiempo después el hijo de Bethsabé y de David enfermó gravemente, y aun cuando le atendieron los mejores médicos de Israel, todos los esfuerzos que hicieron para salvar al pequeño fueron vanos. El rey se humilló ante el Señor, impetrando la ayuda divina, ayunó y durmió sobre el duro suelo fuera del palacio, como si fuera el último de sus súbditos, pero todo resultó inútil. El séptimo día de declararse la enfermedad, murió la criatura, tal como Nathan había profetizado.

Después de mucho tiempo de que los médicos declararon que el niño había muerto, David permaneció a su lado contemplando la pequeña figura inmóvil envuelta en pañales y luego abandonó la estancia. Se dirigió acto seguido a sus habitaciones, se bañó, se friccionó con aceites olorosos, se vistió con finas vestiduras y fue al Tabernáculo, donde se alojaba el Arca. Allí adoró a Dios y se sometió a la voluntad del Altísimo. Y terminado el

sacrificio, regresó al palacio, pidió de comer y se sentó a consumir lo que le sirvieron, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Cómo es que ayunasteis y llorasteis cuando el niño estaba todavía vivo —le preguntó uno de sus servidores— y ahora que está muerto vestís lujosamente y volvéis a comer de nuevo?

—Mientras el niño vivía —contestó David— ayuné y lloré porque me dije: «Quién sabe si el Señor querrá mostrar su compasión y hacer que el niño viva». Pero ahora que está muerto, ¿por qué ayunar? No por eso me lo devolverá.

Bethsabé sintió también gran dolor por la muerte de su hijo, pero tanto ella como David, no pudieron por menos de reconocer que su fallecimiento no era otra cosa que el justo castigo que Dios descargaba sobre ellos, tal como Nathan había profetizado. En cuanto al resto de la profecía de que la espada seguiría pendiente sobre su casa, David no podía hacer otra cosa que esperar a que se manifestara la voluntad del Señor y confiar en su misericordia.

Entonces sucedieron dos cosas que le dieron pie para esperar que la maldición de Dios contra él se había cumplido por completo con la muerte del hijo de Bethsabé. Ésta quedó embarazada de nuevo, dando a luz un hermoso niño, al que David puso el nombre de Salomón, y poco después apareció Nathan para bendecir a la criatura, asegurando que había conseguido la gracia del Señor.

La ceremonia de la bendición tuvo lugar en las propias habitaciones del rey. En el acto, además del rey, del niño Salomón, de su madre, de Nathan y del sumo sacerdote Zadok, estaba presente Benaiah, el jefe de los mercenarios que formaban la guardia personal del monarca.

Nathan, al bendecir al niño, pronunció las palabras siguientes:

—Su nombre será también Jedidiah, porque obtendrá la gracia del Señor.

Después tomó una ampolleta de aceite y derramó su contenido sobre la cabeza del niño, con el acostumbrado ritual de la unción.

David no pudo por menos de comparar aquella ceremonia con otra más sencilla que ocurrió años atrás en Belén. Entonces el profeta Samuel le eligió a él entre los hijos de Isaí y le ungió para ser rey de Israel. Y al oír de nuevo una voz en lo profundo de su alma, una voz que hacía tiempo que no oía, llamó a sus asistentes cuando éstos salían ya de la habitación.

—Todos habéis sido testigos de lo que hoy ha ocurrido aquí —les dijo—. El niño sobre el que el Señor ha derramado su gracia, reinará cuando yo haya muerto. Él será el que levante la casa a mayor gloria de Dios, cuya

construcción me fue denegada por tener las manos manchadas de sangre. Gobernará después de mí el reino y lo engrandecerá.

Como si el nacimiento y la unción de Salomón fueran señales de que Dios mostraba de nuevo sus favores a David, no tardaron en llegar noticias de Joab de que Rabbath estaba a punto de caer. David reunió entonces a una gran muchedumbre, cruzando el Jordán para unirse a los ejércitos que se encontraban delante de las murallas de la capital de Ammón, a fin de recibir la rendición de sus habitantes. El botín fue considerable, y cuando David tuvo en sus sienes la corona de rey de Ammón, como prenda del sometimiento de la nación, le produjo gran orgullo el que el último de sus enemigos, al que había tenido cercado, hubiese acabado por sucumbir. Ya nunca más durante la vida de David fue Israel amenazada seriamente desde el exterior. Pudo entonces dedicar todas sus energías, renovadas por el amor de Bethsabé y por la seguridad de que uno de sus hijos había logrado la bendición divina, a la tarea de fortalecer la estructura interna del reino de Israel.

Esta labor iba a ser, sin embargo, la más dolorosa y difícil de toda la carrera de David, el rey.

SEXTA PARTE

ABSALÓN, HIJO MIO

¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!

Samuel II —18:33

CAPÍTULO PRIMERO

Absalón ha muerto a todos los hijos del rey, que ninguno de ellos ha quedado.

Samuel 11-13:30

Los años que siguieron al nacimiento de Salomón fueron muy activos y de prueba para el rey de Israel. El reino había excedido en mucho la superficie de la Tierra de Promisión que Dios prometió a Moisés para los hijos de Israel. Su frontera oriental rozaba el borde del gran desierto y por el Sur se extendía hasta el Arabah, llegando a alcanzar un brazo del mar Rojo en Ezion-geber. Desde allí la frontera se dirigía al Noroeste por el llamado río de Egipto, corriente parcialmente seca que marcaba el límite tradicional del dominio de los faraones. La zona triangular del Sur, con su gran riqueza en minerales, sus progresistas ciudades y sus oasis fértiles, estaba regida por un gobernador militar, directamente responsable ante David.

Por el Oeste, en el Gran Mar, el poder de los *filisteos* había quedado quebrantado y sus ciudades reducidas prácticamente a la situación de vasallaje hacia Israel y su rey, Joppa, casi en línea recta al oeste de Jerusalén, en el mismo linde del territorio *filisteo*, era el principal puerto de mar de Israel, pero la mayor parte del tráfico comercial marítimo de la nación llegaba todavía através delos puertos *filisteos* situados al norte del monte Carmelo, ciudades cuyos lazos con Israel habían permanecido intactos desde los tiempos de David, en tanto que el rey Hiram de Tiro mantenía con éste una alianza que demostró haber sido provechosa para ambas partes.

Desde el extremo norte de Fenicia, la frontera de Israel volvía a dirigirse más allá de Riblah, sobre el río Arantu, en el gran valle de Siria, entre las cadenas montañosas del Líbano y del anti-Líbano. Desde allí se extendía hasta penetrar en el desierto, encerrando dentro de ella la región al norte de Damasco y el distrito de Bashan o Hauran.

Se trataba de una zona muy extensa, poblada por gran número de nacionalidades, además de las tribus descendientes de los hijos de Jacob. Como la mayor parte de ella, tal como Soba y Geshur, estaba regida por reyezuelos vasallos de David, a éste le era preciso utilizar una complicada máquina administrativa para poder gobernar territorio tan vasto. Y lo que

todavía era más importante, se requería tenerlo sometido a una constante vigilancia militar para evitar que los reyes pudieran unirse y conspiraran contra el dominio de Israel. Esta misión le había sido especialmente confiada a Joab, porque el David, un día joven guerrero, había dado paso al David, rey y estadista, cuyo principal interés se centraba no en nuevas conquistas, sino en mantener unido el reino y hacer prosperar la nación.

En semejantes esfuerzos, David no recibía mucha ayuda por parte de su familia. En realidad, las batallas qué para el dominio de unos y otros tenían lugar dentro de su propio hogar, eran casi tan enconadas como las que se vio obligado a librar cuando se dedicaba a extender las fronteras de Israel. Con objeto de evitar que surgieran mayores animosidades en el seno de su familia, había sido guardado en el mayor secreto el hecho de que la sucesión al trono hubiera sido prometida a Salomón. Amnón, el hijo mayor de David, debería de considerarse normalmente el primero en la sucesión, aun cuando en realidad no existiese ley alguna en Israel que dijera que el primogénito hubiese de ser precisamente el sucesor de su padre en el trono. Además, se trataba de un joven indolente que prefería los placeres de la mesa y del harén a los trabajos que, junto a los otros príncipes, le habían sido encomendados por David. En verdad, sólo uno de los demás hijos había mostrado interés por los asuntos de gobierno, y éste era el gentil hijo de Maacah de Geshur, al que se le asignó la gobernación de la mayor parte de Judea.

Pese a sus modales un tanto jactanciosos y a su notoria vanidad, que le había hecho dejarse los cabellos muy largos para llamar la atención, Absalón se había ganado la protección de Joab, teniendo la habilidad de amoldar sus actos a los intereses de éste. Joab, que no dudó en dar muerte a Abner cuando se interpuso en su camino, vio en Absalón cualidades parecidas a las suyas, y que consideraba esenciales para el bienestar del reino y para su propia continuación como capitán jefe cuando acaeciese la muerte de David. Joab sintió, además, gran resentimiento hacia éste al condenar a muerte a Urías, que era buen amigo suyo, para quedarse con su mujer. Incluso llegó a odiar después a la mujer que consideró responsable de la muerte del hitita, y estaba decidido a que el hijo de Bethsabé no fuera el que ocupara el trono.

Durante estos años, Salomón, el más joven de los hijos de David, se había convertido, de un niño de negra cabellera, en un muchacho gallardo, de carácter serio y enamorado del estudio, cuyas aficiones contrastaban fuertemente con las maneras levantiscas y los objetivos de los demás príncipes mayores que él. Cuando ya de muy joven, mostró una sabiduría, mucho mayor de la propia de su edad, se ganó la aprobación de hombres tales

como Zadok, el sumo sacerdote, y Nathan, el profeta, que fue quien llevó la noticia de que Dios miraba con predilección al más joven de los hijos de David. Pero como Salomón no tomaba parte en los juegos violentos ni se dedicaba a la bebida y a las mujeres como sus demás hermanos, incluso Absalón se inclinó a considerarle poco peligroso para sus crecientes ambiciones. Además, Absalón estaba ya casado y tenía casa aparte en otro lugar de la ciudad, razón por la que no estaba tan metido en las intrigas palaciegas como los otros príncipes.

Entonces sucedió algo que, de momento, pareció poner un serio obstáculo en el camino del gallardo e impaciente Absalón. No se advirtió inmediatamente que ello pudiera tener conexión con la maldición que Nathan hizo caer sobre la progenie de David a raíz de la muerte de Urías, pero al correr del tiempo dicha relación se hizo evidente.

De las hijas de David, Tamar, la hermana de Absalón, era la más bella, como Absalón era el mejor parecido de todos los hermanos. Y pese a ser su hermana por parte de padre, Amnón concibió tal pasión amorosa por ella, que no le era posible pensar en otra cosa. Amnón podía haber pedido a su padre que le diera a la bella Tamar por esposa, puesto que en aquellos tiempos no eran infrecuentes los matrimonios entre parientes unidos por lazos íntimos de parentesco. Pero el príncipe, amante de los placeres, no quería casarse con Tamar para verse obligado a compartir con el ambicioso Absalón algunos de los poderes que habrían de ser suyos a la muerte de su padre.

En todas estas pasiones y rencillas el poco inteligente Amnón, era un juguete en manos de su primo Jonadab, hombre astuto y sin escrúpulos, hijo de uno de los hermanos de David. Jonadab vio en la pasión que Amnón sentía por Tamar, una oportunidad para afirmar su propia posición, minando la estabilidad del gobierno de David. Si estallara un gran escándalo en el palacio de éste, sería una gran oportunidad para que su propio padre fuera nombrado en el lugar de David…, sobre todo si acaecía la muerte inesperada de éste.

—Dime —le preguntó Jonadab a Amnón, el enfermo de amor—, ¿cómo es que veo languidecer de día en día al hijo del rey?

—Es que quiero a Tamar, la hermana de mi hermano Absalón —confesó Amnón.

—Acuéstate y finge encontrarte enfermo —le aconsejó Jonadab—. Cuando vaya a verte tu padre, interesándose por tu estado de salud, dile que te mande a Tamar para prepararte algo que comer. Entonces podrás hacer con ella lo que quieras.

Amnón cayó de lleno en la intriga, porque no advirtió en el consejo de Jonadab un plan para acabar a la vez con los dos aspirantes al trono. Cuando David fue a visitarle al fingir que estaba enfermo, le rogó que le enviara a Tamar para prepararle algo de comer, tal como Jonadab le había aconsejado. No viendo nada anormal en esta petición, David envió a la muchacha a la habitación de su hermanastro. Cuando llegó a ella, Amnón, que ya tuvo cuidado de mandar fuera a sus criados, la hizo suya por la fuerza.

Tamar fue lo suficientemente juiciosa para darse cuenta de las posibles consecuencias del delito que Amnón había cometido con ella y trató de convencerle para que la pidiera al rey en matrimonio. Mas una vez satisfecho su deseo, Amnón se cansó de ella y la arrojó ignominiosamente fuera de su casa. Cuando fue a la de Absalón y confesó, llorosa, su vergüenza, fue acogida por éste, quien juró vengarse de su hermano Amnón.

Absalón tuvo buen cuidado en no denunciar acto seguido a Amnón porque no sabía de qué forma reaccionaría David ante el escándalo, aunque lo más probable era que, tratándose de algo familiar, tratara de acallarlo. Si ello hubiese convenido a sus propósitos, Absalón no hubiera tenido escrúpulos en que Amnón fuera castigado, pero su astuta imaginación ideó otro procedimiento por medio del cual podría deshacerse de Amnón y eliminar una barrera que se alzaba entre él y el trono. Por consiguiente, nada dijo de momento acerca de la desgracia que había acaecido a su hermana, y en su lugar, se puso a actuar para acabar secretamente con Amnón, de una forma que no se sospechara que él había participado en su muerte.

Además de lo que David había repartido entre sus hijos perteneciente al real tesoro, les proporcionó también importantes propiedades de terrenos con cuyas rentas cubrían sus necesidades. A Absalón le correspondió una finca de gran valor, en un lugar llamado Baal-hazor, situado en la comarca montañosa al norte de Bethel. Allí poseía un gran rebaño de ovejas, atendido por pastores, que como era costumbre desde tiempo inmemorial en las montañas de Canaán, las hacían ir de valle en valle, donde los animales pudieran encontrar jugosa hierba. Absalón tenía también en aquel terreno ricos viñedos, que eran una de las mayores fuentes de ingresos de los terratenientes de Israel.

Dado que la recogida de estas cosechas, las uvas y la lana, constituían dos de las más importantes actividades del pueblo, se las asociaba con las dos fiestas más importantes del año. Una de ellas se celebraba en otoñó, en el mes de la vendimia, al ser recolectada la uva y pisada en los lagares. La otra tenía lugar en la primavera, cuando la tierra empezaba a mostrar nuevos síntomas

de vida después del largo sueño invernal y eran espesos los vellones en los lomos de las ovejas. En ambas circunstancias había mucho jolgorio y alegría, y se realizaban gratos sacrificios al Señor por la generosidad de las› cosechas recogidas. ¿Qué tenía, pues, de particular que el rica príncipe Absalón invitara a toda la corte de Israel para que le acompañara en la fiesta de celebración del esquileo?

—Tengo a mis esquiladores en Baal-hazor —le dijo Absalón a su padre— y he invitado a los hijos del rey, mis hermanos, para que me acompañen en la celebración de la fiesta. También ruego al rey que venga en nuestra compañía en unión de todos sus siervos.

—No, hijo mío —le contestó David, tal como Absalón esperaba—, tanta gente constituiría un gran trastorno para ti.

—Por lo menos quisiera contar con la asistencia de Amnón.

—¿Y por qué ha de ir precisamente éste?

—Amnón es el hermano mayor. Si él viene, todos los demás príncipes le seguirán. Me gustaría que todos mis hermanos celebraran en mi compañía mi buena suerte.

La petición era una artimaña verdaderamente artera para conseguir que el indolente Amnón saliese de Jerusalén, pero David no podía ver mal alguno en ello. Además, siempre le había sido difícil negarle al gallardo Absalón cualquier cosa que le pidiera, debido a que se parecía mucho a él cuando era joven. Así que todos los hijos de David se trasladaron a Baal-hazor para acompañar a su hermano Absalón en la celebración de la fiesta del esquileo.

El astuto Absalón había tomado sus precauciones para hacer que no recayera sobre él ninguna sospecha cuando sus servidores cayeran sobre Amnón en forma que pareciese que éste era víctima del ataque de unos salteadores de caminos. Pero aquéllos no pudieron esconder su identidad y su presencia le denunció como inductor del crimen. Sucedió que durante el fragor y la confusión producidos por el asesinato, uno de los miembros del cortejo pudo huir a Jerusalén, llevando la horrible noticia de que Absalón había dado muerte a todos los hijos del rey.

Para David esto representó el cumplimiento final de la maldición de Nathan a raíz de la muerte de Urías. Primero, la muerte del hijo concebido por Bethsabé durante los primeros días de su turbulento amor; ahora, caía de nuevo la espada, como Dios había prometido, sobre sus restantes hijos. En un paroxismo de dolor, desgarró el rey sus vestiduras y se arrojó al suelo, forma con la que tradicionalmente se ponía de manifiesto el profundo dolor que se

sentía por algún ser querido, mientras que los servidores de la casa y las mujeres se ponían a sollozar por los príncipes muertos.

Jonadab había sido uno de los invitados a la fiesta del esquileo. Tan pronto como le fue posible enterarse de lo que realmente había sucedido, se apresuró a presentarse en Jerusalén. Su llegada no fue mucho más tarde que cuando se recibieron los primeros informes, e intentó congraciarse con el rey, a la vez que acusaba a Absalón del asesinato deliberado en la persona de Amnón.

—No creáis, mi señor eso de que hayan sido muertos todos los hermanos, hijos del rey. Solamente Amnón ha sido el asesinado por orden de Absalón, cosa que estaba decidido hacer desde el día en que se enteró que aquél había violado a su hermana Tamar.

Ante la buena nueva traída por Jonadab, el pesar que sentía David se alivió un tanto y alimentó esperanzas de que, en efecto, el primer informador pudiera estar equivocado, por lo que apostó centinelas en la puerta de la muralla a fin de que fueran llevándole las noticias complementarias que pudieran ir llegando de la escena del crimen. Los soldados no tardaron en anunciar que veían venir por el camino de Baal-hazor en dirección a Jerusalén, un grupo compacto de personas.

—Vedlo, son los hijos del rey que regresan —se apresuró Jonadab a comunicar a David—. Ya podéis comprobar como han sido exactos los informes que vuestro servidor se apresuró a comunicaros.

No tardaron en llegar los príncipes en persona, corroborando el relato de Jonadab, mientras Absalón, temiendo la cólera de su padre, se apresuró a refugiarse en casa de su abuelo materno, el rey Geshur, donde David no fue a perseguirle.

En la corte hubo el duelo consiguiente por la muerte de Amnón, pero Bethsabé por su parte no pudo por menos de sentirse satisfecha de lo que había ocurrido. Con los dos más presuntos pretendientes al trono fuera de escena, el camino se encontraba más expedito para su hijo Salomón.

CAPÍTULO II

Envió Joab a Tekoa y tomó de allá una mujer astuta.

Samuel 11-14:2

Con Absalón ausente de Jerusalén, la facción de la corte que apoyaba la candidatura de Salomón para que ocupara en su día el trono, compuesta, entre otros, por su madre Bethsabé, el sumo sacerdote Zadok, el profeta Nathan, Benaiah y la guardia personal del rey que ése acaudillaba se sintió más segura en cuanto al patrocinio del monarca. Sin embargo, David seguía lamentando la ausencia de Absalón, quien con sus brillantes dotes naturales y hasta con sus revoltosos manejos tanto había contribuido a prestar animación a la vida de la corte. Bethsabé, por su parte, no se sentía completamente segura de que David pudiera seguir sintiéndose ligado a su promesa de nombrar a Salomón su sucesor, si Joab y su facción le llegaban a persuadir que su hijo no era lo suficientemente fuerte para mantener unida la nación después de su muerte.

Por una parte, Salomón no era todavía más que un muchacho. Por lo tanto, en caso de que David falleciera antes de que llegara a la mayoría de edad, surgía la cuestión de que tuviera que gobernar un regente. En un reino que se mantenía unido casi únicamente por la lealtad hacia David, semejante gobierno podría significar el fin de un Israel unificado, idea que al rey le resultaría difícil de soportar.

Absalón, por su parte, parecía un sucesor más lógico por lo menos por dos razones. Era el príncipe favorito de la tribu de Judá, que le había adoptado personalmente como uno de los suyos antes de ocurrir lo de Amnón, y siendo tan grandes como eran las disputas tribales, Judá podía pesar mucho en cualquier decisión que se tomara acerca de quién debería de gobernar después de la muerte de David. Y como nieto del rey Tamai, de Geshur, podía contar no solamente con la lealtad del pueblo de este reino, sino también con los principados vecinos del Norte. Además, era un guerrero hábil y valiente, mientras que Salomón, aunque con mucho el más inteligente de los hermanos, mostraba poca inclinación hacia la vida del soldado y no poseía ninguna de las brillantes cualidades que hacían de Absalón, aun encontrándose en el exilio, un favorito de las masas.

En realidad, la mayor parte de los israelitas no consideraban que Absalón hubiera cometido un grave delito al ordenar la muerte de Amnón. De acuerdo con las leyes de Moisés, que en estas cuestiones decían siempre la última palabra, Absalón tenía derecho a vengar con sangre el insulto hecho a su hermana Tamar. La única falta que cometió fue el haber mandado a sus criados a que lo mataran y no haber sido él quien hubiese empuñado el arma vengadora. Sin embargo, este detalle no tenía una importancia fundamental, desde el momento que la ley había quedado cumplida. Al pasar uno, dos y tres años, el crimen de Absalón quedó olvidado, permaneciendo sólo el recuerdo de sus brillantes cualidades y de sus pequeños escándalos.

Joab, en particular, miraba la gradual ascendencia de la influencia del grupo que patrocinaba a Salomón, como un peligro para el país y para sí mismo. Desde el día en que se puso al lado de David en el valle de Elah, en ocasión de la muerte de Goliat, solamente hubo un corto plazo en que no estuviera íntimamente unido a él, como jefe de los ejércitos y consejero. Este período fue el que medió entre el asesinato de Abner y la toma de Jerusalén. La hazaña de Joab al subir por el pozo sobre el manantial de Gihón, decisiva para la batalla de Jerusalén, le valió ser repuesto en su cargo de capitán jefe.

Al envejecer David y mostrar cada vez más inclinación a concentrarse en sí mismo, Joab contemplaba con creciente preocupación la ascensión del grupo que rodeaba al niño Salomón, que ocupaba una situación dominante en los asuntos del reino. Y con el Ejército jugando un papel cada vez menos preponderante en la vida de Israel, ahora que sus principales enemigos habían sido ya vencidos, veía también que iba quedando gradualmente minada la posición que él ocupaba.

Joab se puso inmediatamente en acción urdiendo un astuto plan para que Absalón pudiera volver a Jerusalén y a ganar el favor de su padre. El primer paso era convencer a David ya algo débil, que el bienestar de Israel exigía la designación de Absalón como sucesor suyo. Para llevar a cabo la estratagema, contrató los servicios de una inteligente mujer que vivía en Tekoa, pequeño pueblo tocando el desierto de Judea, no lejos de Hebrón y de la tumba de Abraham, en Mamre. Siguiendo instrucciones de Joab, llegó a Jerusalén vestida de luto, como si hubiera fallecido recientemente una persona querida y se presentó en el palacio. Allí pidió que su caso fuera oído y juzgado personalmente por el rey.

David podía escuchar solamente a unos pocos de los muchos que le solicitaban audiencias, los cuales eran seleccionados antes por los consejeros

del rey. Pero Joab todavía gozaba de suficiente influencia en el palacio para conseguir que la mujer de Tekoa fuera admitida a presencia de David.

—¡Ayudadme, oh rey! —suplicó, arrodillándose en el suelo ante el trono.

Por la pena que sentía a causa del gallardo Absalón, David se sentía más considerado con los dolores ajenos de lo que normalmente lo había sido hasta entonces, circunstancia con la que ya contó astutamente Joab al planear la intriga. El rey miró compasivo a la mujer y le preguntó:

—¿Qué os sucede?

—Soy viuda y tenía dos hijos. Pero un día se pelearon y como no había nadie que los separara, uno de ellos mató al otro.

—Continuad —dijo David, cuyo interés había sido despertado naturalmente por aquella historia, tan paralela a lo que, estaba él pasando.

—Ahora, se ha alzado contra mí toda la familia. Pide que les entregue al matador de su hermano, para matarlo a su vez.

—Es la ley —le recordó David—. Si la familia de vuestro esposo exige la vida del matador, ésta debe de ser suya.

—¡Pero entonces el único carbón que dejó encendido se extinguirá! —sollozó la mujer—. No quedará sobre la tierra ni rastro del nombre de mi esposo.

Aquella cuestión legal no era sencilla de resolver, puesto que en Israel la mayor tragedia que podía acaecer a un hombre era que su descendencia desapareciera por completo y que la tierra de la familia tuviera que ser vendida. Muchos artículos de la ley estaban dedicados a la cuestión de la herencia, de forma que la tierra propiedad de una familia pasara a las generaciones sucesivas. No era una cuestión que pudiera resolverse con ligereza y David necesitaba tiempo para reflexionar acerca de ella.

—Marchad a vuestra casa —le dijo a la mujer—. Más tarde daré órdenes relacionadas con el caso que me presentáis.

Una mujer menos inteligente hubiera dejado correr el asunto, no fuera a despertarse la cólera del rey si lo llevaba adelante; pero Joab había escogido bien su agente y la mujer no terminó en aquel punto el asunto que le llevó al palacio.

—Ruego que el rey recuerde —suplicó— que el Señor vuestro Dios sufrirá al morir mi hijo, cansado de que se sigan poniendo en práctica estas venganzas de sangre.

—Como que Dios vive —le prometió David—, ni un solo cabello de vuestro hijo caerá a tierra.

Éste, era el compromiso que la mujer estaba esperando obtener, una decisión que, incluso aplicada a un caso hipotético, podía servir de base para el regreso sin peligro de Absalón a Jerusalén y al favor de su padre.

—Os ruego que permitáis que vuestra sierva diga unas palabras a su señor el rey.

Antes de hablar contempló pensativo a la mujer. Aunque en aquel tiempo su cuerpo se fatigaba con facilidad y sus cabellos y su barba estaban ya blancos a causa de la edad, su inteligencia era clara y aguda como siempre, y algo le decía que en la historia de aquella mujer había más de lo que parecía a primera vista.

—Decid lo que gustéis —manifestó al fin.

—¿Por qué, pues, si el rey muestra su misericordia hacia mí y hacia mi hijo, no hacéis que regrese a su hogar vuestro propio hijo que tenéis en el destierro? —preguntó con atrevimiento—. Como un ángel de Dios, puede el rey mi señor separar lo bueno de lo malo. Obrando así el Señor os acompañará.

David pudo ver entonces la trama de la intriga claramente y no tuvo que hacer gran esfuerzo para descubrir mentalmente al autor de ella.

—¿No anda la mano de Joab en todo esto? —preguntó, por saber que éste había estado trabajando por el retomo de Absalón a Jerusalén.

Cogida de sorpresa, la verdad de la acusación quedó reflejada en la palidez que cubrió las mejillas de la mujer.

—Vuestro servidor Joab fue, en efecto, el que me mandó venir, el que puso en mi boca las palabras que he pronunciado —admitió—. Verdaderamente mi señor posee la sabiduría de un ángel de Dios para conocer todo lo que en la tierra sucede.

—Marchad —le dijo David sin aspereza— y decir a Joab que se presente ante mí.

La mujer se apresuró a salir de la estáñela. Joab no tardó en aparecer, no sin mostrar cierta aprensión, no sabiendo la manera que David tendría de reaccionar por haberle enviado a aquella mujer con el cuento engañoso de un hermano matando a otro. David, sin embargo, se mostró benévolo, porque Joab le había dado la excusa que necesitaba para autorizar el regreso de Absalón del exilio.

—Puedes hacer que Absalón vuelva a Jerusalén —le dijo al capitán jefe —. Pero que vaya a su casa y que a mí no me mire a la cara.

CAPÍTULO III

Absalón se hizo de carros y caballos y de cincuenta hombres que corriesen delante de él.

Samuel II —15:1

David cumplió su palabra. Durante dos años después del regreso del destierro a Jerusalén, no admitió a Absalón en su presencia. Sin embargo, fue éste un periodo activo y productivo para el marrullero y ambicioso príncipe. Los años que pasó en Geshur no le habían hecho cambiar en absoluto. Vanidoso y brillante como siempre, solamente se hacía cortar el pelo una vez al año, y cuando lo efectuaba los cabellos cortados pesaban doscientos siclos, unidad de medida de Tiro, que entonces regía en Israel. No perdía ocasión de impresionar al pueblo con sus excentricidades o con sus maneras reales.

Joab se inclinaba a que fuera el propio David quién se decidiera, sin presión de ninguna clase, a hacer que Absalón recuperara por completo su protección, pero el gallardo príncipe estaba impaciente. Al cabo de dos años de permanencia en Jerusalén, sin haber sido llamado por su padre, importunaba continuamente al capitán jefe para que hablara en su nombre con David. Joab acabó por interceder por él, pero de haber sabido lo que había en la imaginación de Absalón, debería de haber antes rogado a David que mandara al príncipe de nuevo a Geshur.

Cuando Joab rogó a David que admitiera al joven príncipe en el palacio y en los consejos, el rey accedió a ello. Había echado mucho de menos a Absalón y saludó gozoso la oportunidad de tener de nuevo a su hijo cerca de sí. Al mismo tiempo, restableció a Absalón en su antiguo puesto de gobernador de un distrito que comprendía gran parte de Judea y la zona muy poblada al oeste de Jerusalén. La acción de David convenía perfectamente a los planes de Absalón, que era nada menos que desposeer a su padre, en beneficio propio, del trono de Israel.

El primer acto de Absalón dentro del complicado proyecto que había imaginado fue comprar varios carros de combate y emplear una compañía de mercenarios para su guardia personal. Dondequiera que fuera, iba ahora acompañado por un séquito militar aún mayor que el que generalmente seguía a David en sus cada vez menos frecuentes apariciones en público.

Inevitablemente, esta ostentación de fuerza y poderío no dejaba de impresionar al pueblo acerca de la importancia de Absalón, y para los incultos adquirió unas dimensiones no por debajo de las del rey. Era cosa generalmente aceptada que gradualmente se iría apoderando cada vez más del poder de David.

En cuanto a éste, su cariño hacia Absalón y la felicidad que sentía al tenerle de nuevo como miembro de la corte, le hacían tener los ojos cerrados hacia lo que realmente estaba ocurriendo. De hecho, si Absalón se hubiera limitado a esperar que llegara su momento, la corona de Israel hubiera sido suya casi por negligencia del envejecido David que cada vez se sentía más cansado de los rutinarios deberes de reinar. Sin embargo, el joven príncipe era a la vez impaciente y estaba demasiado convencido de su propia inteligencia. Sin consultar a Joab, que había sido su patrocinador original, forjó planes para realizar una verdadera revuelta. La primera parte de su proyecto consistía en alejar al pueblo de la actitud de casi adoración que mantenía hacia su padre. A este efecto, llevó a cabo una habilidosa estrategia. Se levantaba temprano todas las mañanas y se situaba en la principal parte de la ciudad saludando a cuántos llegaban a Jerusalén con la esperanza de que sus disensiones fueran escuchadas y juzgadas por el rey.

—Vuestros asuntos son buenos y justos —solía decir a los peticionarios —, pero no ha sido designado nadie por el rey para escuchar vuestras quejas.

Tal declaración, hecha por el propio hijo de David, conocido por ser hombre de gran importancia en Israel, inevitablemente hacía nacer la duda en la mente de los visitantes de si debían o no ir a ser escuchados por el rey. Cuando ordinariamente la mayor parte de ellos eran rechazados porque David no tenía tiempo material de escuchar sus litigios, no podía reprochárseles de recordar lo que Absalón les había dicho y se dirigían de nuevo a él. A estos peticionarios descontentos, así como a los que fueron escuchados y fallado en contra, Absalón les daba su conmiseración y su simpatía por su mala suerte, añadiendo:

—¡Oh, si yo fuera nombrado juez en este país para que cada hombre que tuviera un pleito pudiera venir a mí para que le hiciera justicia!

Cuando después cogía la mano del visitante y le abrazaba, era fácil que un peticionario desengañado se dijera que David no se preocupaba en absoluto del pueblo corriente, y que Absalón era el único hombre que ocupaba un alto puesto en el reino que se preocupase, abandonando sus deberes, de que los desafueros se corrigieran y de que se hiciese justicia. De esta manera, Absalón fue poco a poco granjeándose la simpatía del pueblo, no solamente

en Judea, donde ya era muy admirado, y en Jerusalén donde le seguían todos los ociosos deslumbrados por sus maneras, sino también en los demás distritos del reino donde los que fracasaban al exponer sus quejas a David se hacían lenguas de las prometedoras cualidades del joven príncipe. Juzgaban que este príncipe estaba mejor dotado para gobernarles que el achacoso y anciano rey.

Finalmente llegó el día en que Absalón estuvo dispuesto a empezar su revuelta. Pero puesto que había planeado congregar en Judea las fuerzas que tenía preparadas fuera de Jerusalén, sabía que tenía que abandonar esta ciudad sin despertar sospechas y que para ello necesitaba el permiso de David, cosa que no le preocupaba puesto que su padre accedía siempre a todos sus deseos. Al encontrarse frente a David sus gestos eran humildes como correspondían a un hijo amante de sus deberes.

—Os ruego que me dejéis marchar para cumplir un voto que he hecho al Señor en Hebrón —solicitó de su padre.

—¿Qué voto es ése? —le preguntó David.

—Cuando vivía en Geshur, en Siria, prometí al Señor que si alguna vez hacía que pudiera volver a Jerusalén, le haría un sacrificio en nuestro antiguo hogar.

Era una astuta falsedad, la clase de solicitud que era difícil que el rey no accediera a ella.

—Ve en paz —le dijo David a su hijo, el cual inmediatamente abandonó la corte.

Acompañado por sus carros, sus mercenarios y por varios centenares de jóvenes a los que invitó a seguirle, salió de la ciudad hacia Belén y Hebrón. Una vez situado allí, envió mensajeros por todo el país para anunciar la señal convenida con pequeños grupos de disidentes, cuya ayuda había estado cortejando varios años.

—Tan pronto como oigáis el sonido de la trompeta —les dijo—, debéis gritar: «¡Absalón reina en Hebrón!».

Existían varias razones para comprender que hubiera diversos grupos propicios a seguir a Absalón: resentimientos antiguos, la esperanza de ricas recompensas por el botín de que se apoderaran, el deslumbramiento por la acción en los jóvenes en un país donde desde hacía muchos años no tuvo lugar ninguna guerra seria, la probabilidad de ganar gloria personal en los combates, el descontento por parte de la tribu de Benjamín a causa de que los hijos de Saúl no hubiesen sido los sucesores de éste, todo ello contribuyó a que el príncipe rebelde pudiera levantar un ejército bastante considerable con

el que empezó a marchar sobre Jerusalén, con la esperanza de poder tomar esta ciudad por sorpresa, antes de que David se aprestara a su defensa.

Noticias de la rápidamente extendida rebelión llegaron hasta David en el momento en que un hombre al que consideraba uno de sus más inteligentes y fieles consejeros, Ahitofel de Giloh se unió a las fuerzas de Absalón. La defección de Ahitofel fue un duro golpe para David, por haberle tenido toda la confianza y respeto. Era un rey severo y triste el que reunía ahora en tomo suyo a los consejeros de Jerusalén.

—He recibido noticias de que los corazones de muchos hombres de Israel siguen a Absalón —manifestó al grupo— y que en estos momentos marcha éste hacia Jerusalén.

Aun cuando Joab había apoyado a Absalón como sucesor de David, no tomó parte alguna en la rebelión, eligiendo permanecer al lado del rey.

—Si cerramos las puertas y dominamos en los manantiales, Absalón se verá obligado a poner sitio a la ciudad —dijo—. Yo y mis hombres estamos dispuestos a defenderla.

Los ojos de David se humedecieron ante aquella protesta de lealtad por parte de su viejo amigo y compañero de batalla, de quien las vicisitudes de la vida política le habían apartado tanto en los últimos años.

—Sería combatir como en los días de antaño —reconoció—. Pero yo nunca me he acostumbrado a luchar detrás de unas murallas. Además, Jerusalén resultaría dañado y sus habitantes sufrirían las consecuencias, aunque no tienen culpa alguna de las desavenencias surgidas entre mi hijo y yo. Retirémonos, en lugar de eso, a Mahanaim cruzando el Jordán y reunamos allí a los que nos son leales entre las tribus y los reyes de la comarca circunvecina y que quieran cobijarse bajo nuestras banderas.

Nadie se atrevió a señalar que eso sería tanto como volver a representar casi en sus menores detalles la escena de los acontecimientos ocurridos durante los últimos días del reinado de Saúl cuando David se convirtió en caudillo de Judá y las fuerzas leales a Saúl y a Ishbosheth se retiraron a Mahanaim bajo el mando de Abner. El paralelo era demasiado claro para que nadie lo viera en cuanto, inevitablemente, ello afectaría de una manera deprimente a los espíritus. Dar la orden de evacuar Jerusalén y su hermoso palacio era la decisión más dolorosa que jamás había tomado David. Y sin embargo sabía que ésta era la única decisión posible para salvar la hermosa y amada ciudad donde Dios prometiera que uno de sus hijos levantaría un templo a la mayor gloria del Altísimo.

CAPÍTULO IV

Hushai, el arquita, le salió al encuentro, trayendo rota su ropa y tierra sobre su cabeza.

Samuel 11-15:32

David no perdió el tiempo en su decisión de evacuar Jerusalén. Todo aquel que eligió salir de la capital, se le ordenó que lo hiciese por la puerta opuesta al manantial llamado Kidrón y que tomara el camino de Jericó, que serpenteaba frente a la ladera oriental, conocida a veces con el nombre de monte de los Olvos. David permaneció al lado de Kidrón, en un punto en que las aguas formaban un arroyo sobre un lecho pedregoso y donde existía un vado. Con su presencia allí esperaba alentar a los que le seguían y persuadir a los que no se consideraban capaces de hacer el viaje, de regresar a la ciudad.

Las esposas y los hijos de David seguían a Joab y a los soldados que abrían el cortejo. Adonías, cuya madre era Haggith a quien David tomó por esposa mucho antes de ser coronado rey, era el más destacado de los vástagos del rey desde la rebelión de Absalón. David decidió dejar detrás todas sus concubinas en su harén de Jerusalén, puesto que además de consumir comida serían un estorbo para la marcha. Además, como eran jóvenes y bellas, podrían crear complicaciones entre los elementos jóvenes de su partida.

Detrás de los miembros de la familia de David marchaban, bajo el mando del recio y capaz Benaiah, los *queretitas* y los *peletitas*, mercenarios de alta estatura y muchos de ellos rubios, que se contaban entre los mejores combatientes del Ejército. A continuación iban seiscientos *gititas* de Gath. Cuando su comandante, el encanecido Ittai, viejo compañero de armas de David, apareció, éste le llamó ordenando que las tropas se detuvieran.

—Estáis desterrado de vuestro propio país, mientras yo voy a dirigirme donde buenamente pueda —le dijo a Ittai—. Marchaos con vuestros hombres y que la suerte y la verdad os acompañen.

—En tanto que Dios y mi señor el rey vivan —manifestó Ittai serenamente—, a cualquier sitio que vayáis, en muerte o en vida, irá también vuestro servidor.

David se sintió muy emocionado ante aquella prueba de fe y de fidelidad, tanto que de momento no le fue posible pronunciar palabra y sólo pudo hacer

con la mano un gesto de saludo a los mercenarios que en aquellos momentos cruzaban el arroyó, seguidos de los demás. Detrás de todos seguía una larga fila de habitantes de la ciudad, que preferían abandonar sus casas y la seguridad de las murallas antes que abandonar a su rey. Cerrando el cortejo iba la magnífica tienda del Tabernáculo, en cuyo interior se hallaba el Arcá de la Alianza, llevada en unas angarillas especiales por jóvenes y robustos levitas. A éstos seguía una fila de sacerdotes ricamente vestidos, encabezados por Zadok y Abiathar, a los que David detuvo antes de que alcanzaran el vado.

—Llevad de nuevo el Arca de Dios a la ciudad —ordenó.

—El Arca debe de ir dónde vaya el ungido de Dios —protestó el sacerdote Zadok.

—Si el Señor me sigue otorgando su protección, me traerá de nuevo aquí, al lado del Arca y de su lugar de residencia —replicó David—. Pero si Dios me dice: «No me complaces», entonces seguiré mi camino. Dejad que se haga su santa voluntad.

Zadok, que ocupaba ahora el cargo de sumo sacerdote, ayudado en su ministerio por un hijo de Abiathar, sentía repugnancia de regresar a Jerusalén.

—Regresad en paz a la ciudad y vivid en ella con vuestros hijos —le dijo David—. Observad cuánto ocurra en Jerusalén y mandádmelo a decir cuando me encuentre en el desierto.

—Que Dios os acompañe y os devuelva sano y salvo al hogar —dijo Zadok partiendo y ordenando a la procesión que llevaba el Arca que regresara a Jerusalén, según los deseos de David.

Desde la cumbre de la eminencia llamada monte de los Olivos, David se volvió para mirar a Jerusalén. Podía ver el Tabernáculo, fácilmente identificable por el color de rica púrpura del tejido con que estaba hecho, que era conducido a través de las calles al lugar de su residencia habitual. Al otro lado de la colina, la línea de la muchedumbre se arrastraba lentamente hacia abajo por el ondulante camino que se dirigía a Jericó, pareciendo desoladamente pequeña en comparación con los grandes ejércitos que en más de una ocasión había él llevado a la victoria por este mismo camino. Por la agonía que ello le hacía experimentar y, sobre todo, por el gran dolor que en su corazón sentía al pensar que el hijo que tanto amaba había demostrado ser un traidor, David prorrumpió en un lamento todavía más angustioso que la canción fúnebre que cantó cuando la muerte de Saúl y Jonatán:

¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?
¿Por qué estás tan lejos y no me prestas tu ayuda?

De día, ¡oh, mi Dios!, te llamo, pero no me oyes
Y tampoco durante la noche permanezco silencioso.

Pero Tú eres santo,
¡Oh, Tú, que recibes todas las alabanzas de Israel!
Nuestros padres confiaban en ti:
Confiaban y Tú les liberaste.

Yo tengo el desastre cerca de mí
Y a nadie que venga en mi ayuda.
Fieros todos me persiguen,
Fuertes toros de Bashan que me cercan.

Me miran con sus bocas abiertas,
Como coléricos y rugientes leones.
Siento escapárseme la vida
Y dislocarse todos mis huesos.

Mi corazón parece de cera,
Se derrite dentro de mis entrañas.
Mis fuerzas se secan como en tiesto sin riego
Y mi lengua se pega a mi paladar.

Tú me has arrojado al polvo de la muerte.
Los perros me persiguen.
La cuadrilla de los perversos me ha cercado
Y agujereado mis manos y mis pies.

Puedo contar todos los huesos de mi cuerpo,
Parecen contemplarme,
Horadan mis vestiduras
Y se las reparten entre ellos.

¡No te alejes de mí, oh, mi Señor!
¡Ayúdame, tú que eres mi fuerza!
Libra mi alma de la espada,
Sálvame de la boca del león,
Como ya lo hiciste de los cuernos de los unicornios.

Vencido por el dolor, David no pudo pronunciar una palabra más. Entonces, antes de que el monte de los Olivos se la ocultara de su vista, levantó sus ojos para dar a la ciudad que tanto amaba un último adiós, y algo extraño y maravilloso sucedió en aquel momento. Le pareció que la ciudad ya no estaba envuelta en la tristeza y la aflicción que el destino derramaba sobre ella. Ahora hasta las murallas parecían brillar ante sus ojos, como un faro visto de lejos que guía los pasos del viajero al regresar al hogar. Comprendió, con súbita oleada de reconocimiento, que era la manera que Dios tenía para decirle que volvería a la ciudad que él dedicó a la gloria del Altísimo sobre la cumbre de Sión, y que fuera lo que fuera lo que le ocurriera, el Señor no le dejaría morir, despreciado y abandonado, en el desierto.

Con tal seguridad por parte de Dios, sintió David que se despojaba de todo su cansancio y de toda su tristeza, como si fueran vestiduras sucias que se arrojan al suelo. Su cuerpo se irguió y sus hombros se echaron orgullosamente hacia atrás. Incluso en sus ojos brilló como una nueva luz de esperanza. Ya no era un hombre viejo y doblegado que seguía a los demás por el camino de Jericó, sino un rey, fuerte y resuelto, acaudillando a su pueblo hacía la victoria.

Cerca del pie de la colina vio David un pequeño grupo que caminaba por una senda que se juntaba por delante del camino donde él se encontraba. Al acercarse, pudo reconocer a Hushai, un antiguo amigo y consejero que andaba despaciosamente a causa de sus muchos años.

Los dos hombres se abrazaron cariñosamente debajo mismo de la cresta de la colina. Hushai se dejó caer sobre una peña, jadeando por el esfuerzo hecho para subir por la cuesta. David observó que llevaba la ropa destrozada y que su rostro estaba cubierto de cenizas, en la forma tradicional de duelo.

—Triste día para Israel éste en que el rey se ve obligado a huir a causa de un hijo traicionero —manifestó Hushai—. Tan pronto como me enteré de la noticia, vine desde Ataroth para ponerme a vuestro lado.

Media hora antes, David habría juntado sus lágrimas a las de Hushai a causa de lo profundo que la desgracia le había arrastrado. Pero desde entonces recibió de parte de Dios la seguridad de que regresaría a la ciudad que amaba. Era ahora un nuevo David el que se encontraba al frente de aquella nueva aventura, un hombre que se quitaba diez años de encima en aquel momento de reacción y que se encontraba dispuesto a emprender la campaña que le llevase a volver a ganar su reino.

—Si venís conmigo, os convertiréis en un peso para mí —le dijo afablemente David—. Os ruego que regreséis a la ciudad y que le digáis a

Absalón cuando se encuentre en ella: «¡Seré vuestro servidor, oh rey! Lo mismo que serví antes a vuestro padre, os serviré a vos ahora».

—¿Es que pretendéis, acaso, que me convierta en un traidor? —preguntó Hushai con indignación—. Mientras viva y respire, eso no sucederá.

—No se trata de ser un traidor, al contrario —le aseguró David—, pues lo que podéis hacer estando en Jerusalén es ayudarme a anular en los consejos a Ahitofel.

—¿Así es verdad que se marchó con Absalón? Ya lo he oído, pero era una cosa que no podía creer.

—Pues sí, es cierto que Ahitofel se ha ido con él —le confirmó David—. Y sin uno de vuestra categoría allí para poder derrotarle, todo lo que hemos conseguido en tantos años se perderá.

—¿Pero qué podré hacer yo estando solo?

—Se encuentran también allí Zadok y Abiathar —le aseguró David— y todo lo que podáis oír en la casa del rey, debéis de decírselo a ellos.

—¡Pero no seremos sino tres hombres encerrados dentro de las murallas!

—Ahimaaz, hijo de Zadok, y Jonatán, el hijo de Abiathar, serán utilizados como mensajeros míos —le explicó David—. Les podéis comunicar cuánto sepáis seguro de que no tardará en llegar a mis oídos.

Hushai se puso en pie.

—Si de lo que se trata —dijo— es de combatir los consejos que pueda dar hombre tan experimentado como Ahitofel, no cabe duda que mi puesto está en Jerusalén. Que Dios os acompañe, David, y cuide de vos.

—Lo hará —aseguró David con confianza—. Hoy ha hablado a mi corazón y me ha dicho que regresaré.

David no esperó a ver como Hushai entraba en la ciudad porque quería estar en Jericó antes de que anocheciera. Por entonces Absalón se dirigía hacia Jerusalén en un carro, suelta al viento su larga melena, y Hushai estaba ya en la ciudad decidido a acabar con la revuelta del triunfante nuevo gobernante por todos los medios a su alcance.

CAPÍTULO V

Y Ahitofel dijo a Absalón: Entra a las concubinas de tu padre.

Samuel II —16:21

No lejos del monte de los Olivos, David se encontró con una pequeña caravana que estaba aguardando a un lado del camino. Al acercarse, un hombre rechoncho que la guiaba se arrodilló ante él, reconociendo a Ziba, que estaba encargado de cuidar de Mefibosheth, el hijo impedido de Jonatán. Aunque la caravana era pequeña, llevaba apilados en los lomos de los animales de carga muchos paquetes conteniendo panes, pasteles de pasas de los viñedos de Hebrón, cestos de frutas frescas y pellejos de vino.

—Los asnos son para que cabalguen en ellos los familiares del rey —explicó Ziba—. El pan y los frutos de verano para que los coman los jóvenes y el vino para que lo pueda beber quien pueda sentirse débil en el desierto.

David no pudo por menos de sentirse animado por la lealtad y la buena voluntad de aquel hombre dispuesto a ayudar a un rey cuyo gobierno sobre Israel parecía estar llegando a su fin. Pero no había rastro de Mefibosheth, a quien el propio David socorrió dándole las rentas de todas las posesiones de Saúl y permitiéndole vivir en Jerusalén como un miembro más de la casa real.

—¿Dónde se encuentra el hijo de vuestro antiguo amo? —preguntó a Ziba.

—Vive en Jerusalén. Cuando oí que vos ibais a abandonar la ciudad, pregunté a Mefibosheth qué es lo que pensaba hacer. Se limitó a decirme: «Hoy la casa de Israel me restablecerá en el trono que debía de pertenecer a mi padre».

Era verdaderamente una extraña situación, aquélla en que un criado había puesto el bienestar del rey antes que el suyo propio, en tanto que su amo pagaba la bondad que se le mostraba yendo a Absalón a la primera oportunidad. Con este pensamiento le vino la contestación de lo que en su día habría de hacerse con el desagradecido hijo de Jonatán.

—Todo lo que perteneció a Mefibosheth, será vuestro —le aseguró David a Ziba.

—Lo único que quisiera obtener siempre de mi señor y rey es una buena acogida a su lado —contestó Ziba, a tiempo que entregaba las riendas de la

primera mula de la reata a uno de los criados de David—. Dios quiera que podáis regresar sano y salvo a vuestro pueblo.

Un poco al este de Jerusalén, David y los que iban con él pasaron por el pueblo de Bahurim. Filas de curiosos se habían congregado a lo largo del camino para ver pasar el cortejo. La mayor parte de ellos permanecían en silencio, mientras algunos vitoreaban al rey y le saludaban enviándole bendiciones a él y a los de su casa. Sin embargo, cerca ya de la salida del pueblo apareció un hombre que había salido corriendo de una casa, lanzando maldiciones contra ellos. Abishai, el hermano de Joab, marchaba al lado de David, a fin de protegerle contra cualquier contingencia, puesto que era imposible predecir cuáles podían ser ahora los sentimientos del pueblo.

—Es Shimei, hijo de Gera, de la casa de Saúl —gruñó Abishai—. Siempre te ha odiado y no pierde oportunidad de hablar en contra tuya.

Mientras Abishai decía esto, una piedra, dirigida sin género de duda a David, acertó a dar en una mula que se encontraba no lejos de él. El animal lanzó un gruñido de dolor y se introdujo entre las filas de los caminantes obligando a la columna a detenerse un momento. David se adelantó para cerciorarse de que nadie había recibido daño. En el momento en que se disponía a hablar con uno de los mercenarios, vio cómo Shimei cogía otra piedra y se disponía a lanzarla hacia la dirección donde él se encontraba.

—¡Vamos, vamos, hombre sanguinario —le gritó el *benjaminita* a David —, que el Señor ha hecho que caiga sobre tú cabeza toda la sangre de Saúl, en cuyo lugar reinas! Porque eres un hombre sanguinario, un verdadero hijo de Belial, el Señor ha puesto tu reino en manos de tu hijo Absalón…

—¿Cómo se atreve ese perro podrido a maldecir de esa forma al rey? —preguntó Abishai—. Déjame que vaya y que le corte la cabeza.

—Si mi hijo, que es de mi misma carne, anda tras de matarme ¿en nombre de qué podemos culpar a este *benjaminita*? —replicó David—. Déjale en paz que maldiga cuanto quiera, si es que el Señor le permite que lo haga.

—Pero si se tolera que haya uno que te maldiga sin ser castigado, no tardarán otros muchos en seguir su ejemplo —insistió Abishai.

—Tal vez se fije el Señor en la aflicción que ahora sufro y me compense con algo por estas maldiciones —contestó David—. Di a la columna que vuelva a ponerse en marcha.

Mientras las gentes que componían la caravana volvían a recoger los paquetes que dejaron descansar en el suelo y reanudaban su caminata, se quedaron atónitos al ver como Shimei les seguía corriendo a lo largo del sendero, lanzando con voz chillona invectivas y maldiciones contra el rey de

Israel y tirándole piedras hasta que se quedó atrás en una revuelta del camino. Para aquellas gentes la suerte de David parecía haber descendido al más bajo nivel posible. Pero todavía el poder divino que protegiera al pastorcillo de las montañas cercanas a Belén, seguía actuando. La evidencia de ello quedaba patente para todos al ver un nuevo fulgor en las pupilas del rey y una nueva firmeza en su manera de caminar. Y asimismo debía de estar ese poder actuando también en aquellos momentos en Jerusalén, donde se encontraba Hushai, urdiendo planes para desbaratar los consejos que convocase Ahitofel y para conseguir que Absalón no fuera otra cosa que un juguete en manos de David.

Era la época de las lluvias, cuando el Jordán bajaba crecido y muchas veces se salía incluso del cauce, de manera que David y los suyos se vieron obligados a cruzar la corriente con los procedimientos que podían encontrar a mano o idear. Joab y los otros jefes trataron de convencer a David para que fuera el primero en cruzar el río, pero se negó a hacerlo. Por el contrario, quiso permanecer detrás hasta que todos lo hubieron cruzado y se encontraron a salvo de Absalón, en caso de que el príncipe rebelde les persiguiera en el momento más crítico de su huida. En la orilla del río fue donde los mensajeros Ahimaaz y Jonatán encontraron a David vigilando los últimos detalles del cruce del río.

—¿Qué noticias hay de Jerusalén? —les preguntó—. ¿Ha entrado Absalón en la ciudad?

—Sí, ha entrado —contestó Ahimaaz—, en compañía de gran cantidad de guerreros y de carros de combate.

No eran noticias en verdad muy consoladoras, pero podían haber sido peores, como por ejemplo, que Absalón les iba ya pisando los talones con sus carros.

—¿Qué hay de Hushai?

—Es ahora jefe de los consejeros de Absalón —puntualizó Jonatán.

—¿Y cómo puede ser eso? Se decía que era Ahitofel quién aconsejaba a mi hijo en todo.

—Ahitofel entró en Jerusalén inmediatamente después del príncipe Absalón y al principio era solamente a él a quien escuchaba.

Pareció titubear para seguir hablando y David le dijo:

—Contádmelo todo. Sin ocultarme nada.

—Cuando Absalón entró en vuestro palacio, Ahitofel le aconsejó que se apoderara de vuestras concubinas y las poseyera sobre la azotea a la vista de todo el pueblo.

David sintió como una puñalada de dolor al enterarse que el hijo al que amaba sobre todos los demás le hiciera objeto públicamente de semejante desprecio y escarnio. Porque ningún hombre podía deshonrar a otro de una manera más efectiva que apoderarse de sus mujeres y disponer de ellas en público. El dolor no tardó en ser sustituido por una oleada de cólera, pero antes de que pudiera dar expresión a la ira que sentía, hubo algo que le detuvo; fue el recuerdo de la voz familiar de Nathan, hablándole en ocasión de contarle aquella historia del pobre, cuya corderilla fue robada por el señor rico. Entonces Nathan proclamó el edicto del propio Dios relativo al castigo que él debía de sufrir por el pecado cometido:

«He de levantar el mal contra ti y contra tu propia casa. He de quitarte tus mujeres y se las entregaré a tus vecinos para que yazgan con ellas a la vista de todo el mundo».

—Absalón debe de morir por haber hecho semejante cosa —dijo Joab.

David movió negativamente la cabeza.

—Es la voluntad del Señor.

Pero no pudo por menos de pensar también en que el resto de la profecía sería también cumplido y que la espada no dejaría de seguir pendiente sobre su hogar.

—¿Por qué no vino Absalón con sus carros para sorprendernos aquí, antes de que cruzáramos el río?

—Tal fue el consejo que le dio Ahitofel —dijo uno de los mensajeros—. Se interesó porque doce mil hombres os persiguieran durante la noche. Pero cuando Absalón consultó a Hushai, éste le advirtió que mi señor el rey podría tenderles una emboscada en las montañas y que al caer en la trampa sus gentes podrían desertar.

—¿Y mi hijo le escuchó?

—Es cosa bien sabida que en Israel hasta el rey mi señor escucha los consejos de Hushai cuando éste habla —dijo Ahimaaz riendo entre dientes—. Además, Absalón no se sentía muy inclinado a abandonar los placeres del harén del rey.

—¡Por las tiendas de Israel —exclamó Joab— que me hubiera gustado ver la cara que ponía Ahitofel cuando Absalón siguió el consejo de Hushai en vez del suyo! Siempre fue un hombre de un orgullo desmedido.

—No podemos, con todo, demorarnos en cruzar el río —dijo David—. Ahitofel es uno de los hombres más inteligentes de Israel y no creo que tarde en convencer a Absalón para que vaya en nuestra persecución.

—No creo que pueda hacerlo —aseguró Ahimaaz—. Antes de partir nosotros de Jerusalén, Ahitofel había ya salido, montado en una mula, por una de las puertas. Tomó el camino de Giloh, en Judea, y no creo que aconseje más a Absalón.

Era ésta la mejor de todas las noticias que David podía recibir. Con Ahitofel fuera de la escena y con Hushai sirviendo de consejero a Absalón, podía contar con un prolongado entreacto antes de que tuviera lugar un ataque contra sus menguadas fuerzas. Cada momento que ganase aumentaban sus probabilidades de llegar sano y salvo a Mahanaim y poder organizar allí un gran ejército para enfrentarse con Absalón.

—Hushai ha llegado incluso a convencer a Absalón de que lo que tiene que hacer es esperar hasta organizar un ejército con soldados procedentes de todas partes de la nación antes de atacaros —dijo. Jonatán—. Probablemente tardará un mes o más antes de cruzar el río hasta Gilead.

—Durante ese espacio de tiempo, yo también mandaré mis mensajeros a Dan y a Beersheba —dijo ceñudamente David—. Israel debe de escoger entre mi persona y Absalón.

—Yo puedo asegurar quién será el elegido —exclamó Joab alborozadamente—. Antes de que llegue el calor del verano, el ungido del Señor estará de regreso en Jerusalén.

CAPÍTULO VI

Y David llegó a Mahanaim.

Samuel 11-17:24

Una vez a salvo en la otra orilla del Jordán, David se dirigió hacia el Norte siguiendo la orilla occidental del río por las profundas quebraduras de una estrecha garganta que recibía el nombre de Ghor. Cuando subían sus aguas, el Jordán cubría una extensión mucho más considerable que durante la estación seca del verano y del otoño, cuando la crecida disminuía en gran manera. Como el gran Nilo de Egipto, anualmente inundaba y fertilizaba las tierras que había a lo largo de sus márgenes. Y dado que la temperatura era suave, incluso en lo más crudo del invierno, la comarca era placentera, con las graciosas ramas de los sauces llorones inclinándose sobre el agua y con un murmullo musical del río.

Al terminar la garganta de Ghor, en la orilla occidental, empezaba a alzarse una cadena de montañas calizas. La oriental era llana y pantanosa en algunos lugares, estando flanqueada de tamariscos y sauces. Bosquecillos de acacias, álamos temblones, cedros, terebrintos, durillos, madroños, adelfas, alfónsigos y otras muchas clases de arbustos, convertían en muchas partes aquella zona en una verdadera selva. Incluso se podía advertir a veces entre la maleza las huellas de un leopardo, que se había acercado a la orilla para beber.

Bandadas de grullas y de patos silvestres levantaban el vuelo ante los soldados al ser molestados mientras comían. Repentinamente brotaban entre la vegetación centenares de gorriones, ruiseñores, tórtolas, golondrinas, tordos y el pájaro llamado *wur-wur*, de sorprendente belleza con su brillantísimo plumaje y del que se decía que se alimentaba exclusivamente de abejas. Cuando la garganta de Ghor dio paso a los primeros declives de la zona montañosa, se veían grandes bandadas de perdices, como las que cayeron a los pies de los hijos de Israel, rendidas por el largo vuelo al cruzar el mar Rojo, cuando la huida de aquéllos de Egipto, proporcionándoles una alimentación de la que se hallaban muy necesitados.

A veces se oía en las márgenes del río, el rugido de un león o el gruñido de un oso, junto al sordo verraqueo de un jabalí. El más extraño de todos los

animales habitantes de la región era, sin embargo, el gerbo, que no tenía más de dos palmos de altura, pero cuyas patas traseras eran tan largas como todo el cuerpo y la cola todavía más. Cuando saltaba sobre la hierba espesa o la maleza, parecía literalmente que volaba.

Cuando la columna se tropezaba con algún arroyo profundo y turbulento, no tenía más remedio que hacer alto y construir un pequeño puente para poder pasar. Puesto que el agua de estas corrientes bajaba de las montañas, era clara y fría, un verdadero regalo al lado del agua fangosa del Jordán.

En Adamah la fuerza de la corriente había minado la inclinada orilla occidental del Jordán. Se solían formar grandes montículos de tierra, que en ocasiones se desmoronaban sobre el río bloqueando e incluso secando la corriente a veces durante un día o más. En una de estas circunstancias, Josué y los hijos de Israel lo cruzaron pisando los terrones en las proximidades de Jericó. Si Absalón hubiese optado por enviar una fuerza hacia el Norte, por la orilla occidental del río, para cruzarlo en Adamah, hubiese impedido que David pudiera llegar a Mahanaim sin librar antes un combate, cuyo resultado, dadas las escasas fuerzas que el rey tenía bajo su mando, seguramente habría resultado adverso para éste.

Pero Hushai fue lo suficiente hábil para hacer creer al príncipe rebelde que el tiempo trabajaba a su favor, y así fue que David y la columna que mandaba no encontraron en Adamah otra cosa que un barquero.

Continuando su camino llegaron al río Jabbok, que nacía en las tierras altas de la gran meseta que separaba el valle del Jordán de las vastas extensiones del desierto habitado por las tribus de los feroces y nómadas beduinos.

Desde las profundidades de la garganta de Ghor hasta el borde del Jordán, las montañas de Gilead parecían tener una altura inaccesible. Pero al ascender con denuedo por la abrupta comarca hacia su destino de Mahanaim, las laderas de las montañas de la meseta oriental no parecían ofrecerles grandes obstáculos para su avance.

Una tarde la columna se detuvo para descansar sobre una altura que se alzaba sobre las demás que la circundaban. Desde aquel magnífico puesto de observación, pudo ver David el azul centelleante del lago llamado Chinnereth, hacia el Noroeste, y un poco más lejos, el monte Hermón coronado de nieve. Y aun cuando Jerusalén estaba oculta por las montañas de Canaán, David podía ya imaginarse la ciudad con Absalón sentado en su trono.

Aquella imagen mental le trajo un sentimiento de duda momentánea de que el Señor quisiera reintegrarle algún día a su amada ciudad; mas entonces

pensó, y ello bastó para sentirse reconfortado, acerca de la promesa que le hizo el Altísimo por boca de Nathan acerca de que uno de sus hijos levantaría en Jerusalén un gran templo dedicado a la mayor gloria de Dios. Y al dejar de pensar en futuros proyectos, para concentrar su atención en la belleza del país que le rodeaba, pudo ver los ricos pastos de Gilead, sus montañas densamente cubiertas de bosques y sus rumorosas corrientes de agua, que le daban la seguridad de que él y los suyos podrían vivir cómodamente allí hasta que llegara el momento de reconquistar la capital.

Una vez que hubo establecido su cuartel general en Mahanaim, David, como era característico en él, no esperó a que el Señor cumpliese su voluntad en su lugar. Con la energía recién recuperada en el monte de los Olivos, cuando se humilló en su miseria y en su desesperación ante el Señor y le suplicó que le ayudara, empezó inmediatamente a organizar un ejército que le permitiera derrotar a Absalón y reconquistar el reino. Y aquí fue donde se puso de manifiesto que la generosidad que había sembrado con los enemigos caídos y los reinos vecinos, no había sido en vano.

De Sobi el hijo del rey Nasah de Ammón, a quien David colocó en aquel distrito, después de que su hermano Hanun se rebelara y causase la destrucción del ejército *ammonita*, le llegaron tropas y suministros. De Lodebar, un principado vecino, llegó Machir hijo de Ammiel. Y de Rogelim, al oeste de Gilead, lo hizo Barzillai. Lo más importante era que todos ellos trajeron consigo impedimenta y comestibles de lo que se encontraban muy necesitados: colchones y mantas contra el frío de la noche en la montaña, vasijas de cobre y de barro, trigo, cebada, harina, grano seco, alubias, lentejas y *pulse*, nombre que recibían unas semillas que crecían en vainas y que al ser molidas servían para hacer una especie de puré o gachas. Además de esto, trajeron consigo los recién llegados grandes cantidades de miel, manteca, queso, ovejas y cabras para carne y vino para que el gran ejército que poco a poco iba formándose en la región alrededor de Mahanaim no sufriera de hambre.

El David que mandaba estas fuerzas era un hombre nuevo, animado por el convencimiento de que solamente su inspiración podía proporcionar a los futuros combatientes el valor y el celo necesarios para enfrentarse con las tropas, muy superiores en número, que Absalón preparaba para lanzar contra ellos. Excepto los mercenarios y los combatientes de Israel que habían seguido en su día a David en la larga cadena de victorias que convirtieron a doce tribus que con frecuencia se dedicaban a luchar entre sí en una nación

poderosa, todas sus demás tropas se habían desbandado en su mayor parte. Algunos de *sus* antiguos soldados eran ya demasiado viejos para combatir, y los voluntarios que acudían de las comarcas vecinas obedeciendo a la llamada de David, tenían que ser adiestrados para poder convertirlos en un ejército disciplinado para que no tiraran las armas y salieran corriendo a las primeras escaramuzas, en cuanto avistaran los carros de guerra que estaba seguro que lanzaría Absalón contra ellos en la línea frontal del avance.

Tenían que ser nombrados capitanes para cada mil unidades en que las tropas fueron divididas. Estas unidades se fraccionaban, a su vez en compañías de cien hombres, mandadas por otros capitanes y que formaban las formaciones tácticas del Ejército Los lanceros que figuraban en vanguardia debían ser enseñados cómo teman que clavar en el suelo los cuentos o regatones de sus armas de largo mástil y aguzada punta, para que ésta penetrara en el pecho de los caballos, empalándolos y matándolos antes de que sus carros pudieran romper la línea del frente bajo sus pesadas ruedas. Detrás de ellos se alinearían los arqueros, a los que tenía que enseñarse a descargar sus flechas en oleadas sobre las cabezas de los que ocupaban la línea del frente, para hacerlas caer sobre las tropas atacantes.

Puesto que la mayoría de los *benjaminitas*, que eran los honderos más hábiles de Israel, habían estado desde un principio contra David, a causa de la alianza que tenían con Saúl, podía estarse seguro de que formarían una fuerza considerable en las tropas que Absalón lanzaría contra él. Al planear el emplazamiento de sus hombres, David tomó esta circunstancia en consideración, debiendo evitarse las grandes concentraciones de soldados para que no sirvieran de fácil blanco a los honderos a distancia.

Como todos estos factores y otros muchos podían marcar la diferencia que separaba la victoria de la derrota, antes de planear la campaña que se avecinaba, era preciso realizar una gran cantidad de estudios y tener en cuenta numerosas consideraciones.

Después de la primera inspección que realizó en Mahanaim, desechó David toda idea de fortificar más la ciudad, convirtiéndola en un lugar de resistencia. Para el tipo de defensa que tenía planeado, lo más apropiado era la parte montañosa que existía detrás de la localidad. En semejante terreno el enemigo podía ser fraccionado en pequeños grupos y aniquilados uno tras otro, utilizando los movimientos tácticos clásicos de la guerra de guerrillas, que David había llegado a dominar a la perfección durante los años que se vio obligado a actuar casi como un bandolero en la región salvaje entre Filistea y Judea.

Sin embargo, como cuartel general y base de operaciones, Mahanaim resultaba prácticamente perfecta. No lejos de ella brotaba un gran manantial, cuyas aguas formaban un vasto embalse que le proporcionaría cuanta agua necesitase. Todavía se encontraban en pie muchos edificios gubernamentales, que el enérgico y capacitado Abner hizo construir en su intento de convertir a Mahanaim en la capital de Israel bajo Ishbosheth. En ellos se alojaban gran parte de las fuerzas leales, existiendo amplio espacio fuera para levantar tiendas de campaña.

La presencia de un número tan elevado de hombres, la llegada constante de nuevas tropas de las comarcas vecinas y la instrucción a que eran sometidos los soldados preparándoles para el combate, mantenían ocupado a todo el mundo. Cuando aquel ejército empezó a tomar forma de algo disciplinado, David ordenó dividirlo en tres secciones. La primera, constituida en su mayor parte por los combatientes de su antigua partida, junto a otros veteranos llegados de otras localidades del reino, fue puesta bajo el mando directo de Joab. La segunda, a las órdenes de Abishai, estaba compuesta de los soldados más bisoños, cuya capacidad para el combate estaba por demostrar hasta que se viese cómo reaccionaban después del primer ataque enemigo. Una tercera fuerza, extremadamente móvil, bajo el mando de Ittai, en la que podía confiarse que maniobrara rápidamente y acudiera para reforzar cualquier punto débil que pudiera presentarse en los otros dos grupos.

Cuando David anunció su propósito de luchar al lado de sus soldados como hiciera antaño, encontró inmediata oposición por parte de los miembros del Consejo de Ancianos que habían huido con él. Aunque nadie se atrevió a señalar la circunstancia de que, a pesar de las nuevas fuentes de energía que parecían haber brotado en su interior desde que abandonó Jerusalén, era ya demasiado viejo pana poder tomar parte activa en una batalla.

—No salgáis con los combatientes —le rogaron—. No importa que muramos la mitad de nosotros, pero vos valéis por diez mil de los que aquí nos encontramos.

David no podía negar su utilidad dirigiendo y vigilando el curso de la batalla y dando órdenes para que las tropas acudieran a los puntos clave en los momentos de peligro, cosas que eran mucho más importantes que empuñar un arma. Los consejeros le argumentaron que sus servicios serían de mayor utilidad actuando como lo hizo cuando la toma de Jerusalén y al ser atacado por los *filisteos* en el valle de Rephaim. Frente a tales argumentos, David no tuvo otro, remedio que claudicar, aun cuando tenía una razón muy particular al querer encontrarse en medio del fragor de la batalla.

Cuando llegó la noticia de que Absalón había cruzado el río Jordán y se dirigía a Gilead, mandó formar a sus tropas. Les dio las últimas instrucciones y les recomendó algo que estaba en lo más profundo de su corazón:

—Quiero que tratéis bien a ese joven Absalón —dijo—. ¡Hacedlo por mí!

Cuantos salieron a librar el combate pudieron oír aquel grito desesperado de un padre, tratando de salvar la vida de su hijo, que, aunque extraviado, le seguía siendo querido.

CAPÍTULO VII

¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!

Samuel 11-18:33

Aun cuando David se inclinó ante los deseos de sus consejeros y permaneció en la retaguardia cuando las tres secciones de las fuerzas salieron para enfrentarse con el ataque de Absalón, permaneció contemplando el desarrollo de la lucha desde un altozano que dominaba todo el campo de batalla. Pudo ver que desde el principio las cartas se volvieron contra Absalón. Había dado éste el mando de sus tropas a un tal Amasa, un palaciego sicofante que era primo de Joab, pero que no poseía ninguna de las cualidades militares que brillaban en su pariente. Faltas del adecuado caudillaje y sin los años de disciplina de las fuerzas regulares de Israel, las tropas de Absalón se encontraban en una gran desventaja. Además, el propio Absalón no podía ser considerado un jefe militar. Era simplemente un joven ambicioso y vano, que había conquistado cierta popularidad prometiendo a diestro y siniestro recompensar a cuantos le siguiesen. Incluso si hubiera llegado a ganar, le habría resultado imposible cumplir estas promesas. Conforme avanzaba el día se vio claramente que todo se le estaba escapando de las manos.

En los estrechos valles y cañones que existían detrás de Mahanaim, el ejército de David dividió hábilmente en fracciones las menos experimentadas fuerzas de Absalón, avanzando luego para ir acabando fácilmente con ellas. Al mediodía la batalla estaba ya decidida y las fuerzas rebeldes empezaron a replegarse hacia el valle del Jordán. Maniobra desesperada que los jefes del ejército de David no tardaron en convertir en gran derrota por medio de rápidos ataques a los flancos. Mientras Joab dirigía uno de estos ataques, se le acercó corriendo un suboficial para traerle la emocionante noticia de que acababa de ver a Absalón colgado de un árbol.

—¿Queréis decir que se ha suicidado? —le preguntó Joab.

—No, señor. Parece ser que trataba de huir a galope montado en una mula, cuando al pasar el animal debajo de un árbol, la cabellera de Absalón se

enredó en las ramas bajas, desarzonándole y dejándole pendiente de las mismas. En esa situación se encuentra ahora.

Hubo un tiempo en que Joab apoyó a Absalón en su ambición de ocupar el trono de su padre; pero había pasado demasiados años ayudando a David a unificar el reino para permitir ahora que un necio vanidoso como Absalón pretendiera destrozar todo lo que él y David construyeron, simplemente porque el ambicioso príncipe era demasiado impaciente para esperar la muerte natural de su padre, siendo así que cuando esto ocurriera la corona hubiese ido indudablemente a parar a él. Estando ahora a su merced, era mucho mejor, desde el punto de vista de Joab, que el joven príncipe muriese, no fuera a ser que el envejecido David, movido por su amor hacia él, le volviera a colocar en un puesto desde el que cualquier día desencadenara otra insurrección.

—Si le encontrasteis en esa situación, ¿por qué no le derribasteis de un lanzazo? —preguntó Joab enfadado—. Os hubiera gratificado con diez siclos de plata y un buen ceñidor.

—Aunque me dieran mil siclos de plata, no levantaría yo mi mano contra el hijo del rey —replicó el soldado—. Pude oír, como todos los demás, que el rey os recomendaba, lo mismo que a Ittai y a Abishai: «Cuidad de que nadie toque al joven Absalón».

—Está bien, reuníos con vuestros camaradas —le ordenó Joab—. No tardaré en hacerlo yo.

Cuando momentos después encontró Joab a Absalón, el engreído príncipe se encontraba casi inconsciente a causa del dolor y del miedo. El encanecido jefe de los ejércitos de Israel, le podría haber salvado fácilmente la vida cortándole con su espada la cabellera que tenía enredada en el ramaje. Pero en lugar de hacerlo, se sacó del cinto tres venablos de hierro de acerada punta, terribles proyectiles que lanzados por la mano de un hombre fuerte podían hundirse profundamente en un bloque de madera. Joab lanzó uno de ellos con toda su alma, viendo como se enterraba hasta la empuñadura en el pecho de Absalón.

Sin hacer caso de los gritos de dolor que daba el moribundo, disparó un segundo venablo y después todavía un tercero. Cuando este último dio en el blanco, Absalón solamente emitía ya unos quejidos guturales y su cuerpo se contorsionaba con las convulsiones de la muerte.

David se encontraba sentado junto a la puerta de Mahanaim, esperando noticias del campo de batalla, cuando llegó un correo, portador de un mensaje

para él, en el que Joab le decía que Absalón estaba muerto y la rebelión aplastada.

—¡Oh, hijo mío! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío! —gritó David rasgándose las vestiduras y embadurnándose el rostro de hollín y cenizas en el paroxismo de su dolor.

La derrota y la muerte de Absalón, hubieran muy bien haber podido ser el fin de la revuelta, si David hubiese explotado la victoria con su acostumbrada energía. Pero todo el ardor parecía haberle abandonado. Permaneció durante todo el día junto a la puerta de la ciudad, llorando y lamentándose por la muerte de su hijo. Como resultado de su inacción, muchos de los que apoyaron a Absalón pudieron escabullirse del campo de batalla y retirarse cruzando el Jordán, a lugares desde donde continuaron atizando la rebelión.

Con el país en un estado de grave incertidumbre y sin una mano firme que empuñara el timón, le correspondió a Joab salvar la situación, como ya había ocurrido en otras ocasiones. Arriesgándose a ganarse el disfavor de David y hasta su propia seguridad personal, puesto que en todas partes se sabía que era él quien había dado muerte al príncipe rebelde cuando pendía de un árbol, Joab trató de llevar el orden al caos que se estaba apoderando rápidamente de la nación.

—Al dar la sensación de amar a tus enemigos y odiar a tus amigos —le dijo hoscamente Joab— lo que has conseguido es llevar el deshonor a los que te hemos servido fielmente, salvándote la vida y la de tus hijos, tus esposas y tus concubinas. Por la forma que tienes de obrar pareces declarar que nada te importan los príncipes ni tus servidores y que darías gustoso la vida de todos nosotros con tal de que Absalón estuviese vivo.

David alzó la entumecida cabeza y miró al hombre que había sido su amigo y su más íntimo consejero desde el día en que derribó al gigante Goliat allá en el valle de Elah. Pero Joab había matado a su hijo, acción que el rey no podría realmente perdonar jamás.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó con voz apagada.

—Incorpórate y dirige a tus seguidores palabras tranquilizadoras —contestó Joab con dureza—. Si no lo haces así, te aseguro que todos acabarán por abandonarte y caerán sobre ti peores males que cuántos has podido sufrir desde tu juventud hasta el presente.

Aun desde lo más profundo de su pesar, David no podía por menos de reconocer la razón que asistía a Joab para recordarle el deber que tenía con

Israel. Entonces, quizá más que nunca, precisaba la nación de una mano firme que empuñara la caña del timón.

—Reúne al pueblo —dijo— y le hablaré.

Cuando estuvo el pueblo reunido ante la puerta de Mahanaim, David le dio las gracias por el leal apoyo que le había prestado. Aunque a todos les agradaron aquellas palabras de encomio, nadie pudo dejar de ver que la vitalidad y determinación que antaño caracterizaban a su rey, se habían amortiguado considerablemente, en parte a causa de la edad, cierto, pero más que nada por la pena que le corría por la muerte de su hijo favorito. Al llegar a las tribus del Norte, de donde Absalón sacó gran parte de su fuerza, la noticia de que David ya no actuaba con firmeza en los asuntos de Estado, algunos se atrevieron a continuar la rebelión, especialmente un hombre de la tribu de Benjamín llamado Seba.

Aun cuando sentía un gran peso en el corazón, David emprendió la tarea de volver a unir a la nación, que se encontraba entonces más desunida que incluso en los días en que Ishbosheth reinaba allí mismo, en Mahanaim. Lo primero que hizo fue enviar por conducto de Ahimaaz, el hijo de Zadok, un mensaje a Jerusalén para el sumo sacerdote y para Abiathar.

«Hablad al Consejo de Ancianos de Israel», —ordenaba a los sacerdotes en su escrito—. Decidles: «Sois hermanos nuestros; formáis parte de nuestra carne y de nuestros huesos. ¿Por qué, pues, tardáis tanto en permitir que el rey regrese a su hogar?». Decidle también a Amasa: «¿No sois de nuestra carne y de nuestros huesos? David os promete ser nombrado capitán jefe del Ejército sustituyendo a Joab».

Amasa, el antiguo jefe de las fuerzas de Absalón, al principio huyó cruzando el Jordán después de la derrota de Mahanaim. Al ofrecerle David el cargo de capitán jefe, no solamente castigaba a Joab por haber matado a Absalón, en contra de las órdenes que había dado, sino que, al propio tiempo, trataba de atraerse a un poderoso enemigo como hiciera con Abner en tiempos de Ishbosheth. Si David hubiese sido el mismo de antes, habría tenido buenas razones para sospechar de Amasa, ante la gran alegría con que aceptó la oferta de amnistía y el cargo que Joab ocupaba en el Ejército. Pero como se decía que Seba estaba ganando partidarios rápidamente, el rey se veía obligado a buscar ayuda allí donde la pudiera encontrar.

Al ponerse Amasa al lado de David, mucha de la oposición nacida durante la malhadada rebelión de Absalón pareció desaparecer, especialmente en la propia tribu de Judá del rey. No tardó en llegarle a éste un mensaje del Consejo de Ancianos que decía: «Regresad con todos los vuestros».

Una compacta muchedumbre siguió a David hasta el punto del cruce del río opuesto a Jericó. El Consejo de Ancianos y gran número de gentes procedentes de Judea estaban acampados a la otra orilla del Jordán. Al observar que eran tantas, Abishai llegó a donde se encontraba David y le habló animadamente, y en voz baja para que Amasa no pudiera escucharle.

—Por lo menos hay también mil hombres de Benjamín y entre ellos está Shimei. Recuerda de qué manera te maldijo y apedreó éste cuando salimos de Jerusalén. Puede que traten de tenderte una trampa.

—Solamente cruzaremos el río unos cuantos de nosotros hasta que el Consejo de Ancianos me haya jurado aliarse de nuevo conmigo —contestó David—. De esta manera todos los demás quedarán a salvo.

Después, volviéndose hacia Amasa, le ordenó:

—Esperad aquí y tened las fuerzas dispuestas. Abishai e Ittai pasarán al otro lado conmigo.

Amasa era lo suficiente astuto para darse cuenta de lo que David pretendía, pero no hizo comentario alguno.

Al llegar una barca desde la orilla oriental, David y los dos capitanes entraron en ella y cruzaron la corriente. El primero que saludó al rey al pisar tierra firme fue Shimei, que se postró a sus plantas.

—Que mi señor no haga caer la indignidad sobre mí —suplicó humildemente— ni recuerde las acciones perversas de este siervo suyo al salir de Jerusalén, porque reconozco que he pecado. Mirad como he venido en este día para saludar al rey mi señor.

—¿No debe ser acaso ejecutado Shimei por haber maldecido al ungido de Dios? —preguntó enfadado Abishai.

Pero David, que ya estaba harto de derramamientos de sangre, le replicó airado:

—¿Y qué deberé hacer yo con vosotros, hijos de Zeruiah, que siempre tenéis opiniones en contra de la mía? ¿Es que no sé acaso, para decidir, que vuelvo a ser el rey de Israel?

Abishai se quedó silencioso ante la cólera de David y éste se dirigió al arrepentido Shimei.

—No moriréis —le prometió, haciendo acto seguido un juramento de que ningún mal alcanzaría por su mano al *benjaminita* ni a su familia.

Mostrando generosidad hacia sus enemigos, esperaba David poder soldar de nuevo las diversas facciones en que Israel se dividía, formando un conjunto sólido. Sabía que con una política de represalia contra los que

siguieron a Absalón, no conseguiría otra cosa que endurecer la oposición en contra suya.

Y efectivamente, tal como presumía, en cuanto demostró haber elegido el camino de la misericordia, el pueblo empezó de nuevo a ir hacia él en busca de protección.

Un hombre que le había apoyado decididamente, no le pidió en cambio favor alguno. Se trataba de Barzillai, el jefe tribal de Gilead, que puso sus hombres y cuánto poseía a las órdenes de David. El anciano jeque le había acompañado hasta el Jordán, dispuesto a defenderle si veía algún acto de traición por parte de los enemigos del rey, pero al observar que éste se había ganado la confianza de la parte más fuerte de la nación, la tribu de Judá, pidió permiso para retirarse.

—Venid conmigo y tendréis toda mi protección en Jerusalén —le dijo David al viejo jefe, con el que se había sentido muy unido durante su permanencia en Mahanaim.

Pero Barzillai movió negativamente la cabeza, a tiempo que contestaba:

—¿He de vivir acaso mucho tiempo para que tenga que seguir a mi rey hasta Jerusalén? Tengo ya ochenta años y ya no saco gusto a la comida que como ni a la bebida que bebo. No oigo las voces de los hombres y las mujeres que cantan. ¿Qué razones puede haber, por consiguiente, para que vuestro servidor se convierta en una carga para el rey? Os ruego que me autoricéis a marchar para que pueda vivir en mi propia ciudad y ser enterrado donde mis padres descansan.

El alma fatigada de David hubiera deseado acompañar a Barzillai para ir a gozar de la paz de la bella Gilead, con sus bosques, sus ríos y sus verdes valles; pero en tanto que Israel corriera el peligro de ser dividido, su deber era no permitirse el menor descanso.

Así, pues, le dio a Barzillai un fuerte abrazo de despedida y volvió su rostro hacia occidente para regresar a Jerusalén. Conforme iba marchando, se le agregaban cada vez más gentes de Judea, formando la comitiva que había de acompañar al rey hasta la capital.

El *benjaminita* Seba, que había arrastrado tras sí a parte de las fuerzas de Absalón para continuar la rebelión, interpretó la generosidad de David hacia sus antiguos enemigos como un síntoma de debilidad. Utilizando astutamente la desconfianza tradicional de las tribus al norte de Judea hacia esta parte del reino, consiguió cada vez más copiosa ayuda de esos elementos septentrionales disidentes. Tenía el propósito de atacar con audacia y formar

un reino propio antes de que las fuerzas de David fueran lo suficientemente fuertes para volver a unir a toda la nación.

CAPÍTULO VIII

Después Joab y su hermano Abishai fueron en seguimiento de Seba.

Samuel II —20:10

La tarea de sofocar la rebelión de Absalón había puesto a dura prueba la energía declinante de David y la pérdida de su hijo fue un golpe de muerte para su espíritu. En la crisis provocada en el Norte por la rebelión de Seba, perdió el tiempo donde un David más joven hubiera actuado con toda energía. Solamente cuando le llegaron noticias del rápido fortalecimiento de las fuerzas disidentes, se sometió ante los ruegos de Abishai, Zadok y Hushai, encargando a Amasa que congregara a todos los elementos combatientes de Judá en el término de tres días, para llevar a cabo un gran ataque contra los partidarios de Seba.

Amasa, sin embargo, había fingido aliarse con David solamente para salvar la vida. Esperando todavía seguir fomentando la rebelión, que había estado a punto de hacer caer a David del trono, fue demorando la agrupación de las tropas de Judá. Pero en esta ocasión había subestimado al rey. Aunque era viejo y se encontraba cansado, David comprendía que la situación exigía acción. Sin esperar a Amasa y a los combatientes de Judea, envió una tropa compuesta por veteranos al mando de Abishai, a la que unió los mercenarios de su propia guardia para que realizaran una rápida embestida sobre el norte de Israel, la clase de táctica que en un tiempo le hizo ganar fama.

Aun cuando Joab había sido proscrito por David a la muerte de Absalón, esperaba a su hermano y las tropas que mandaba en las inmediaciones de Jerusalén, uniéndose a ellas y tomando para sí el mando. Entretanto Amasa oyó decir que el rey había mandado otras fuerzas hacia el Norte para perseguir a Seba y se apresuró a unirse a ellas. Encontró a Joab y a Abishai en el gran manantial de Gibeón, donde mucho tiempo atrás había parlamentado David con Abner y donde dos docenas de los jóvenes mejores de ambos bandos se destrozaron entre sí en un duelo de prueba. Amasa vestía el antiguo uniforme de capitán jefe de Joab, lo que para éste constituía una gran afrenta. Al encontrarse con él fingió ser su amigo e hizo como si le abrazara. Segundos después yacía Amasa moribundo en el suelo con una espada clavada entre las costillas.

Afortunadamente, los hombres que seguían a Amasa conocían bien a Joab, puesto que la familia Zeruiah era una de las más distinguidas de Judá. Muchos de ellos incluso habían combatido a sus órdenes. Cuando Abishai lanzó el grito de: «¡Quién está al lado de Joab y apoye a David que le siga!», hubo cierto momento de indecisión. Después alguien entre los soldados exclamó: «¡Joab y David!». El peligro había pasado.

Con un gran Ejército ahora bajo sus órdenes, Joab y Abishai avanzaron rápidamente hacia el Norte en persecución de las tropas de Seba en retirada. Viendo la fuerza y la decisión que les inspiraba, las gentes de la región por la que pasaban rápidamente abandonaron todo intento de continuar la rebelión, e incluso se les unieron para ir tras Seba. Por último, en Abel, a los pies del monte Hermón, Seba y las fuerzas rebeldes, considerablemente disminuidas, trataron de resistir pero su causa podía ya darse por perdida. Antes de ver su pueblo destruido, los habitantes de Abel cortaron la cabeza al jefe rebelde y se la mandaron a Joab, con lo que quedó por completo terminada la rebelión. Habiendo actuado Joab de una manera tan decisiva en la extinción de ésta, David no tuvo más remedio que reintegrarle a su puesto. Pero un abismo separaba ya a los dos hombres, que tan unidos estuvieron durante tanto tiempo, abismo que no hizo sino crecer al transcurrir los años.

David esperaba que seguiría un período de paz y prosperidad después de sufrir tantos disturbios, pero poco después del sitio de Abel empezó una gran hambre en el país. Como ésta continuó sin remitir durante tres años, el pueblo suplicó a David que inquiriese del Señor por medio de los sacerdotes y profetas en qué podía haber ofendido la nación al Altísimo para merecer tan largo castigo. Al ser consultados los profetas, la contestación que dieron fue todo «era a causa de Saúl por su proceder sanguinario en la matanza de los *gibeonitas*».

Siglos antes, inmediatamente después de la caída de Jericó, hombres de la confederación *gibeonita*, que incluía Gibeón, Kirjath-jearim, Beroth, Lachish y varias otras ciudades del país montañoso situadas a corta distancia de Jerusalén, enviaron representantes a Josué. Pretendiendo haber llegado desde larga distancia, apelaron al deseo de éste de aplacar a cuántos *canaanitas* pudieran amenazar la retaguardia de su ejército mientras él avanzaba para ocupar la parte central de Canaán, consiguiendo de Josué la promesa de que no serían atacados. Cuando fue descubierto que estas ciudades se encontraban en realidad muy cerca del camino que pensaban tomar los israelitas y que no constituía peligro alguno para los flancos de la retaguardia, como se le había

hecho creer a Josué, el caudillo israelita condenó a los hombres de Gibeón a ser trabajadores de la clase más humilde de Israel por haberle engañado.

En tiempos de Saúl, la rivalidad entre Benjamín, la tribu de Saúl, que estaba inmediata a Gibeón, y ésta, dio como resultado el saqueo de la ciudad. Una gran cantidad de sus habitantes resultaron muertos y quedó rota la promesa hecha por Josué a los *gibeonitas* centenares de años antes. Éste fue el crimen a que los profetas se refirieron. En la creencia de que efectivamente el hambre que sufrían era una manifestación de la cólera de Dios por no haber vengado a los hombres de Gibeón contra la casa de Saúl, llamó a una representación de los *gibeonitas* para hablar con ellos en Jerusalén.

El derecho a la venganza por la muerte de un hombre se reservaba estrictamente a los miembros de la familia o de la tribu a la que la víctima hubiera pertenecido; pero en este caso estaban implicados por una parte toda una dudad y por la otra los descendientes de un solo hombre. La ley, de todas formas, se tenía que poner en movimiento exactamente igual que si estuvieran complicadas sólo dos personas.

—¿De qué forma se podría llevar a cabo la expiación para complacer al Señor? —les preguntó David a los *gibeonitas*.

—No queremos oro ni plata de Saúl ni de su descendencia —contestaron los hombres de Gibeón—, ni por nosotros tendréis que matar a ningún hombre de Israel.

—¿Qué es lo que puedo hacer, entonces, por vosotros?

—Permitir que nos sean entregados siete hijos de Saúl para que los ahorquemos en Gibeah, su —fue la contestación.

Se trataba de una retribución en verdad terrible y sanguinaria sobre los miembros que quedaban de la casa de Saúl. Pero creyendo que tal era la voluntad de Dios, David no vaciló, porque la vida de muchos miles se encontraba en peligro de continuar el hambre durante mucho tiempo.

—Os los entregaré —prometió David a los *gibeonitas*—, pero a condición de que sea perdonado Mefibosheth, hijo de Jonatán, por el juramento de hermandad que con su padre me ligaba.

Los hombres de Gibeón lo aceptaron así y David ordenó que se les entregaran los dos hijos de Rizpah —la concubina de Saúl, que había dado origen a las desavenencias entre Abner e Ishbosheth— y los cinco hijos de Merab, la hija de Saúl, que tuvo de su esposo Adriel, el *meholatita*.

Cuando los *gibeonitas* ahorcaron a los siete sobre el alcor de Gibeah, Rizpah se dirigió al lugar de la ejecución y extendió sobre el suelo una

arpillera sobre la que durmió durante la noche y permaneció junto a ella durante el día, para evitar que en las horas diurnas se posaran los pájaros sobre los cadáveres y fueran presa en las nocturnas de alguna otra clase de animales.

Cuando David se enteró de la acción que Rizpah había realizado, dio las órdenes oportunas para que los huesos de Saúl y de Jonatán, cuyos cadáveres fueron rescatados por los hombres de Jabesh-gilead después de haber muerto en la batalla y expuestos en la muralla por los *filisteos*, fueran enterrados, junto a los restos de los siete ahorcados, con los debidos honores, en el sepulcro de Kish, el padre de Saúl.

Una vez realizada aquella venganza de los *gibeonitas* sobre los descendientes de Saúl, las lluvias comenzaron de nuevo a caer sobre la tierra, tal como d profeta había pronosticado. Las cosechas fueron copiosas y las laderas de las montañas aparecieron cubiertas con un manto de verdor y los rebaños pudieron apacentarse en ellas.

Ocupado David con la rebelión y los disturbios que se habían producido dentro de las fronteras de su propio reino, no pudo seguir vigilante, como era su costumbre, muy de cerca, sobre las actividades de los *filisteos* de la costa. La confederación filistea reunió una vez más sus ejércitos y atacó a la tribu de Judá en un lugar llamado Gad, que se encontraba en las montañas, poco antes de llegar a Gath. A pesar de su avanzada edad y del mal estado de salud, que no había dejado de aquejarle desde que estalló la rebelión y la muerte de su hijo Absalón, David no dudó un momento y se puso inmediatamente a la cabeza de sus tropas para conjurar el nuevo peligro que se abatía sobre Israel.

La batalla que siguió se resolvió a favor de los israelitas y la fuerza de los *filisteos* quedó tan quebrantada que ya no volvieron a levantar cabeza. Pero poco después del combate, David sufrió un desmayo, cayendo al suelo. Fue trasladado en seguida a su tienda y tanto los médicos como sus más íntimos consejeros le anunciaron que ya nunca más debía de tomar parte en una batalla. En meses sucesivos sufrió otros desmayos parecidos; su cuerpo se fue debilitando gradualmente, resultando evidente para todos que la Luz de Israel no tardaría en extinguirse.

CAPÍTULO IX

¿No has jurado a tu sierva diciendo: Salomón, tu hijo, reinará después de mí y él se sentará en mi trono?

Reyes 1-1:13

Con la salud de David visiblemente declinante, sucedió un período de febril actividad política acerca de la designación de uno de sus hijos para sucederle como rey de Israel. Por una parte se encontraban Bethsabé y su hijo Salomón, apoyado éste por el sacerdote Zadok, el profeta Nathan, el jefe de la casa militar del rey Hushai y muchos miembros del Consejo de Israel que sabían que David había prometido a Bethsabé que su hijo sería quien gobernaría un día la nación. A causa del dolor que sintió por la muerte de Absalón y del turbulento período que a ésta siguió, David parecía haber olvidado semejante promesa. Ahora, al encontrarse cada vez más inconsciente, temió Bethsabé que no llegase a publicar el decreto nombrando a Salomón su sucesor antes de caer en un coma absoluto.

El Consejo de Israel tenía poderes para nombrar el nuevo monarca, pero nadie podía negar que la preferencia que pudiera mostrar David tendría gran peso en la elección, particularmente teniendo en cuenta que la mayoría de los miembros que integraban dicho Consejo eran compañeros de David desde los días en que éste empezó a luchar con éxito para hacer de Israel una nación unificada. Durante estos años Salomón había crecido, convirtiéndose de un niño serio y algo precoz en un joven gallardo, cuya inteligencia, fuera de lo corriente, le colocaba en un lugar aparte en la casa del rey, si bien su falta de habilidad en los juegos y en las artes militares, le hacía a veces ganarse el desprecio afectuoso de los demás príncipes, sus hermanos. Éstos se sentían más inclinados hacia Adonías, hombre fuerte aunque de inteligencia elemental, pero luchador competente, razón por la que su hermano Abishai, Joab y muchas otras personas, lo tenían como candidato favorito al trono.

Bethsabé pensó recordarle al rey su promesa acerca de Salomón, haciendo que la atención de David se centrara en su hijo. Durante los días cálidos de aquella primavera, el rey acostumbraba a reposar en el pabellón que tenía en la azotea del palacio. En los breves momentos que tenía energía suficiente para hablar, enseñaba a Salomón el arte de la poesía y la manera de componer

canciones. Conociendo la naturaleza de su esposo, Bethsabé le había escogido como enfermera a una agraciada joven llamada Abishag, que llegó de Shunem, distrito del Norte que dominaba el valle de Jezreel y que era famoso por la belleza de sus mujeres. Pero la chispa que pensó que acaso pudiera despertarse en David, ya no podía ser encendida. Ya nunca más cantó himnos de amor con aquella voz, la más dulce de Israel, que antaño poseyera, dedicando todas sus palabras a dar consejos al joven príncipe.

Observando de qué forma Bethsabé y sus partidarios parecían tener ligado a David, permitiendo sólo que fuera Salomón entre todos sus hijos el que estuviera ten su presencia, Joab creyó que debía de actuar rápidamente si quería vencer a aquella mujer a la que tanto odiaba, desde que el amor que David sintió por ella condujo a la muerte a su amigo Urías. Hubiera, con todo, deseado para Israel un rey más adecuado que Adonías, puesto que éste mostraba ya algunos de los indeseables rasgos de su hermano Absalón. Adonías se había comprado un carro y hacía que cincuenta hombres corrieran delante de él, anunciando su llegada, cuando iba a pasar por la ciudad.

Pero a pesar de su vanidad, para Joab, Adonías era con mucho preferible a Salomón, entre otras razones porque estaba seguro que no podía esperar de Bethsabé otra cosa que la muerte si ésta vencía y Salomón era elevado al trono al ocurrir la muerte de su padre.

Como David había ya caído en una inconsciencia de la que apenas salía ocasionalmente, estimó Joab que llegó el momento de actuar sin dilación. Decidido a crear una situación en la que el rey se viese obligado a nombrar sucesor suyo a Adonías para evitar otra güera civil, convenció a éste para que anunciara un sacrificio especial, seguido de una gran fiesta cerca del manantial de En-rogel, en el valle precisamente situado al sur mismo de la colina de Sión. Planeó que durante la fiesta Adonías se declarara a sí mismo rey de Israel, entrando triunfalmente en la ciudad de Jerusalén para hacerse cargo del trono de su doliente padre.

Dado que En-rogel era lugar favorito para el pueblo de Jerusalén para la celebración de fiestas religiosas y profanas, Adonías podía contar con la asistencia de una nutrida concurrencia procedente de la ciudad, así como con la asistencia de los hijos del rey, que fueron declarados invitados de honor. Tuvo buen cuidado, por otra parte, de no invitar al sumo sacerdote Zadok, al profeta Nathan, al capitán Benaiah ni a otros notorios partidarios de Salomón en el Consejo de Israel.

Nathan tuvo noticias del complot al llegar invitaciones para personas influyentes de la ciudad en que residía. Inmediatamente se dio cuenta de la

débil pantalla que ocultaba las verdaderas intenciones de Adonías, poniéndose a actuar rápidamente. Se dirigió a Jerusalén y fue en busca de Bethsabé. Aunque ésta había sido la causa de la declaración que un día se vio obligado a hacer contra David, a raíz de la muerte violenta de su esposo, Bethsabé era la madre del elegido por Dios como futuro rey de Israel.

—¿Habéis oído que Adonías reclama el reino para sí sin conocimiento de David? —le preguntó el profeta.

Bethsabé estaba demasiado preocupada con la salud declinante de David para prestar demasiada atención a las actividades de Adonías, pero se dio inmediatamente cuenta de la amenaza que existía para el porvenir de su hijo.

—Decidme —imploró al anciano profeta— qué es lo que creéis que debo hacer.

—Id a ver al rey David y preguntadle si no es cierto que os juró que vuestro hijo se sentaría en el trono y cuál era la razón de que en su lugar pudiera reinar Adonías.

—No es suficiente que hable con él. Soy mujer y ya sabéis que solamente los hombres son escuchados ante el Consejo de Israel.

—Cuando estéis con el rey entraré yo y confirmaré vuestras palabras —le prometió el profeta.

Abishag, la enfermera *shunammita*, se encontraba al lado del lecho del rey cuando Bethsabé entró en la habitación. David tenía los ojos cerrados, como de costumbre desde hacía algún tiempo, por lo que su esposa temió que hubiese muerto, pero la enfermera la tranquilizó.

—Casi siempre acostumbra a estar así —le dijo Abishag en voz baja—. A veces habla para sí de las canciones que cantaba cuando era joven. Cuando se despierta se da cuenta de todo lo que le rodea.

En aquel momento abrió David los ojos y miró a Bethsabé.

—¿Qué desea la más adorada de mi corazón? —preguntó utilizando una frase que venía empleando desde que Bethsabé fue suya.

—Me hiciste el juramento ante el Señor de que sería Salomón el que reinase cuando tú faltaras, pero ahora trata de reinar Adonías y el rey no lo sabe. Ha matado bueyes y corderos en abundancia e invitado a una fiesta a los hijos del rey y a Joab. Pero a quien no ha invitado es a vuestro siervo Salomón.

David volvió a cerrar los ojos. Estuvo tentado de fingir que nada había oído, porque la mayor parte de su vida la pasó tratando de evitar que Israel se desuniera. Ahora se encontraba cansado y lo único que quería es que le dejaran en paz hasta que el Señor le llamase a su seno. Pero nunca había

eludido la responsabilidad que le fuera impuesta por Dios, que era asegurar la futura estabilidad de Israel, aun en aquellos momentos declinantes de su vida.

Un día tuvo la esperanza de que Absalón reuniera las cualidades que Israel necesitaba en un rey, pero no tuvo más remedio que desengañarse y ahora no podía caer en el mismo error suponiendo que Ado nías fuera capaz de mantener la cohesión entre los elementos dispersos que constituían la nación. Los días de guerrear habían ya pasado y ahora no se necesitaba un hombre de lucha sino un hombre de sabiduría. Entre todos sus hijos, solamente Salomón poseía esta cualidad de una manera sobresaliente.

La voz implorante de Bethsabé volvió a llevar a David a la realidad del presente.

—Los ojos de todo Israel están fijos en ti para ver quién se sentará en el trono cuando faltes. Si no designas a Salomón antes de ir a dormir al lado de tus padres, mi hijo y yo seremos tratados como delincuentes y seguramente se nos dará muerte.

Mientras hablaba Bethsabé, entró Nathan en la habitación, conforme había prometido. El encanecido profeta no perdió el tiempo, no fuera a caer David en su estado de inconsciencia del que apenas salía, antes de que hubieran podido lograr su propósito.

—¿Habéis dicho, acaso, que sería Adonías quién se sentaría en el trono? —le preguntó a David—. Lo que ha hecho es sacrificar bueyes y corderos para obsequiar al pueblo. Ha invitado a los hijos del rey, a los capitanes del Ejército y a los sacerdotes a comer con él, a beber con él, para que después griten: «¡Dios salve al rey Adonías!». Pero ni Zadok, ni Benaiah, ni Salomón, ni yo, hemos sido invitados. ¿Ha sido todo esto llevado a cabo con el permiso del rey mi señor, sin decirme a mí quién era el que iba a sentarse en el trono después de vos?

Mientras argumentaba Nathan de esta manera, Bethsabé se había retirado un poco para que no pareciera que estaban de acuerdo de acercarse a la vez a David. Éste susurró su nombre y la mujer acudió inmediatamente a su lado.

—Llama a Zadok y a Benaiah —le dijo, saliendo Bethsabé acto seguido a cumplir la orden.

Al regresar con los dos hombres, el rey les dijo:

—Llevad a Salomón, cabalgando en mi propia mula, hasta el manantial de Gihón. Que procedan allí a ungirle como rey de Israel el sacerdote Zadok y el profeta Nathan. Que suenen seguidamente las trompetas, mientras el pueblo grita: «¡Dios salve al rey Salomón!». Regresad después todos a palacio para

que se siente en mi trono, porque le nombro en mi lugar rey de Judá y de Israel.

Benaiah, el fornido jefe de los rudos *queretitas* y *peletitas*, jefe de la casa militar del rey, tomó acto seguido la palabra:

—Lo mismo que el Señor estuvo al lado de mi rey, que también lo esté al lado de Salomón y haga que su trono sea todavía más grande que lo ha sido el del rey David.

Los partidarios de Salomón no tardaron en cumplir las instrucciones del monarca. Benaiah salió para dar órdenes a todos los miembros de la guardia del rey que se hallaban de servicio y Nathan lo hizo para convocar a todos los nobles de Jerusalén en el manantial de Gihón. Bethsabé, por su parte, preparó a Salomón para la ceremonia que se avecinaba. Con la fiesta que había dado en el manantial de En-rogel, Adonías ayudó a la causa de su hermano indirectamente, pues con sus partidarios fuera de la ciudad, le sería a Salomón más fácil ascender al trono, contando, además, con la venia de David.

No tardó en reunirse, con la mayor solemnidad, un nutrido grupo de personas en tomo del manantial de Gihón. Entonces tomó Zadok un pequeño cuerno lleno de oloroso aceite y, siguiendo el ceremonial tradicional de la unción, lo derramó sobre la oscura cabellera de Salomón, en la misma forma que tantos años antes lo hiciera Samuel con David en la casa de su padre en Belén.

Salomón, alto y esbelto, permanecía en pie mientras el fragante aceite le empapaba los cabellos y le resbalaba hasta los hombros. Cuando Zadok hubo pronunciado las palabras rituales de la bendición, los trompeteros de Benaiah emitieron un clamoroso sonido, y la muchedumbre, que se había reunido presurosa para presenciar la ceremonia, prorrumpió en entusiastas gritos de «¡Dios salve al rey Salomón!».

Para Adonías y para los baladrones reunidos allá abajo en el valle de Kidrón, el sonido de las trompetas llegó débilmente. Sin embargo, Joab las identificó bien y frunció el entrecejo.

—¿Por qué suenan las trompetas en la ciudad? —preguntó a Adonías, al lado del cual se encontraba comiendo—. ¿Será, acaso, que ha fallecido vuestro padre?

Remiso a abandonar el jolgorio de la fiesta y regresar a Jerusalén, Adonías siguió celebrando lo que creía que era su ascensión al trono de Israel. Por su parte, los invitados en En-rogel no creían que sucedía nada anormal, hasta que Jonatán, el hijo del sacerdote Abiathar, llegó presuroso con la noticia de que

David había nombrado a Salomón en su lugar y que el nuevo rey se encontraba ya en aquellos momentos ocupando el trono en el palacio.

Si Adonías hubiese sido el hombre fuerte y audaz que fue David en sus días juveniles, podía haber reunido a todos sus partidarios y tratar de arrojar violentamente a Salomón del trono que ocupaba. Pero al comenzar a vacilar y no tomar ninguna acción rápida y decisiva ante la noticia de la ascensión de Salomón al trono, el número de los que le apoyaban empezó a disminuir, como se licúan las nieves de las laderas del monte Hermón a la llegada del verano. Temiendo por su propia seguridad, Adonías huyó de Jerusalén, refugiándose bajo los cuernos del Ara del Sacrificio, que era lugar tradicional de refugio para aquéllos cuya vida peligraba.

Salomón podía haber terminado fácilmente con su hermano en castigo de su acción, de haber elegido el camino de violar el derecho de asilo junto al Ara, concedido por tradición desde los lejanos tiempos de Moisés. Pero entonces fue cuando se puso de manifiesto la sabiduría y la prudencia que David y el inteligente Nathan habían observado desde hacía tiempo en el joven príncipe, cualidades que habrían de llevarle a ensanchar las fronteras del reino de Israel mucho más lejos de lo que su padre había conseguido hasta aquellos momentos, llevando con ello a la nación al pináculo de su gloria.

—Suplico al rey que me prometa que no ha de matarme con la espada —dijo Adonías al solicitar el derecho de asilo.

Salomón se apresuró a concederle la seguridad que deseaba, con estas palabras:

—Si mi hermano demuestra que es un hombre digno, ni un solo pelo de su cabellera caerá a tierra. Pero si por el contrario, se comporta con maldad y con desprecio a las leyes establecidas, morirá.

Contando con esta seguridad, salió Adornas de su refugio y le fue permitido ir en paz a su casa. El cínico intento del príncipe para arrojar a David del trono, había fracasado tan miserablemente como el de Absalón.

Ahora se encontraba ya Salomón firmemente asentado en el trono de Israel.

CAPÍTULO X

Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo.

Salmos-23:4

Durante cierto tiempo a partir de la ascensión de Salomón al trono, la salud de David pareció mejorar. Se encontró la suficientemente fuerte para ser llevado en unas angarillas hasta la sala de las audiencias para asistir a la solemne ceremonia de la investidura del nuevo rey por parte del Consejo de Ancianos de Israel, el cual a su vez juró fidelidad a Salomón.

Un rostro se advertía ausente de aquella ceremonia, el de Joab, porque sabía que ni Salomón ni sus partidarios le perdonarían el papel que jugó en la abortada intentona para hacer ascender a Adonías al trono. Cuando éste huyó al refugio del Ara, Joab regresó a su casa de Belén. Al apoyar a Adonías en contra de Salomón, el viejo general, cuya barba estaba ya completamente blanca, hizo lo que suponía que convenía más a Israel y a sus propios intereses, dos fines que nunca había considerado que estuvieran separados. Y habiendo perdido, se dispuso a esperar estoicamente, como un buen soldado que era, la llegada del fin.

Al terminar la ceremonia llena de colorido, de la investidura, David dirigió la palabra a la multitud congregada en la sala de audiencias. Durante un corto espacio de tiempo, su voz pareció recobrar el vigor de antaño, dando después al joven rey los consejos pertinentes para que siguiera el mismo camino que él había seguido en su gran carrera, como guerrero primero y después como rey.

—No tardaré en emprender el viaje que ha de seguir todo cuanto vive sobre la tierra —empezó diciendo en sus recomendaciones a Salomón, que se encontraba en pie bajo la luz del sol, ante el trono en que su padre estaba sentado por última vez—. Sé, fuerte y compórtate en todo momento como un hombre. Guarda los mandamientos del Señor, tu Dios, obrando de acuerdo con los juicios y testimonios que están escritos en las leyes de Moisés. De esta forma prosperarás en cuanto emprendas y dondequiera que vayas. Si lo haces tal como te aconsejo, el Señor seguirá manteniendo la promesa que a mí me

hizo cuando dijo: «*Si tus hijos procuran caminar ante mi por senderos de verdad con todo su corazón y toda su alma, nunca te ha de faltar un hombre en el trono de Israel*». El Dios que es la roca de Israel, también me dijo: «*Quien gobierne a los hombres ha de ser siempre justo, haciéndolo en todo momento con el temor de Dios. Será entonces como la luz de la mañana, como una mañana sin nubes, cuando el sol empieza a lucir y como la hierba tierna que nace de la tierra después de la lluvia bajo sus rayos*».

Y aunque mi casa no haya sido siempre fiel a esta norma, Dios en su misericordia ha hecho conmigo un pacto eterno para que así suceda. En ello estriba mi salvación y es mi mayor deseo.

Al terminar de pronunciar estas palabras, los ojos de David se cerraron y sus hombros cayeron pesadamente. Abishag hizo una seña a los portadores de las angarillas para que se lo llevaran, a lo que David no se opuso. Después de terminar de dar aquellos consejos a su hijo parecía como si toda la fuerza le hubiese abandonado. Pero su corazón había encontrado la paz, pues estaba seguro de que Dios le bendijo más de lo que merecía.

Era cierto que David pecó gravemente al causar la muerte de un hombre inocente, que es el pecado mayor que un hombre puede cometer después del de blasfemar contra el santo nombre de Dios. Mas la profecía de Nathan de que la sangre caería sobre su casa por motivo de esa falta, se había cumplido también, primero con la muerte del hijo que tuvo durante su ilícita unión con Bethsabé, y más tarde con la rebelión de sus hijos Absalón y Adonías. Ahora sabía que en Salomón se cumpliría la segunda parte de la palabra dada por Dios, la de permitir que un hijo suyo levantara un gran templo a la mayor gloria del Altísimo.

Ya no le retenían a David en el mundo otros deberes terrenos. Al ser conducido fuera de la cámara donde había tenido lugar la investidura de Salomón, sus labios se movían, pero sus palabras sonaban tan débilmente que sólo pudo escucharlas Abishag, la *shunammita*; pero ésta no podía saber que en las postreras horas de la vida del rey más grande que había tenido Israel, las últimas palabras que David pronunciaba eran las mismas palabras de resolución que pronunció en el valle de Elah, cuando se encontraba junto al cuerpo decapitado de Goliat que aún yacía al lado del arroyo donde el gigante había caído.

Aquella noche David avizoró el porvenir y sintió miedo. Pero fue entonces cuando Dios fue en su ayuda como habría de hacerlo después en múltiples ocasiones con palabras llenas de confianza, que fueron las que

hicieron que David pudiera pasar sin peligro a través de todas las vicisitudes con las que se enfrentó tanto como guerrero que como rey:

El Señor es mi pastor. Nada con Él echaré de menos.
Él me hace echarme sobre verdes prados.
El me conduce hasta las aguas tranquilas.
Él cura mi alma,
Llevándome en su nombre por la senda del bien.
No temeré el mal,
Puesto que Tú estás conmigo.
Tu cetro y tu báculo me consuelan.
Tú dispusiste una musa ante mi en presencia de mis enemigos;
Con aceite ungiste mi cabeza;
Mi copa rebosa.
Seguramente el bien y la misericordia
Me seguirán todos los días de mi vida,
Y residiré para siempre en casa del Señor

FRANK G. SLAUGHTER (1908-2001), escritor norteamericano famoso por sus *best seller*, fue uno de los autores norteamericanos de más éxitos vendiendo más de sesenta millones de ejemplares de sus novelas.

Ejerció la medicina como cirujano en el Hospital Riverside de Jacksonville de 1934 a 1942. Luego participó como médico en la Segunda Guerra Mundial. Acabada la contienda volvió a ejercer como médico compaginando su carrera de medicina con la de escritor. Destacó tanto como escritor de novelas de médico (*La espada y el bisturí; Nadie debería morir; Hombres de blanco; Esposas de médico; Epidemia*), así como las de temas históricos, especialmente recuperando personajes bíblicos (*María de Magdala; El velo sagrado; Jezabel, el precio del pecado; Camino de Bitinia*).

Notas

[1] Divinidad de los *filisteos*, adorada en Ashdod, donde tenía un templo en el que fue depositada el Arca de la Alianza cuando los *filisteos* se la arrebataron a los hebreos. Fue adorado en todo el Oriente Próximo, pero principalmente en la zona de Siria. Era el dios de los cereales, el protector de los cultivos —a los que daba fertilidad— y quien enseñó a cultivar el trigo e inventó el arado. Parece idéntica a la divinidad babilónica Dagán. (*N. del Ed.*) <<

[2] Graduación importante en el ejército israelita. (*N. del T.*) <<

[3] Individuos de la tribu de LevÍ, a cuyo cuidado estaba el culto del santuario. (*N. del T.*) <<

[4] *consuetudinariamente*: Dícese de lo que es tradición, costumbre o convencional en una persona o sociedad determinada. (*N. del Ed.*) <<

[5] Vestidura de lino fino, corta y sin mangas, usada únicamente entre los Judíos por el Pontífice o Sumo Sacerdote y que se ponía sobre todas las demás, cubriéndole principalmente las espaldas. (*N. del T.*) <<

[6] El día festivo de los judíos. (*N. del T.*) <<

[7] Los judíos, en aquel tiempo, se rasgaban las vestiduras y se embadurnaban e1 rostro de tierra, hollín y preferentemente ceniza, para poner de manifiesto su dolor por la muerte de un ser querido, permaneciendo de esta guisa durante los días que duraba el luto riguroso. (*N. del T.*) <<

[8] Asherah: en la antigua religión semita, es una diosa madre que aparece en una serie de fuentes antiguas. Ella aparece en los escritos acadios con el nombre de Asratu, y en hitita como Aserdu o Asertu. Asherah generalmente se considera idéntica a la diosa *ugarítica* Aṯiratu. (*N. del Ed.*) <<

[9] En el Arca de la Alianza, mística, alegórica y sagrada, los judíos guardaban las tablas de la Ley, el trozo de maná y la vara de Aarón, hermano de Moisés. Era de madera de acacia y estaba flanqueada por las figuras de dos querubines de oro cuyas extendidas alas cobijaban la *sheícinah* o resplandor de la divina luz, por la que Moisés decía que se comunicaba con Jehová. (N. del T.). <<

[10] Petra, en la actualidad. (*N. del T.*) <<

[11] encalabrinar: excitar, irritar o causar enfado. (*N. del Ed.*) <<